*Bajo la sombra del guamúchil,* en su segunda edición actualizada, nos trae nuevas historias de mujeres indígenas y mestizas (casi todas de origen rural) presas en el área femenil del Cereso Morelos, donde alrededor de 200 mujeres han sido aisladas de la sociedad, por un sistema de justicia que ve en el castigo y en el encarcelamiento, una solución ante la incapacidad de un modelo social que, con la exclusión y la pobreza, ha contribuido a producir la criminalidad.

Esta publicación (libro y video) se propone acercarnos a dichas experiencias de inequidad, a través de las voces y los escritos de 13 internas, en el marco del *Taller Historias de vida,* coordinado por Rosalva Aída Hernández Castillo del 2008 al 2015.

Se elaboró una serie radiofónica a la que se puede acceder en <https://soundcloud.com/radio-encuentros/sets/cantos-desde-el-guamuchil> y se añade a esta publicación un nuevo video, con las narraciones de algunas mujeres que participaron en la primera edición y ahora libres, siguen reconstruyendo sus identidades y re escribiendo sus historias.

ISBN-13: 978-607-486-339-0

BAJO LA SOMBRA DEL GUAMÚCHIL

SEGUNDA EDICIÓN ACTUALIZADA 2015

# BAJO LA SOMBRA DEL GUAMÚCHIL

## Historias de vida de mujeres indígenas y campesinas en prisión

LIBRO & VIDEO

IWGIA
Colectivo Editorial Hermanas en la Sombra
CIESAS
IMRyT

En el taller *Historias de vida,* las participantes se dieron a la tarea de documentar y escribir las vivencias de otras compañeras presas, indígenas y campesinas que no contaban con el privilegio de la escritura.

Estos procesos colectivos permitieron crear nuevos lazos de solidaridad entre mujeres indígenas y no indígenas, formándose la Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra.

En los distintos proyectos de esta Colectiva, se ha abierto un espacio de reflexión en torno al machismo y al racismo, que marcan a la sociedad mexicana y que influyeron en la cadena de injusticias y exclusiones que terminaron por privarlas de su libertad.

# **Bajo la sombra del guamúchil**
## Historias de vida de mujeres indígenas y campesinas en prisión

*Segunda versión actualizada 2015*

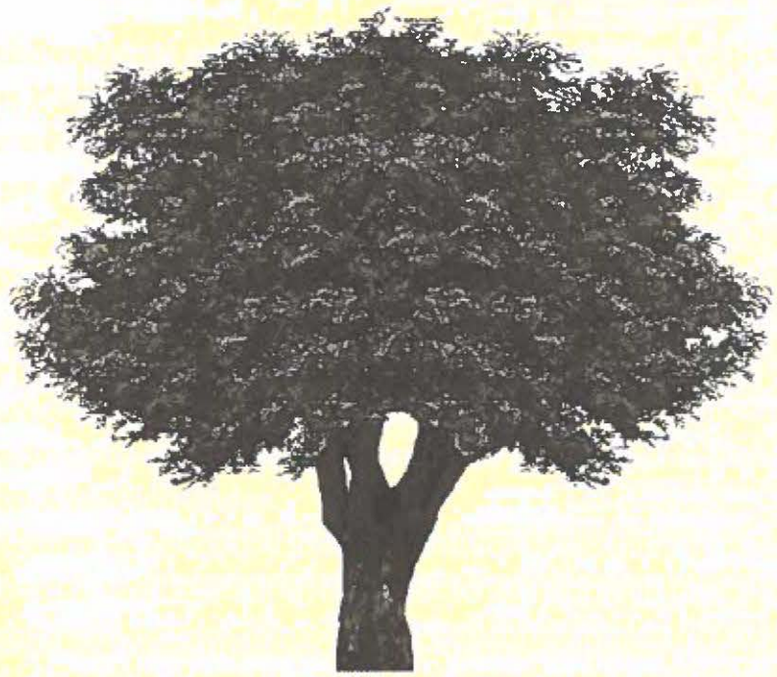
Rosalva Aída Hernández Castillo
**Coordinadora**

IWGIA
Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra
CIESAS
IMRyT Instituto Morelense de Radio y Televisión

# Bajo la sombra del guamúchil

## Historias de vida de mujeres indígenas y campesinas en prisión

*Segunda versión actualizada 2015*



Libro & video


María Elena Basave, Carlota Cadena, Elena de Hoyos,
Marisol del Águila, Amatista Lee, Alejandro Reynoso,
Rosa Salazar, Sol Nocturno, Galia Tonella, Leo Zavaleta

Rosalva Aída Hernández Castillo (Coordinadora)

305.42
B123b

Bajo la sombra del guamúchil: historias de vida de mujeres indígenas y campesinas en prisión, segunda versión actualizada / coordinación Rosalva Aída Hernández Castillo.-- México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social: Grupo Internacional de Trabajo Sobre Asuntos Indígenas, 2015. 296 p. : il. ; 23 cm. : 1 dvd (son : ca. 1.Video Bajo la sombra del guamúchil 2010. Format DV, duración 41 min 2.Video Semillas de guamuchil 2015 Format 1920 x 1080 HD, Duración 17 min 3.Serie Radiofónica: Cantos desde el guamúchil 8 cápsulas de 14 a 15 min cada una Format WAV .—(Libro & Video)

2a edición
ISBN 978-607-486-339-0

1. Violencia contra las mujeres - México.
2. Mujeres Problemas sociales y morales.
3. Violencia intrafamiliar.
4. Violación - México.
5. Mujeres delincuentes - México.
6. Mujeres - Condición jurídica, leyes, etc. - México.
7. Mujeres mexicanas - Historias de vida.
8. Centro de Readaptación Social de Atlacholoaya, Morelos. I.Hernández Castillo, Rosalva Aída,coordinadora.

*Bajo la sombra del guamúchil.*
*Historias de vida de mujeres indígenas y campesinas en prisión.*
© Rosalva Aída Hernández Castillo, (Coordinadora)
CIESAS. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
IWGIA. Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas
www.iwgia.org / Instituto Morelense de Radio y Televisión IMRyT
Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra.
hermanasenlasombra.wix.com/hermanasenlasombra

Coordinación editorial: Elena de Hoyos
Asistencia editorial: Agnes Alegría
Diseño editorial: Carmina García
Diseño de portada: Irene Heras
Imágenes elaboradas por internas / Taller de Sumi-e con Pilar Hinojosa

1er video Realizado por Meztli Rodríguez y Rosalva Aída Hernández Castillo
Filmación: Carlos Flores Arenales
2º video: Realizado por Carolina Corral Paredes
Serie radiofónica: realizada por Raúl Silva, Rosalva Aída Hernández Castillo y Elena de Hoyos, con el equipo del IMRyT.

La presente publicación cuenta con una lectura de pertinencia avalada por el Comité Editorial del CIESAS, que garantiza su calidad y pertinencia. La responsable técnica de esta publicación es Rosalva Aída Hernández Castillo.

Para la reproducción total o parcial de esta obra solicitar el permiso expreso de sus editoras. aidaher2005@gmail.com, hermanasenlasombra@gmail.com

Segunda edición actualizada 2015
DR © 2015, Rosalva Aída Hernández Castillo y colaboradoras
CIESAS / IWGIA
Impreso y hecho en México.

ISBN 978-607-486-339-0

# Agradecimientos

La publicación de este libro-video fue posible gracias al apoyo del Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas (IWGIA), la Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra y al CIESAS. Agradecemos en especial a Alejandro Parellada, quien siempre ha apoyado nuestras iniciativas y ha sido cómplice de nuestros sueños por construir un mundo más justo. La investigación, en el marco de la cual se realizaron los talleres **Historias de Vida**, fue parte del proyecto "Globalización, derechos indígenas y justicia desde una perspectiva de género y de poder: una perspectiva comparativa" (Proyecto Conacyt U51240-S), coordinado por María Teresa Sierra y Rosalva Aída Hernández.

El Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, nos dio el apoyo institucional para realizar la investigación y publicar este libro-video. Nuestra gratitud al Director de CIESAS, Agustín Escobar Latapí y al coordinador editorial Bruno Aceves.

La Lic. Margarita Ríos, sub-directora del área femenil del Cereso Morelos, nos abrió las puertas del penal y dio su apoyo permanente a esta iniciativa en su primera etapa y en su segunda etapa contamos con el apoyo del Licenciado Lucio Hernández Gutiérrez, actual Coordinador de Reinserción Social de Morelos.

El Instituto Morelense de Radio y Televisión (IMRyT) auspició la producción de la serie de radio denominada "*Cantos desde el guamúchil*" y la posproducción y reproducción del video "*Semillas de guamúchil*, ahora en libertad", agradecemos la abierta disposición de su directora Olga Durón Viveros y la generosa dedicación de Raúl Silva en la grabación y edición de los materiales.

Meztli Rodríguez y Carlos Flores Arenales nos apoyaron de forma voluntaria en la elaboración del primer video y Carolina Corral estuvo a cargo del segundo. Gracias también a Mercedes Pisoni, quien de forma desinteresada e incondicional capturó los materiales que están contenidos en esta obra.

Elena de Hoyos y Agnes Alegría se encargaron del proceso de edición del libro, poniendo no sólo su trabajo, sino su corazón y su compromiso con las internas en esta tarea. Agradecemos a Marina Ruiz que nos apoyó con su experiencia editorial y a María del Carmen Rodríguez por la revisión ortotipográfica y de estilo; a Carmina García quien realizó el diseño editorial de las dos ediciones y a Irene Heras que realizó el diseño de la portada de la segunda edición.

Agradecemos a las internas que participaron en el Taller de pintura Sumi-e y a Pilar Hinojosa, las ilustraciones al inicio de cada capítulo.

A todas las mujeres que compartieron sus vidas y experiencias para que fueran plasmadas en este libro, nuestro afecto y sincera gratitud por su valentía y generosidad.

# Contenido

**Introducción: Historias de exclusión.....11**
*Rosalva Aída Hernández*

**1.- Flor de Nochebuena: Nacieron mujeres, ahora se aguantan.....27**
*Amatista Lee*

**2.- Altagracia: Acepté hacerlo a pesar de mi miedo.....45**
*Carlota Cadena*

**3.- Morelitos: Su palabra contra la mía.....55**
*Amatista Lee*

**4.- Leo: Historia de una cisne en el pantano.....73**
*Leo Zavaleta*

**5.- Luz: Viendo transcurrir la vida desde una silla de ruedas.....97**
*Guadalupe Salgado*

6.- **Perla Negra: Desde que nací, la violencia ha sido parte de mi vida**..... 107
*Alejandro Reynoso*

7.- **Sol: Lo has perdido todo ¡Que Dios te bendiga!**.....133
*Águila del Mar*

8.- **Martha Elena: La cárcel me enseñó quien era yo**.....161
*Galia Tonella*

9.- **Victoria: La maldición de mi abuela me ha acompañado**.....187
*María Elena Basave*

10.- **María: Soy Inocente**.....203
*Galia Tonella*

11.- **Eva: Ya no quiero más cicatrices**.....235
*Amatista Lee*

12.- **Rosalba: La protección del hombre equivocado**.....247
*Sol Nocturno*

13.- **Tamar: Esperando el perdón Divino**.....265
*Amatista Lee*

14.- **Epílogo: Permanecemos a la sombra del guamúchil**.....279
*Elena de Hoyos*

**YA NO CANTAS PARA MÍ LA NOCHE**
*Galia Tonella*

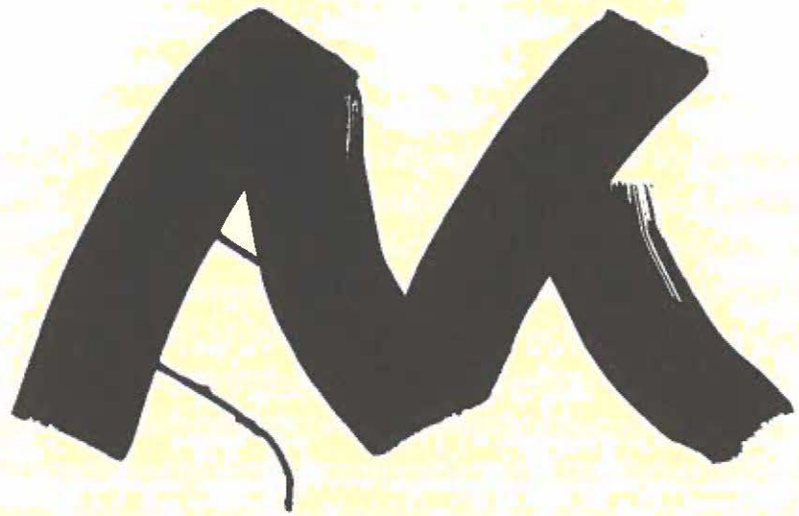
Guamúchil, sombra de lo que fui
no olvido aquella pequeña de sueños profundos
ya no soy hoja que arrastra el viento
al llegar la noche
unánime silencio cobija mi oración

¡Cómo azota el viento!, has de tener frío
tanto como el que azota mi soledad

Guamúchil, ya no cantas para mí la noche
te han cortado de tajo
como si cortaran pecados

Siluetas de edificios callados
se incendian frustrando sueños
rapiña entre rejas dejando melancolía
eso atañe a la cárcel

Guamúchil, reverdeces para mí
el yugo rastrero no te aniquila
así reverdeceré algún día
conoces mis pecados
y aun así, me das tu sombra



# Introducción
## Historias de exclusión

*Rosalva Aída Hernández*

El guamúchil es el árbol de los corrales y vigilante de los caminos. Por alguna razón que desconocemos gusta de la presencia humana, pues acostumbra proliferar donde hay frecuente tránsito de personas. En el área femenil del Centro de Readaptación Social de Atlacholoaya (Cereso) Morelos, el guamúchil es la única área verde que les permite a las internas sentirse cercanas a la naturaleza y olvidarse por momentos del contexto penitenciario que las rodea.

Las mujeres indígenas y campesinas se han apropiado de este espacio donde, según nos explica una de ellas, "el verde del guamúchil, los pájaros que en él anidan y las risas de los niños que nos llegan desde las áreas de juegos, nos hace sentir que no estamos encerradas."

*Bajo la sombra del guamúchil* nos habla de la experiencia de mujeres indígenas y mestizas (casi todas de origen rural) presas en el área femenil del Cereso Morelos, en donde alrededor de 200 mujeres han sido aisladas de la sociedad, por un sistema de justicia que ve en el castigo y en el encarcelamiento una solución ante la incapacidad de un modelo social, que con la exclusión y la pobreza ha contribuido a producir la criminalidad.

La segunda edición de *Bajo la sombra del guamúchil*, integra seis nuevas historias que se escribieron en una segunda etapa del Taller de Historias de Vida bajo mi coordinación de 2013 al 2015. Ocho

años han pasado desde el primer taller. En este lapso, la mayoría de las mujeres que participaron en la primera edición del libro, tanto quienes escribieron como quienes contaron su historia, han salido libres. De ser un taller de escritura, el grupo se transformó en la Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra, que ya ha publicado diez libros a la fecha.

Cuatro de las mujeres indígenas que no sabían leer, aprendieron a hacerlo y ahora están escribiendo poesía, cuento corto y participan como co autoras en las distintas publicaciones de la Colectiva. Leo Zavaleta, mujer me'phaa de Guerrero, cuya historia había sido escrita a cuatro manos con Carlota Cadena, aprendió a escribir y decidió hacer su propio libro, el cual está por publicarse bajo el título de *Los sueños de una cisne en el pantano*. A solicitud de ella cambiamos la historia anterior por un resumen de su nuevo libro.

Solo una de las participantes del primer proyecto continúa en reclusión y participa como escritora en esta segunda edición, las demás salieron libres, varias, a partir de la revisión de sus expedientes judiciales. Algunas de ellas continúan participando y escribiendo en un taller literario coordinado por la escritora Elena de Hoyos fuera del espacio penitenciario. Las nuevas integrantes que se han incorporado al taller y quienes están ya afuera, han ido construyendo una identidad grupal como la Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra, convirtiéndose en un referente para todas las internas, al plantear nuevas formas más sororales de relacionarse entre ellas y al cuestionar con sus escritos el racismo y el sexismo del sistema penitenciario.

Esta segunda edición, corregida y aumentada, incorpora seis nuevas historias y una segunda parte del documental, que da cuenta de la vida en libertad de algunas de las participantes en el primer Taller.



En el taller realizado del 2008 al 2010 y en el que se desarrolló del 2013 al 2015, las participantes se dieron a la tarea de documentar y escribir la historia de otras compañeras presas indígenas y campesinas que no contaban con el privilegio de la escritura. Este proceso colectivo permitió crear nuevos lazos de solidaridad entre las mujeres indígenas y no indígenas, y abrió un espacio para reflexionar en torno al machismo y al racismo que marcan a la sociedad mexicana, y que influyeron en la cadena de injusticias y exclusiones que terminaron por privarlas de su libertad. Esta doble publicación (libro y video) incluye también poemas y reflexiones que se escribieron a lo largo de estos siete años en el marco de distintos proyectos de la Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra. Se trata pues, de un esfuerzo que realicé conjuntamente con las poetas Elena de Hoyos, Marina Ruiz y Agnes Alegría, así como con la artista plástica Pilar Hinojosa, junto con internas y escritoras en formación, tarea a la que le hemos dedicado más de siete años y que son el fruto de los talleres mencionados.

Durante estos años hemos aprendido de ellas más de lo que logramos enseñarles, nuestros diálogos con cada una de las internas nos forzaron a ver nuestras propias vidas con otros ojos. Aprendimos que la necesidad de cambiar este sistema de justicia discriminatorio, es una urgencia no sólo para las mujeres que han sido apresadas injustamente, sino para todos los que estamos afuera, para nuestros hijos, que corremos el peligro de caer en sus "garras" en cualquier momento, pues en México estar en la cárcel es casi un "accidente" que le puede suceder a cualquiera. Este trabajo es un esfuerzo por compartir y denunciar estas injusticias, que surge no de una iniciativa "altruista" por salvar a alguien, sino de una convicción política de que para salvarnos a nosotras

mismas, tenemos que denunciar, aunque sea a través de estrategias limitadas como las editoriales, las injusticias que mantienen a miles de mujeres alejadas de sus hijos y sus familias.

Según el Censo del 2013 presentado por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía INEGI, en México existían para esas fechas 16, 632 mujeres presas. De ellas, un 42% están presas por delitos contra la salud y delincuencia organizada. Esta tendencia se reproduce entre la población indígena, donde 52% de las mujeres han sido detenidas por delitos contra la salud, como se tipifica la participación en el narcomenudeo. Las mujeres indígenas se han convertido en rehenes de la guerra contra el narcotráfico, pues para demostrar su "efectividad" en la lucha contra el crimen organizado, el gobierno mexicano está encarcelando a personas de los sectores más vulnerables: las mujeres campesinas, pobres y muchas de ellas indígenas.

Las reformas estructurales neoliberales han profundizado la marginación de los pueblos indígenas, obligándolos a migrar hacia el norte y en muchos casos a buscar en la siembra o transportación de substancias ilícitas una forma de sobrevivencia ante la crisis de la producción campesina. Otras veces son forzadas a hacerlo por los propios narcotraficantes. Las historias que aquí compartimos, ponen en contexto estos "delitos contra la salud" y nos ayudan a entender las razones por las que algunas de ellas decidieron violar la ley o en el peor de los casos, simplemente guardar silencio cuando sus esposos o sus hijos se involucraron en actos ilícitos.

Estas historias también nos muestran que el encarcelamiento de las mujeres, el desarraigo de su comunidad, el abandono de sus hijos y la desestructuración de la vida familiar, no es la solución para alejar a las comunidades indígenas, pobres y campesinas



de las redes del narcotráfico. No es tampoco la mejor manera de demostrar que las reformas multiculturales han hecho más accesible la justicia para la población indígena del país. Sólo una política social que dé alternativas económicas al campo mexicano y que parta de la redistribución de la riqueza y del verdadero reconocimiento de los derechos culturales y políticos de los pueblos indígenas, podrá contrarrestar el avance del narcotráfico en tierras indígenas y rurales, alejando a mujeres y hombres campesinos de las redes del crimen organizado. Las historias aquí reunidas no son excepcionales, tan sólo son ejemplo de las múltiples historias de violencia sexual, racismo, discriminación y violencia de estado que comparten muchas de las 16, 632 mujeres que se encuentran presas en los 604 centros de reclusión existentes en México.

Cuando llegué a Atlacholoaya por primera vez, me movía el interés académico y político de conocer las condiciones de vida de las mujeres indígenas presas. A través de algunas redes personales, logré ir como invitada a uno de estos talleres que se desarrollan en el "femenil", y fue precisamente en el de Mujer: , que coordinaba Elena de Hoyos. Tenía más de un año de antigüedad, con la participación de entre 10 y 12 internas que estaban interesadas en aprender a escribir literariamente. La mayoría de las internas participantes eran mujeres con algún grado de escolaridad, que iba desde la primaria terminada, hasta estudios técnicos. Ninguna de ellas era indígena. Al presentarme y explicarles mi interés por conocer y escribir las historias de vida de mujeres indígenas en prisión, surgió la iniciativa por parte de ellas mismas de que yo les enseñara la metodología de elaboración de historias de vida, y ellas pudieran ser quienes entrevistaran y escribieran las historias de sus compañeras indígenas.

Éste fue el inicio de un nuevo espacio de diálogo y construcción colectiva de conocimiento, que me ha planteado nuevos retos como académica y como activista. En el *Taller Historias de Vida* participaron entre 10 y 15 internas; el número fluctuaba pues algunas salieron libres a lo largo de los dos años y medio que duró el primer taller y otras más se integraron. El taller tenía, de manera formal, el objetivo de "capacitar a las participantes en la técnica de elaboración de historias de vida[1], como un recurso literario y de reflexión sobre las desigualdades de género."

En el marco del taller, que se realizó primero semanalmente y después quincenalmente, desde octubre del 2008 hasta junio del 2010, cada una de las participantes trabajó en el propio proyecto de elaboración de una historia de vida de alguna compañera indígena presa. Del 2013 al 2015 repetimos la experiencia con un nuevo grupo siguiendo la misma mecánica del primer taller.

Una vez al mes, las compañeras cuya historia se estaba sistematizando, asistían al taller a escuchar los avances, comentar o cuestionar las representaciones que sobre sus vidas estaban haciendo las integrantes del taller. Varias de las participantes optaron por escribir sus propias historias. Una de las mujeres indígenas, al final de los dos años, aprendió a escribir y optó por completar la historia escrita por su compañera, añadiendo detalles y matices a la versión original. Mi intención en el trabajo de este taller fue facilitar los diálogos interculturales entre indígenas y no indígenas y promover la reflexión crítica en torno a las cadenas de desigualdades étnicas, genéricas y de clase que posibilitaron su reclusión.

[1] Programa del taller de Historias de vida, coordinado por Aída Hernández y registrado en la Subsecretaría de Readaptación Social del Estado de Morelos.



Las participantes empezaron a elaborar sus propias teorizaciones y reflexiones que, integradas a la narrativa biográfica, adquieren formas híbridas y novedosas, que van más allá de las meras historias de vida. Paralelamente, se han publicado cuatro libros artesanales: Fragmentos de mujer, Mujeres habitando un sueño de libertad, Mareas cautivas y Mundos paralelos intramuros bajo los auspicios del Instituto Nacional de Bellas Artes se publica la Colección Revelación Intramuros, de tres volúmenes de poesía, narrativa y ensayo.

Los diversos proyectos impulsados por la Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra han sido un medio para sensibilizar corazones y crear una hermandad entre mujeres de diferentes clases sociales. Una de ellas decía en uno de los ejercicios de escritura: "En mi pequeño espacio del área femenil, donde habitan diversas mentes, costumbres y convicciones de mujeres, es interesante tomar el reto de unir nuestras voces y plasmar historias de vida, liberarlas de este lugar y conseguir que el exterior conozca y reflexione sobre la realidad que aquí se vive. Este taller hará posible la unión entre mujeres que buscan un fin común. Es un medio para ayudarnos entre nosotras siendo las portavoces de historias reales. En lo personal, me permite vivir una experiencia nueva en el mundo de la escritura y sentirme orgullosa de apoyar a quienes han guardado silencio por mucho tiempo, con mi escritura seré portavoz de aquellas que se atrevan a contar su historia. Para las mujeres analfabetas este taller está siendo un medio para liberar su historia, desahogarse con un oído dispuesto a escucharlas y recuperar el valor de ser mujer que la sociedad les arrebató."

Fue gracias a estos diálogos que Amatista Lee, una mujer de ascendencia coreana, que inició el taller con una actitud de desencanto y desconfianza hacia las internas, se acercó a la realidad

de las mujeres indígenas a través de la vida de cuatro internas, dos en el primer taller y otras dos en el segundo. Morelitos y Flor de Nochebuena, las mujeres cuyas vidas documentó Amatista en el primer taller, salieron en libertad poco después de que sus historias de injusticia se dieran a conocer a través de nuestro libro. Lamentablemente, Morelitos, mujer náhuatl de 70 años murió a los pocos meses de ser liberada, a raíz de una úlcera gástrica que desarrolló en reclusión. Amatista le dedica en esta segunda edición uno de sus poemas que dan cuenta de la red de afecto que se tejió entre ellas.

A lo largo de estos siete años, Amatista fue abriendo poco a poco su corazón, y de la mujer dura y distante de los primeros meses, se fue convirtiendo en una compañera solidaria y reflexiva que enriquecía nuestros talleres con sus opiniones sobre el racismo, el sexismo y la desigualdad. Carlota Cadena, por su parte, optó por acercarse a dos mujeres tlapanecas, Altagracia y Leo, a quienes les ofreció su pluma y su amistad. Con su sonrisa siempre presta y su sentido del humor, las hizo reír en medio de los recuerdos tristes que removió con sus entrevistas. Carlota fue siempre la alegría de nuestro taller y nos contagió con su optimismo por la vida. Tanto Carlota como sus dos compañeras están ahora reconstruyendo sus vidas en libertad.

A partir de estos diálogos, Leo aprendió a escribir y decidió plasmar su propia historia en forma de libro, en la que vemos reflejada su nueva identidad, que ella misma describe como un "renacimiento." "Soy otra", nos dice, "aquí aprendí no sólo a escribir, sino a mirar de frente y a hablar en voz alta, ya no quiero usar seudónimo, como le había dicho a Carlota en un principio, quiero usar mi verdadero nombre, Leo Zavaleta, y que todos sepan que ésta es mi historia."



Otra de las amistades que consolidaron en el marco del taller fue la de Guadalupe Salgado y Luz, una mujer campesina de la montaña de Guerrero, que quedó inválida por un accidente cerebral. Luz tenía problemas para hablar, Guadalupe aprendió a entenderla y se convirtió en su traductora, sus balbuceos inteligibles para nosotras, se fueron tornando en palabras a través de la pluma de Guadalupe Salgado. Fue reconstruyendo su historia a la vez que se convertía en su amiga, enfermera, cuidadora, usando las habilidades que había desarrollado cuidando a su propia hija, que sufría de parálisis cerebral. Al finalizar la historia de Luz, Guadalupe fue liberada y abandonó Atlacholoaya, no sin antes encargarnos a todas las compañeras del taller que no nos olvidáramos de Luz y que la integráramos a nuestras actividades. Luz murió en el 2014, producto del deterioro de su salud. A pesar de que era inimputable por su enfermedad, ella decidió quedarse en reclusión porque era ahí en donde había construido una comunidad que la acogía. Murió bajo los cuidados de Amatista Lee, que fue quien tomó el encargo de Guadalupe.

Alejandro Reynoso también aprendió a escribir en reclusión, y decidió contarnos la historia de una mujer náhuatl cuyo seudónimo es Perla Negra. Alejandra pasó de manera sorprendente de aprender las vocales a escribir poesía, con una sensibilidad que estremece. Es una mujer hermosa, con una ternura que seduce. Es casi imposible no quererla de manera inmediata cuando uno la conoce. Sus reflexiones en nuestro espacio colectivo muchas veces nos conmovieron hasta las lágrimas. Es una mujer que ha tocado el fondo del abismo para salir nuevamente sin resentimiento. Ella es amor a pesar del dolor y es eso lo que nos comparte. Alejandra fue liberada después de la publicación de la primera edición y continúa escribiendo y dando

su testimonio en los diversos eventos culturales en los que participa la Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra.

Doña Rosa Salazar era de las mujeres campesinas y analfabetas que pocas veces se acercaban al espacio de los talleres, si no era para vender algún alimento. Pero un día se quedó en la puerta escuchando a las compañeras leer sus textos. Empezó a visitar nuestro taller, ya no sólo para vender comida, sino para oír lo que ahí se leía. Después de varias sesiones nos comentó que estaba aprendiendo a escribir y que le gustaría asistir como oyente, aunque ella no podía escribir su vida ni le interesaba que nadie más la escribiera. "Duele mucho recordar el pasado, ¿sabe?. Prefiero escuchar lo que otras escriben." A lo largo de los últimos años, Rosa empezó a participar de manera más activa en el taller, dando su opinión sobre los temas que se discutían y algunas veces escribiendo textos con sus reflexiones. Ya en libertad "Mamá Rosita" recibe en su casa y da apoyo solidario a las compañeras que salen libres y que no tienen un hogar a donde llegar. También sigue participando activamente en los eventos de la Colectiva.

Durante los primeros años de la Colectiva fue fundamental la colaboración de Marisol Hernandez del Águila (Águila del Mar), quien fue una inspiración para todas, por su gusto por la palabra escrita, pero también por su audacia para abordar el erotismo y la sexualidad en sus textos, sin olvidar nunca la crítica aguda al machismo y al sexismo que caracterizan a la sociedad mexicana. Su historia, como su vida, rompe con los esquemas preestablecidos. Ella decidió "irse por la libre" y más que una historia de vida, escribió un relato entre erótico y policiaco, que es tal vez el germen de una futura novela. Ahora en libertad, continúa escribiendo, participando en programas de radio, tertulias culturales y se ha convertido en parte de la comunidad cultural de Cuernavaca.



En el segundo taller se incorporaron María Elena Basave, Sol Nocturno y Galia Tonella, junto con Amatista Lee que se convirtió en la veterana del grupo. Cada una de ellas invitó a una compañera indígena y campesina a compartir su historia y al igual que en el primer grupo, se fueron tejiendo redes de amistad que en muchos casos cambiaron sus vidas. El caso de Martha Elena Bermúdez, mujer tsotsil campesina de Chiapas y Galia Tonella, empresaria, terapeuta y escritora, da cuenta de los diálogos interculturales que se han logrado promover en estos años. Martha Elena ya en libertad vive actualmente en la casa de Galia en Cuernavaca, esperando a que su amiga sea liberada para poder seguir compartiendo los conocimientos que ambas tienen sobre la vida y las tradiciones culinarias de nuestro país.

Todas estas mujeres, tanto las que escribieron, como las que compartieron sus historias, son sobrevivientes de un sistema sexista y racista que ha marcado sus vidas. Pero ninguna ha asumido la identidad de "víctima", cada una a su manera ha aprendido a resistir y confrontar los esquemas que las encarcelan dentro y fuera del penal.

Tengo que reconocer las limitaciones de este tipo de trabajo, que no atenta ni desestabiliza al sistema penitenciario, ni a sus efectos de poder sobre los cuerpos y mentes de las mujeres presas. Parto de reconocer estas limitaciones y a partir de ellas, tratar de aportar estas reflexiones y acciones para la transformación de un sistema de justicia corrupto, sexista y racista, que no sólo afecta la vida de las mujeres presas, sino que es una amenaza latente para mí y para todas las mujeres que estamos fuera. Sabemos que se trata de un trabajo de hormiga, limitado, que se ha propuesto acompañar los procesos de reflexión crítica y el trabajo de denuncia sobre las

injusticias, el racismo y el sexismo del sistema penitenciario de las propias internas. Esperamos que el presente libro-video sea una manera de liberar sus voces y pueda contribuir, aunque sea mínimamente, a crear conciencia entre la sociedad y a mejorar las condiciones de vida de miles de mujeres, cuyos cuerpos y mentes pretenden controlar los estados neoliberales.

Las historias aquí reunidas no son excepcionales, tan sólo son ejemplo de las múltiples historias de violencia sexual, racismo, discriminación y violencia de Estado que comparten muchas de las 16, 632 mujeres que se encuentran presas en los 604 centros de reclusión existentes en México.

## 1. Flor de Nochebuena:
Nacieron mujeres, ahora se aguantan

*Amatista Lee*

Recuerdo muy bien mi primer encuentro contigo, fue ese día en que me subieron al dormitorio. Yo me encontraba medrosa, no sabía qué hacer. Miraba aquella construcción de cemento, árida y fría: de un lado dos niveles y del otro, tres. Unas escaleras con pasamanos me conducían a la celda, a simple vista no pude darme cuenta de cuantas celdas había, ni como se llamaban. Subí por las escaleras, y ahí estabas tú, querida amiga, que me mirabas dulcemente, con una amplia sonrisa. Te ofreciste a ayudarme con mis cosas, en el camino a la celda que sería mi habitación.

Recuerdo claramente la tranquilidad que transmitía tu voz cuando me dijiste "No te preocupes, un día tú también vas a poder abandonar este lugar. Puedes contar conmigo siempre para lo que se te ofrezca. Si alguien te molesta, dime, que para ella también tengo…", reíste inyectándome confianza. Hasta el día de hoy has cumplido tu promesa, querida Flor de Nochebuena, gracias a ti y a tu paciencia conmigo, he crecido. Descubrí como tú la magia de sentirme libre entre las rejas. La escritura ha sido para mí una forma más para escaparme de este encierro y hoy quiero compartirla contigo contando tu historia.

Flor de Nochebuena nació en Santa María Soyatla, una comunidad náhuatl del estado de Puebla. Me dice que allá nació, pero más tarde su mamá se la llevó a otro lugar, San Miguel Ayotla. Comenta que

contaba con 15 días de nacida y que ahí creció. También fue a la escuela hasta segundo año porque su mamá enfermó de gravedad. Sólo escuchó decir a su padre que trabajando en el campo, un animal la había picado.

Ella reconstruye sus recuerdos de infancia diciéndome: "Más tarde la trasladaron al hospital más cercano. Un día mi padre llegó diciendo que a mi mamá se le estaban pudriendo sus manos y el doctor dijo que no la iba a atender. La regresaron a la casa y una vecina la empezó a curar con hierbas hasta que sanó; pero nosotros comenzamos a sufrir más de hambre, ya que nos llevaron a casa de la vecina. Después de esta enfermedad, yo ya no estudié porque la escuela estaba a más de media hora de camino. Los primeros días acudí, pero como lo hacía sola, tenía mucho miedo. Iba la mayor parte del camino llorando. Pensaba que alguien me espiaba para violarme. Opté por no ir. Más tarde me dediqué a pedir de casa en casa comida o cambiaba trabajo por comida para mi mamá y mis hermanitos."

Continúa describiendo la pobreza de su pueblo: "Allá en mi pueblo, San Miguel Ayotla, municipio de Ahuazotepec, Puebla, teníamos que acarrear agua para tomar, lo hacíamos cada tercer día, procurando que nos alcanzara, para no tener que ir cada rato. La verdad es que teníamos que caminar por lo menos hora y media para llegar al ojito de agua de donde la sacábamos. A lo lejos se veía el llano, árido, seco y uno que otro arbolito."

Al escucharla, me imagino algo muy parecido al desierto, donde hay escasez de agua, calor y depredadores. "El ojito no tenía mucha agua y por lo consiguiente, la racionábamos al máximo. No te puedes imaginar cómo eran las noches, los mosquitos se te metían hasta la nariz y como el calor no te permitía estar cubierto, lo que



hacíamos era espantarlos recogiendo excremento de vaca seco y prendiéndole fuego, cuando el fuego se apagaba, el humo que soltaba mantenía a los mosquitos lejos de nosotros. El humo podía durar toda la noche, dependiendo del tamaño del excremento y así nos manteníamos protegidos de los molestos mosquitos. El humo duraba también porque nuestras noches eran cortas, pues teníamos que levantarnos muy temprano, a las cuatro de la mañana para hacer el desayuno, que constaba de unas tortillas recalentadas y tecito de hojitas, con muy poca azúcar. Mi mamá nos decía: 'Para el sábado que le paguen a tu papá, comeremos molito.' Pero esa era una promesa que pocas veces se cumplía, pues cada vez que era día de paga, el patrón salía con que mi papá le debía dinero y se lo descontaba de su sueldo; mi papá con tal de no perder su trabajo aceptaba estas injusticias.

"Además era difícil para él enfrentar al patrón, pues no sabía leer ni escribir y apenas si hablaba español, sólo podía saludar, despedirse y decir 'hasta mañana.' Así, apenas si salía un poco de dinero de su trabajo de toda la semana, teníamos que conformarnos con lo poco que teníamos, consolarnos con sentirnos unidos entre todos los hermanos. Tal vez por la frustración ante tanta injusticia, por el coraje guardado o a saber por qué, se desquitaba con nosotros, y cuando decidía que tenía que pegarnos lo hacía por todo.

"Por ejemplo, si nos tardábamos mucho en llevar el almuerzo hasta donde trabajaba, nos iba muy mal. Yo tenía únicamente 12 años, era la menor, y con mis hermanas Florentina y Evelina, que tenían 16 y 18, nos poníamos en camino a las seis de la mañana, el camino era largo, caminábamos como dos horas para llegar a donde trabajaba mi papá. Lo acompañábamos a comer y le ayudábamos a limpiar la milpa, recuerdo que por ser la menor, mis hermanas me

consideraban, y me exigían poco en el trabajo del campo, dejaban que yo me concentrara en el trabajo doméstico. A las 10 ya íbamos de regreso a la casa para ayudarle a mi mamá en la comida, en lo que recorríamos todo el camino caminábamos otras dos horas, y a las 12 veníamos llegando con mi mamá. Íbamos cansadas, pero en vez de descansar, teníamos que prender la lumbre para hacer algo de comida con las hierbitas que mi mamá había recolectado. Había que apurarnos, para llevar de nuevo el almuerzo a mi papá, pero esta vez debíamos llevarnos la ropa sucia para lavarla en el río. Así se nos iba el tiempo entre ir y venir, concentradas en lo que teníamos que hacer, cuando menos pensábamos se nos hacía de noche.

"Después del trabajo, llegaba mi papá muy cansado, enojado porque tenía la siembra a medias y al otro día tenía que regresar a lo mismo. Con ese humor no toleraba ni que nos riéramos ni cuchicheáramos. Mis hermanas y yo esperábamos a que se durmiera para poder platicar. En esos tiempos vivíamos todos en una casita de palitos, con techo de palma, el piso estaba hecho con lodo y ceniza batidos, pero siempre muy aplanado, sin piedras. Ahí dormíamos todos en una sola pieza, nuestros petates muy cerca el uno del otro, no teníamos ni una mesa para comer. Comíamos sobre el mismo petate, en una cazuela, cerca del fogón donde cocinaba mi mamá. Como todas las casas de la región, nuestra casita no tenía ventanas, solo una puertita por la que entrábamos y salíamos, cubiertas durante el día con una sábana. Cuando teníamos visitas, las recibíamos afuera, sacábamos los petates y los poníamos debajo de un arbolito y mientras los adultos platicaban, nosotras nos íbamos a leñar, pues nunca podía faltar la leña en nuestra casa. Pero no recibíamos muchas visitas, pues no teníamos muchos vecinos; no era un pueblo en el que viviéramos todos juntos, sino



que eran caseríos dispersos en la montaña, la casa más cercana estaba a medio kilómetro y sólo había como cuatro o seis casas en las inmediaciones. San Miguel Ayotla era un pueblo pequeño, de calles de terracería donde todas las casitas eran como la nuestra, de palma, sin agua potable, luz o drenaje.

"Tratábamos de sobrevivir con la siembra de temporal, pues no había riego, ni siquiera pozas para nadar. Abundaban los guajes[2], la palma y el otate[3]. Cuando era época de secas la gente trabajaba el chiquigüite[4], haciendo petates, aventadores, tanates. Cuando llegaban las lluvias sembrábamos milpa, cacahuate, sorgo. Era difícil la vida en nuestro pueblo; como no teníamos ni letrinas nos íbamos tras los matorrales a hacer nuestras necesidades. Lo más duro venía en los tiempos de lluvia, entonces nos cubríamos con hules y tratábamos de caminar siempre acompañadas, porque los caminos eran muy oscuros y nos daba miedo. Todos en el pueblo hablábamos náhuatl, solo algunos sabían algunas palabras en español."

Mientras la escucho, reflexiono un poco y le digo, entre broma y broma: Me imagino cómo te sentías, es como si yo llegara a otro país y no pudiera comunicarme con la gente, por no hablar el idioma, eso sí que debe de haber sido muy difícil. Continúa su historia narrándome los recuerdos de la niñez: "En aquel tiempo únicamente hablábamos náhuatl." Muy seria me dice que no todo era tan malo allá en su pueblo. Me cuenta que se hacían ferias, que empezaban en marzo, cuando se festeja la Virgen de la Encarnación, y terminaban hasta abril. Había procesiones, juegos, jaripeos."

---

2 Fruto de una planta rastrera o trepadora que ya seco puede ser usado para fabricar recipientes.
3 Especie de bambú utilizado como material de construcción.
4 Cesto o canasta hecha de mimbre.

Con un dejo de melancolía en su voz, continúa su narración: "Esas fiestas eran de los pocos momentos de diversión, era lo que más me gustaba de mi pueblo. Pero muchos renegaban porque no había suficiente dinero para hacerlas."

Pero los recuerdos tristes casi opacan esos breves momentos de felicidad, pues Flor de Nochebuena, me describe lo difícil que era vivir sin luz, sin agua potable, sin lo más mínimo: "Nos alumbrábamos siempre con candil. No me gustaba nada tener que caminar tanto para traer el agua para tomar y guisar. Era un pueblo árido, pobre, controlado por hombres muy machistas que creían que nosotras éramos sus sirvientas, teníamos que estar siempre a su disposición. No se preocupaban por averiguar si teníamos deseo de tener relaciones con ellos o no, sólo tomaban lo que querían. Uno de los recuerdos más tristes que tengo de esta época, fue una vez que mi mamá nos mandó a dejar unas tortillas al campo, a un lugar que quedaba muy lejos. Yo no quería ir, tenía miedo, era como si presintiera algo, como si mi corazón me avisara de que corría algún peligro. Yo tenía 12 años y mi hermana Florentina, 16. Ella me dijo 'no tengas miedo manita, yo te acompaño.' Fue así que obedecí la encomienda, tomé mi chiquepextle[5] y me eché a andar con mi hermana por el monte. Cuando llevábamos una hora caminando, pasábamos por unos barrancos y me di cuenta que dos hombres nos venían siguiendo y le advertí a mi hermanita. Ella me dijo: 'no tengas miedo, estamos juntas, yo vengo contigo.'

"Pero los hombres nos alcanzaron. Jalaron a Florentina de las trenzas y la tiraron al suelo. Yo quise ayudarla, pero apenas si pude moverme cuando el otro hombre me dio alcance. Por más que les rogamos, abusaron de nosotras, nos golpearon y nos amenazaron

5 Tipo de cesto hecho de palma para preparar el maíz.



con matarnos si decíamos algo. Estábamos lastimadas y asustadas, en cuanto pudimos continuamos nuestro camino.

"Al regresar a la casa íbamos sucias y golpeadas y mi papacito se sorprendió al vernos, pero no le quisimos decir nada, inventamos

una historia de que nos habíamos caído al querer cruzar un barranco. Él se malició lo que había pasado, pero no logró sacarnos una palabra. Teníamos mucho miedo de que al decirle la verdad, él intentara vengarse y nuestros violadores lo mataran."

Veo la tristeza reflejada en su rostro al recordar este episodio tan doloroso de su vida. No puedo dar crédito a lo que me cuenta,

no puedo creer que exista gente tan mala que haya sido capaz de hacerle tanto daño a una niña de solo 12 años. De sus ojos rasgados brotan unas lágrimas que bañan su tez morena. No puedo evitar llenarme de rabia, de impotencia. La imagino sola con su hermana, gritando, pidiendo auxilio, sin que nadie responda a su llamado, sin que nadie escuche su lamento.

Ella prosigue con su historia diciéndome: "Lloré, lloré mucho manita. Siempre soñé con casarme de blanco y en ese momento me di cuenta que eso nunca pasaría." Los sollozos interrumpen su narración, respeto su silencio, pero después de unos segundo continúa contando: "Mi mamá empezó a sospechar que algo me pasaba y un día se acercó a preguntarme si estaba bien. Entonces no aguanté más y le conté todo lo que había pasado. 'Recuerdas –le dije- aquel día que nos mandaste a dejar tortillas al campo, pues unos hombres nos violaron a mí y a mi hermana Florentina.' Me abrazó llorando, y me dijo: 'No te apures hijita, te haremos justicia y si nadie se quiere casar contigo por eso, puedes estar siempre con nosotros.' Esa noche, cuando llegó mi papá, al enterarse, se puso como loco, dijo que los buscaría para cobrarse la afrenta. Fue como si envejeciera de repente, se veía más cansado que de costumbre, aunque no expresara sus sentimientos, nos dábamos cuenta de que lo que nos había pasado le dolía en el alma. Yo, por ser la más pequeña, era entonces la consentida de mis papás y mi violación les dolió más que nada. Pasó el tiempo y una tarde mi papá nos llamó a mi hermana y a mí y nos dijo: 'Ya enfrenté a los que las violaron y maté a uno de ellos, el otro ya me las pagará tarde o temprano.' Yo pensé en ese momento que su venganza nunca podría devolverme mi honra, pero si eso le consolaba, pues ni modo.



"En aquel entonces las mujeres no opinábamos, únicamente obedecíamos, así que yo no le dije nada. En medio de estas experiencias tan difíciles, mi mamá siempre nos apoyó, nos aconsejaba, nunca nos maltrataba. Ella nos decía: 'Suficiente con su padre mis niñas, como para que yo también las chicotee[6].' Mi papá en cambio, era muy duro, él decía: 'Yo ordeno y ustedes obedecen.' Cuando él gritaba, todas temblábamos. Tal vez es por eso que ahora, si alguien del sexo masculino me grita, siento mucho miedo y empiezo a temblar. Había mucha violencia en mi familia, mis padres no se llevaban bien. Hasta parece que aún escucho la voz de mi mamá diciéndole a mi padre: 'No les grites a las niñas viejo, o de grandes van a ser muy burras' y mi papá le contestaba: 'Así es como tiene que ser, tú no te metas, nacieron mujeres, ahora se aguantan.' Pero los gritos no eran nada comparados con la manera en que golpeaba a mi mamá, ella no se defendía, sólo aguantaba y cuando le preguntaba por qué le pegaba, él le decía: 'Las mujeres sólo sirven para criar hijos y atender al marido.' Para él, ni nosotras ni nuestra madre teníamos ningún valor. Con esa idea nos quedamos mis hermanas y yo."

Toma un respiro en su narración y trata de encontrar en su memoria algún recuerdo grato que pueda compartirme para compensar todo el dolor y el sufrimiento de lo que me ha contado y continua relatando. "Pero tengo también recuerdos bonitos de mi niñez. De niña me encantaba andar en burro, subirme a los árboles. Cuando me mandaban por el agua, me entretenía bañándome en el río. Cómo me gustaba sentir el agua sobre mi cuerpo. No importaba que fueran apenas las seis de la mañana. Entre los recuerdos simpáticos que tengo de mi niñez, está aquella vez que

6 Chicote: instrumento de piel utilizado para el castigo.

me mandaron a cuidar pípilos[7] al monte. Tenía más o menos diez años, estaba chica y no sabía mucho de eso. Un día se me escaparon los pípilos, intenté detenerlos y maté a uno. Estaba muy asustada, no sabía qué hacer. Estaba segura de que mi papá me molería a palos. No tuve alternativa, tenía que buscar una excusa y como a veces los cerdos se comían a los pípilos, pensé: 'Haré como que se lo comió un cuchi[8].' Tomé una piedra de regular tamaño y con esta le pegué en la cabeza hasta desprendérsela del cuerpo. La idea era que pareciera como si el cerdo lo hubiera hecho. Llegué con ese cuento a la casa y me lo creyeron. Pero otra vez, por estar subida en un guaje no me di cuenta y se me perdió otro. Como la vez anterior, dije: 'El gavilán se lo llevó amá.' Mi mamá ya no dijo nada al respecto, pero desde entonces no volvió a mandarme a cuidar a los pípilos, porque según decía, yo se los mataba.

"Después, cuando fui más grandecita, como a la edad de 13 años, me junté con el que fue mi marido. Sufrí mucho porque mi suegra no me quería y a escondidas de mi marido me golpeaba, llegó a descalabrarme con una cuchara de madera. Yo era muy chica y no entendía que eso no estaba bien." Flor de Nochebuena se queda pensando y me explica que tal vez si hubiera hecho mejor las cosas, su suegra la hubiera querido. Prosigue su relato: "Siempre vociferaba: 'le voy a decir a tu macho para que te golpee.' Yo siempre respeté a mi suegra pero ella nunca me quiso. Pero mi esposo sí me quiso a pesar de que le decían que yo era muy fea, una india negra e ignorante. Pero con el tiempo él empezó a cambiar conmigo y me golpeaba, hasta que mejor me fui con mis padres. Después me di cuenta de que estaba embarazada. Pero el bebé no nació a consecuencia de tantos golpes. Un día conocí a otro muchacho y me junté con él, procreé 15 hijos, de los cuales me viven 10; el resto murió por diferentes causas, ya que éramos muy pobres, y a veces no alcanzaba la comida, entonces comíamos tortillas con chiles unos días y otros no. Los mayorcitos eran los que se aguantaban el hambre con frecuencia. Mi marido siempre me golpeaba con todo, y a mis hijos también. Decía que así tenía que ser, porque no le gustaba que buscara el pan para mis hijos, porque lo iba a engañar con otro, cosa que nunca pasó por mi mente así que nos aguantábamos el hambre. Algunas veces me metía a las milpas para tener un poco de maíz y así hacerles tortillas con sal. Más tarde me nació una niña enfermita. Jamás pudo caminar ni creció como debía. Mi esposo decía: 'Ruégale a Dios que se muera, ¿para qué quieres una hija así?. Yo contesté 'hasta que yo muera velaré por mi muchachita.'

"Empezaron a crecer mis hijos y cuando le pedían comida a su papá, él los drogaba. Se llevaba al campo a los más grandes, para que lo ayudaran a trabajar. Esto hacía cuando no lo dejaban en paz. Mis hijos_ contaban con 8 y 10 años. Yo no podía decir nada porque eran golpizas que me daba si quería defender a los chamacos. En una ocasión me dije que ya no me importaban los golpes y me fui a cortar zacate; me pagaron 50 pesos por todo el día; me pagaban por día, con eso podían comer aunque fuera frijolitos mis hijos. Tenía que cruzar ríos. Un día el agua me arrastró cuando quise cruzar un río con mi niño; dejé que la corriente me arrastrara, pero no solté a mi chamaquito hasta que Dios quiso que me atorara en unas ramas y más tarde, con mucho trabajo, pude salir del río.

"Una tarde llegó mi hermana y me preguntó que si mi marido tenía marihuana; le contesté: 'No sé. Al rato viene y ya le pregunto.

7 Especie de ave criada para su consumo, guajolote, pavo.
8 Cerdo.

Vuelve por la noche.' Cuando ya estaba mi marido no le quiso dar. Mi hermana me dijo 'es que mi hijo quiere tantita. Sabes que él es adicto.' A mí me dio pesar y le di de lo que le encontré a mi marido. Después llegó la policía y me dijo que estaba detenida por venta de drogas. Yo no hablaba español y casi no entendí que decían los judiciales.

"Ellos me explicaron que dijera que le vendí marihuana a mi hermana y les dije: 'Pero no le vendí, le regalé.' No supe lo que escribieron, porque ellos hicieron mi declaración y cuando me llamaron para recibir mi sentencia me dijeron que pasaría diez años aquí. Tengo ahora seis años. Durante este tiempo algunas compañeras se apiadaron de mí y me corregían mi español. Me enseñaron nuevas palabras. Con lo poco que aprendí de ellas he logrado comunicarme, pero sigo sin entender qué fue lo que realmente pasó. Cuando llegué a este lugar algunas se burlaban de mí porque no podía hablar el idioma. Otras me hacían males o cobraban de más, sabiendo que yo no sé hacer cuentas. Pero hubo otras que pelearon mi causa.

"Ahora ya más tranquila bordo mis servilletas que más tarde vendo a cambio de cosas que necesito. Espero el transcurrir del tiempo y algún día reunirme otra vez con mis chamacos y mi niña enfermita, a los que extraño mucho porque desde que llegué no los volví a ver. Espero con Dios que los encuentre bien y todavía me recuerden."

Así terminó Flor de Nochebuena su historia, un testimonio de las muchas injusticias que como mujer, pobre e indígena, le tocó vivir desde que nació. Lo que aprendí a lo largo de nuestras múltiples conversaciones me hace verla a ella y ver la vida misma con otros ojos. Si alguien me preguntara porqué la elegí a ella para contar su



historia, la respuesta sería que, desde el primer instante en que la vi, supe que ella tenía algo que enseñarme. Supe que sería la fuente para plasmar a través de su relato, la historia de una pequeña heroína. Sus experiencias buenas y malas y la manera en que ha crecido como persona con este sufrimiento, me han hecho pensar en cómo una oruga insegura se convierte en una espléndida mariposa tenaz, emprendedora, siempre sonriente ante lo adverso. Como el ave fénix, ha resurgido ante la adversidad de la prisión, volviendo a nacer de entre las cenizas. La escucho y me reanima, en momentos de angustia me ayuda a renovar mis fuerzas.

Quiero agradecerle con este escrito a Flor de Nochebuena todo lo compartido, y aunque el destino algún día nos separe, por siempre el recuerdo de nuestros diálogos y su ejemplo me ayudarán a recuperar la energía que me mueve a continuar.

**Una mujer con mucho miedo**
*Rosa Salazar*

Había una mujer que le tenía mucho miedo a su esposo, porque la maltrataba psicológica, moral y verbalmente. Su vida estaba llena de malos tratos, de falta de cariño, de falta de comprensión.

Sin embargo, ella lo amaba a pesar de los golpes; lo perdonaba y no escuchaba sus palabras groseras. Un día él le regaló un celular, pero era sólo para controlarla, pues quería saber siempre donde estaba. Se ponía furioso si no la encontraba. En su enojo, él le rompía la ropa y la lastimaba, era un hombre muy malo. Ella era una mujer con mucho miedo. No se valoraba, no sabía lo que valía como mujer. No sabía que ella merecía que la amaran, no que la humillaran, que la respetaran, que fueran amorosos con ella.

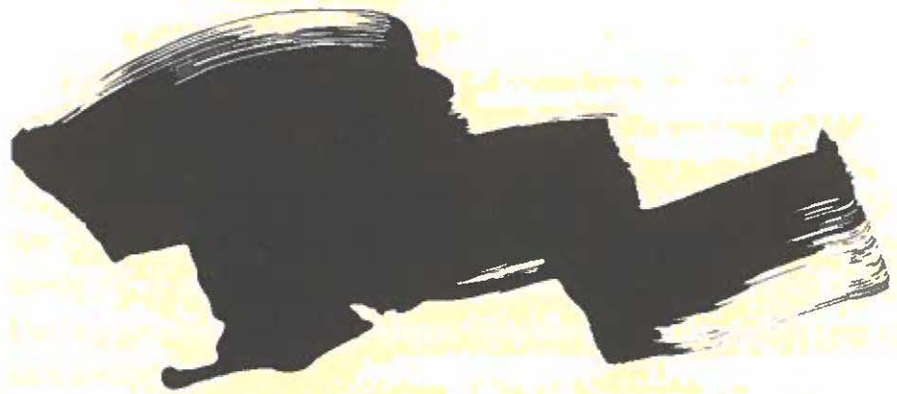
Ella no sabía que merecía que correspondieran a sus caricias, que dialogaran con ella, que la amaran. No lo sabía, porque era una mujer con mucho miedo.



**Hoy enfrento el dolor con valentía**
*Amatista Lee*

El escribir o ser parte del taller de Historias de vida me ha dado la oportunidad de desencapsular recuerdos enterrados en mi memoria. Al escuchar las historias de distintas compañeras, que todo el tiempo han estado compartiendo conmigo en el cautiverio, me doy cuenta de cómo había pasado desapercibido para mí su pasado, el por qué de su estancia en este lugar. Pero el escuchar hablar de sus tristezas, soledad, penurias y demás cosas de boca de quienes escribo sus historias, me impulsa a desenterrar mi pasado sin temor a burlas.

Hoy enfrento el dolor con valentía. Quizá hace año y medio podía haberle parecido a Elena de Hoyos una rata insegura, con miedo, pero ahora entiendo que a todas nos sucede algo que nos deja heridas. Las mías van sanando poco a poco, sé de antemano que esto es un proceso, tal vez un poco largo, pero, también sé que no estoy sola, gracias a Aída y a Elena lograré llegar a la cima.



## 2. Altagracia:
## Acepté hacerlo, a pesar de mi miedo

*Carlota Cadena*

Éste es un día muy hermoso pues estamos en el mes de marzo. Es día 26 para ser más exactas, es el inicio de la primavera y se puede sentir en el ambiente. Desde temprana hora los pajarillos con sus trinos y sus cantos, con su alegre revolotear, nos anuncian que algo está cambiando.

Aquí en el Cereso, estos cambios de clima hacen una verdadera diferencia en el ánimo de todas las que estamos aquí adentro. El esplendor del sol al salir, me recuerda que este es un día más y que tengo que iniciar con mis actividades.

Decido ir a buscar a Altagracia para empezar a escribir su historia. Ella suele sentarse en el área de vinculación, donde se frecuentan las sentenciadas, pues es más amplio. Se encuentra a espaldas del Cendi (pequeña escuelita para los hijos de las internas), yendo del dormitorio hacia abajo, a mano izquierda. De alguna manera se han ido formando grupos al interior de la cárcel y cada grupo escoge un espacio en donde acostumbra ubicarse. Altagracia se sienta con las señoras pueblerinas, que buscan la sombra del guamúchil para ponerse a coser o hacer artesanía. Desde el guamúchil se pueden ver los juegos en donde los niños salen a divertirse y siempre se están escuchando los ruidos de los pájaros. Creo que en este pequeño jardín, es el lugar en donde nos sentimos más libres.

El verde de los árboles, los pájaros que en ellos anidan y las risas de los niños que llegan desde su área de juego, nos hacen sentir que no estamos encerradas.

Llego al área de vinculación y empiezo a buscar con la mirada a mi compañera Altagracia. Ahí está ella, de frágil figura y mirada profunda, que refleja también entusiasmo. Está haciendo su trabajo de tejido sentada en una silla, por su corta estatura deja sus piecitos colgando, ya que si se sienta bien, no alcanzan a tocar el suelo. Cuando me ve, sonríe y deja que me acerque.

Ha aceptado compartirme su historia, la conozco poco, pero las veces que hemos hablado, ha sido muy cordial conmigo. Sé que es indígena de Guerrero, que no sabe escribir y esto me hace decidirme a invitarla a escribir su historia. Empezamos por su niñez y como muchas mujeres del campo, me describe la manera en que de niña se convirtió en mujer casándose a muy temprana edad. Comienza la narración:

"Me llamo Altagracia. Soy hija de Fernanda Pérez y del señor Pantaleón Vargas. Nací en el estado de Guerrero. Mi pueblo se llama Tlacotepec, municipio de Tlacoapa, donde se habla el idioma tlapaneco. Me crié con mis abuelos. Éramos tres hermanas; yo era la mayor y me crié en el campo, pues yo cuidaba las chivas y después de cuidarlas, huerteaba. Desde los ocho años ayudaba en la huerta, sembraba picante, cebolla, ajo, sandía, melón, tabaco. Cuando tenía solo 11 años tuve mi primer novio, me rogó mucho para que me casara con él y finalmente a los trece años acepté ser su esposa. Viví muy feliz una corta temporada, pues lo mataron tres meses después de que nos casamos. Murió víctima de los problemas de mi propia familia. Yo sufrí mucho con esta pérdida. Una de mis tías que se llamaba Avelina, había dejado a su marido y él para vengarse de mi familia, decidió robarme para hacerme su mujer.



"El rumor corrió en mi pueblo y esto me decidió a casarme, pero nunca pensé que mi decisión le iba a costar la vida a mi esposo, pues como el marido de mi tía no pudo llevarme a la fuerza terminó asesinándolo a él. Como es costumbre en mi pueblo, después de la muerte de mi marido, estuve otros dos meses viviendo con mis suegros, pero después de un tiempo decidí regresar con mi familia. Primero volví a la casa de mis abuelos, pero tenía que ganarme la vida y me fui a trabajar con unos tíos, allí estuve durante un año, pero luego regresé a mi pueblo. Allí regresé de nuevo a trabajar la huerta de mis abuelos y fue cuando estaba ayudándoles a ellos con la huerta que conocí al papá de mis hijos. Me anduvo hablando como un año, fuimos novios, y después a mis 16 años comenzamos a vivir juntos. Tuve un total de once embarazos, pero sólo ocho hijos me vivieron. A los 17 años nació mi primer hijo, Francisco. Mi marido trabajaba en el campo y yo en la casa hacía ollas, pues mi suegra hacía trastes de barro y me enseñó el trabajo de alfarería.

"Al año y medio tuve otra hija, Juana. Después de otro año y medio nació María. Exactamente 18 meses más tarde tuve otra niña que murió a los tres días de nacida. Durante este embarazo tuve un susto muy grande, pues unos hombres se querían llevar a una prima a la fuerza. Pienso que ese fue el motivo de la muerte de mi hija, pues después del susto le di el pecho. Año y medio después nació mi hijo Gerardo y a los 18 meses, mi hija Rosalba. Luego nacieron Patricia, Carmela y un niño que se llamó Adelfo. Mi décimo hijo se llamó Abel, pero él y Adelfo murieron casi al mismo tiempo, pues se enfermaron de sarampión. Lo recuerdo con mucha tristeza porque murieron por falta de atención médica y aunque hice lo que pude, los remedios caseros no funcionaron y mi marido me decía que él no podía hacer nada, pues no creía que de sarampión se fueran a morir. Y así fue que uno murió el 2 de marzo y otro el día 3.

"Año y medio después de la muerte de esos dos niños me embaracé de un niño al que le puse por nombre Sabino. Apenas tenía tres meses mi bebé cuando salí embarazada de nuevo y nació mi hija pequeña a quien llamé Natalí. Después de este parto nos fuimos de Guerrero hacia Cuernavaca y llegamos a vivir a los patios de la Estación, colonia El Vergel, allí mi marido comenzó a trabajar de albañil, pero como eran ocho hijos aparte yo y mi esposo, diez miembros en la familia, el dinero no alcanzaba. Yo veía que las cosas iban de mal en peor, pues tenía que mandar a mis hijos a la escuela, vestirlos y calzarlos. Me puse a hacer tamales, atole y pan y salí a vender. También mandaba a los niños a vender tamales, a que me ayudaran a sacar lo del gasto. Me levantaba a las 5 de la mañana y a las 10 ya estaba horneado el pan.

"Después del pan, seguía con los tamales y el atole. Era muy pesada la vida para todos en la familia, los niños desde chicos empezaron a trabajar, pero mi marido al ver que yo me buscaba la vida, se hizo más flojo y desobligado, pues había temporadas de más de un año en las que no trabajaba y yo llevaba todos los gastos de la casa. Pagaba agua, luz, las cooperaciones de la escuela de mis hijos. Fue en esta época, en la que las cosas se habían puesto muy difíciles para la familia y apenas si podíamos sobrevivir con la venta del pan y los tamales, que una mujer llamada Alondra se acercó a mí. Ella se había dado cuenta de lo mucho que trabajaba y lo poco que ganaba y me dijo que se compadecía de mí y que por eso me iba a ayudar a ganar un dinero extra y me propuso vender droga.

"Cuando salía a vender mi pan, ella me entregaba la droga. Nos veíamos en un baldío cerca de mi casa, pues yo nunca supe a donde vivía. Se me hizo fácil, pues después de tantos años de trabajar y sufrir carencias, pasar por tantas necesidades, acepté hacerlo a pesar



de que tenía miedo. Ella me convenció que de esa forma pronto iba a salir de pobre. No me costó trabajo convencer a mi marido, pues él era el más interesado en que yo tuviera otra entrada de dinero, pues se daba cuenta de que con este nuevo negocio siempre había dinero en la casa y él menos necesidad tenía de trabajar. Pero lo más triste fue que como al mes o al mes y medio de que yo había empezado a vender la droga, me cayeron los judiciales. También

había puesto en mi casa un pequeño estanquillo y vendía cerveza, refrescos, dulces y cohetes. Y cuando iba a despachar unos cohetes, llegaron los judiciales y nos agarraron a mi hija Juana, a mi marido y a mí. Mi hija también vivía ahí en el mismo terreno, tenía su casita donde vivía con sus seis chamaquitos y estaba embarazada.

"Tengo resentimiento con el papá de mis hijos, pues él tuvo la posibilidad de ayudar a mi hija Juana para que se fuera y en vez de hacerlo la hundió más con sus declaraciones. No se puso a pensar que tenía a sus chamaquitos todavía muy chicos y que les iba a hacer mucha falta. Traicionó a su propia hija, y en vez de defenderla, la

echó de cabeza. Él, que era quien más se beneficiaba de mi trabajo, se fue de los separos[9]. En cambio mi hija y yo nos quedamos presas.

"Pues yo declaré que él no sabía nada y que nada tenía que ver con mi negocio. Además estaba enfermo y yo quería que se fuera, pues pensé que así mis hijos contarían con el apoyo de su padre. Pero no fue así como yo pensaba, ya que desde el momento en que yo caí aquí él se encargó de terminar con lo poco que yo había logrado obtener allá afuera. Con el fruto de mi trabajo, con la tiendita que tanto me costó levantar. Empezó vendiendo los trastes, el refrigerador, las ollas que yo había comprado para mi negocio y terminó vendiendo hasta los muebles. Por último se deshizo del terreno en donde mi hija y yo teníamos la casa. Nos quedamos sin nada.

"Lo bueno es que a mi hija Juana le dieron la sentencia mínima de cinco años. El año pasado salió libre. Lo malo es que yo me quedé. Tengo ya siete años en este lugar y me dieron de sentencia 10 años y 100 días. Cada día pienso hasta cuando voy a salir de este lugar. Pero a pesar de estar presa le doy gracias a Dios porque tengo 58 años y cuando llegué aquí no conocía las letras y en estos años he aprendido muchas cosas buenas, he aprendido que valgo mucho como persona y esto me da fuerzas para salir adelante con los trabajos que hago. Aquí tejo, bordo, hago servilletas, manteles y voy a la escuela. También estoy aprendiendo a hacer bordado con listón. Sin embargo, estoy muy sola, pues no cuento con el apoyo de mi familia, no como yo quisiera."

9 Celdas en las Alcaldías de Tribunales (Procuraduría de Justicia en México), donde se mantiene separados a los delincuentes.



**UNA HERMOSA ESCUELA**
*Rosa Salazar*

Aunque yo no tuve estudios, aquí he aprendido. Aunque mis padres sean indígenas, quiero desenvolverme, ser abierta. La cárcel es una hermosa escuela, conocí a mis compañeras y llevo un bonito recuerdo de ellas y mis custodias. Deseo superar mis miedos.

No voy a llorar por nadie, aunque se rompa mi corazón porque yo voy a salir adelante contra viento y marea, me voy a demostrar a mí misma que nadie me va a destruir, porque soy fuerte y voy a salir adelante. He tenido buenos maestros, gracias a ellos voy a luchar por triunfar en la vida. Gracias a Dios por darme fortaleza inteligencia, yo soy feliz de estar aquí en la cárcel, porque conocí de todo en mi vida.

**3. Morelitos:**
Su palabra contra la mía

*Amatista Lee*

Cuando observo tu lento andar y figura de aspecto frágil, pienso en todo lo que debiste caminar por la vida. Es esta experiencia la que ha hecho de ti un contenedor de sabiduría y tal vez por mi deseo de transportarme al pasado, de conocerte mejor o simplemente de adquirir un poco de esa sabiduría que al pasar de los años has sabido utilizar, es que decido invitarte a escribir tu historia. A ciencia cierta, no sabría decirte por qué, pero aquí estoy, tratando de hacer posible que por este medio te conozcan Morelitos, desnudando, tal vez, parte de tu introspección.

Me encuentro dentro de la celda de Morelitos, como todas nuestras celdas es un lugar pequeño, de aproximadamente 3m por 2m, contando baño y cama. La cama es tan solo una plancha de concreto con una esponja que hace las veces de colchón. Hay también una mesita donde comer, arriba de ésta hay una repisa que le sirve para poner sus pocas pertenencias.

Me invita a sentarme y a tomar un vaso de agua y así comienza por decirme que nació en Huizacotla, municipio de Atlixtac, Guerrero. Sus padres también fueron oriundos del mismo lugar. Ahí nacieron y murieron. El rancho se componía de unas cuantas casitas hechas de palma y lodo, sin muebles. Me describe su vida en este pueblo diciendo: "Dormíamos en un petate; comíamos sobre él. Cocinábamos afuera en un fogón y en tiempos de lluvia

lo hacíamos adentro. El rancho estaba alejado de las poblaciones grandes, estábamos rodeados por cerros. Cuando necesitábamos abastecernos de nuestras cosas, caminábamos hasta el pueblo. Ahí no teníamos doctor o drenaje, menos luz y agua potable. Para conseguir agua teníamos que acarrearla en burros, si tenías bestias y si no pues a pie. Nos hacíamos aproximadamente 30 minutos de la casa al ojo de agua. Nuestro trabajo consistía en sembrar maíz, calabaza y frijol, de eso nos alimentábamos. También se pastoreaba ganado, chivos; otros criaban pollos. La gente de mi pueblo habla en su mayoría náhuatl. Entre mis recuerdos gratos está la vida en mi rancho, era una vida tranquila, casi todos nos conocíamos y la gente era muy amigable. Aunque también había cosas que no me agradaban y que siguen existiendo, por ejemplo, el que no haya luz, agua potable, doctor, escuela, alumbrado público y algunas cositas que se necesitan para vivir bien. Nosotros éramos en esa época 6 miembros de la familia, mi papá, mi mamá, mis dos hermanos, mi hermana y yo. Yo era la última de todos. Mi mamá y yo llevábamos una relación estrecha. Se podría decir así porque en lugar de renegar de mi sexo siempre decía: 'Qué bueno que fuiste mujercita, así tendré con quien platicar sin sentir vergüenza de algunas cosas.' En cambio mi papá fue más pegalón[10] y nos gritaba por todo, casi siempre se encontraba de mal humor."

Mientras la escucho describir a su padre, pienso en mi propio papá, en la suerte que tuve de no tener un padre violento, por el contrario, me sentaba en sus piernas para cantarme *Amor chiquito* y yo me sentía su princesa. No sucedió así con Morelitos, quien me relata una infancia con violencia. Dice además: "Mis papás siempre

10 Golpeador.



se mordían entre ellos. Cuando no era la manita[11] del metate, era su cinturón el que iba a dar a la espalda de mi mamá. Algunas veces porque le faltaba sal a la salsa, otras porque no estaba su comida en el momento que lo pedía." Interrumpo su narración y le comento que en mi casa también pasaba esto. Pienso que eso era lo más común entre los matrimonios de antes, porque entre mis padres pasaba exactamente lo mismo. La diferencia es que los míos peleaban por dinero, mientras nosotros permanecíamos como espectadores.

Al oírme, Morelitos apunta: "Sí, pero a ti no te tundían[12], y eso hace la diferencia." Luego continúa su relato: "De pequeña recuerdo que me gustaba mucho jugar en el campo. Lo aprovechábamos mis primas y yo para corretearnos en los claros del campo. Las veces cuando nos mandaban a cuidar los chivos, nos poníamos a jugar; la mayor parte del día nos la pasábamos cortando flores, bañándonos en el río o simplemente nos echábamos de panza debajo de un árbol a platicar de los muchachos que vivían por ahí cerca. Creo además que esos fueron mis mejores años. Pero también tengo recuerdos tristes de mi niñez, como el no tener con que vestirme. Mi pobre madre guardaba los costales de azúcar que conseguía por ahí, para hacernos unos trapitos que nos taparan el cuerpo. Nunca usé zapatos y a veces se me hincaban las piedras en los pies o se me metían las espinas, entonces me sentaba para sacarme las espinas de los pies y poder seguir caminando.

"Recuerdo muy bien que le pregunté a mi mamá cómo nací, y ella me dijo: 'Aquí no hay forma de pesar a los recién nacidos, sólo decimos si está gordito o pellejudo[13]. Tú estabas muy chiquita y

11 Pieza cilíndrica de piedra, el cual se usa contra el metate para moler los granos u otro elemento presionándolos entre ambos para romper el grano.
12 Golpeaban.
13 De bajo peso.

pellejudita, hasta se pensó que no te lograrías, pero gracias a Dios aquí estás, a pesar de que la partera no se encontraba cerca. Cuando empezaron los dolores, en medio de la noche, sin más compañía que mi machete, tuve que caminar como una hora. El regreso ya lo hicimos en bestias.'

"No era motivo de celebración un nacimiento, sólo aumentaba el trabajo y escaseaba la comida. Así, un acontecimiento de esos, lejos de sentir alegría, nos enfadaba, peor aún si nacía niña, decían: '¡Ay, otra vieja! Esas nada más dan guerra, no sirven para nadita la cosa.' Pero si nacía un niño los comentarios eran de felicitación para el papá. Se oía decir: 'Ora sí, un machito pa que nos ayude en el campo y nuestro apellido no se pierda. Ojalá nacieran puros machitos.'

Sin embargo, me comenta Morelitos "Mi mamá era distinta, ella me decía: 'Qué bueno mi'ja que naciste mujer; así me canso menos con el quehacer de la casa.' Me pegaba a veces porque no teníamos que contestar al regaño, tuviéramos razón o no; también por mirarlos a la cara cuando nos llamaban la atención. Eso siempre sucedía con mi papá. Casi siempre me trató como a alguien más en la familia. Nunca me hizo cariños o me habló de otra manera. Siempre me dijo: '¿Por qué tuve viejas?' Mi papá era el que más me pegaba, pero nunca hubo alguien para defenderme ¡Jamás! Ni mi madre se atrevía a llevarle la contra, a ningún un hombre, menos aún, si se trataba del jefe de familia.

"Con mis hermanas me llevaba mejor, platicábamos de mil cosas y casi siempre jugábamos juntas. No así con mis hermanos, ellos se mantenían a distancia, pues pensaban: 'Los hombres no juegan con las viejas, ellos sólo deben andar y jugar con niños, si no se hacen amanerados.' No recuerdo bien si peleaban o no, yo no me fijaba



mucho en ellos. Recuerdo que un día mi hermana no se fijó y pisó a un pollito y lo mató. Para que no se dieran cuenta de lo sucedido, hicimos un hoyito, lo enterramos hasta con flores y cruz. Cuando llegó mi papá nos pegó tanto que hasta ahora no se me olvida, él dijo: 'En vista de que nadie fue, les voy a pegar a las dos.' Y es que yo no quise delatar a mi hermana, por eso cuando me preguntó yo le dije: 'Es que no sé apá.'

La escucho y yo regreso a mi infancia para preguntarme: ¿Valió la pena haber crecido en un colegio interno? Quizá no habría recibido tundas, pero siempre creí que lo mejor era tener a sus padres cerca. Morelitos interrumpe mis pensamientos para contarme: "En aquel entonces sólo hablaba náhuatl, pues fue mi primer idioma. Ahora a fuerza de sobrevivir he tenido que aprender a medio hablar español. Entre mis hermanos y yo el trato era distinto, por ejemplo a mis hermanos se les servía más porque mi madre pensaba que ellos eran los que más trabajaban, mientras que a nosotras no ya que para mis padres sólo servíamos para criar hijos. Del mismo modo, cuando ellos llegaban de trabajar se acostaban a descansar y las hermanas teníamos que seguir con el quehacer. Lo mismo sucedía siempre que los chamacos se iban al campo y nosotras las mujeres rara vez lo hacíamos. Por lo general ayudábamos al acarreo de agua, lavar la ropa de todos en el río y moler nixtamal[14] en el metate para hacer las tortillas. Allá en mi pueblo no había molino, ni escuelas, tampoco clínica, es por eso que nunca fuimos a la escuela. Oíamos a nuestros padres decir: 'Mejor tener la barriga medio llena, que la cabeza llena de letras.' Así es que ni malos o buenos ratos tuve de estudiante, ya que nunca pisé una escuela en lo que conocí.

---

14 Granos de maíz que se mezclan con agua y cal, y se muelen para preparar tortillas.

"La vida en el rancho no daba para tener grandes planes; ahí no se pensaba en otra cosa que no fuera sobrevivir. A las niñas, desde pequeñas, se nos enseñaban manualidades; a los hombres casi siempre los llevaban al campo y a las mujeres se nos enseñaba a vender el producto manual. Otras veces, se nos cargaba con flores y hortalizas para venderse o cambiarse por frijol, entre otras cosas. En las fiestas del pueblo los niños participábamos poco, generalmente lo hacían los adultos o jóvenes. Las fiestas del pueblo eran escasas, porque el dinero era poco, sólo a los santos que creíamos más importantes se les festejaba, como el 12 de diciembre, una celebración que a mí me gustaba mucho, porque se hacían danzas en honor de la Virgen de Guadalupe y la gente se disfrazaba de animales, moros, de algunas deidades ancestrales; también había vaqueros. Pero no todas las personas podían participar en estas danzas, esto generalmente se sorteaba. Los niños éramos enseñados a respetar al mayor y si éste nos gritaba o agredía no podíamos decir nada; las quejas se las dábamos a los padres, ellos sabían qué hacer. El trato entre niños y niñas era diferente; al niño siempre se le decía que él era el que mandaba en la casa y a nosotras se nos decía que al hombre no se le contesta y que es una bendición tener hijos, porque de lo contrario no sirves para nada. Nuestra religión decía que el jefe de familia es el hombre. Todos cuando podíamos asistir a la iglesia, lo hacíamos a una sola. No había más que una y era la católica.

"Cuando acudía al catecismo la monja nos decía: 'No es bueno cambiar de marido; una mujer decente sólo se casa una vez y para siempre, le salga como le salga el marido. Para ser una buena mujer tenemos que aguantar nuestra cruz.' En ese entonces el cortejo se trataba de atajar a las muchachas. Si una muchacha le gustaba a alguien, la espiaba al salir de su casa y por allá le tapaba el paso; esto



sucedía unas cuatro o más veces hasta que la muchacha aceptaba ser su novia. Los noviazgos se hacían sólo verbales ¡Jamás podías agarrarle la mano al novio ni mucho menos darle un beso en la boca! El noviazgo era para platicar nada más, ya fuera a escondidas o con el consentimiento de los padres. Los noviazgos no siempre eran con planes de matrimonio; a veces, pues si no se entendían, cortaban la relación.

"Recuerdo mi primer prometido. Cuando me dijo que fuéramos novios, yo sentí muy bonito; enseguida él me pidió un regalo como señal de pacto, yo le di uno de mis aretes y a cambio me dio su pañuelo, quizá hasta hoy seguiríamos casados, pero las tradiciones de mi pueblo no me lo permitieron. El que después se convirtió en mi esposo, fue el encargado de separarnos, todo con el pretexto de que no podía casarme con un fuereño. Un día que hubo un baile en mi comunidad, él se enteró de quien era mi novio, entonces lo correteó en compañía de otros, argumentando que los fuereños no podían tener novias del pueblo, porque las muchachas éramos sólo para los de ahí. Hasta la fecha lo sigo recordando con mucho cariño," me dice Morelitos.

Continúa con su narración y con un poco de tristeza me cuenta que en su adolescencia no le explicaron nada de la menstruación. Me describe esta primera experiencia traumática diciéndome: "La primera vez que sangré me asusté mucho. Sentía vergüenza a la vez, porque habíamos ido a otro rancho donde mis papás fueron invitados, así que yo no sabía qué hacer o porqué sangraba. Como mi ropa se manchó, mi mamá discretamente me llevó un trapo. Después fuimos a un rinconcito donde nadie nos viera y me dijo como debía usarlo, pero sin explicarme el porqué de lo sucedido."

¡No puedo creerlo!, le dije a Morelitos. A mí, mi mamá me lo explicó desde antes que llegara el momento, así pues, cuando

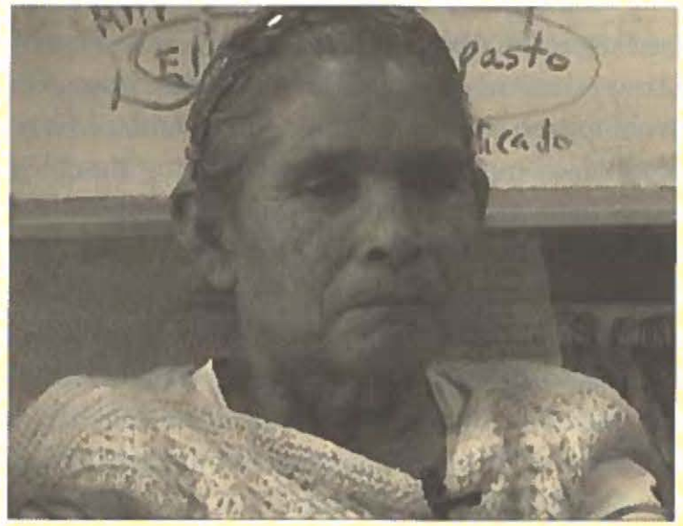
tuve mi primer periodo corrí a decírselo a mi papá y éste salió a comprarme toallas. No hubo necesidad que me dijeran como usarlas, porque desde antes sabía el procedimiento. Morelitos un poco sonrojada retoma el tema y dice: "Tú porque eres de ciudad, pero en mi rancho era otra cosa; únicamente la abuelita nos decía que no tomáramos cosas agrias o muy frías para evitar los cólicos, pero nada más.

"Poco después de mi primera menstruación me casé. Fue entonces cuando conocí las relaciones sexuales. Mi novio primero me llevó a la fuerza, por allá en el campo me agarró. Yo gritaba mientras corría, pensé que tal vez sentiría lástima por mí y ya no me haría nada, pero entre más suplicaba, él se ponía como loco. Y por fin logró su propósito. Para mí no fue algo agradable, todo lo contrario, sentí asco, en lugar de quererlo, lo aborrecí. Yo llegué a pensar que eso siempre pasaba entre parejas. A consecuencia de eso me casaron. Obedecí el mandato, pero no entendía por qué tenía que quedarme para siempre con ese hombre que me había lastimado, si yo sólo quería seguir siendo niña y no señora con obligaciones e hijos.

"Mi madre nunca me habló de lo que me pudiera pasar o cómo debía actuar. En su momento ellos nada más hablaban de la pobreza y los problemas en la familia. En el rancho, si una mujer sostenía relaciones antes de casarse o las tenía pero no se casaba, se quedaba así hasta hacerse vieja. En ese entonces no se admitía a una muchacha que no fuera virgen. Todo lo contrario, si se sabía que ya habías tenido relaciones y no te habías casado, te excluían de los grupos de señoritas y los muchachos en los bailes no te sacaban a bailar. Generalmente una mujer que ya no era virgen y seguía soltera, andaba exclusivamente con casados. Lo que yo aprendí en mi pueblo es que la mujer casada no puede andar con otros; ella



debe darse a respetar y guardarse únicamente para el marido, de lo contrario no es digna de juntarse con las señoras casadas. Pienso que esas mujeres no valen nada. En mi comunidad no había actividades de diversión. Casi siempre aprovechábamos el tiempo trabajando en el campo, ya sea trabajando en hacer cinta para sombrero, cortes de alguna flor; en sí, no había muchas obligaciones. Cuando se llevaban a cabo las fiestas del pueblo, los jóvenes teníamos poca participación. Una de ellas era acompañar a los adultos en los rezos, repartir colación y limpiar cuando se terminaba.



"En mi pueblo las diferencias entre hombres y mujeres eran muy marcadas y desde pequeñitos nos educaban de manera muy distinta y las reglas que teníamos que seguir también eran diferentes. A nosotras no se nos permitía estar solas con el novio u opinar sobre labores del hogar, o decidir cuántos hijos deseábamos tener. No así a los muchachos. Ellos, por ejemplo, hacían lo que

querían, sin rendir cuentas de sus actos a sus padres, menos a la madre y llegaban a la hora que deseaban, no se les censuraba para nada, no se cuestionaban sus actos. Las muchachas decentes no debíamos reírnos con nadie. Allá como se usaba el rebozo, si alguien se te acercaba, nos tapábamos con él la cara y nos agachábamos sin contestar al muchacho, así que se cansaba y se retiraba.

"Los cargos no eran para chicos, se necesitaba tener edad adulta, de preferencia casados y señores grandes de edad madura. Nunca jóvenes, y mujeres ni mencionarlo, porque sólo servíamos para criar hijos y limpiar la casa. Si alguna mujer reclamaba su derecho a participar o a tener algún cargo, la sacaban de la asamblea entre insultos, risas y demás. Yo me casé a la edad de trece años. A mi esposo lo conocí ahí mismo en mi rancho, crecimos juntos. Mis recuerdos al lado de él fueron muy tristes, pues fue muy desobligado; me golpeaba por todo, argumentando que era por culpa mía. Por cada niña nacida eran reproches para mí. Decía que ni para parir servía. Nunca arrimaba gasto a la casa, pero eso sí, para golpearnos tenía esposa e hijos. Yo le decía: 'Aquí está mi lomo, desquítate contra él, pero a mis niños déjalos en paz.' Siempre pensé en dejarlo, pero él me amenazaba, diciendo: 'Si me dejas te mato o te dejo inválida, para eso eres mi mujer, aguántate. Además, quién te va a querer, ya no vales y estás llena de chamacos.'

"Mi pobre madre, cuando quería defenderme, se le iba encima; así que ella a veces prefería rezar para que no me golpeara tanto. A los catorce años nació mi primera hija, Reyna, para mí fue una experiencia muy bonita, en parte porque estaba muy chica y porque pensaba que así ya no me sentiría tan sola y el maltrato por parte de mi esposo sería más soportable. La llegada del resto de mis hijos hizo más llevadera mi vida. Nos quisimos mucho, ellos han sido siempre mi razón de vivir, mis confidentes, mi apoyo moral.



"Me acuerdo que un día me levanté más temprano que de costumbre, porque mi chamaco, el menor, deseaba comer guajes; entonces nos alistamos para ir por ellos. A mí se me ocurrió invitar a una de mis primas quien tiene un escuincle igual al mío, para que no se sintiera tan solo mi hijo. Llegamos donde estaban los árboles de guaje y enseguida los chamacos se pusieron a cortarlos. Más tarde almorzamos. Así después regresamos a la casa. Esto pasó en dos ocasiones. La segunda vez, llevé a mis cuatro hijos. Mi niña siempre quería andar tras su padre, pero a mí nunca me gustó. Soy de la idea de que prefiero cuidarla yo y no su papá.

"Entre otras cosas a los hombres los dejaba en libertad de hacer lo que les viniera en gana, al fin ellos no pierden nada. Pero a mi niña sí había que cuidarla más, pues ella sí tenía mucho que perder. A mí nunca me agradó golpearlos, muy de vez en cuando los chicoteaba porque no obedecían o porque hacían males, pero casi siempre nada más los regañaba.

"Pero con su papá era distinto, él siempre los golpeaba hasta dejarlos a veces desmayados. La esperanza de que él cambiara terminó, porque antes y después del nacimiento de mis hijos mi esposo siguió siendo el mismo. Mi niña en la casa me ayudaba con el quehacer, mientras yo prendía el nixtamal, ella amasaba la masa para hacer las tortillas. Los chamacos no hacían nada porque ellos son hombres y el quehacer de la casa es para las mujeres. Yo no hice diferencia entre mis hijos. Los quiero por igual y también me llevo bien con ellos.

"Hasta ahora recuerdo el día que llegué a este lugar, contaba con 63 años. Parece que fue ayer. Yo estaba unos días antes de mi detención trabajando en limpiar un terreno para más tarde poder sembrar. Por la tarde abordé el autobús que me llevaría a México.

¡Qué lejos estaba de pensar en que ese sería el último día en que vería mi choza![15] Mientras viajaba, pensé en todo momento en regresar a mi pueblo y sembrar para mi sustento.

"En esas estaba cuando aproximadamente a las 11 o 12 de la noche, no recuerdo bien, el chofer nos despertó y dijo que bajáramos del autobús. Al hacerlo me asusté mucho. Ahí frente a mí estaban incontables soldados. Enseguida nos rodearon. Para eso, en el rincón del autobús se encontraban unas maletas y como yo iba a un lado, me dijeron: '¿Esto es suyo verdad?;' les contesté que no, que sólo llevaba una bolsa con semillas, ciruelas, un poco de frijol chino que pensaba regalar a mi pariente. Así es como respondí. Pero ellos me dijeron: 'Cómo que no abuela, no se haga la chistosa, si usted viaja a un lado del bulto.'

"Por más explicaciones que di, fue su palabra contra la mía. Más tarde me llevaron a los separos, mis cositas y la supuesta carga no apareció, pero ellos se mantuvieron en decir que era mía. A los tres días me trasladaron al Cereso, donde alguien me leyó una supuesta declaración que yo hice, pero yo no había dicho nada, si con trabajos hablaba español. Por más intentos que hice para que entendieran que no había dicho la mayoría de cosas que estaban ahí escritas, no me creyeron y me sentenciaron a once años y ocho o nueve meses. La reacción de mi hijo fue de llanto e impotencia, pero él no podía hacer nada por mí, porque él también está en las mismas circunstancias que yo. Aquí la única visita somos él y yo, porque nadie más viene a vernos.

15 Casa pequeña hecha con materiales como troncos o cañas y cubierta con paja o ramaje, en particular la que habitan los pastores y la gente del campo.



"Mi llegada al Cereso fue buena, dijera yo, porque enseguida pensé que me golpearían; pero fuera de levantarme a las 6 de la mañana para hacer mi talacha[16], todo está bien. Las compañeras en su mayoría son amables conmigo. Recuerdo el día en que me enfermé, llegué a pensar que me moría. Las compañeras me escribieron cartas de ánimo, incluso Elena de Hoyos me visitó. Cuando la vi parada junto a mí, no la reconocí, hasta que me habló, oí el tono de su voz por demás dulce. Enseguida me sentí en confianza. A mi regreso las compañeras me recibieron con abrazos y sonrisas. Mis momentos de alegría son cuando hay algún convivio, o cuando me animan diciéndome: 'Ya mero te vas Morelitos.' Entonces mi cara se ilumina de felicidad, porque pienso en mi chocita, en mi hijo y en el campo.

"Existen momentos muy tristes en este lugar. Por ejemplo, para mí la navidad era símbolo de reunión familiar, allá en mi rancho, aunque pobremente, pero juntos. Aquí las compañeras sólo se reúnen con gente ruidosa o conflictiva. Las ancianas como yo y algunas que no les gusta convivir con ellas, nos tachan de amargadas y a la menor oportunidad nos hacen víctimas de burlas e insultos.

"Las actividades aquí son muchas, pero alguien de mi edad nada más puede aspirar a reunirse con algún grupo religioso; por las mañanas y noches, dependiendo de la persona que me alquila para bordarle sus servilletas, es como me apuro. Al terminarlas sé que con lo que recibiré podré comprar mi jabón. Y así sucesivamente, hasta lograr tener lo indispensable. Pienso mientras bordo: 'Con estos veinte pesos ya me alcanza.' Aquí por lo general las mujeres que reciben visita y tienen pareja en el área varonil son quienes alquilan a otras internas para su limpieza, lavado de ropa, entre otras cosas. Casi siempre a las más pobres, a las amoladas[17], a las que somos del campo nos humillan, y más si somos indígenas.

16 Trabajo duro.

17 Se refiere principalmente a no tener dinero.

En este lugar existen los grupos de las que tienen posibilidades económicas, que son las mismas protegidas por las autoridades del Cereso.

"Otro grupo son las lesbianas, en su mayoría conflictivas, donde no tienen cabida las espantadas[18] como ellas nos llaman. Nosotras somos del grupo indígena y humilde, algunas urbanas se juntan con nosotras, nos enseñan a hacer manualidades, pero ellas también sufren las consecuencias de estar con nosotras. Así es como vemos transcurrir el tiempo, entre el bordado, tejido y listas de asistencia, ya que carecemos de medios económicos como para comprar material que nos piden en los diferentes cursos."

He concluido la historia de Morelitos. En ella descubro situaciones que antes no comprendía, como cuando llegué a este Cereso. Mi primera impresión de las compañeras fue compararlas con pirañas por el hecho de observar como se devoran entre ellas. Alguien más las llamó hienas, por su marcada hipocresía y falta de valores. Sin embargo, después de escribir las historias de Morelitos y Flor de Nochebuena, pienso que por ese pequeño grupo de personas con nobleza y honestidad, vale la pena seguir intentándolo.

Morelitos; el escribir tu historia ha sido para mí una puerta abierta, la cual me permitió viajar a tu pasado; incluso me atrevo a decir que has dejado en mí el legado de tu esencia por la vida y quizá yo podría describir mi experiencia contigo con mil detalles, sin embargo en esta ocasión con simplicidad, permíteme darte las gracias por compartir conmigo la grandeza de tus años.

18 Dentro de este contexto se refiere a las mujeres que se escandalizan con facilidad o muestran una moralidad exagerada.



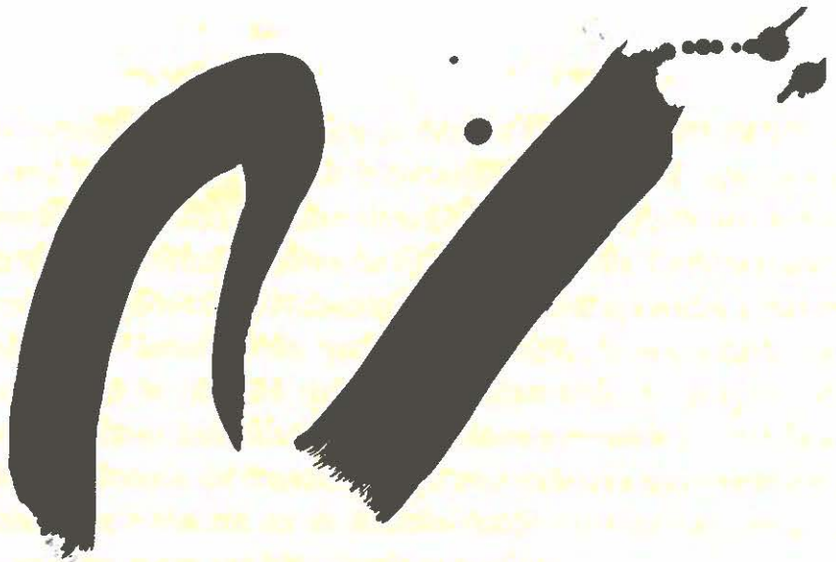
## LEGADO INMORTAL

*Amatista Lee*

*A la memoria de Morelitos*

Fui a tu pasado y navegué en tu historia, pude absorber un poco de esa sabiduría impecable propia en ti. Morelitos, así es como vives en mi memoria, después de tu partida supe que el regalo de tu amistad se convirtió para nosotras, tus chompis[19], en un legado inmortal. Has muerto, ¿dónde vagas?, ¿dónde habitas? No lo sé, pero entre las cautivas quedó tu esencia por siempre.

19 Dentro del lenguaje carcelario, se utiliza la palabra "Chompis" para referirse a las amistades.



## 4. Leo:
Los sueños de una cisne en el pantano

*Leo Zavaleta*

En la primera versión de *Bajo la Sombra del Guamúchil* (2010) Leo Zavaleta escribió su historia intitulada "Leo: ¿Quién dijo que las mujeres tienen derecho a enamorarse?" con el apoyo de otra interna participante en nuestro Taller de Historias de Vida, Carlota Cadena.

Durante sus años en reclusión, Leo Zavaleta aprendió a escribir, terminó sus estudios de primaria e inició la secundaria. Fue sorprendente la manera en que Leo desarrolló su propio estilo narrativo, fresco, lleno de imágenes, colores y sonidos que nos llegan desde la montaña de Guerrero. Una voz reflexiva que reconstruye el dolor y la violencia de su pasado desde un lugar de denuncia, pero muchas veces también desde el perdón.

La historia que compartimos aquí fue escrita totalmente por Leo y es una versión resumida de su libro autobiográfico bajo el mismo título que terminó de escribir ya en libertad y el cual será publicado próximamente por la Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra.

Después de su liberación Leo ha continuado escribiendo, en medio de los retos que ha implicado regresar a su familia y su comunidad como una mujer nueva, como otra de esas mujeres sobrevivientes de la cárcel que ella misma describe como: "Rosas en cautiverio, regadas por nuestras propias lágrimas, abonadas por nuestro propio dolor [...] mujeres guerras, mujeres creativas, mujeres que luchan" (Zavaleta, 2013). Le cedemos la palabra a Leo Zavaleta para que nos permita conocer su testimonio de injusticias y resistencias:

"Nací el 6 de noviembre de 1959 en Hacienda Vieja, municipio de Tlacotepec, lugar montañoso casi selvático en el que abunda una variedad de árboles frutales. Mis abuelos hablaban tlapaneco, pero yo nunca lo aprendí. Vengo de una familia numerosa, mi padre fue campesino, mi madre dedicada a la alfarería y al hogar. Mi mamá Roberta, era la otra como dicen ahora, la amante. Mi padre, Óscar, era casado y tenía tres hijos con su esposa Margarita. De la parte materna soy la sexta hija, y de la paterna la cuarta, nací fuera del matrimonio pero a la edad de un añito, me fui a vivir con mi madrastra, parecía que tendría una vida normal como la clase humilde, pero no fue así. Mi padre decidió llevarme con él, al lado de su esposa que lo perdonó y me aceptó como a su verdadera hija. Ella no tenía niñas, puros niños. Desde ese día fue para mí como una verdadera madre, a la que con cariño le decía mamá Mago, porque no podía pronunciar su nombre. A pesar de eso era muy feliz. Mi madrastra me quería mucho, siempre sería la única figura materna que tendría por el resto de mi vida, todavía recuerdo como si fuera ayer cuando se refería a mí, me decía: 'Mi princesita hermosa, yo te voy a dar todo el amor que tu madre te ha negado.'

"A mis escasos siete años, decidió la vida, o Dios, separarme de mi padre, se fue a una fiesta de la cual ya no regresó, un arma homicida lo esperaba de regreso a casa, como decimos, lo venadearon.[20] Por la madrugada fueron unos hombres a avisarle a Mago que mi papá quería vernos, cuando llegamos al lugar, lo miré tirado en el suelo. Me dijeron que pasara a verlo, estaba acostado en un petate, presentí al instante, que algo malo sucedía, mi abuela ya estaba con él y me acercó para que me diera su bendición. Todavía lo pude ver con vida, su cara era apacible, no había señas de dolor, no se quejaba,

20 Lo tomaron por sorpresa.



era increíble. Me dijo que me quería mucho y me recomendó con su esposa para que no me dejara ir con mi madre, la hizo jurar que así lo haría.

"Días después de la muerte de mi padre apareció mi verdadera madre, ya la conocía en las ocasiones en que mi papá me dejaba encargada con ella. No la quería, pues era muy seca conmigo además había algo que no me gustaba, por eso cuando la vi mi corazón dio un vuelco, como si presintiera todo el daño que se me avecinaba con ella, corrí para agarrarme de las faldas de Mago, ella le suplicaba que no me llevara a su lado, argumentando que si no tenía para darles de comer a sus otros hijos, cómo agregar otra boca más. Mi mamá replicó: 'Para eso es mi hija, yo hago con ella lo que quiera, tú no te metas' y de un jalón me separó de las faldas de Mago. Mi abuelita María también intervino, llorando le suplicaba que me dejara con ella, pero todo fue inútil, en ese instante, a la princesa se le hizo añicos su castillo, dejando atrás sus sueños y esperanza.

"Aun no pasaba un año de estar viviendo junto a mi nueva familia cuando tuve una pesadilla, soñé que alguien me metía un palo en medio de mis piernas. Desperté gritando: ¡Mamá, Mamá! Alcancé a mirar como una sombra corría hacia donde dormía mi madre, que, minutos más tarde llegó preguntando: '¿Por qué gritas?' Le conté lo que había soñado, me revisó mis genitales para cerciorarse de lo que había pasado, me dijo: 'Cállate, no pasó nada, vuelve a dormir, solo fue una pesadilla' me encargó que no se lo contara a nadie.

"En esa ocasión no pude guardar el secreto a consecuencia de que no podía caminar bien, mi abuelita preguntó: '¿Por qué no puedes caminar?' Le conté lo de mi sueño en el cual yo creía que me habían metido un palo en mis genitales, en el acto, con ayuda de mi tía

Rafaela revisaron mis calzoncitos manchados de sangre, mientras los subía, mi abuelita me dijo: 'Solo fue un sueño, bórralo de tu mente.' Así viví entre pesadillas, no reconociendo mi realidad.

"Poco a poco fui borrando lo del sueño, no así mi inconsciente, a partir de ese momento comencé a tenerle mucho miedo a los hombres, y la imagen de mi padre como bueno y fuerte se fue perdiendo en este horizonte de la nada que me ofrecía solo pesadillas. Mi constante miedo a los golpes y gritos de mi madre iba formando en mí un carácter retraído y miedoso. Me acostumbré a esa vida de maltrato, son pocas las ocasiones que recuerdo que alguien me defendiera de algo.

"En algunas ocasiones, mi madre me prestaba con doña Eulalia, para que le ayudara con su quehacer. La señora no tenía molino por eso me iba a moler el nixtamal con doña Martina, madre de un niño que se llamaba José Manuel, él me ayudaba a moler. También me estaba enseñando a leer, pero cuando mi madre se dio cuenta, me dio tremenda cueriza; Decía que las mujeres no teníamos porqué perder el tiempo jugando a la escuelita. 'Lo único que tienes que aprender es a hacer tortillas y a cocinar, ser una buena esposa, saber cómo tratar a tu marido, darle gusto en todo para que no te cambie por otra.' Era una señora ignorante y cerrada, no había manera de hacerla cambiar de opinión. La odiaba, era tan cruel, no le importaba nadie.

"Después de muchos años de violencia, mi única opción para irme de la casa era buscar un marido. Mi vecina Gabriela me habló de un tal Roberto que era su tío y ofreció ayudarme, creo que mi miedo no me permitió ver la maldad de ese tipo, pero en ese momento se decidía mi futuro, no me quedaba de otra. Él tenía 28 años y yo solo 13, sin duda creí que en ese momento era lo mejor. Le pedí que esa



noche fuera por mí y así lo hizo, nos fuimos caminando, pasamos casi cinco horas sin cruzar palabra. Para llegar a su cuadrilla[21] llamada Las Pilas, solo en dos ocasiones preguntó si estaba cansada o tenía sed, no hubo dialogo de nada, él era seco y mi miedo no me permitía hablar.

"A los dos meses de juntarme con él resulté embarazada, cuando le comenté a Roberto, me dijo que le daba igual. Tenía miedo y sentía que ese hijo me ataba a vivir con él para siempre. No trabajaba, era muy irresponsable y ni que hablar de cómo le gustaba beber. Ese bebé me ataría por el resto de mi vida a ese hombre, yo internamente solo quería jugar con una muñeca, cosa que realmente nunca tuve, solo llegué a verlas en las demás niñas, que tristeza ¿Cómo hacerlo?

"Mi cuñado Sebastián pagó la partera, Roberto no tenía dinero, cada vez bebía más y más. Para colmo de mi desgracia, parí a una niña. Cuando me lo dijeron, grande fue mi tristeza, una mujer, tendría el mismo destino que yo, ¿Cómo sería yo mejor madre, si no sabía? Lo único que me quedaba claro es que sin duda, sería mejor madre que la mía, pobre hija mía.

"Cuando ya Mariana tenía 4 meses, mis labores en el campo no se podían detener, tenía que sacar la milpa de la hierba. Roberto no se iba ni a parar, dejaba a mi niña con una vecina, no me la podía llevar conmigo. Un día me fueron a avisar que a mi bebé le había picado un alacrán. Me fui corriendo, todavía la alcancé con vida, como a mi padre. Ya no se pudo hacer nada, el centro de salud estaba a dos días de camino. Mariana murió en mis brazos, yo sentía morirme, mi bebé era mi única compañía. Roberto no le dio importancia, solo me dijo: 'Una boca menos que mantener.'

21 Comunidad.

"Un año después de esta pérdida tuve a mi hija Marina. Para mi mala suerte, a los tres meses de haber parido a Marina, ya estaba de nuevo embarazada de mi tercer bebé. Como no había manera de cuidarse, me embarazaba muy seguido, mis hijos nacían antes del año, era imposible separarme de ese tipo y menos decirle que no quería sexo, posiblemente me hubiera matado a palos y ¿con quién dejaría a mi bebé?

"Sucedió que un día en el juego de baraja, Roberto con su hermano Sebastián mataron a unos tipos de la misma cuadrilla. Tuvimos que salir huyendo a Cuernavaca, Morelos. Ya ahí, la violencia continuó. Roberto llevaba a sus amigos a jugar baraja al cuarto y como no tenía dinero, me apostaba a mí. Así que yo tenía que ser la paga de esos malditos sin moral ni escrúpulos, igual que él. Y si no aceptaba, me golpeaba hasta sangrarme, se iba y no regresaba por varios días, apenas el suficiente tiempo para reponerme de la golpiza. Me decía que si lo acusaba con la policía o con las vecinas, mataría a mi hermano, al cabo no sería el primero, él ya sabía donde rentaba. Para él era muy fácil hacerle daño.

"Un día no pude más y me escapé con mi hija. Me fui a vivir con mi hermano mayor que estaba en Cuernavaca, pues mi madre no quiso apoyarme y me corrió de su casa cuando la busqué. Viviendo con mi hermano por fin tuve un poco de tranquilidad. Empecé a trabajar de mesera en un restaurante y en lo único que pensaba era en cuidar a mis niños. Un día, volví a encontrar a un joven de mi pueblo, con quien yo cuidaba los chivos cuando éramos niños. Nos dio mucho gusto vernos, ese día me invitó a cenar, claro con el permiso de mi hermano. Hablamos sin parar de aquellos tiempos cuando compartíamos nuestras penurias y sueños no realizados.



"Pasaron algunos meses y José Manuel y yo seguíamos saliendo. Crecimos juntos porque de niños fuimos vecinos, él me defendía de los niños que me jalaban el pelo en mi comunidad y cuando mi mamá me golpeaba, me ponía yerbas en mis heridas para que sanaran. Su vida fue muy parecida a la mía. Era huérfano de padre, su madre era como si no lo fuera, dejó que el niño fuera educado por sus tíos los cuales no lo querían, por ser bastardo.

"Después de vernos un tiempo él me pidió en matrimonio. Entre los dos se lo dijimos a mi hermano, le dio mucho gusto pues José Manuel le caía muy bien, además lo conocía desde niño. Nos abrazó diciéndonos que fuéramos muy felices y que contábamos con todo su apoyo. No fue así con la familia de José Manuel, para ellos no era bien visto que un muchacho se casara con una mujer divorciada o viuda y menos con hijos. Se escandalizaron más cuando supieron que yo era un año mayor que él, yo tenía 17 y él 16. Lo corrieron de su casa quitándole sus pocas pertenencias.

"Él trabajaba en la colonia Tabachines como chalán[22] de los albañiles. Rentó un cuartito en la colonia Acapantzingo donde me llevó a vivir con él. No teníamos nada de trastes, ni donde dormir. En los primeros días nos tendíamos en cartones y de almohada usábamos unos tabiques. A pesar de nuestra pobreza yo era feliz por primera vez. José Manuel era muy trabajador, consiguió que le dieran el turno de velador. Por el día trabajaba con los albañiles y por la noche cuidaba la obra, así podía ganar un poco más, solo que tenía menos tiempo para mí, algo había que sacrificar.

"Poco después me embaracé de mi hija Claudia, mi esposo estaba feliz, yo en cambio, me sentía triste, no quería traer más hijos al mundo si no tenía nada que ofrecerles y peor si eran niñas, me

22 Ayudante.

habían hecho creer que las mujeres no servíamos para nada y por eso teníamos que ser maltratadas por los hombres. José Manuel me decía: 'No pienses así, las niñas son lo más hermoso de la creación, además, ellas ya no van a sufrir como tú, yo les voy a dar estudios para que se puedan defender de cualquier patán, les enseñaré que la vida es bonita.'

"Más tarde consiguió un trabajo en la Comisión Federal de Electricidad, con prestaciones y seguro social y las cosas mejoraron para toda la familia. Gracias a la paciencia de mi esposo dejé atrás los pleitos, para dejarme querer. Nuestra hija ya tenía año y medio, teníamos que registrarla, no sabía que los hijos se registraban. El idiota de Roberto nunca lo hizo.

"Pasaron siete años de constante felicidad, mi hija Marina ya estaba en segundo de secundaria, Claudia en la primaria, mi esposo seguía trabajando en la Comisión Federal de Electricidad. Por el día me ayudaba con las niñas, yo les hacía la comida y molía la masa en el molino. Mi esposo las peinaba y hacia las tortillas, porque no les gustaban las tortillas de máquina, además estaba muy lejos la tortillería.

"Después de dejarlas en la escuela era cuando podía dormir un rato, yo pasaba en la tarde por ellas después de salir de mi trabajo, vivíamos una vida un poco complicada, porque no teníamos tiempo para nosotros. El único día que estábamos juntos era cuando mi esposo descansaba. Aprovechábamos para salir a pasear con las niñas y hacer la despensa. Lo bueno de ese sacrificio fue que pronto nos hicimos de un terrenito, todo marchaba de maravilla, pero nos hacía falta algo: El niño.

"Dios me escuchó mandándome a mi hijo José Manuel. Claro que le pondría como su papá, un varón ¡Vaya! Por fin me llegó el niño



que tanto había deseado, mi esposo y yo estábamos felices. Cuando me subieron a piso, él ya nos esperaba en el cuarto con un ramo de rosas. No hubo palabras, esperó a que la enfermera se fuera y nos abrazamos llorando, nuestra dicha era completa.

"Al casarse Marina, la familia disminuía, Claudia estaba en la secundaria, José Manuel en la primaria, ya habían pasado quince años de constante felicidad. Para ese entonces mi esposo ya no trabajaba en Comisión Federal, al morir su jefe cambiaron todo el personal por policías. Con el dinero de la liquidación terminamos

la casa, mi esposo era albañil y yo su chalana, así que la mano de obra no nos costó, solamente gastamos en el puro material. Después mi marido encontró trabajo en la colonia Burgos que es un fraccionamiento de buenas casas. Cuando se terminó la obra, el patrón quiso que mi esposo siguiera trabajando con él de planta como jardinero de la casa. Solo éramos el matrimonio con dos hijos, el patrón estaba tan contento con el desempeño de mi marido, que nos hizo una casita donde vivíamos con mis hijos. Nuestra felicidad

fue interrumpida bruscamente al hacerme cargo de mis sobrinos, ni siquiera sabía el revés que el destino me preparaba.

"Fue un 22 de diciembre cuando tuve una visita sorpresa, me fueron a decir que a mi hermano lo habían matado cuando regresaba de sus labores del campo, lo venadearon, al igual que a mi padre, volví por instantes a vivir la muerte de mi padre. Mi hermano era lo que más amaba, ya que él fue como mi segundo padre, también un gran amigo para mi esposo, se querían como hermanos. Fue una gran pérdida para mí, otra vez me quedaba sola.

"Siempre fuimos muy unidos, él tenía cuatro años apenas de haberse regresado para Guerrero. Aun así éramos muy unidos, nos visitábamos dos o tres veces por año, siempre estuvimos juntos en las buenas y en las malas. Dejaba siete de familia, cuatro sin registrar. Estaba tan llena de dolor que empecé a beber. Claro, solo lo hacía en los fines de semana, según yo, solo con mi esposo y sin que mis hijos se enteraran. Mi esposo me acompañaba tratando de entenderme, de vez en cuando me decía que ya no tomara: 'Te haces daño y no consigues nada'

"Me enteré que mi cuñada no estaba cuidando a mis sobrinos. Los niños vivían de lo que les daban en las casas vecinas. Ante esta situación hablé con mi cuñada y le pedí la custodia de los niños. Después de averiguar cuál era mi situación económica y hablar con mis hijos si estaban de acuerdo, me dieron a los niños; Olga, de diez años, Marco Antonio de ocho, Alfredo de cinco y Jesús de un año y medio. Las bocas aumentaban y con ello los gastos, otra vez. De regreso a la casa con tantos niños ya no era posible continuar en la quinta, me conseguí trabajo en Sumiya, un fraccionamiento de gente rica donde me pagaban mil quinientos pesos por tres días haciendo toda la limpieza de la casa, la alberca y el jardín. Los patrones casi



no venían, los martes y jueves trabajaba de lavadas y planchadas en Cuernavaca, sábados y domingo en la quinta donde trabajaba mi esposo, por las noches llegaba a lavar uniformes y a revisar tareas.

"Para mí era todo un caos, porque no sabía leer ni escribir, ni cómo ayudarlos. Recuerdo con tristeza como les revisaba sus cuadernos a mis hijos, cuando lo hacía ponía una cara de asombro y hasta los regañaba, diciéndoles: 'Tienes que echarle más ganas para que este siete se convierta en diez', me decían: '¿Siete? pero si es ocho, ¡Ay tía, ya no ve bien!'- yo reía, me daba mucha pena que supieran que no sabía leer.

"Cuando mi esposo quería hablar conmigo yo le decía: 'Estoy muy cansada, mejor te preparo una cuba o una michelada que me salen bien ricas.' Él nada más movía su cabeza, se guardaba todo, nunca le di importancia, estaba tan segura de su cariño que metía las manos al fuego por él, lo creía incapaz de engañarme. Un día llegó mi mamá llorando a mi casa muy arrepentida y pidiéndole perdón a mi esposo, suplicando que le diéramos alojamiento pues se había quedado muy sola. No creí en su falso arrepentimiento, pero guardé silencio. ¿Para qué abrir mis viejas heridas si ya estaban cicatrizadas? Al menos eso pensaba yo. Como teníamos un espacio atrás de la casa, se me ocurrió hacerle un techo en ese lugar, no queriendo enfrentarla con mi esposo; como dicen, juntos pero no revueltos.

"Poco a poco me fui perdiendo más y más en el alcohol, olvidándome por completo de mi marido. Con la llegada de mis sobrinos y mi madre, solo nos veíamos los fines de semana. Cuando no venía el patrón, eran borracheras seguras aprovechando que los hijos no nos miraban. Mi mamá no perdía el tiempo para ponerme en contra de mi marido, me decía: 'Eres una tonta ¿Por qué crees

que no te dice nada cuando tomas? Ni te regaña, es porque los días que no vas a verlo de seguro mete viejas a la quinta y tú muy confiada, pero allá tú.'

"Éste fue el inició de una etapa muy negra de mi vida, el alcoholismo me alejó de todos mis seres queridos, me hizo perder mi trabajo y me llevó de un centro de rehabilitación a otro sin encontrar solución a mi problema. Como orinaba y vomitaba sangre, a cada rato me internaban para ponerme suero, el doctor le dijo a mi madre que si no dejaba de beber, no viviría mucho tiempo. Eso ya lo sabía, pero por más esfuerzos que hacía para dejar el alcohol no podía y para colmo me detectaron diabetes. Mi marido ya no vivía conmigo y mi sobrino me había contado que tenía otra mujer. Pero a pesar de esto me seguía dando para mis medicamentos. Cada quincena iba por mi pensión.

"Fue un día que iba a recoger mi pensión que mi vida dio un vuelco que me llevó a Atlacholoaya. Era el viernes 5 de diciembre de 2008, fecha inolvidable para mí. Estaba en la cocina con mi marido cuando oí un estruendo, rompían la puerta con un marro. Vi que la casa estaba rodeada de encapuchados de la AFI,[23] pensé que ya estaba alucinando otra vez, pero ¿cómo era posible? Si no he tomado nada.

"Los golpes y los tehuacanazos[24] me garantizaron que no era alucinación, que estaba sucediendo. No me explicaban nada, no podía hilar ninguna idea concreta, no sabía que estaba pasando. Entré como en una pesadilla, pero era una realidad que los golpes me llegaban por todos lados, recuerdo que gritaban: 'Ya se los llevó la chingada malditos secuestradores', después de los tehuacanazos

23 Agencia Federal de Investigación.

24 Tortura que consiste en meter agua mineral con gas por la nariz de una persona.



me decían: '¿Ya vas a cantar?, ¿De dónde los conoces y a qué se dedican?' No los conozco, no sé a qué se dedican, déjenme ya por favor. Seguía pensando que eso no estaba sucediendo. Mi esposo gritaba: 'Ya no le peguen, ella no sabe nada.'

"Me dejaban pero sólo por un rato. No sé de dónde sacaron una botella de alcohol, cambiaron de táctica. Me tenían vendada de los ojos, así que solo escuchaba como se decían entre ellos: 'Toma de esta bebida, a ver si con esto cantas.' Ya más tranquila volvían a interrogarme: 'Ahora sí jefecita, ya no le vamos a pegar ni a darle más tehuacan, ya vimos que no le gusta.' Decidieron darme alcohol, uno de ellos le dijo a su compañero, 'Dale otro trago dicen que los niños y los borrachos dicen la verdad' Pero que les iba a decir si no sabía nada ni los conocía. Se volvieron a acercar a mí para decirme: 'Tiene que cooperar con nosotros, sino quiere que le demos más tehuacan.' 'Ya les dije una y mil veces que no los conozco.'

"Yo seguía sin decir nada, oía los gritos de mi marido cuando lo torturaban, le ponían una bolsa de plástico para que se ahogara, todo pasaba tan rápido y tan lento que no puedo siquiera explicarlo. A las dos horas de estarnos golpeando sin parar, llegaron dos tipos que habían detenido horas antes que a nosotros, les preguntaban: '¿Los conoces infeliz? ¡Habla! Si no quieres que te hagamos pedazos a golpes.' Ellos gritaban: 'No, no los conocemos.'

"Pero nada importaba, ellos seguían golpeándonos. Así pasaron muchas horas. Hasta como a las tres de la tarde nos sacaron de la casa para llevarnos a la SEIDO[25], yo oía las suplicas de mi marido

25 SEIDO son las siglas de la Subprocuraduría Especializada en Investigación de Delincuencia Organizada (SEIDO) que es una dependencia de la Procuraduría General de la República en México, la cual coordina fuerzas policíacas federales en la lucha contra la delincuencia organizada. Sus funciones incluyen la investigación de actividades de crimen organizado, y entablar acción judicial contra sus miembros.

diciendo que yo no tenía nada que ver, que me dejaran libre y me pareció que así lo harían, me quitaron las vendas y me dijeron: 'No se mueva de aquí.'

"A los pocos minutos regresaron y me subieron a un carro aparte de los demás, directamente a México. Fue un viaje tortuoso, me llevaban agachada, no podía levantar la cabeza. Ya en la SEIDO, los interrogatorios eran interminables; siempre lo mismo, nunca un abogado presente. Eran como las 8 de la noche, nos bajaron a un pasillo en donde nos metieron en celdas separadas, a los hombres de un lado, a las mujeres en otro. Minutos más tarde me sacaron de mi celda para meterme a un cuarto donde estaba un hombre como de dos metros de estatura, parecía gorila, cerró la puerta y me dijo: 'Quítate toda la ropa.' Me miraba de arriba abajo, yo temblaba de miedo, pensé que ese tipo me iba a violar. Me da una bocina donde se escucha la voz de una mujer que me decía: 'Tengo lo que tú necesitas, una botella con tequila del mejor, pero dime: ¿Cómo conociste a tu banda? ¿Cuántos secuestros más han hecho?' 'No sé nada, no los conozco', yo le decía, pues esa era la verdad. Como no me sacaba nada, se ponía furioso, y comenzaba a insultarme. Me dejaban descansar, minutos más tarde me volvían a sacar, esta vez con otros métodos, ahora el mismo gorila me quitaba la ropa, ¿Qué pasaría? Me temblaban las manos y cuerpo. ¿Qué hacer? Eran tantos mis nervios que no me acordaba ni de Dios, no sabía si me violaría o qué pasaría. Me volvían a pasar la bocina, ahora era la voz de un hombre que me decía: 'Ya tenemos a tus hijos ¿Cómo ves?' Por más que trataba de hilar cabos, no lograba comprender que pasaba. Quería despertar, sentía que todo era un sueño. Entré en coma diabético y ya no supe más.



"Después de tres días salí del coma, cuando desperté estaba en una cama de hospital esposada de las manos y con una máscara en la cara, tenía sangre, suero, un tubo en la boca y rodeada de agentes de la AFI, no sabía si estaba en el infierno o en la gloria. Se me salían las lágrimas, uno de ellos cuando me vio llorar me dijo: 'Llore madre, estoy seguro de que usted no tiene nada que ver en el secuestro.' Me preguntó: '¿Lleva mucho tiempo tomando?' No podía contestar, pero me dijo: 'Cuando yo le hable, nada más mueva su dedo para decir sí o no. Estuvo a punto de morir, pero ya salió del coma, tenemos prohibido hablar con los detenidos y pasarles información, lo hago porque también tengo familia, además yo sí creo en su inocencia, su hermano y su hija Claudia están afuera muy preocupados, han estado preguntando por usted, pero no los dejan pasar, es mejor que no la vean en este estado. Saben que usted está bien, le voy a quitar las esposas para que pueda descansar un poco tiene las manos moradas, no me vaya a echar de cabeza, ya lleva tres días así.'

"Pero el trato solo era en ese turno, en el segundo era diferente, no me quitaba las esposas y me decía que por el delito que estaba, mínimo me darían setenta años de cárcel, si bien me iba, porque ya estaban pidiendo la pena de muerte. No sabía de los demás ni qué iba a ser de mí, me dieron de alta hasta los ocho días. Del hospital me llevaron al arraigo con los demás, pero tampoco los podía ver porque estábamos en diferentes pisos, solo en las tardes y cinco minutos nada más. Mi esposo pidió permiso para hablar conmigo, estaba muy angustiado por mi salud y trataba de darme ánimos explicándome lo sucedido. Lo único que consiguió fue que le dijera hasta de lo que se iba a morir. Él no se cansaba de pedirme perdón: 'Yo no sabía para qué rentaron la casa, nunca fue mi intención hacerles daño a ti ni a mis hijos. Son lo que más quiero en la vida.'

"Después de cuarenta días en el arraigo nos trasladaron a la cárcel de Atlacholoaya en Morelos; el 9 de enero de 2009. Al llegar al primer control una custodia de nombre Alicia nos tomó los datos, peso y medidas. En seguida llegaron cuatro custodias para llevarnos al área varonil ¿cómo olvidar esa fecha? Hacía mucho frío, al llegar a este lugar mis compañeras me dieron la bienvenida con sus bromitas pesadas.

"Pensé que todo había terminado para mí, venía de un arraigo en México en la temible SEIDO. Eran las 4 de la mañana aproximadamente, después de varias horas de andar por el área varonil posando para la foto del recuerdo, llegué al área de ingresos; la custodia me abrió la reja de la celda número 1, estaba muy obscuro, las compañeras se incorporaron para que yo pudiera pasar hasta el fondo diciéndome: 'Hola, bienvenida a tu nuevo hogar.' Yo no les contesté porque lo hacían de forma burlona, trataba de encontrar la cama o un lugar donde poder descansar, lo hacía a tientas porque no encendieron la luz. Hacía mucho frío, ya lo he dicho, todavía me cala los huesos el solo recordarlo. Por fin encontré un lugar, muy pequeño pues no cabía ni hecha bola. Me tendí en la mitad de mi cobija que traía de la SEIDO y la otra parte para echármela encima. Como no cabía saqué mi cabeza hacia fuera para poder estirarme, no me di cuenta de que estaba en el baño, las compañeras se molestaron y comenzaron a darme de patadas, según ellas porque las estaba desvelando y ya se les había quitado el sueño. Muchas abusaron de mí y quisieron que pagara por protección para que no me pasara nada.

'Dios mío, cuantas cosas me esperan en este lugar', pensé. Llegó el fin de semana y con ello la visita. Antes de comer le pregunté a mi madre cómo iba mi caso, qué le ha dicho el abogado. 'Ni modo, por lo menos uno o dos años para resolver tu caso.' '¿Uno o dos años? No puede ser', no paraba de llorar. 'Haz lo que sea, vende mi casa, ¡pero sácame, sácame de aquí, no aguanto más este lugar, es horrible!'



"La visita terminó y regresé a mi celda a seguir llorando, una compañera apodada la monstruo, me abrazó diciéndome: 'No llores, todo va estar bien' yo era la única que le hablaba, las demás no la querían porque estaba quemada de la cara y era grandota. Sabían que con ella no se podían meter, evitó que otras internas siguieran abusando de mí.

"Después de unos meses nos fueron a inscribir para asistir a la escuela. Nunca había ido a la escuela, en verdad me emocioné y le rogué a la Subdirectora para que me dejara salir. Ella contestó: 'No tengo permitido dejarlas salir del área de ingresos antes de que cumplan los tres meses, voy a hacer una excepción contigo, confío en ti' Fue entonces que conocí a la maestra Gloria.

"Cuando entré al salón estaba temblando de nervios porque nunca había estado en un pupitre. Solo lo hacía cuando iba a firmar las boletas de mis hijos y eso era en raras ocasiones, porque siempre lo hacía mi marido, pues a mis hijas les daba pena que yo firmara sus boletas, preferían que fuera su papá, decían que mi firma parecía torta, ¿cómo no? si solo ponía mi huella. La maestra me dio la bienvenida de una forma grata, jamás olvidaré que gracias a su paciencia y a la dedicación que tuvo conmigo aprendí a leer y a escribir pronto. Fue muy exigente y no me dejaba salir hasta que terminara mi lección, cuando miraba que me ponía nerviosa, se sentaba a mi lado y me explicaba con calma, me decía: 'No te preocupes, échale ganas, pronto lo harás mejor.' También me decía: 'Ve guardando tus cuadernos, así te vas a dar cuenta de cómo vas mejorando tu letra.'

"En la secundaria empecé a escribir la historia de mi vida. Ya uso la computadora, aprendí que el lenguaje escrito es hermoso, que puedo expresar lo que siento, nunca podré olvidar lo que la maestra Gloria hizo por mí, quiero darle las gracias por su dedicación, su paciencia y sobre todo por su amor para enseñarme que tengo un valor y soy alguien. Nada es suficiente para agradecer a la maestra Gloria, gracias a ella podré revisarles la tarea a mis nietos, sin necesidad de mentirles.

"En la escuela me sentaba con mi prima Altagracia, ella ya tenía más tiempo, venía por un delito menor y estaba a punto de cumplir su sentencia, pronto me quedaría sola, ella me decía: 'No tengas miedo, yo también llegué como tú y mírame, ahora ya estoy en la secundaria y hasta estoy participando en un libro que se llama *Bajo la sombra del guamúchil*, Si quieres vamos a mi taller y te presento a las demás compañeras escritoras.'

"Me llamaron mucho la atención las historias de vida que ahí se escribían, al principio no entendí nada porque no había aprendido a leer ni a escribir, pero me animé a formar parte del libro. Una compañera que ya salió libre, Carlota Cadena, fue la que me hizo el favor de escribir la primera parte de mi historia, después de unos meses aprendí a leer y a escribir y terminé yo misma mi parte en el libro, por eso es que mi historia fue hecha a cuatro manos. Así fue como conocí a Aída Hernández, antropóloga, y a Elena de Hoyos, poeta y socióloga, meses después conocí a la también poeta y editora Marina Ruiz, la niña más dulce que he conocido, niña porque es la más joven de las tres. Por el gran cariño que les tengo, les digo mis tres mosqueteras, mis Chompis como decimos aquí en la cárcel, mis editoras, ¡mis amigas! Las que me llevan con ellas a pasear a otros lugares sin la necesidad de romper candados, así es como lo siento.



"Poco a poco me fui empapando de actividades, los lunes por la tarde venían unas madrinas de los alcohólicos a dar pláticas a las personas con problemas con el alcohol. La directora tenía conocimiento de mi enfermedad, ya que venía en el expediente, además las custodias le pasaban el reporte de que por las noches yo no podía dormir, despertaba gritando porque tenía pesadillas a causa de mi adicción al alcohol; bañada en sudor y temblando por la desesperación, por Dios, quería un traguito de aguardiente para calmar mis nervios. Las que participamos en los talleres y vamos a la escuela, no tenemos tiempo ni de pensar en la cárcel, es difícil adaptarse a este lugar, sobre todo cuando la familia ya no te visita. Las mujeres somos las más abandonadas, ya sea por los hijos, los padres, o los maridos que las engañan diciéndoles: 'Échate tú la culpa para que yo te pueda sacar pronto.' Las muy tarugas lo hacen y jamás vuelven a saber de ellos; te vas llenado de odio y resentimiento, hasta caer en la depresión, pero de ti depende como lo quieras vivir.

"Quiero que sepan que me quedo con lo mejor de este lugar en donde aprendí tantas cosas; a leer, a escribir, a soñar, a reencontrarme con mi marido, a ser una mejor mujer, madre y persona. Aquí traté de entender a mi madre a la que por años culpé de todo y para todo. Creo que ya sané esa herida, por eso me atrevo a compartir con ustedes todo lo que soy y lo que escribí para ella inspirada en el poema de Ambar Past "Las cartas que mi madre nunca escribió" y que fue publicado en 2012 en el libro de "Mareas cautivas" de la Colectiva Editorial de Mujeres en Prisión (hoy, *Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra*) a la que sigo perteneciendo acá afuera.

"Los mitos de la cárcel fueron desapareciendo, mi alcoholismo, mi derrota como ser humano. Hoy 30 de octubre de 2012, después

de cuatro años de cautiverio, de crecimiento, de desarrollo, salgo absuelta de los cargos que se me imputaban. Sin embargo no fui inocente al no haber sido fuerte frente a la muerte de mi hermano, frente a los embates de la vida, fui culpable de no valorar a mi familia, de haberme creído victima de todos y de todo. Hoy soy una mejor persona. Hoy no solo salgo absuelta de mis cargos, salgo renovada y más fuerte, por eso sé que frente a los obstáculos de la vida, siempre puede surgir una cisne en un pantano."



**SOY TU HIJA**

Madre. Soy tu hija, aquella no deseada,
la que fue tu vergüenza,
quién te causó deshonra y te condenó a una vida de desamor,
esa que llora clamando misericordia por ti.

Si un día llegué a odiarte por las golpizas recibidas con cualquier pretexto
y esa diferencia entre mis hermanas y yo,
perdóname, nunca supe que me querías como a ti te enseñaron,
sin un abrazo, sin un te quiero.

He crecido, ya tengo hijos y nietos, sin embargo,
mi anhelo sigue siendo escuchar de tus labios:
Hija, soy tu madre, la que te causó tanto dolor,
hay un corazón vacío y lo quiero llenar.

Día con día le pido a Dios que me ames mamá,
tengo sed de ti, quiero morir en paz,
tal vez mañana sea demasiado tarde,
te amo mamá por darme la vida
y por darme la oportunidad de vivir

**5. Luz:**
Viendo transcurrir la vida
desde una silla de ruedas

*Guadalupe Salgado*

He decidido asumir un reto difícil para este proyecto de historias de vida: contar la historia de Luz, mi amiga y compañera que sufrió una serie de accidentes y enfermedades que la han dejado atada a una silla de ruedas desde donde, silenciosamente, ve transcurrir la vida del Cereso. Con dificultad se comunica con el mundo, pero yo he aprendido a entenderla y he ido construyendo un vínculo muy fuerte con ella, que se ha convertido en una parte importante de mi vida. La primera vez que la vi, con su mirada perdida y su cuerpo contraído, no pude evitar sentir un poco de rechazo, tal vez miedo. Pensé que este no era un lugar para alguien así. ¿Cómo podían mantener presa a alguien que ya no puede valerse por sí misma y que no representa ningún peligro para la sociedad? Después supe que no tenía a nadie en el mundo que se hiciera cargo de ella y que por eso habían decidido dejarla encerrada en este lugar en donde por lo menos tiene la solidaridad de algunas de nosotras.

Es tal vez, de entre todas las internas, una de las más desvalidas, al igual que muchas mujeres indígenas y campesinas, no sabe leer ni escribir, pero aparte, ha ido perdiendo el amor por la vida y poco a poco las palabras se resisten a salir por su boca. Hay muchas historias alrededor de ella, algunos dicen que fue el desamor de un hombre el que la postró en su cama, que alguna vez fue una mujer coqueta, vital, que vivía permanentemente enamorada, pero que

un desengaño le robó la energía y poco a poco se fue convirtiendo en el remedo de persona que es ahora. Otros dicen que fue la culpa, que mató a su hija adoptiva en complicidad con su amante y que no pudo perdonarse a sí misma. Ella a veces cuenta que mató a su amante por violar a su hija y que fue ese homicidio el que la trajo aquí. Otras relatan que fue su hija la que murió en manos de su amante. No sé cual de todas las versiones sea cierta, pero he decidido contar su historia, la que ella se cuenta a sí misma y lo que ha logrado compartirme con dificultad a través de monosílabos y conversaciones entrecortadas, a lo largo de estos dos años de amistad.

Luz nació en un pueblo llamado Santa María, en donde se hablaba el idioma tlapaneco, en el estado de Guerrero, el 31 de julio de 1940. Me comparte los recuerdos de su pueblo y lo describe como un lugar muy bonito, lleno de cedros, palos de ciruela, guamúchiles blancos y morados. Su niñez es de los recuerdos hermosos que la han acompañado durante los 12 años que lleva recluida, me cuenta que fue a la escuela primaria y que logró terminarla, pero a los 13 años sus padres la pusieron a trabajar el campo. Su familia se dedicaba a la siembra y venta de frijol chino y calabaza. Toda la familia trabajaba en el campo, en esto no había diferencias entre hombres y mujeres, ella, al igual que sus dos hermanos y dos hermanas mayores, ayudaban a sus padres en la siembra. Como era la costumbre en su pueblo, muy joven huyó con un muchacho, tenía solo 17 años cuando conoció a Baltazar y se enamoró de él. Al principio las cosas iban muy bien entre ellos, pero cuando pasó el tiempo y ella no lograba embarazarse, él empezó a rechazarla y poco a poco se fue llenando de resentimiento, sacando su coraje con golpes y violencia. En su pueblo, era común que los hombres



les pegaran a sus esposas, se creía que era un derecho que tenían como sus maridos, así que nadie hacía nada por ayudarla. A los dos años, Luz no aguantó más y abandonó a su marido huyendo hacia el Estado de Morelos.

Fue así que vino a dar a Jojutla. Primero trabajó como sirvienta, y como vio que podía ganar un poco de dinero, lo suficiente para mantener a sus padres, decidió sacarlos del pueblo en donde el campo ya no daba para sobrevivir y se los trajo a vivir con ella. Me cuenta con orgullo como se hizo cargo de su mantenimiento,

comprándoles ropa y todo lo que ellos necesitaban, y de cómo aprendió a arreglarse como lo hacen en la ciudad, convirtiéndose en una joven alegre e independiente. Buscando nuevas oportunidades y mayor autonomía, se fue a vivir sola a la colonia Los Arcos, en el pueblo de Yautepec, donde entró a trabajar con una señora que se llamaba Teresa. Fue en este pueblo donde su vida dio un giro inesperado, pues una mujer muy pobre que no podía mantener a su hija, le regaló una niña recién nacida. Ella estaba feliz, pues ya tenía 28 años y no había logrado tener una hija propia, así que decidió adoptarla, convirtiéndose en mamá. Por esa misma época, conoció a un hombre que le arruinó la vida, un taxista, que le ofreció cariño, pero que únicamente le trajo desgracias. Era un hombre violento y borracho; que se mantenía todo el tiempo alcoholizado. Una mañana, al levantarse, encontró a la niña muerta. Desesperada, perdió el control y en medio de su dolor, se hizo daño a sí misma cortándose la cara. Las autoridades la culparon del asesinato y la sentenciaron a 30 años de cárcel.

Desde entonces su vida se ha desarrollado entre prisiones. Primero estuvo en la cárcel de Atlacomulco, donde pasó varios años. A pesar de su encierro, Luz recuerda estos años como una época feliz en su vida, pues tuvo varios amores en la prisión varonil y se sentía atractiva, no usaba uniforme y le gustaba arreglarse. Aprendió a tejer y a bordar y dedicaba mucho de su tiempo a estas labores. Sin embargo, a los 6 años, la trasladaron a una prisión muy pequeña donde únicamente había cuatro celdas. Ahí no promovían las labores manuales y ella no tenía materiales para trabajar, así que pasaba horas sin hacer nada, esperando, sin saber realmente que esperar.



Así se fue sumiendo poco a poco en la depresión. Dejó de arreglarse y sus amores se quedaron en el pasado. Ya había empezado a perder el interés por la vida cuando fue trasladada nuevamente, ahora al Cereso de Atlacholoaya.

Aquí las cosas empeoraron, pues sufrió un accidente que le fracturó una pierna y la hizo perder movilidad. Nada fue igual en su vida. Cada vez era más difícil valerse por sí misma. "Al principio, -me dice con una especie de resentimiento- todas las compañeras me ayudaban, la solidaridad entre nosotras era muy fuerte, íbamos juntas a la oración y me ayudaban a trasladarme y a arreglarme, pero poco a poco me fueron dejando sola." Ahora sólo Juanita, su compañera de celda, y yo la cuidamos. Cuando yo llegué a Atlacholoaya, Luz ya estaba invadida por la tristeza y vivía confinada a su silla de ruedas. Primero, me hice amiga de Juanita y así la fui conociendo a ella, me daba pena verla tan desvalida, así que empecé a ayudarla.

Juanita tenía dos años haciéndose cargo de ella y habían empezado a tener tensiones, ella se quejaba de que Luz era grosera y poco agradecida, así que pensé que era el momento para que alguien más la apoyara. Empecé por llevarla y traerla a la oración y poco a poco fue dependiendo más de mí. Ahora la baño y la arreglo. A veces bromea y me habla con mucho cariño; pero ha pasado por etapas muy difíciles. Hace meses se cayó de nuevo y tuvo nuevas fracturas que la dejaron en cama durante varias semanas; ya no podía levantarse ni al baño y nuevamente dependió de varias compañeras para su aseo. Ahora se ha levantado de nuevo y empieza a ir a la oración en su silla de ruedas. A pesar de sus depresiones y sus malos humores, conmigo es muy cariñosa. Trato de comprenderla y de hacerla reír, bromeo, juego con ella y dejo que me cuente

las fantasías que ella confunde con su realidad. Lleva 15 años de su vida encerrada en prisiones, me imagino lo desesperante que debe ser pasar tanto tiempo aislada y perdiendo poco a poco sus capacidades y las posibilidades de valerse por sí sola, esperando que alguien se apiade de ella; le llevo alimento, la llevo al baño y le ayudo a bañarse.

La veo ahí sentada, ignorada, indefensa, viendo transcurrir los días sin esperanza, observando a todas las compañeras pasar a su lado, como si no existiera. Sólo unas pocas se detienen a saludar y le regalan una sonrisa. Periódicamente rompe su silencio para decirme: "Hasta mañana mamita, que Dios te acompañe, que vendas todas tus gelatinas." Siento el cariño y el agradecimiento en el tono de su voz, aunque no necesita decirme nada para que yo sepa que me aprecia y que se ha construido entre las dos un vínculo de amistad.



**HERMANAS EN LA SOMBRA**

*Elena de Hoyos*

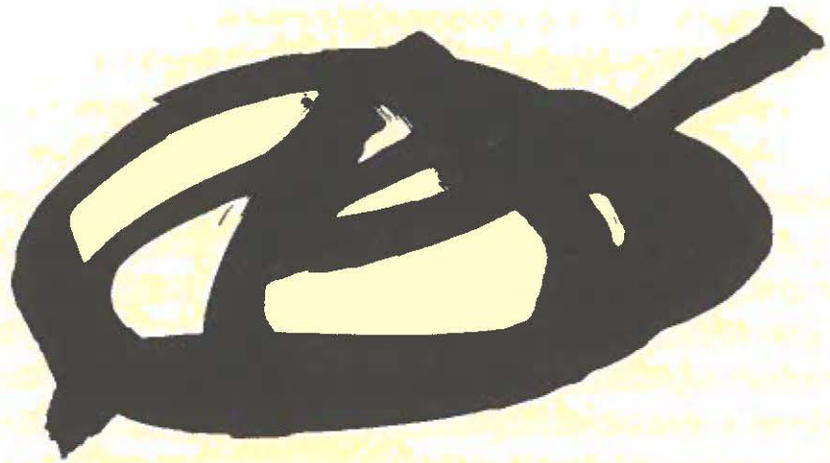
Hermanas en la sombra
somos moneda de dos caras
completándonos más
oponiéndonos menos
expiaré mi dolor en el tuyo

Disfruto ser amiga de villanas
excluidas malmiradas
reiremos juntas estallando en carcajadas
partiremos lágrimas adentro

Soy mujer que se redime
en la mirada de la otra
cada sonrisa es caricia
sincera y confiada

Soy mujer que recibe a las proscritas
las enaltece en su sombra
reconoce al estigma
con la punta de los dedos
se sumerge en el dolor de la otra

Somos moneda de dos caras
expiaré mi dolor en el tuyo
soy mujer que se redime
sincera y confiada
en la mirada de las otras



**6. Perla Negra:**
Desde que nací,
la violencia ha sido parte de mi vida
*Alejandra Reynoso*

Alejandra aprendió a escribir en el Cereso femenil de Atlacholoaya. Hace apenas tres años que entró al mundo de la escritura y ha encontrado en él una salida para sus emociones, una puerta para sacar al exterior la historia de violencia que ha marcado su vida y la manera en que fue construyendo el camino sinuoso que finalmente la trajo a este lugar. Alejandra decidió perder el miedo a escribir y se inscribió en nuestro taller de Historias de vida. Semana a semana llegaba a las reuniones con hojas de su cuaderno llenas con una letra pequeña y clara, que ocultaba su poca experiencia en la escritura. Durante todo un año nos fue compartiendo su historia, la historia de Perla Negra:

"La violencia ha sido parte de mi vida desde que nací. Mis primeros recuerdos de infancia no son de abrazos ni de caricias maternales. Nací en Zacatlán, Puebla, en una comunidad náhuatl, pero nunca aprendí el idioma porque mi mamá me abandonó recién nacida, me dejó tirada cerca de un basurero donde me encontró la mujer que me adoptó y a quien siempre reconocí como mi madre. Cuando tenía cinco años comencé a sufrir golpes y maltratos. Empecé a ver como el marido de mi mamá la golpeaba y la corría de la casa. La violencia nos tocaba a todos en mi familia de diferentes maneras.

"Mi padrastro aparte de que no nos daba de comer, nos mantenía a todos aterrorizados con sus ataques de violencia. Tomaba todos

los días y cuando llegaba a la casa, corríamos a escondernos debajo de la cama, porque si nos veía, nos golpeaba. Pero cuando llegaba en la noche, nos despertaba a golpes y a gritos. Esta tragedia duró dos años. Mi pobre madre trabajaba lavando y planchando. A nosotros nos encerraba sin comer, hasta que mi mamá llegaba de trabajar. Tal vez por vivir diariamente esta violencia, ella fue aprendiendo a reproducirla y cuando nuestro padrastro la abandonó, fue ella quien empezó a golpearnos y a insultarnos, de la misma manera en que él lo hacía. Poco cambió el ambiente de terror en que vivíamos, sólo duramos cinco meses sin que hubiera un nuevo hombre en la casa. Pronto llegó un nuevo padrastro y con él llegaron los nuevos problemas. Al principio se portó muy amable con nosotros, pero al poco tiempo se empezó a portar igual que el anterior. Nos decía que éramos unos hambrientos, y cuando mi mamá no estaba, porque trabajaba, nos insultaba.

"Cada fin de semana le pedía dinero a mi madre y si ella no aceptaba dárselo, la golpeaba y se lo quitaba a la fuerza. Sin el dinero de mi madre, no había con que comprar comida y pasábamos hambres. Mi mamá lloraba y decía que teníamos que aguantarnos, porque si le decimos algo era capaz de matarnos. Resignada nos decía: 'Yo creo que esto es lo mejor que podemos tener ahora, algún día tendremos un hogar mejor que éste, porque gracias a este hombre tenemos un techo donde dormir y tenemos un taco de sal, a pesar de sufrir tanto.'

"Con el nuevo padrastro llegó a mi casa la violencia sexual. Ese hombre violó a dos de mis hermanas y después de unos tres meses, me violó a mí también cuando sólo tenía siete años. Todas éramos niñas y no sabíamos cómo defendernos. Cuando se lo dije a mi madre, no me creyó. Después se lo platiqué a mi abuela y tampoco



creyó en mí. Pensaron que yo lo había inventado. Fue mi abuelo el que me encontró en la zacatera[26] toda lastimada y me llevó al doctor. Tenía la cadera abierta por la violación y los doctores pensaron que había sido mi abuelo, pero él les explicó que me había encontrado así, que no sabía quién me había hecho daño. Ahí le hicieron análisis a mi abuelo, porque pensaban que él había sido el que abusó de mí, pero se dieron cuenta de que no había sido así, porque el que me había lastimado había sido mi padrastro.

"Mi abuelo habló con mi mamá y le contó lo que había pasado, pero ella no quería aceptarlo, le dijo: '¿Cómo crees que fue una violación?; ella se pudo haber caído de los andamios y con el golpe se le abrió la cadera y se lastimó.' Pero mi abuelo le dijo que habían sido los médicos los que habían comprobado que yo había sido violada. Ella seguía negando todo, decía que los médicos inventaban historias para crearle problemas. Yo no decía nada porque entré como en shock; no quería hablar ni ver a nadie, ni siquiera a mi abuelo que lo quería tanto. No quería tener a nadie cerca de mí; sentía que todo el que se me acercara me iba a hacer daño. Cuando él intentó hacerlo de nuevo, se lo dije a mi mamá y ella me dijo que yo estaba inventando todo, que era sólo una niña, que como creía que le podía atraer a su marido. Nunca quiso creerme. Mi hermano de 11 años quiso defenderme, le dijo que tenía que creer en mi palabra, pero ella le dijo que Bruno (así se llamaba él hombre), era incapaz de hacer algo así.

"Recuerdo muy bien cuando mi hermano le dijo: 'Ya se ve que quieres más a tu marido que a tu hija.' Las cosas empeoraron para mí después de que acusé a mi padrastro. Mi madre me perdió la confianza y terminó por correrme de su casa. Me tuve que ir a la

26 Lugar donde se almacena la pastura.

calle y dormí cinco días en la banqueta de la escuela. Conseguía comida lavando trastes en una tienda. Después me encontré a una hermana de mi abuelita. Ella me llevó a vivir a su casa, en Temilpa Viejo, en el municipio de Tlaltizapán. Me dijo que en su casa tendría techo y comida, que me portara bien. Le platicó a su marido de mí y él dijo que estaba bien, que yo les podía ayudar a lavar trastes y a barrer la casa. Cuando pensé que las cosas iban a empezar a cambiar para mí y que por fin había encontrado una familia, nuevamente me enfrenté a más violencia, ahora por parte de mis tíos. Mi tía abuela tenía cinco hijos, de 12, 16, 18, 22 y 28 años. Mis tíos abuelos salían siempre y yo les daba de comer a mis tíos. Pero un domingo, mi tía abuela se fue a misa y me quedé con dos de mis tíos. Uno se fue a la calle y el otro se quedó en la casa; éste me pidió que le llevara un vaso de agua a la cama, y se lo llevé. Empecé a sentir miedo, había algo en el ambiente que me avisaba del peligro, pero había prometido a mi tía que me portaría bien y que ayudaría en la casa, así que vencí mis temores y entré al cuarto de mi tío. Cuando yo entré no lo vi, pero inmediatamente escuché que la puerta se cerraba y empecé a temblar. Él estaba sin pantalón y comenzó a golpearme, después me rompió la ropa y me violó. Después de hacerme suya, me dijo que si le decía a mis tíos me golpearía otra vez y que aparte me correrían y tendría que quedarme nuevamente sola en la calle. Entonces, a pesar del coraje y la humillación, me quedé callada.

"Contaba únicamente con nueve años y ya había vivido dos violaciones. Me sentía perdida, impotente ante la voluntad y la violencia de mi tío. Tenía sólo dos meses de haber empezado a menstruar. Para mi mala suerte, mi cuerpo había madurado antes de tiempo y a las pocas semanas de la violación comencé con ascos



y mareos, no sabía bien lo que me estaba pasando. Se lo dije a mi tío y él me dijo que no podía hacer nada, que si quería podía seguir viéndolo a escondidas. Entonces decidí irme de la casa. Él me advirtió: 'No sabes hacer nada, vas a terminar de puta, y lo mismo que te hago yo, te lo van a hacer muchos hombres más.' Me salí de esa casa y me fui a vivir a la calle.

"La primera semana trabajé en el campo clamatequiando,[27] pero era un trabajo muy duro para mí y en los surcos me desmayé, porque no comía nada durante el día. A la siguiente semana mi patrón se dio cuenta y me llevó al consultorio de su papá que era médico. Me mandó hacer unos análisis. Al tercer día me entregaron los resultados, mi patrón los leyó, porque en aquel entonces yo no sabía leer ni escribir. Él me dijo que estaba embarazada. Me pagó dos semanas de sueldo y me dijo que en esas condiciones, yo no podía seguir trabajando.

"Aunque era solamente una niña, el hijo del patrón se había enamorado de mí, y me propuso matrimonio. Yo sabía que esta decisión podía cambiar mi vida. Estaba cansada de tanto sufrimiento y quería un padre para mi hijo, pero cuando su papá se dio cuenta de su ofrecimiento, me amenazó con matarme a mí y a mi bebé si me atrevía a casarme con su hijo. Tuve mucho miedo de perder a mi bebé; por eso rechacé su ofrecimiento y me alejé de él. Seguí rodando por la vida. Después conocí a un chavo de 28 años y me junté con él.

"Cuando apenas tenía nueve años, ya tenía tres meses de embarazo, estaba tan sola y había sufrido tanto en mi niñez que buscaba en este hombre el cariño que no había encontrado en mi casa.

27 Limpiar un terreno de maleza para sembrar cualquier tipo de semilla.

"Al principio él se portaba muy cariñoso y atento. Estaba contenta con él. Pero cuando a los tres días de vivir juntos me quiso hacer su mujer, todos los recuerdos de las violaciones se me removieron y cuando comenzó a tocarme yo empecé a llorar. Él me dijo que me aguantara. Toda la ternura y el cariño que me había expresado desaparecieron y nuevamente llegó la violencia. Yo tenía miedo, no quería que me tocara y para defenderme lo mordí, él me aventó y comencé a sangrar mucho. Él se asustó, salió corriendo a buscar ayuda y me llevó con una partera. La partera no se dio cuenta que yo estaba embarazada y le dijo que era normal el sangrado porque era mi primera vez, pero que me cuidara para que pronto estuviera mejor y pudiera hacerme el amor. Me cuidó una semana y después me amarró de la cama para poder penetrarme. Para que no gritara me amarró un pañuelo en la boca. Así lo hacía todos los días y todas las noches. Me tenía como esclava. Yo sentía que no podía más. La tristeza me iba consumiendo, siempre estaba llorando.

"Así viví mi embarazo, atada a una cama, sufriendo cada noche su violencia. Dos meses antes de cumplir 10 años, nacieron mis hijos, Salvador y Mauro; mis primeros gemelos, que fueron los mayores. Yo me puse muy mal porque mi cuerpo era muy pequeño para dos niños. Sangré mucho. No me pude hacer cargo de los dos bebés, así que mi hermana Silvia se llevó a Mauro, que creció con ella, y yo me quedé con Salvador. Mi marido me cuidó dos meses y después comenzó otra vez mi tormento. Antes de que Salvador y Mauro cumplieran un año, quedé embarazada nuevamente de mi hija Giovanna. Era apenas una niña y no sabía qué hacer, con dos bebés pequeños y sin el apoyo de mi familia, no tenía otra opción que aguantar.



"Las cosas fueron empeorando. Después de que nació mi hija, él me comenzó a humillar y a golpearme todos los días. Me calumniaba, inventaba historias de que yo le engañaba con varios hombres y por eso nos maltrataba. Sus fantasías le servían para justificar la violencia. Su familia lo apoyaba porque querían que me dejara, pues había una vecina amiga de ellos que pensaban que sería una mejor esposa para él. Ella tenía dinero y era huérfana de padre y madre, era hija única y por eso su familia quería que él se casara con ella. Esta mujer también estaba interesada en el padre de mi hija. Lo espiaba para poder platicar con él.

"A pesar de la violencia y de los planes de sus padres, vivimos juntos por seis años y tuvimos cuatro hijos: Giovanna, Víctor Hugo, José Miguel y Raúl (pues Salvador y Mauro fueron producto de mi primera violación). Por un tiempo nos fuimos a vivir a Quintana Roo con su papá. Yo pensaba que las cosas ya no podían empeorar en mi vida, cuando mi suegro me empezó a violar. Cuando estaba sola y mi marido se iba a trabajar, mi suegro me tomaba a la fuerza. Yo se lo dije a mi marido, pero él no me creyó, me dijo que su papá era incapaz de hacerme eso. La historia parecía repetirse, nuevamente mi palabra no valía, y la violación era negada por quienes se suponía que tenían que amarme y protegerme.

"Como a los cuatro meses de que mi suegro me violó por primera vez, me quedé embarazada de otros dos niños, fueron gemelos: Víctor Hugo y José Miguel, pero mis niños nacieron enfermos a causa de los golpes que me daba mi marido. Uno de mis niños tenía un tumor en la garganta y el otro bebé tenía un tumor en los testículos. El niño que tenía el tumor en sus testículos murió a los tres meses y el otro a los cinco meses de nacido. Cuando murió mi último hijo, él me echó la culpa de la muerte de los dos. Me empezó a golpear más que antes.

"Él comenzó a tomar todos los días y no teníamos nada para comer. Me decía que yo tenía que darle dinero para que siguiera tomando con los vecinos.

"Yo trabajaba vendiendo leña, me la pagaban a 15 pesos el manojo. La señora que me la compraba me daba comida porque le daban lástima mis niños. Después de que mi marido me quitaba el poco dinero que ganaba, me confesó que su padre había violado a sus hermanas cuando ellas eran niñas y que su hermana Teresa lo había demandado. Entonces pensé en demandarlo yo también, pero me dijo que si hacía cualquier cosa contra su padre, él me mataría. Entonces, en lugar de tener un marido tenía un ogro.

"Pensé en escapar, pero cuando estaba tratando de hacerlo, mi marido llegó y me dijo que quería que le llevara de almorzar al campo porque ya tenía trabajo por un mes. Entonces me quedé todo ese mes, pero yo no recibí un peso de su sueldo. Finalmente me decidí, y para poderme escapar vendí nueve marranos a 300 pesos; empaqué dos mudas de ropa de mis hijos Salvador y Giovanna, y la mía. Nos fuimos a escondidas a las cuatro de la mañana. Quería regresar a mi pueblo y al llegar a la terminal pregunté a qué hora salía el primer camión para Temilpa. Nadie podía decirme eso porque no había camiones para ese lugar; me dijeron que pensara a dónde quería ir.

"Me quedé pensando que iba a hacer, a dónde podía ir. No sabía qué rumbo tomar, me sentía completamente sola. Alguien se me acercó y me dijo: 'Puedes ir a Puebla o a México.' Entonces le pedí a una señora que me hiciera el favor de comprarme un boleto y ella decidió por mí. Fue así que terminé cruzando la frontera hacia Belice, al llegar me quedé en la terminal tres días y después me busqué un trabajo en una gordería[28]. Allá duré tres meses, pero cuando mi

28 Cocina económica.



patrona se dio cuenta que sólo era una niña, cuidando a dos bebés, decidió llevarme de regreso con mi mamá. Mi madre me dijo que mi marido estaba preocupado por mí y le avisó de mi regreso. Yo tenía cinco meses de embarazo de mi hijo Daniel. Cuando me volví a encontrar con él, lo primero que hizo fue insultarme, acusarme de que había andado de puta y me dijo que él no podía hacerse cargo de mí, ni de mis niños. Entonces mi mamá lo corrió, y a mí me dijo que tenía que buscar trabajo para mantener a mis hijos, si me quería quedar a vivir con ella.

"Comencé a lavar y a planchar ropa ajena, pero ganaba muy poco. Era imposible conseguir otro trabajo con mi embarazo ya avanzado. Después hubo problemas con mi hermano que terminó por correrme de la casa de mi mamá. Agarré mis cosas y a mis hijos y me vine a vivir a Cuernavaca con 20 pesos; sólo me alcanzó para el pasaje. Llegué al mercado. Tenía ya 13 años, dos hijos pequeños y uno más en camino y nuevamente estaba en la calle, sin dinero y sin apoyo de mi familia. Ya en Cuernavaca, una señora me dio trabajo en el mercado lavando trastes. El primer día comimos en la fonda, ya no me preocupaba por la comida, pero mi problema es que no tenía un lugar para pasar la noche.

"La señora de la fonda les dijo a tres de sus clientes que me consiguieran un cuarto. Esos tipos me llevaron con ellos por la avenida Domingo Diez. Llegamos a un cuarto de un terreno baldío y esperaron a que mis hijos se durmieran para violarme. Cuando comenzaron a tocarme me dijeron que cooperara por las buenas, porque podían matarme y violar a mi niña. Yo no quería que mi hija pasara por toda la violencia y el dolor que yo había vivido, así que cooperé con los tres, pero después me dijeron que si quería estar en esa casa, tenía que convertirme en su amante. Yo no podía aceptar

una situación así, ni aún en medio de mi desesperación, así que cuando amaneció, tomé a mis hijos y salí huyendo.

"Nuevamente en la calle, sin dinero y lejos del mercado. Caminamos medio día y nos topamos con un contenedor de basura. Comenzamos a buscar agua y comida y comimos de lo que encontramos en la basura. Apenas si podía caminar con mi estómago grande, tenía siete meses de embarazo. No sé cómo fue que pude encontrar mi camino de regreso al mercado, pero después de mucho caminar llegué de nuevo a la fonda en donde trabajaba y le conté a la señora todo lo que me había pasado. Ella me dijo que me podía quedar en su fonda unos días hasta que consiguiera un cuarto. Me quedé tres días y conseguí un cuarto en Acapatzingo.

"Estuve trabajando un mes. Después me regresé a casa de mi madre cuando llegaron los dolores de parto. Al llegar, mi mamá se soltó llorando y corrió a encontrarme. A su manera me quería, y le dolía todo lo que me estaba pasando. Yo le dije que ya era hora de que naciera mi hijo. Entonces me llevó con una partera. Nació el primero y dijo la partera que tenía otro bebé que estaba muerto, que venía de pies. Sentí que iba a morirme porque ya no tenía fuerzas. La partera estaba muy desesperada. Le dijo a mi mamá que ella no se hacía responsable de mi vida porque ya me estaba muriendo, porque el bebé traía los pies doblados. Mi madre se lavó las manos y le dijo a la partera que se quitara, que ella iba a ayudarme, que no iba a dejarme morir y como pudo sacó a mi hijo. Me salvó la vida. Hizo todo para que volviera del desmayo que tuve. Después de que me vio ya más restablecida, fue a buscar a mi marido y le dijo que ya me había aliviado. Pero nuevamente su respuesta fue el rechazo y la violencia. Le dijo que mis bebés no eran suyos y que por él se podían morir. Mi madre le dio una cachetada y le dijo que no me



volviera a buscar nunca más, que para él yo estaba muerta junto con mis hijos.

"Estos son algunos de los problemas que tuve que vivir y que me fueron torciendo los caminos de la vida. Parte de las experiencias que me llevaron a ser como soy de canija.[29] A veces quiero regresar el tiempo para ser mejor de lo que soy. Un mes después de que naciera mi último hijo, Daniel, regresamos a la ciudad de Cuernavaca al cuarto que rentaba. Al llegar me encontré con la gran sorpresa de que mi cuarto estaba vacío. Me senté en el marco de la puerta. Mi hijo Salvador les preguntó a los vecinos que estaban trabajando de albañiles que si de casualidad ellos no habían visto quien se llevó los muebles que teníamos. Pero ellos no sabían nada; se compadecieron de nosotros y nos regalaron dos cobijas. Pasamos la noche. Al otro día me desperté, me levanté y salí al mercado a comprar comida y trastes. Ocho días después, la dueña de la casa llegó a preguntar si yo había regresado, los vecinos le comentaron que ya estaba en el cuarto, pero que me habían robado todas mis cosas. La señora Rosa me fue a ver y me preguntó: '¿Cómo está?, ¿bien?, ¿qué fue lo que pasó? Los vecinos me comentaron que le robaron su casa.' 'Sí, le respondí, se llevaron todo.' No me quedaba más que trabajar y volver a comprar los muebles.

"Después de un mes compré una estufa. A los 20 días compré una cama que un vecino me vendió y así empecé a amueblar nuevamente mi pequeño cuarto. Al poco tiempo de haber regresado un amigo que se llamaba Arturo y que me venía cortejando desde antes, me ofreció matrimonio. Yo lo conocí en mi trabajo. No lo recordaba bien, pero él me dijo que me conocía desde dos años antes, pero que nunca me había fijado demasiado en él y no lo había tratado

29 Astuta.

mucho. Mi distanciamiento era en parte porque yo no quería que mis hijos sufrieran lo que sufrí con mis padrastros. Pero también pensaba en que él podía ayudarme con los gastos de mis hijos y de la casa. Así que después de dudarlo un poco, decidí aceptar su ofrecimiento y planeamos la boda para el mes de noviembre.

"Comenzamos a buscar padrinos y a prepararnos en la Iglesia de Amatitlán. Fuimos a las pláticas, y dos meses después nos dieron un comprobante que tuvimos que llevarle al sacerdote para el trámite de la boda. Se nos pasó el tiempo; yo comprando las cosas y preparando todo para casarme. Cuando faltaban 15 días para que me casara, le comenté a Arturo que iba a ir a visitar a mi familia para invitarlos a mi matrimonio. Salí un domingo para Tlaltizapán. Llegué a la casa de mi abuelita, la abracé y le pregunté: '¿Cómo estás? Ella me contestó: 'Bien hija, pero tus hermanas muy mal.' Le pregunté que por qué. 'Porque Flor tiene problemas con su marido y Agustina llegó golpeada y con sus niños.' '¿Y donde están ellas?' Me contestó que en la casa de mi mamá. Me despedí: 'Bueno, ya me voy abuelita, -le dije-, voy a ver en que puedo ayudar a mis hermanas.'

"Salí corriendo y disfrutando el viento fresco que acariciaba mi cuerpo. Crucé por el campo deportivo, por la barranca llena de bejucos[30] que no me dejaban caminar. Diez minutos después llegué al apantle[31] y me senté un rato. Me quité los zapatos y metí mis pies en el agua. Pensé en los viejos tiempos de felicidad que tuve en ese lugar cuando yo tenía cuatro años. Corría por toda la bardita del apantle en puros calzones y veía como mis hermanos corrían, jugando adentro del agua al 18 y a veces a las competencias. Éramos muchos los que llegábamos a bañarnos y nos quedábamos a

30 Plantas trepadoras tropicales de tallos largos, delgados y flexibles.
31 Acueducto.



jugar. Estuve un rato ahí sentada, pensando en mi niñez, en los pocos días de alegría que tuve antes de que la violencia acabara con mis sueños.

"Después de este recuerdo, seguí caminando y llegué a la casa de mi mamá. Estaban todos comiendo, y les dije que era mejor llegar a tiempo que ser invitada. Mi hermana Flor me dijo: 'Pásale, siéntate.' Pasé, las abracé con mucho cariño, les pregunté cómo estaban. Agustina me dijo que un poco bien. '¿Por qué dices que un poco?' 'Porque no tengo trabajo y aquí pagan poco.' Le dije: 'Vámonos a

Cuernavaca, tengo un trabajo y pronto dejaré de trabajar porque me voy a casar en 15 días.' Mi hermana no lo pensó y me dijo que sí, pero que no tenía para el pasaje. Yo le dije: 'No te preocupes, tengo dinero para que lleguemos. Estando allá no me preocupo, porque tengo unos ahorros.'

"Salimos al día siguiente y cuando llegamos mis hijos estaban cenando. Cenamos y nos acostamos. El martes mi futuro marido llegó temprano y tocó la puerta. Yo salí a abrirle, me abrazó y me preguntó: '¿Cómo te fue?' 'Bien mi amor, pero quiero presentarte a mi hermana Agustina.' Él la saludó y le dijo: 'Bienvenida.' Mi hermana le dio las gracias. Él me dijo: 'Vamos al mercado, a almorzar y a comprar el mandado.' 'Sí cariño, si nos invitas a todos sí.' Nos arreglamos y nos fuimos al mercado Adolfo López Mateos. En la fonda de una mujer a la que le dicen La Morena, nos sentamos y una mesera nos preguntó: '¿Qué van a almorzar?' Tengo tan claro ese día en mi memoria que puedo recordar con detalle qué comimos cada uno de nosotros. Mi hermana pidió cecina y mis hijos enchiladas, mi hija pechuga empanizada y mi prometido mojarra frita. Yo, bistec con cebolla. Como en esa fonda sólo había cinco mesas, nos sentamos en la tercera. Tenía vista para dos lados y en el mostrador había cuatro cazuelas, una tenía frijoles, la segunda tenía costilla de puerco, en la tercera mole rojo y en la cuarta adobo de conejo. Después de que terminamos de almorzar, nos bajamos a comprar el mandado. Esto pasó entre las ocho y las diez de la mañana. Llegamos a los andenes y mi hermana preguntó que si había baño. Le dije que los baños estaban subiendo las escaleras, a la derecha. 'En lo que voy al baño, ¿puedes cuidar a mis hijos?' 'Sí, no te tardes.' Alrededor de cinco o 10 minutos después de que mi hermana se fuera el baño, Arturo me comentó que si no me molestaba que no me llevara a la casa, porque tenía que cobrar en los puestos las cajas de frutas, ya era tarde y no le daba tiempo para ir a descargar el camión.

"Esperé a mi hermana dos horas y no llegó. Así que senté a mi hija y le dije que cargara al niño: 'Voy a buscar a tu tía.' Fui a los baños



y no la encontré. Regresé con mis hijos. No entendía que estaba pasando. La espera había sido demasiado larga y mi hermana no aparecía por ningún lado, así que decidí regresar a casa. Tomé un taxi y le pedí que me llevara a Acapatzingo, a la vecindad de Los Charros. Mis hijos y yo bajamos el mandado del taxi con mucho trabajo porque estaba pesado y mis sobrinos se habían dormido, por eso batallamos un poco para subir el mandado. Abrí la puerta y entramos. Yo estaba preocupada porque mi hermana no conocía Cuernavaca. Ese día mis hijos no fueron a la escuela, se quedaron cuidando a los niños y yo salí al centro con la esperanza de encontrar a mi hermana Agustina.

"Pasé toda la tarde buscándola, no la encontré y fui a buscar a mi prometido. Cuando llegué a su departamento, entré con una llave que él me había dado y los encontré desnudos en la cama. No podía creerlo, estábamos a sólo unos días de la boda y él acababa de conocer a mi hermana. Fue un golpe muy fuerte para mí. Mis ilusiones estaban despedazadas, faltaban únicamente dos semanas para la boda. Él me rogó y me juró que había sido un error, pero que me seguía amando. Pero yo no lo pude perdonar. Cuando me rogó, le dije la verdad, que no lo quería y que me iba a casar con él por conveniencia, porque él tenía departamento propio, un buen trabajo y me podía ayudar con mis hijos, para que pudieran estudiar. Él me había traicionado, pero yo también lo había usado porque nunca lo amé, solamente buscaba una salida de la pobreza para mí y para mis hijos. Tampoco perdoné a mi hermana Agustina, la corrí de la casa y le dije que no quería volver a saber de ella. Pero sus hijos no tenían la culpa y ella no tenía trabajo, ni a donde irse, así que me pidió que me quedará con sus niños y yo tuve que aceptar.

"Fue así que me quedé nuevamente sin pareja y ahora cuidando cinco niños, tres míos y dos de mí hermana, que vivieron conmigo por casi dos años. Yo no quería que sus hijos anduvieran rodando en la calle como había andado yo. Estaba tan enojada que quemé mi ajuar, quemé el vestido y todo lo que tenía para la boda. Tuve que avisar en la Iglesia, a los padrinos y a todos los amigos que la boda se había cancelado.

"Seguí trabajando de mesera en una fonda para poder mantener a los cinco niños. Durante casi ocho años me busqué la vida, de restaurante en restaurante, trabajando de mesera y de cocinera, pero sin volverme a enamorar. Fue en uno de estos restaurantes que conocí a mi pareja actual, era un muchacho muy serio, muy callado. Llegaba a comer al restaurante Los Arcos con todos sus amigos y podían gastar hasta cinco mil pesos en comida y bebida. Un día, que era mi día libre, llegué al restaurante a ver a una amiga, llevaba a mis hijos para disfrutar el día y él estaba ahí. Me pidió que yo lo atendiera, pero le dije que era mi día libre, él me ofreció pagarme el doble si lo atendía. Era mucha tentación, porque yo necesitaba dinero, así que me puse el uniforme y lo atendí.

"Se presentó conmigo, su nombre era Luis y era albañil. Yo sólo le dije mi apodo, que era Mary, ni siquiera le quise dar mi apellido. Primero me resistí, pues me invitaba a salir; pero le dije que no salía con mis clientes, así pasaron casi tres años en que él iba periódicamente al restaurante a comer y me hacía plática. Poco a poco nos fuimos haciendo amigos y después de dos años de andar de novios, me propuso matrimonio. Primero le dije que no, que mis hijos estaban chicos y que primero quería que crecieran e hicieran su vida antes de buscar una pareja. Pero después quedé embarazada de él y decidí casarme.



"Luego conoció a mis hijos y le gustaron mucho, me dijo que eran muy buenos niños, muy nobles. Mi hija Giovanna estaba entusiasmada con la boda, pero mi hijo Salvador se puso celoso. Yo le expliqué que no podía con toda la responsabilidad de la familia y que necesitaba un compañero. Fue mi primer matrimonio. Nos casamos por la iglesia católica en su pueblo. Yo tenía tres meses de embarazo y él se hizo cargo de todos los preparativos de la boda. Me llevó a su pueblo, Zacatlán de las Manzanas. La boda duró tres días, con música de viento, mariachis. Su familia me trató muy bien, pero pensaban que era señorita, no sabían que tenía hijos. Le decían: 'Luis, te sacaste un diez con esta señorita' y señorita para acá y señorita para allá y yo con mi secreto. Me sentía un poco fuera de lugar porque todos hablaban en náhuatl, mi suegra apenas si hablaba español, toda su familia y todos en la fiesta hablaban en náhuatl.

"Durante el embarazo fuimos dos veces a su pueblo, ya me había encariñado con él y tenía mucho entusiasmo con el nacimiento de nuestro hijo. Pero en uno de los viajes él se puso a coquetear con otra mujer que venía en el autobús. Tenía ocho meses de embarazo y me sentía fatal. Me bajé del autobús y tomé un taxi a otra central de autobuses de donde salían carros para Cuernavaca. Llegué a mi casa y me encerré a llorar. Cuando él llegó a la casa y quiso hablar conmigo, lo corrí y traté de salirme del departamento, pero había basura en el pasillo y me resbalé, caí rodando por las escaleras. El parto se me adelantó por el golpe, pero el niño nació muerto, estaba todo moradito de su cuerpo. La pérdida de mi bebé me puso muy triste por un tiempo, pero ya tenía a mis otros cuatro hijos y además tenía a Antonio, que era mi marido y trataba bien a mis hijos. Con el tiempo me volví a embarazar y nuevamente nos llenamos de

ilusiones. Me cuidaba mucho para que no volviera a pasar lo que me pasó con el otro embarazo y con los otros dos niños que se me habían muerto. Nunca imaginé que con este bebé llegarían nuevos sufrimientos a mi vida.

"Mi último día de libertad. Era jueves 21 de diciembre de 2007. Me levanté muy temprano para preparar el almuerzo y el lonche de mi marido y de mi hijo. Salí al baño, me cepillé los dientes, después entré a la cocina y abrí el refrigerador para ver qué podía hacer para el desayuno, había varios blanquillos,[32] pensé en guisarlos a la mexicana. También había un paquete de chuletas, las guisé con salsa verde de tomate. Desayunamos y después mi esposo se fue a trabajar y mi hijo Salvador también. Mis hijos menores se fueron a estudiar. Giovanna a la secundaria y Daniel a la primaria. Yo me quedé sola en casa, pensé en acostarme otro rato, pero tenía que hacer todo el quehacer en la casa, así que comencé recogiendo los trastes y los lavé. Era un día como cualquier otro, tendí las camas, sacudí los muebles, barrí y trapeé y después salí a barrer la calle.

"Terminé y me senté un momento a pensar que iba a hacer para la comida. Después me bañé, tomé una bolsa y me fui al mercado; en el trayecto me encontré a una de mis hermanas y me preguntó: '¿Cómo estás? ¿Por qué no has ido a visitarme?' Respondí: 'Porque me cansa mucho mi embarazo.' Ella se despidió porque iba a recoger a su hijo y yo me encaminé al mercado, hice la compra y regresé a mi casa a hacer la comida. Esperé a los niños que estaban a punto de llegar de la escuela. Cuando llegaron, corrieron a verme y me preguntaron: '¿Cómo estás mamita?, ¿Qué vamos a comer?' Les dije lo que les había preparado y nos sentamos a comer.

32 Huevos.



"Mientras ellos hacían la tarea, lavé los trastes y los acomodé en el escurridor. Después me fui a acostar un rato porque me sentía muy cansada. Dos horas más tarde llegó mi hijo Salvador y llegó mi marido. Me preguntó: '¿Cómo está mi pancita?' 'Bien, amor, pero me siento muy cansada', le respondí. 'No te levantes, descansa, los niños y yo preparamos la cena.' Para esto yo tenía ocho meses y una semana de embarazo. Media hora más tarde cenamos y después mi niña levantó los trastes de la mesa y fuimos a la sala a ver la televisión. Vimos una película, La Era del hielo, y cuando terminó nos acostamos. Mi esposo me dijo: 'Nunca me abandones mi vida, porque a tu lado soy muy feliz.' Y le dije 'No mi amor. Yo en ti encontré la felicidad y por todo este amor que tenemos hay que luchar para esperar este hijo que está por nacer', 'Sí preciosa', me respondió. Ni él ni yo imaginamos que nuestra felicidad estaba a punto de terminarse.

"Al día siguiente nos levantamos temprano y entre los dos preparamos el almuerzo y levanté a los niños para que comieran, se arreglaran y se fueran a la escuela y a trabajar. Le comenté a mi marido que tenía cita para checar mi embarazo y salimos juntos de la casa, él a su trabajo y yo al Hospital General. Tomamos el microbús juntos; él se bajó en el centro y yo en el mercado. Me fui caminando hasta el hospital. Llegué y le dije a la secretaria que tenía cita con la doctora Eva. Ella me comentó que la doctora no estaba, que me iba a atender otra doctora y que esperara en la sala de espera, que ella me llamaría.

"Me senté media hora y después salió, me dijo que en la sala de discapacitados estaba la doctora que me atendería y me llevó con ella. La doctora me dijo: 'Póngase esta bata.' Fui al baño, me puse la bata, salí y me mandó que me acostara, pero que me quitara las

pantaletas. Me quité el calzón, me examinó y cuando terminó me comentó que ya iba a nacer mi bebé. Yo le dije que todavía no era hora, que me faltaban tres semanas para cumplir nueve meses. La doctora me explicó que a lo mejor yo trabajaba mucho y que por eso se me había adelantado mi parto. Me inyectó y me mandó a caminar para que el cuello de mi matriz se abriera, para que pronto naciera mi pequeño.

"Caminé durante una hora y después la doctora, que se llamaba Irma, me hizo el tacto y dijo: 'Ya es hora de que nazca porque ya está coronando.' Yo tenía fuertes dolores. Me quedé acostada, pero estaba preocupada porque no podía avisarle a mi esposo o a mis hijos. Le expliqué a la doctora mis temores y le pedí que me dejara hablarle a mi familia, porque no podía concentrarme en la labor de parto. La doctora me tranquilizó con su comentario: 'No te preocupes; yo puedo comprarte ropa para tu bebé y para ti, pero por favor puja porque si no lo haces, tu hijo morirá y tú no quieres eso, por favor ayúdame.'

"Dilaté en trabajo de parto casi dos horas. Cuando nació, la doctora bañó a mi niña y después a mí, cuando terminó de bañarnos, a mí me puso la bata y a la niña la envolvió en una sábana porque no tenía ropa, después me dijo: 'Voy al mercado a comer y de paso te traigo ropa para tu niña; no te preocupes, estarás en tu casa hoy a la tarde o en la noche, yo te pago un taxi.' Cuando regresó trajo una camisita, una chambrita y un pantaloncito. Cambió a mi niña y después me dijo: 'Levántate despacito y cámbiate, ya te puedes ir a tu casa.' Salí del hospital a las seis de la tarde y la doctora me dio cien pesos para comprar pañales y pastillas para el dolor. Me mandó a la farmacia que está a un lado de Urgencias, compré tres pañales y las pastillas. Después caminé hacia un taxi que estaba



estacionado cerca del Banco de sangre y antes de llegar al taxi, una mujer se me acercó y me dijo: 'Dame al niño. 'Yo me negué y segundos después, alguien me picó por atrás con una pistola y me dijo: 'No grites porque te mueres.' Me quedé callada y obedecí lo que me dijeron: 'Dale al niño y súbete al coche.' Le di a mi niñita y me subí al coche donde me taparon la boca y me ataron de pies y manos con cinta canela.

"Después de esto, el señor se subió al coche y la mujer también. Inmediatamente que comenzó a manejar el coche, la mujer le preguntó: '¿Qué vamos a hacer con la señora?' Él le dijo: 'La matamos y la tiramos en una barranca.' Yo pensé en mis hijos y comencé a pensar cómo podría liberarme las manos. Me agaché y con cuidado me quité el masking tape de la boca y después busqué con que defenderme, me acordé que en mi bolsa traía un cortaúñas con navaja. La saqué y la tuve entre mis manos. Como a las seis y media llegamos a una barranca que está a orilla de carretera, por la colonia las Palmas.

"El señor se bajó y abrió la puerta de atrás donde yo estaba. Ahí me enseñó fotografías que él traía de varios miembros de mi familia. Hasta entonces me di cuenta que todo esto había sido planeado con anticipación y que tenían tiempo siguiéndome. El hombre me dijo que si no lo obedecía en todo, mi familia lo iba a pagar muy caro. Después me tomó de los cabellos, yo lo ataqué con el corta uñas y después empecé a gritar pidiendo auxilio. Cuando llegaron los policías, ellos cambiaron toda la historia, dijeron que la niña era su nieta y que yo les había pedido un aventón y que cuando me subieron al carro intenté quitarles al bebé. Todo era mentira, no podía creer que ahora trataran de culparme a mí.

"Yo les dije que buscaran en los registros del Hospital Civil y que ahí encontrarían la información sobre mi parto y que podían revisarme y confirmar que acababa de parir. Pero no me escucharon, me llevaron presa y la pareja se quedó con mi bebé. No me hicieron ningún análisis para comprobar que había parido y dicen que en el hospital no había ningún registro de mi ingreso. La doctora que me atendió no existía y no había ningún rastro de que yo había pasado por el hospital. Yo estaba confundida, no podía entender lo que estaba pasando, me llevó tiempo entender que me habían robado a mi hija, que todo estaba planeado para que yo terminara aquí, acusada de intento de homicidio. Me sentenciaron a siete años de prisión."



**CON PLUMA Y PAPEL**

*Leo Zavaleta*

Con pluma y hoja en blanco, el colectivo ha sido para mí libertad para expresar lo que quiero. Con pluma y hoja en blanco puedo salir y entrar de este lugar y hasta viajar a otros países. Con pluma y hoja en blanco puedo comunicarme con mis hijos sin tener que usar tarjeta telefónica, y hasta puedo expresar lo que no me atrevo a decir de frente. Qué hermoso es saber usar la pluma y la hoja en blanco. Puedo reír, llorar mientras escribo a mis seres queridos.

**7. Sol:**
Acabas de perder todo,
¡que Dios te bendiga!

*Águila del Mar*

Al paso de los años, miradas y recuerdos ocultos observan y cobran vida en la historia de una mujer común, su nombre, Sol, esposa y madre de familia. Mar impredecible que cautivaba con sus ocurrencias el corazón de su esposo. Hombre correcto, dictador de su propia verdad, en su afán por someterla a ideas conservadoras y crearle una imagen de perfecta esposa, olvidaba que ella era dueña de una rebeldía impulsiva. Aunque sus ideas y costumbres no eran compatibles, no les impedía amarse de la manera en que lo hicieron y me atrevo a decir, que de una forma descomunal.

Sol cometió muchas locuras en nombre del inmenso amor que le tenía a su esposo. Una fue crear una imagen camaleónica de ella misma; todo lo contrario a los gustos conservadores de él. Su esposo tenía jornadas pesadas de trabajo de oficina. No había tiempo para darse un respiro para Sol.

Él se merecía un descanso, un regalo que le demostrara la profunda admiración que ella le tenía. Consiguió un pequeño trabajo que le permitió ahorrar lo suficiente para sus planes. Compró un atuendo íntimo muy provocativo, rentó el mismo cuarto de hotel donde estuvo por primera vez con él. Todo estaba ya listo. Un cuerpo joven antes de la entrega, contemplaba su semblante frente al espejo. Se mira sonriente vestida con un hermoso atuendo negro de piel para este sueño. Maquillaje para la ocasión y un delicioso aroma de tentación.

Toma el teléfono, marca a la oficina de él. '¿Sol?, amor, ¿cómo estás?' '¡No! No soy tu esposa.' '¿Ah No? entonces ¿quién es usted.' 'Me llamo Suzette y estoy a tu servicio por el día de hoy, algo así como tu dama de compañía, te veo en una hora afuera de tu oficina.' Sin decir más, Sol cuelga, termina los últimos detalles y se dispone a salir. Llega la hora. El hombre afuera de la oficina observa por todos lados, baja los escalones y Suzette lo sorprende con un beso candente, susurrándole al oído 'deseo tu desnudez.' 'Sol, ¿por qué te vestiste así? Sabes que no me gusta.' Lo besa y hace señal de silencio. 'Oye, ya te dije que no soy tu esposa, además ella no sabe nada, ¿o sí?' '¿A dónde vamos?', pregunta él. 'Ven, tomemos un taxi.'

Camino al hotel continuaron los besos y caricias provocando espasmos en sus sexos, el aire se torna en deseo, en un susurro Suzette pregunta: '¿Me veo mal?' El hombre la observa de arriba abajo. 'No, me encanta. ¿Sólo para mí?' 'Sí, sólo para ti.' En los pasillos del hotel, los murmullos de amor profanan los silencios. Suzette y su amante rozaban sus muslos tocándose con malicia. Entran a la habitación. Ésta lo empuja tirándolo en la cama. '¿Sabías que en este cuarto estuve por primera vez con mi esposa?' '¿Sí? ¿Qué tan buena amante es tu mujer?' 'La mejor. Ella está aprendiendo conmigo y yo con ella.' Suzette sirve una copa y dándosela a beber, pregunta: '¿La amas?' 'Mucho, es lo mejor, mi más preciado tesoro. Ella y mis hijas.'

Con besos, Suzette toma el control, comienza a desvestirse, dejando a la vista lo que cubría sus partes más íntimas con encajes negros, él roza sus muslos, sus pechos, listo para poseerla. Hicieron el amor hasta el cansancio, repitiéndole una y otra vez cuánto la amaba y ella susurraba lo mismo por él. Fue una noche inolvidable



para los dos. Cuando él despertó, había una nota en la cama: 'Espero y nos volvamos a ver algún día. Suzette.' Él llega a su casa y Sol lo recibe con una sonrisa. 'Hola amor, ¿cómo te fue?, ¿trabajaste toda la noche?' Se acerca a ella, la abraza por detrás, dándole un beso en el cuello, unas lágrimas brotan de sus ojos. 'Eres maravillosa.' 'Tú también. Vamos, báñate, ya está tu agua. Y te sientas a desayunar.' '¿Las niñas?' 'Están durmiendo.' Él se asoma a su cuarto y las besa con ternura de papá. El amor se respira en el aire de esa habitación.

Sol guardó el recuerdo de Suzette en un cajón. El tiempo pasó, el amor se fue enfriando; todo torrente se congela, la pasión se hizo hielo. Todavía ninguno de los dos sabe qué pasó. El emperador no supo manejar su poder. Nuevas aspiraciones y mejor puesto. Nuevas relaciones sociales, cenas de protocolo, donde la esposa era un orgullo. Y ella se fue hundiendo en soledad, suspirando por un te amo, un beso sorpresa, una flor, una palabra, una sola palabra para ella. Pero él se llenó de ambición, de más poder, de más fuerza. Llegaron los golpes, las ofensas, las llegadas tarde. Por cada ofensa, un arreglo floral; por cada golpe, una joya, un celular y hasta un nextel para que Sol, no tuviera ninguna excusa para no contestar e informar a papá dónde se encontraba y con quién. Llegó al extremo de temblar de miedo y rabia con su sola presencia.

Si algo salía mal, todo, absolutamente todo, era culpa de ella. Se estaban haciendo mucho daño. Un día ella se enteró que la engañaba con otra mujer. El dolor y rencor se apoderaron de su corazón. '¿Qué hice mal?', se preguntaba una y muchas veces.

Un demonio fue creciendo en ella. Comenzó un juego muy peligroso, que más tarde la llevaría a caer en un laberinto difícil de salir. En ese tiempo conoció a otro hombre, se refugió en él. Sus caricias y besos la hicieron vivir, soportando el silencioso infierno,

vivir una doble vida es engañarse a sí misma dos veces. Ella sentía una pasión infernal y por esa pasión, llegó al extremo de retar a su propio marido. Como una perra se defendía a sí misma, a sus hijas y a su pasión, ya no más golpes. ¡Ya no! Ahora la indiferente era ella. Había cobrado una fuerza extraordinaria y a través de una sonrisa transmitía alegría que salía de su corazón y provocaba en su esposo celos enfermizos.

Un día Sol encontró a su esposo acariciando el atuendo de Suzette, sus ojos enrojecidos no podían ocultar la nostalgia de aquellos momentos vividos. 'Deja mis cosas', dijo ella, arrebatándole las prendas íntimas. Él, en silencio, salió rumbo al trabajo. Una llamada rompe los pensamientos de Sol. Por el identificador sabía que era él. '¿Qué quieres?' 'Hace tiempo conocí a una mujer llamada Suzette.' '¿Y...?.' 'Quiero volver a verla.' 'Pero, Suzette, murió.' '¡No!, yo sé que no, dile que la espero en el parque que ella conoce.' Sol entendió el mensaje, pero no sabía qué hacer: serle fiel al amor o a la pasión. Los rostros de sus hijas tristes de tanta violencia, la convencen de que tal vez ésta podría representar una oportunidad de volver a ser una familia de nuevo. Saca el atuendo de Suzette, caminando nerviosa lo observa y piensa qué hacer con la esposa intachable o la mujer que ha vuelto a vivir. Un mensaje a su celular rompe el silencio: 'Hola preciosa, estoy pensando en ti. Llámame cuando puedas. Art.'

No pudo evitar el llanto. Sol vivía atormentada. Sentía que le iba a ser infiel al hombre que deseaba con locura. Tomó una decisión. Compró todo lo necesario para la nueva ocasión. Complementándolo con un liguero, unas medias sensuales y un elegante corset que hacía de su apariencia una mujer más madura, más mujer. Un pantalón entallado y una blusa escotada que por sí misma incita a tocar. Una



Suzette totalmente diferente. Llega puntual a la cita, observa a los lados, un hombre se acerca, en su mano, traía un papel. 'Hola, hace mucho...' 'Sí, hace mucho...' '¿Recuerdas esta nota?' 'Sí.' '¿Recuerdas lo qué dice?' 'Sí, pero vamos a hablar del precio de mis servicios.' Desconcertado él, pregunta: '¿Cuál va a ser el precio por volver a estar contigo?' 'Barato, la libertad de tu esposa; déjala ir con sus hijas.' '¿Ella me quiere dejar?' 'Sí, sería lo mejor para los dos. Si la dejas ir, te prometo la noche que jamás olvidarás. Creo que es el pago justo a mis servicios.' 'Está bien', responde él acercándola a su pecho mientras que de los ojos de ella brotan lágrimas, la toma del brazo diciéndole: 'Todavía recuerdo ese día, ¿tú, no?' 'Sí, también.' Con un beso sellaron el pacto. La besó con pasión y ella no pudo contenerse más. Se dirigieron al hotel, a la misma habitación y al entrar en ésta, había flores por todos lados. Él le sirve una copa y dice: 'Cuéntame de ti, ¿eres casada?' 'Sí, tengo una familia. Dos niñas.' '¿Y tú esposo?' Ella evita su mirada y decide no contestar. 'Te pregunté por tu esposo. ¿Eres feliz?' Con mirada de coraje, le contesta: 'No, no soy feliz. Lo fui hace mucho tiempo.' '¿Lo amas?' 'No me preguntes por favor.' Él la abraza y con llanto le reitera la pregunta: '¿Lo amas?, ¿lo amas?' Ella no pudo soportar la presión: 'Sí. ¡Sí! Ahora yo quiero saber: ¿si él me ama a mí?' '¿Qué te dicen mis ojos?' 'No lo sé, dímelo tú: ¿él me ama?' No le contesta y sigue besándola, comienza a hacerle el amor con una pasión desenfrenada; ella toma su celular, enciende la cámara, comienza a hablar y dice: 'Este momento queda plasmado y cada vez que veas este video recordarás a una mujer llamada Suzette.' Sosteniendo la cámara hacen el amor, filmando paso a paso, caricias, besos, gemidos. Parecía una competencia de quién era el mejor.

Sol, por momentos, imaginaba que le hacía el amor al otro y eso la hacía desatarse más. Deseaba pertenecerle más al otro que a su propio esposo. Su cabeza era un huracán de pensamientos: amor, odio, pasión, engaño, traición. Él se quedó dormido. Ella sacó una navaja, se acercó a él, pero no pudo matarlo, no pudo, la escondió. Se acostó junto a él. Lo observaba cómo dormía, hasta que ella misma se quedó dormida. Él despertó, la acariciaba y con una voz silenciosa dijo: 'Todavía: te amo, todavía te amo, eres el amor de mi vida, mi Sol.' Ella alcanzó a escuchar sus palabras, sentía remordimiento por amar a otro hombre. Despierta sin decir nada, se baña, se viste y al salir: 'Se acabó el momento. Espero y te haya gustado, ahora quiero mi pago.'

Él la mira sin decir nada y comienza a vestirse. Salen del hotel. Toman un taxi, van en silencio pensativos. Saben que todo está dicho. Al llegar a la casa, él la empuja. Estaban solos. Las niñas dormían en casa de su abuela. Sol enfurecida se lanza sobre de él, golpe tras golpe desangraban sus corazones ya heridos. 'Jamás te vas a ir de mi lado, ¿me estás escuchando maldita puta? Te quieres largar, irte con ese imbécil.' Sol se defendía como podía hasta que quedó inconsciente. Al despertar, estaba en el suelo, su cuerpo herido, no podía moverse. Sol ya no quería vivir, no tenía fuerzas. Su resentimiento la hizo tomar pastillas tratando de envenenarse. Aun así el destino es impredecible y caprichoso.

Sol abre los ojos. Lo primero que observa es la luz de una lámpara y el murmullo de voces. '¿Ya despertó? ¿Sol, amor, cómo te sientes?' Mira a su agresor como un demonio enfurecido llena de rabia. 'Hijas, mamá despertó.' 'Mami, ¿qué te pasó?, ¿te duele?' No puede contener las lágrimas y con voz quebrada contesta: 'Sí, un poco, pero no se preocupen, estoy bien.' Seca sus lágrimas con suaves



caricias. 'Mami, ¿quién te pegó?' Antes de contestar, su esposo interviene: 'A mamá la asaltaron; los ladrones la golpearon. Pero no se preocupen, mamá está bien, está aquí con nosotros y no se va a ir, ¿verdad, amor? Todos estábamos preocupados por ti, no sabíamos dónde estabas.'

Se dio cuenta que él ya había inventado una fabulosa historia. Con mirada sarcástica, en su mente repetía: 'Maldito, que buen actor eres; me las vas a pagar, te juro que me las vas a pagar.' La preocupación de su familia era evidente: 'Hija, ¿qué te pasó?', le pregunta su padre. 'No, no quiero hablar, no me pregunten nada por favor.' Alterada, no pudo contenerse más y rompió en llanto. Él ordena a su suegro: 'Déjenla descansar, yo la voy a cuidar. Ella no está bien, tiene los nervios destrozados, llévate a las niñas.' Al cerrar la puerta, él pregunta a Sol: '¿Por qué lo hiciste, eh?' Ella no responde. 'Te pregunté por qué lo hiciste.' Ella no contesta, sólo lo reta con la mirada. 'No me mires así, estúpida.' La toma de los cabellos y del cuello. 'Si insistes en largarte te meto a la cárcel o yo mismo te mato. Escúchame bien, eres mi esposa, ¿lo oyes?, mi esposa. Entiéndelo, yo soy hombre y puedo hacer todo lo que yo quiera, ¿escuchaste bien? Ahora vas a obedecerme.'

El profundo rencor que Sol tenía, se transformó en odio a muerte. Pasaron los días, enloquecida planea cómo hacerlo pagar. La mejor manera, mandarlo a golpear, pensó. Un juego cada vez más peligroso. Pero el camaleón toma forma y colores distintos. Frente a él, era una esposa sumisa, obediente, con el color de la pureza y el sufrimiento. A sus espaldas, el demonio enfurecido, clamando venganza; el color de la desgracia. Tras sus dudas, estaba la pasión por el hombre que deseaba. A cada instante se preguntaba: ¿Qué es lo que realmente quiero? Piensa, Sol, piensa. ¿Estás segura de lo

que quieres hacer?, ¿qué tal si se les pasa la mano y lo matan?, ¿vas a cargar con su muerte por el resto de tu vida? Mírate, ya no tienes vida propia, eres un desastre. Tus hijas te necesitan.

¿Qué hacer? Dios, ayúdame. Después de mucho pensar, decide demandarlo y acude a la Procuraduría de la Mujer. Sol relata su situación por demás insostenible.

Tiempo atrás había acudido a la misma Procuraduría, a denunciar los malos tratos de su esposo, pero la funcionaria que la atendió le dijo que no tenía una prueba contundente de los golpes y de la infidelidad, que no se podía hacer nada, ya que era trabajador de gobierno y sostén familiar; y que no era ni la primera ni la última esposa engañada y golpeada. Aún no se había reformado la ley para protección de la mujer. La escucharon con atención y levantaron el acta correspondiente, 'con esto ya te puedes ir a tu casa y llevarte a tus hijas. Demanda el divorcio y la pensión de las niñas. No estás obligada a seguir soportando más humillaciones.' Al escuchar esto, Sol sintió un gran alivio. Pronto seré libre, por fin tendré mi paz, pensó. Ahora mi historia será distinta. Venderé mi casa y me iré lejos con mis hijas, empezaremos de nuevo. Sol toma su celular y llama a una amiga muy querida por ella. 'Hola. Discúlpame que te moleste, pero estoy en el banco. Por favor pasa a la escuela por mis hijas y paso por ellas a tu casa. Gracias.'

Terminando con su diligencia, Sol toma un taxi rumbo a la casa de su amiga. Su corazón y conciencia se invadía de sentimientos, miedos, preguntas, pero también de decisiones contundentes y en silencio decretaba: 'Ya no puedo seguir con este plan macabro. He gastado dinero, fuerzas, he descuidado a mis hijas y no he conseguido nada, solamente hacerme más daño. No como, no duermo, esperando el momento de verlo acabado y no es lo que



realmente deseo. Sólo quiero mi paz, no una doble vida. Debo dejar la pasión y el amor. Aprender a salir adelante frente a una sociedad que hiere con el filo de su crítica. Como muchas, no seré ni la primera ni la última fracasada que construyó su hogar en cimientos de arena, que al derrumbarse dejan a la vista la terrible y cruel realidad. Donde lo único que importa es el valor de ser mujer; pero yo ni eso soy. Me he convertido en una piltrafa humana; me doy lástima a mí misma. Pero ya no más, aprenderé a quererme, a valorar lo que realmente tiene valor: mis hijas.'

Al llegar a la casa de su amiga: 'Hola. ¿Y mis hijas?' 'Tu cuñada pasó por ellas y no quiso dejarlas venir conmigo.' En ese momento llega otra amiga, con cuyo destino su vida se vería entrelazada. Le dice: 'Sol, ¿se te hizo tarde, no pasaste por tus hijas?, ¿cómo vas con tu marido? Mi tío quiere saber si sigue buscando o no.' '¿De qué hablan?, ¿buscar qué?, ¿qué se traen?', pregunta la otra amiga. Sol contesta segura de sí: 'No te preocupes, ya no quiero nada. Quiero irme lejos con mis niñas. Ya lo demandé y me dará el divorcio quiera o no. Venderé mi casa y así pondré un negocio.' '¿Y tu amor…?.' 'Él tiene una familia y ese es su lugar. He soñado con estar con él, pero eso nunca podrá ser, porque yo no quiero destruir a una familia como lo hicieron conmigo, con la mía. Las llamadas de la amante de mi esposo son cada vez más descaradas y más ofensivas. Se atrevió a insultar a mis hijas. Me enteré por ella misma de su relación con él. Que se quede con ella, los dos son iguales. Él es un canalla y ella… Bueno, estoy contenta; ya me voy, tengo que preparar de comer y hacer el aseo de mi casa.' Gracias, amiga.' Al salir rumbo a su casa, su cómplice la alcanza. '¡Sol!, ¡espérame!, ¿tienes tarjeta de teléfono?' 'Sí', '¿vas a llamar?' 'Voy a pedir a mi taxista exclusivo.' Se dirigen a un teléfono público, un carro se detiene. Es el esposo de Sol.

La amiga de Sol toma los documentos y los esconde mientras él dice enfurecido: '¿Qué haces aquí, dónde estabas?' Sol, aterrada, no sabía qué decir. 'Disculpa, yo le pedí la tarjeta a tu mujer para llamar y la entretuve.' 'Tú cállate, maldita vieja. ¿Tú eres su tapadera, verdad? Y tú me las vas a pagar. ¡Súbete!, ¡súbete al carro!' 'No le hagas nada. Sol, Sol.' El esposo de Sol arranca su carro, se dirige a un callejón solitario, se detiene y golpea a Sol. 'Dime dónde estabas, ¿con tu amante, verdad?, ¿ya te revolcaste con él? Dímelo.' Ella se defiende: '¡Déjame maldito! jamás te he engañado ni le he pertenecido a otro. No soy una perra como tú.' Con un golpe de puño cerrado, le contesta: '¡Cállate!, y dime ¿por qué no fuiste por las niñas y mandaste a tus amiguitas?'

Arranca el carro de nuevo y se dirige a casa. Ahí estaban las niñas angustiadas. '¡Mamá!, ¡mamá!, ¡ya no quiero que papá te pegue!, ¡ya no le pegues, papá!' Él, incontrolable, la jala del brazo y se encierra con ella en un cuarto. 'Maldita perra, mis hijas están llorando por tu culpa. Por última vez te lo voy a preguntar: ¿dónde estabas?' 'Fui a demandarte. Termíname de golpear para que vean realmente quien eres. No sabes cuánto te odio.' Él, sorprendido y sin decir nada, sale de la casa. Se detiene pensativo durante un buen rato. Sol intenta recuperar la calma para tranquilizar a sus hijas. 'Les prometo que es lo último que van a ver. Ya no más golpes, ya no verán esto que las lastima. Perdónenme por permitir que esto se convierta en un infierno.' Pero él regresa en el momento en que ella estaba dándoles de comer.

Él la observa retadoramente, y dice: 'Sol, ven. Vamos a hablar.' 'Está bien, vamos a la recámara.' '¿Qué quieres, Sol? No podemos seguir así.' 'Quiero irme, ya lo sabes. Tú y yo no podemos estar juntos. Esto no es una familia, no es vida. Quiero irme lejos, rehacer



mi vida de nuevo.' '¿Con él?' 'Él no está en mis planes. No quiero una relación ahora.' Después de discutirlo por horas; llegaron a un acuerdo mutuo.

'Está bien, Sol, vete donde quieras, pero yo iré a verte una vez por mes. Por mis hijas te voy a apoyar. Y una última condición: te vas a ir cuando ellas salgan de la escuela, en vacaciones. Esas son mis condiciones.' 'Está bien, pero no quiero que me maltrates en todo este tiempo.' Los días transcurrían lentamente. Los dos

se mostraban considerados y cordiales. Él llegaba con regalos sorpresa para ella y las niñas. A cualquier hora se escapaba de su trabajo para vigilarla y no tuviera contacto con otro hombre. Ella tenía un objetivo: seguir con sus planes, irse lejos. Aunque a veces su amante la llamaba, Sol evitaba contestarle. La inseguridad de su esposo era evidente. Checaba sus llamadas buscando pruebas de la

infidelidad. Ella de pronto sentía que las cosas se podían arreglar. Pero no. No quería dar marcha atrás, su decisión estaba tomada y la fecha se acercaba. La última llamada que recibió Sol de la amante de su marido, fue una tarde. '¿Bueno?', contesta Sol. '¿Crees que me ganaste?' 'Hola, puta de mi marido, ¿cómo estás? Ya me estabas preocupando. Creí que te habías muerto.'

'Mira', dice la amante, 'idiota, la que ríe al último…' 'Ya lo sé… Ríe mejor. Esa frase ya me la sé. Escúchame bien: quédate con él, es tuyo, ¿qué más quieres? Es tu premio.' 'Te juro que me las vas a pagar.'. Sol, con una sonrisa maliciosa, cuelga y sigue con sus labores. En las noches, cuando su esposo llegaba de trabajar, preguntaba con insistencia: '¿Cómo te fue?, ¿a dónde fuiste?' Luego tenía que cumplir con sus obligaciones conyugales como una buena esposa. Sol creía que tenerlo contento, sin contradecirlo, era lo más recomendable para evitar problemas. Pero no se daba cuenta que su vida estaba por dar un giro. La desgracia estaba tocando a su puerta.

Una mañana, al dejar a sus hijas en la escuela, recibe una llamada. 'Bueno, sí, diga.' '¿Señora Sol?', oye al otro lado. 'Sí, perdón, ¿quién habla, quién es usted?' 'Soy la persona que quedó en hacerle el trabajo que quiere. Necesito verla.' Sol, sin decir más, temerosa, cuelga. Se dirige a la casa de la amiga que era cómplice de su plan. Toca la puerta. '¡Hola, Sol!, ¿por qué traes esa cara?' 'Me acaba de llamar un hombre y no sé quién es.' '¿Cuál?.' 'No sé. Que es la persona que me va a hacer el trabajo, pero ya no quiero nada. ¿Y tu tío?' 'No está.' '¿A qué hora llega?' 'No lo sé, tranquilízate.' 'No me puedo calmar. Me dio miedo, su voz es amenazante. Por favor, cuando llegue tu tío pregúntale quién es ese tipo, que hable con él y le diga que ya no me moleste, que no quiero nada.' 'Sí amiga. Cálmate, cuando llegue



mi tío hablo con él. Ya sabe que te arrepentiste.' 'Me voy, pues mi esposo me tiene vigilada y no quiero que me pase lo que viste aquel día.'

Sol continuó con sus actividades. Ya por la tarde recibió otra llamada: '¿Diga?' 'tengo que verla, es urgente.' 'Oiga, no lo conozco.' 'Señora, soy un hombre con el que no se juega, la espero en la casa de su amiguita.' Al colgar de nuevo el miedo invade a Sol, vuelve a sonar el teléfono, ¿qué quiere el tipo? ya había llamado a las dos. 'Sol soy yo', la amiga dice: 'Creo que fue un error buscarlo, le voy a decir a mi tío.' Quedan muy desconcertadas, no saben qué hacer. Al anochecer el esposo de Sol llega a la casa: '¿Cómo te fue?, bien, ¿qué hiciste?, ¿dónde fuiste?' 'No hice nada especial, no salí. Voy a prepararte el agua para que te bañes.' 'Sí, voy a ver a mis hijas.'

Al entrar a la recámara, Sol descubre a su esposo revisando su celular y su bolso. '¿Qué haces?' 'Dame la clave de tu celular.' 'No.' '¿Por qué no, Sol?' 'Porque es personal.' Él la amenaza cuando ella se niega: 'No quiero discutir ni pegarte, ¿te sigue hablando tu amante, verdad?' Ella se da vuelta, pero él la jala, la tira sobre la cama. Logra someterla. '¿Qué ocultas?' 'Nada.' 'Mírame cuando te hablo, ¿por qué debes dinero?' '¿Qué?, ¿cómo sabes?' 'Sé todo de ti, no sabes todo lo que puedes encontrar en internet. Ahí están todos tus movimientos bancarios. Ahora sólo dime, ¿dónde y en qué te gastaste ese dinero?'

Sol debía dinero, mismo que había utilizado buscando pruebas de infidelidad y buscando gente que pudiera darle una golpiza a su marido. Su sed de venganza fue entorpeciéndola y se dedicó a cometer error, tras error. Parecía que su marido tenía pacto con el diablo, pues jamás le pasaba nada, y nadie se atrevía a tocarlo. En defensa dijo: 'Yo no te pido explicaciones de tus retiros.' Sol le

explica que ayudó a su amiga a pagar gastos médicos de su madre enferma. '¿Tú cómo sabes si es cierto que su mamá está enferma?' Él se burló de ella, 'mira Madre Sol de Calcuta yo pagaré esa deuda siempre y cuando dejes de ayudar a tus amiguitas, ¿quedó claro?'

El cargo de conciencia no la dejó dormir en toda la noche. En la mañana, su amiga le llamó para decirle que unos tipos estaban en su casa y que querían verla. Sol fue a casa de ella. Al llegar, la amiga le indica que están en el cuarto del tío. Uno de los tipos le dice: 'Hasta que tengo el gusto de conocerla.' '¿Qué quiere conmigo?' 'Ya lo sabe, hacerle el trabajito.' 'Mire, en este momento no tengo dinero, ya no deseo nada y no tengo para pagarles; perdón, gracias. Estoy endeudada hasta el cuello.' El tipo pareció no escucharla y volvió a las amenazas. Le explicó que con él no se juega y que no hay forma de echarse para atrás. 'Como no tiene dinero, si lo madreamos usted lo tendrá que curar; qué le parece si mejor lo secuestramos.' '¿Cómo cree? No tengo dinero.' 'No se trata de eso, su marido tiene relaciones y podemos sacar mucha lana. Piénselo y cualquier cosa nos avisa.'

En ese momento, Sol estaba muy arrepentida. Se dio cuenta que era una venganza absurda, pues a fin de cuentas era el padre de sus hijas. La nostalgia la invadió y la llevó a rechazar cualquier trato con el maleante: 'Lo único que quiero es que nos deje en paz. Si quiere dinero, lo conseguiré, pero por favor no nos lastime.' El tipo le reiteró que mejor lo pensara y que supiera que había mucha gente que ofrecía dinero por la cabeza del marido de Sol. 'Más de uno odia a ese cabrón, por algo será.' El tipo volvió a amenazar: 'Sé quiénes son sus familiares, así que piénselo', insistió. Sol quedó aterrada y sale de la casa de su amiga sin escucharla. En casa, Sol se lamentaba de su error. Lloró por las idioteces que la habían llevado a una situación muy complicada.



En el corredor de su casa se encuentra la imagen del Señor de la Misericordia, que por tradición se quedaba nueve días en cada casa y que por azares del destino en esos momentos compartía la pena con Sol. Lo observó detenidamente y comenzó a orar. La primera oración después de mucho tiempo de no hacerlo. Al ir por sus hijas, recibió otra llamada del tipo que le advirtió: 'Sólo para comentarle que la tengo vigilada y que no vaya a intentar ir a la policía o hacer alguna pendejada, porque le digo a mi gente que se la chinguen.' 'Por favor, ya déjeme, pinche viejo.' Después de colgar sentía sobre sí todas las miradas. Estaba desquiciaba. Apresurada llevó a las niñas a casa, que en ese momento sentía como el lugar más seguro.

Después de comer con sus hijas, empezaron a llegar personas para el rezo, primero su padre, luego su suegra y sus vecinas. Su padre le comentó que la sentía rara. Sol le contestó que tenía problemas, pero que no se preocupara. 'Ven a casa, para que hablemos', le dijo su papá. Al llegar la noche, Sol se encontraba en espera de su esposo. A ratos lloraba, recordaba muchas etapas de su vida, lo mucho que le dolió perder a su madre. Abrió la caja donde estaba su vestido de novia y esos momentos hermosos llegaron a su mente. Deseaba huir con sus niñas, pero la conciencia no la dejaba tranquila. Estaba en un callejón sin salida. Llegó su esposo, le pidió de cenar. Cenaron en silencio. Fue una noche horrible, sin que pudiera conciliar el sueño. Las palabras del tipo rezumbaban en su cabeza. Al siguiente día ella se quedó en la puerta mirando cómo se alejaba sintió un nudo en la garganta. Siguió su rutina. Después de dejar a las niñas en la escuela otra llamada más del tipo, quien la citó en las afueras de una escuela sin darle oportunidad de negarse. La amiga involucró al tío, el mediador.

Sol toma un taxi que la deja cerca del lugar. Camina hacia la escuela. Se siente vigilada y oye que le dicen: 'Siga caminando, yo

le digo donde debe detenerse.' 'Mire, deme tiempo para reunir una cantidad razonable y se la entregue a cambio de que me deje en paz. Pero yo no voy a secuestrar a mi marido.' 'Eso pensé que me iba a decir, Sol, pero las reglas del juego son otras, las mías.' En ese momento el tipo le arrebató sus pertenencias, su dinero, su celular, sus llaves y la abrazó apuntándole un costado con una navaja. 'Así que camine sin hacer tanto pancho.' 'Déjeme por favor', suplicó ella. 'Es demasiado tarde, si hubiera aceptado, todo sería diferente.' Entre los individuos que acompañaban al maleante, se encontraba el tío de su amiga que sólo se limitaba a decirle que todo iba a salir bien y que no se preocupara. 'No voy a dejar que te pase nada, pero también coopera.' Tomaron un taxi. Sol iba callada, desesperada por gritar. En ese momento, Sol era oficialmente secuestrada.

Llegaron a un lugar solitario, un enorme terreno donde se encontraban unas cuevas. Del celular de Sol salió la primera llamada para pedir rescate, pues en él se encontraban los teléfonos de su esposo, de sus amigos y familiares. Con palabras altisonantes del secuestrador que insultaban al esposo de Sol, exigió 150 mil pesos por el rescate de ella. Al cortar la comunicación, Sol fue llevada a una de las cuevas y en el interior amarrada a una piedra. Para ella el tiempo pasaba lentamente y el frío húmedo de la cueva entumía su cuerpo. Había momentos de un eterno silencio; en otros se escuchaban los murmullos de los secuestradores. Inesperadamente, uno de los secuestradores la desata: 'Sol, creo que usted ya se va. Al parecer su marido ya tiene el dinero. Le dije que todo iba a salir bien. Ahora la voy a llevar a un teléfono para que hable con él, porque quiere saber que usted está viva.' La subieron a una camioneta y después de varias vueltas llegaron a un teléfono público. El hombre saca un papel y comienza a marcar: 'Aquí está tu mujercita, habla



con ella, pero no se te ocurra pasarte de listo.' Sol le suplicó que se fuera con las niñas. El tipo le arrebata el teléfono y le exige al marido el rescate. Continuaron su camino. A ella la cubrieron con una chamarra y una gorra para taparle el rostro.

Llegando la noche, la camioneta se estacionó cerca de una parada de rutas[33]. Cada uno de los cómplices del secuestrador se fue a puntos estratégicos, esperando la llegada del esposo de Sol. El punto acordado era un panteón que se encontraba sobre la carretera, donde llegó él. Se estacionó, se bajó y aventó una bolsa negra. El secuestrador se dio cuenta de inmediato que la policía ya estaba involucrada en el rescate. Decidieron huir. La hicieron tirarse al interior de la camioneta. Llegaron a otro teléfono. El secuestrador se bajó a llamar. Tras varias mentadas de madre se logró poner de acuerdo con el esposo de Sol. Nuevamente fue llevada a la cueva y esperaron en ese lugar hasta la madrugada, volvieron a abordar la camioneta y fueron al nuevo lugar donde se entregaría el rescate. No había nadie esperando.

Sus cómplices vigilaban, el secuestrador dice: 'Tu marido piensa que soy su pendejo. Y no ve el peligro al que te expone.' Sol en su pensamiento se preguntaba por qué no venía por ella. Amaneció y el rescate nunca llegó. Durante el día fue llevada a una casa, pero antes de llegar se encargaron de vendarle los ojos. La metieron a un cuarto amarrada de pies y manos, la dejaron tirada en el suelo. Pasaba horas adolorida y entumida. Lo único que deseaba es que la pesadilla acabará. Uno de los secuestradores entraba periódicamente a darle de comer.

Lloraba, suplicaba a Dios, para que esto acabara pronto. Estaba preocupada por sus hijas y su esposo. Anhelaba verlos de nuevo,

33 Lugar donde las personas esperan el transporte público.

en eso sintió que algo le escurría por sus partes íntimas. Supuso que estaba menstruando. Ya en la noche, el secuestrador entra al cuarto de forma violenta; la golpea y dice: 'Tu pendejo marido se cree muy listo, ¿sabes qué hizo? Tiene a toda la policía buscándote, ¿el pendejo no te quiere ni siquiera tantito?, ¿no sabe todo el peligro que corres? No tiene todo el dinero, sólo 30 mil y no puede reunir más. Piensa que soy pendejo, pero le voy a dejar un bonito recuerdo contigo.'

Después de golpearla, la viola sin importarle que estuviera menstruando. Dos veces abusó de ella esa noche. Durante esos instantes, Sol se sentía degradada. Lloraba amordazada, sin poder defenderse. El asco invadía sus sentidos y en su mente le pedía a Dios que eso acabara pronto. Mientras el hombre la penetraba violentamente, ella se bloqueaba y le pedía a Dios que su familia estuviera bien. Tirada en el piso, quedó ultrajada, con el olor de su violador impregnado en la piel y con marcas de chupetones en senos y espalda con la intención de darle un mensaje a su marido.

Después hubo otro intento de rescate; Sol nuevamente habló con su esposo. Él en una actitud déspota la hizo sentir que no le importaba. El secuestrador le ordenaba a Sol que le pidiera el dinero a su esposo, pero ella se concretaba a pedirle que huyera con las niñas. Esta actitud rebelde le costaba a Sol más golpes. Ante el fracaso y la desesperación, el maleante llamó al padre de ella para que presionara con el rescate. Fue llevada a una casa abandonada, en plena construcción, cerca de una señora que al parecer era tía del secuestrador. Él, engañando a la señora, presentó a Sol como la mujer que él se había robado para vivir con ella.

Sol todo el tiempo estaba vigilada por el resto de la banda. No podía platicar con nadie. Pasaron tres días. El silencio del



secuestrador estaba desquiciando a sus cómplices. Al cuarto día los secuestradores discutían, había que conseguir algo. Ella estaba desesperada. Las ataduras de sus manos y pies ya estaban ocasionando daños. En ese momento el secuestrador llegó a verla: 'Sol, no sabes cuánto lamento que tu esposo no te quiera. Si te quisiera ya te hubiera rescatado, pero no le importas, ¿quieres volver con tu familia?' 'Sí, por favor, déjame ir.' 'Cálmate y escúchame. Tu puto marido tiene a mi gente y ya sabe quién soy. Las personas que tienen detenidas no saben nada de esto. Son tres mujeres y dos hombres. La estúpida de tu amiguita los entregó. Esa pendeja me las va a pagar porque había un acuerdo. Lo que quiero que hagas es que te presentes en la Procu[34] y denuncies un secuestro. Tal vez te presenten fotos mías. Tú dices que no soy el secuestrador; describe a otra persona. Si te muestran a las personas que tienen detenidas, tú dices la verdad, que no las conoces. Si haces lo que te digo, te prometo que no te molestaré jamás. ¿Tu marido quiere encontrarte?, pues te voy a entregar con él. Si no haces las cosas como te estoy diciendo y para las 11 de la mañana mi gente no está libre, te juro que mato a tu familia.'

Al siguiente día, antes del amanecer, Sol fue llevada a la Procuraduría, tal y como habían quedado. Se presentó a denunciar el hecho. Mientras rindió su declaración, había judiciales observándola. Estaba muy nerviosa y sentía que la cabeza le iba a estallar. En ese momento entra el comandante, le avienta unas fotos y comienza a gritarle. Los judiciales la golpean. 'Mira, pendeja, tengo a tus pinches cómplices. Tu amiguita te entregó.' Ocho judiciales golpeaban a Sol de manera despiadada y salvaje.

34 Dicho de modo coloquial "la Procu" significa Procuraduría General de Justicia.

La amarran a una silla, entra el jefe de su marido, le dice: '¿Sabes quién soy?, contesta, maldita perra.' 'Sí, el jefe de mi esposo'. 'Mira, tengo en línea a tu marido, ¿no quieres hablar con él?, te lo paso. ¡Pídele perdón!' Al ver que Sol no reacciona y se queda callada, él dice: 'Aquí tengo a la perra de tu mujer y no te quiere pedir perdón. Prefiere defender a su amante, el secuestrador. Ya le dije que una de tus hijas está secuestrada, pero ni así quiere entregarlo. Como lo dijo su amiguita, te cambió por un viejo.'

Sol al escuchar esas mentiras trata de pararse para irse encima del hombre. '¡Mentiroso!', le grita. '¡Ah, que valiente!, realmente eres valiente. ¿Sabías que tu amiguita te entregó? Nos dijo todo. Lo que no sabe es que ella también cavó su propia tumba y la tuya. Yo me encargaré de que te refundan en la cárcel muchos años. Oye, tu esposa no te quiere pedir perdón.' El jefe de su marido pone el altavoz y puede escucharlo diciendo: 'Esa maldita puta va a saber de lo que soy capaz.' Después de una tremenda golpiza, los judiciales obligaron a Sol a firmar muchas hojas y la bajaron a los separos. Ella estaba, como dicen, muy bien recomendada[35] en la Procuraduría, pues su esposo tenía buenas influencias ahí. Le fabricaron una declaración como de 30 hojas, donde ella reconocía que era una loca desquiciada. La insultaban, se sentía perdida. Una y otra vez le decían que como mínimo pasaría 10 años en prisión. El informe que daba fe de todas las lesiones que le ocasionaron los judiciales se perdió. Estaba aislada, sin contacto con nadie. Sólo le permitieron hablar cinco minutos con su padre que la fue a ver. Él creía en las versiones que le habían inventado: 'Hija no llores, enfrenta lo que hiciste y ten resignación. Acabas de perder todo.

35 "muy bien recomendada" frase que se utilizan para amedrentar a las y los detenidos, que significa que a su llegada al Cereso o Separos serán abusados física y/o sexualmente.



Que Dios te bendiga'. Sol entendió entonces que su familia jamás la perdonaría.

Madrugada en el Cereso de Atlacholoaya, Morelos, 2 am. Una camioneta llega. Una enorme puerta se abre. Sol baja esposada, junto con su amiga y otras tres acusadas de extorsión, secuestro, asociación delictuosa y violación. Al recibirla, las custodias del lugar, no sabían que tan peligrosas eran las nuevas. Un viento corría acariciando el rostro de Sol, mientras que la enorme puerta se cerraba. La libertad quedaba afuera. El cautiverio inicia en un lugar llamado ingresos; aisladas por completo del resto de la población. La primera visita que Sol recibió fue la de su padre y sus hermanos, unidos en un profundo dolor. Les costaba resignarse a que Sol, se quedara en un lugar como ese.

Su padre decidió luchar para sacarla, siendo víctima de abogados corruptos y vendidos bajo el poder del esposo de Sol. Era una guerra: el divorcio necesario, la pelea por las propiedades, las niñas.
Un infierno más para Sol y para su familia. Lágrimas y más lágrimas. Al mes de que Sol fue encerrada, su marido tuvo una hija con la mujer de las llamadas. Ésta se encargó de terminar de destruir a Sol; se convirtió en la nueva dueña y señora de su casa y su familia.

Vino una lucha constante de las niñas por ver a su madre. Sol fue aprendiendo a tener paciencia y resignación. A aguantar el dolor de ver el rostro cansado de su padre de 70 años. Se dedicó a trabajar y ganar un sueldo muy por debajo del valor de su trabajo. Se convirtió en una mujer que aprendió a ser escoria; en un lugar donde reina la que es más inteligente y puede herir con el filo de su lengua, como las hienas carnívoras y mentirosas. Se acostumbró a ese nuevo lugar, donde los atardeceres son siempre iguales. Sin espacio a donde ir, sin más opción que caminar alrededor de la cancha y en cada paso ir encontrándose con viejos recuerdos y sensaciones del exterior.

Un lugar donde los hombres delincuentes, que viven al lado, escriben versos mareadores. Donde al tercer día de conocer a una mujer ya la quieren, a la semana la aman y al mes darían la vida por ella porque es la mujer de su vida, pero al mismo tiempo, mandan cartas a otras.

Sol aprendió a amar a los hombres cuervo y a evadir sus muestras de amor eterno. Manteniendo un pacto carnal con una escoria sentenciada a la castidad. Aprendiendo también de las que llevan un siglo ahí adentro y todavía creen en Dios. Reafirmando que la lealtad no se encuentra en los diccionarios del Cereso, porque es una palabra censurada. Se refugia en su cuaderno y en su pluma. Imaginando, haciendo poesía y escribiendo su propia historia, hasta el día en que pueda salir de este lugar. Cargando con una condena de 12 años y seis meses, por un secuestro de amor.



**LA MALQUERIDA**

*Águila del Mar*

¡Soy la malquerida del que fue el amor de mi vida!
soy la malmirada del terrible monstruo
arma de doble filo: sociedad
soy tejedora de mis sueños,
forjadora de mi propio destino
soy esposa del que me quiera
soy amante del que me desea
soy hija proscrita, hija rebelde
coleccionista de amores
guerrera eterna, romántica
apasionada por excelencia.
Soy hermana de las águilas dispersas
cada una pendiente de su nido
amazonas templadas en el fuego
soy águila hermana de sangre presa,
cautiva con el alma en espera de emprender el vuelo
se crearon en mi ser, nacieron de mi alma
soy madre de la noche
soy madre del día, niña sol, niña luna
princesa de un cuento, hada de una fábula
divina trinidad,
porque somos una sola, un solo espíritu
una sola carne
soy

**A LA IZQUIERDA DE DIOS**
*Águila del Mar*

Los pies de la luna forman mi punto medio
el que define el tiempo

La leona descobijó su dominio
la entumí para que no me viera salir
susurré palabras de amor para escaparme
me casé con ella
la enloquecí con mi sexo para que no sintiera mis latidos inmaculados
llenos de desesperación

Abrió la boca con palabras hechiceras
del hombre ancestral que domina los cíclopes

Salí de la mano de la poeta santa
con la trinidad de mujeres sabias cargando mi cruz
salí a la izquierda de DIOS

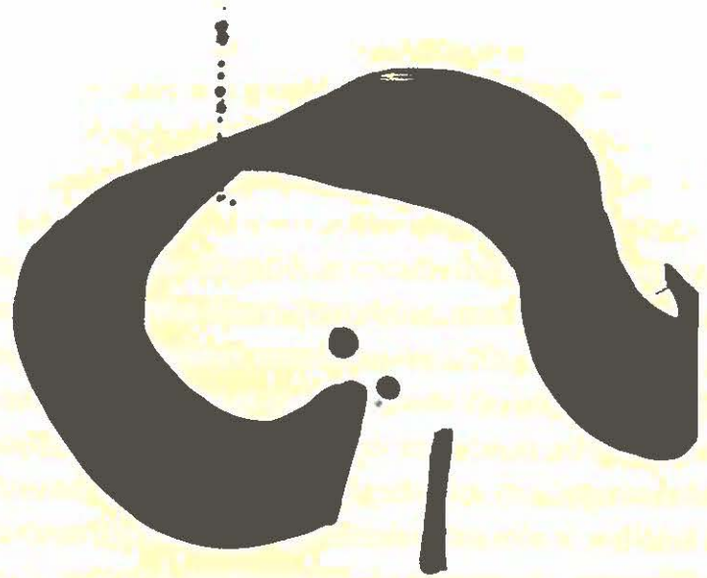


Mi sol me acaricia el rostro reconociendo que la parí
en el vientre de la Guadalupe

Respiré viento con las piernas incrédulas de caminar
renacida en el anticristo de la sociedad
completando las tres costillas de Adán
no siento lágrimas
estoy drogada sin consumir
con las vísceras contraídas
no soy yo la que sale
es la calma de la tempestad reeducada

Siento que muero con la fe del hermano del león de la tribu
el que no repugna a las mujeres escoria
da cuerpo y sangre del cristo que cree en mí

Salí rodeada de mis muertos
de los servidores que alaban a Dios
por el triunfo del águila camaleona



## 8. Martha Elena:
La cárcel me enseñó quién era yo

*Galia Tonella*

Por azares del destino llegué a la cárcel, donde tuve como compañera de celda a Martha Elena Bermúdez, una mujer chaparrita[36] de sonrisa amable. Mi primer encuentro con ella, estuvo marcado por nuestro mutuo amor por el café. Aprendí de forma muy rudimentaria a prepararlo en la cárcel, hago muy buen café dadas las circunstancias, así que al despertar, lo primero que hago es calentar el agua, al primer hervor le pongo canela, después el café. Mi familia me trae cada mes una combinación de planchuela, caracolillo y café Illy francés. El olor de café inundaba nuestra celda cuando veo que a mi compañera se le ruedan las lágrimas y me dice: "Ese aroma me recuerda quién soy, de donde vengo." En ese momento supe que Martha Elena y yo compartiríamos más que una espléndida taza de café. Así empieza a contarme su maravillosa historia, que me permitiría conocer mucho más de cerca el mundo indígena. Dicho con mucho orgullo y respeto, conocer más de mis antepasados, entrar a un mundo que desconocía.

Las mujeres que pertenecemos a la clase media alta, no identificamos el mundo indígena en su esplendor. Nuestro conocimiento se limita a sus artesanías y nuestras interacciones sociales con el servicio doméstico. La verdad sea dicha, por una falta de interés

36 De baja estatura.

e ignorancia, aderezada de prejuicios estúpidos. La vida se encargaría de demostrarme qué equivocada estaba. Esta historia tejida a dos voces, da cuenta de mi encuentro con el mundo indígena en un espacio lleno de limitaciones, pero también de aprendizajes:

"Mi vida es muy diferente a todas las que he oído de mis compañeras", me cuenta Martha Elena. "Yo nací en Nuevo Huixtán, Municipio de las Margaritas en el estado de Chiapas. ¿Qué diré de mi comunidad?, no es un pueblo, pues no hay mercado, no hay iglesia, pero existen las hermanas maristas, "la fuerza del catolicismo es impresionante controla la moral y la educación con la que nos desarrollan." Nos fuimos a vivir a Nuevo Huixtán a principios de los años 60, a raíz del reparto de tierras que hizo el presidente Gustavo Díaz Ordaz. Ya no había tierra que dar en los Altos de Chiapas y a mi padre le tocó en esa comunidad nueva, puede decirse que casi las 40 familias que vivíamos ahí éramos parientes, nuestro idioma materno era el tsotsil.

"Hoy me siento orgullosa de mi lengua, pero por mucho tiempo me dio vergüenza, sentí que ser indígena era denigrante o así me lo hicieron sentir por mucho tiempo. En ese lugar no había más de 150 habitantes, era un lugar paradisiaco, una zona cafetalera a un lado de Nuevo Pacayal, mi padre y otras 40 familias fundarían esa comunidad. Mi padre tendría como 18 años, cuando ya tenía su parcela de 20 hectáreas donde hacer su familia. Se había casado con mi madre por amor, su vida era simple, mi madre contaba apenas con 15 años.

"En el pueblo las mujeres se casan muy chicas, eso de la adolescencia no se conoce, saltas de niña a esposa. Mis abuelos fueron estrictos, le enseñaron a mi padre como trabajar, en aquellos días era difícil tener un concepto de bueno y responsable con la



familia, pero así era mi padre. Así que sin pensar mucho, mi padre tomó a su mujer y se fue a esa aventura, a formar una familia. Mi padre es un hombre recio de mirada penetrante, no puedes decirle que no a nada, es un hombre muy justo, bueno, qué lástima que tuve que pasar 14 años y un mes en la cárcel, para saber quién era mi padre y quién era yo.

"Mi madre me contó que mi padre esperaba con ansia que yo naciera, tal vez esperaba un varón no una niña, pero no dijo nada, él era muy callado nunca lo vi gritarle a mi madre, eso era raro, ya que por allá se acostumbraba a que el hombre imponía su autoridad a golpes, pero mi padre fue la excepción de la regla, diría que en todo.

"Sé que le causó desilusión que yo fuera mujer, mas nunca me atreví a preguntarlo, pero era obvio, por los "usos y costumbres" en los cuales fuimos educados, aunque él rompió muchos parámetros. Mi padre me mandaba a la escuela, hacíamos 60 minutos caminando y 30 minutos a caballo, la comunidad donde había escuela se llamaba Nuevo Pacayal y llegaban niños de diferentes comunidades de alrededor, habíamos tan solo 10 niñas y 100 niños. No era costumbre mandar a las mujeres a la escuela, al contrario, era mal visto. Las mujeres eran para el hogar, pero mi padre me mandó a la escuela, incluso pagaba algo extra para que me quedara internada de lunes a viernes. Yo tenía 6 años, así pasaron dos años. Yo pensaba que él no me quería ver en la casa, tal vez porque fui mujer, solo regresaba los fines de semana a mi hogar. En la escuela se enseñaba en tsotsil, mi lengua materna, pero teníamos que aprender español.

"Como no había mercado, cada mes llegaba una camioneta con provisiones donde podíamos comprar. Era un acontecimiento, a mí me encantaba ver como acomodaban tantas cosas, no sabía como cabían en la camioneta, pensaba que hacían un poco de magia.

"La vida del campo es muy dura, mi padre enseñaba a mis otros hermanos Armando, Juan Carlos, Adalberto, Efraín, y Mario. Mi hermano Jorge Luis era el segundo hijo, él merece una mención aparte pues murió a la edad de 3 años por un descuido de mi madre, se estaba ahogando en el río, lo pudieron rescatar pero no quedó bien, se volvió muy enfermizo, hasta que falleció, ¿de qué?, eso nunca se supo, no hay asistencia médica de ningún tipo, el resto de mis hermanos son varones, en total somos 8 hermanos.

"Despertaba mi padre a las 4.30 a.m., se bañaba y cambiaba, era un hombre limpio, almidonado, bien plantado, no tenía muchas demostraciones de afecto. Mi madre ponía a hervir agua para el café, ese olor era el que nos despertaba, mi padre dígase que siempre tenía una postura muy fría, sin expresiones, tal vez fue como le enseñaron. Se sentaba a la mesa a desayunar y exigía a mi madre que todos estuviéramos limpios y presentados, para ir a trabajar con él al campo o ayudarle en labores de la casa o listos para irnos al internado.

"Era un hombre respetado por cumplido y trabajador, nunca golpeó a mi madre, yo creo que la trataba con respeto, nunca le supimos una aventura, parranda o devaneo hacia nadie, era hombre de familia, su palabra se respetaba como al que más. Acudían a él por consejo, era un hombre sabio muy justo, más de una vez su palabra fue ley en nuestra comunidad. Mi abuelo era igual, tanto mi abuelo como mi padre pertenecían al Consejo de Ancianos,[37] pero siendo esta una comunidad nueva, la gente le juzgaba de justo y correcto a mi padre, por eso era buscado para ayudar a resolver problemas, como si fuera un anciano. Pero él hablaba poco y no le gustaba que lo buscaran, él decía: 'El buey bien se lame solo.'

37 Figura de autoridad dentro de la jerarquía comunitaria



"Yo era la mayor, no le podía decir nada a mi padre y menos mi madre, no entendía porque teníamos que hacer lo que él decía siempre, yo llegué a molestarme con mi madre. Su pasividad ante mi padre me molestaba, veía como mi madre solo aceptaba con resignación lo que mi padre decía. A decir verdad yo era muy traviesa, a mi madre la ponía muy nerviosa cuando estaba en la casa, me castigaba en la cocina rezando en voz alta para que ella me escuchara. En una ocasión, yo estaba observando que había una olla en el fogón de madera y recordé que mi madre dijo que haría atole, esta olla tenía agua hirviendo, más yo creí que ya estaba hecho el atole, así que traté de agarrar un poco, mientras seguía rezando para que mi mamá no sospechara. Entonces volteé la olla con agua hirviendo y me quemé horrible. Ese día sí vi a mi madre asustada. Yo gritaba de dolor, me pusieron sábila para que no me ampollara y clara de huevo. En los pueblos como el mío no hay doctor, todo se cura con hierbas y sea dicho, casi nadie se muere, ni se enferma como en la ciudad, los remedios indígenas son maravillosos, yo hasta la fecha los sigo usando con mis hijos.

"A los pocos días mi padre le dijo a mi madre: 'Prepara las cosas de Martha Elena, me la llevo a estudiar a Comitán con sus madrinas Consuelo y Dolina, ellas son gente buena.' Estas dos mujeres fueron madrinas de bautizo de mi padre y mías también, yo solo tenía 8 años, le rogué a mi madre que no me mandaran, que ya me portaría bien, creí que me castigaban por lo de la olla, me hinqué, supliqué, pero de nada valió. La palabra de mi padre no se discutía, era ley.

"Siempre pensé que mi padre me mandaba a la escuela por tenerme alejada de la vida de él, lo veía muchas veces con recelo, incluso con miedo, él solo me veía de reojo y me decía: 'Estudie mija, aprenda lo que pueda.' Así que aquí voy con las madrinas,

refunfuñe y refunfuñe, cuando llegué me di cuenta que era una casa muy grande, las mujeres muy serias. Eran muy estiraditas, muy estrictas. Consuelo era modista y la otra enfermera, eran lo que se conoce como solteronas, tenían amargura en sus ojos y si hacía algo indebido, ¡ay Dios! parece que las sigo oyendo: 'Cristo sacramentado, Martha Elena compórtate como una damita.'

"Así pasé 3 años con ellas, ya que no podía terminar la primaria, era mala para eso de la estudiada, me daba flojera. Reprobé dos veces, por eso iba muy atrasada. Sin embargo, con ellas aprendí el español, eran muy estrictas, me enseñaron a comer con cubiertos, a saludar, a decir buenos días, buenas tardes, no podía jugar recio, porque eso no era de niñas, no debía cruzar la pierna. Debía sentarme propiamente y después de las labores en que ayudaba, me ponían a bordar, cosa que no me gustaba, yo quería seguir en el campo, extrañaba mi pueblo, sentirme libre, correr con mis hermanos, nadar en el río, ir a pescar, sacar las mojarras del río, trepar a los árboles y comer de sus frutos, jugar, estar llena de tierra.

"Recuerdo que amaba ir a la laguna Miramar, mi padre nos llevaba una vez al año como premio, estaba a día y medio a caballo, no nos importaba, era maravilloso. Las leyendas de mi pueblo son grandiosas, esas sí hacen que un niño tenga imaginación. Al llegar a Miramar hay una marimba en la profundidad y una cueva donde sale un gran ojo, ese ojo no te hace nada mientras no quieras tocar la marimba, es una gran serpiente marina que custodia la marimba. Nosotros nadábamos y queríamos saludar a la serpiente cuidadora, cosa que debo confesar nunca haberla visto, más bien la soñé y me amisté con ella, pero tan solo era el reflejo de la luz que hacía que viera ese ojo en la cueva. Mi pulso latía muy acelerado, era increíble, mis hermanos sentían lo mismo, nos cuidábamos unos a otros. Siempre había extranjeros que hablaban más raro que yo el



tsotsil y nadie se burlaba de ellos, algunos nos daban monedas para que las sacáramos del río, pero mi padre no nos dejaba hacerlo, él nos compraba dulces y mi madre traía qué comer, él era muy digno, amaba a su familia.

"Ay, pero vivir con estas señoritas, la vida era muy aburrida, siempre me decían lo que tenía que hacer, como comportarme, me querían casi como una estatua, no podía alejarme mucho porque se enojaban, ellas hablaban poco conmigo, no me atrevía a hacer ninguna travesura y menos dejar huellas delatoras de mi presencia. Me volví una niña triste y reservada, envidiaba a mis compañeras decir las historias de su familia, yo estaba en absoluta soledad, así que casi de 14 años terminé mi primaria. Me ilusioné porque pensé que al fin terminaría de estudiar y me regresaría con mis hermanos al pueblo, volvería a oír los gritos de mi madre, regañándonos porque ensuciamos la ropa lavada tendida en las piedras asoleándose, pensé que volvería a pelearme con mis hermanos por las galletas Marías. Pero todo fue muy diferente, mi padre solo me dijo: 'Ya terminaste Martha Elena, ahora te vas a San Cristóbal de las Casas con mi madrina, la Madre Guille.' Otra vez me alejaba de la familia, lo que me hacía pensar que no me quería, o por lo menos que no me quería a su lado. 'Yo cuando sea madre no me alejaré de mis hijos' lo repetía y lo repetía, no permitiré que no crezcan juntos, yo no recuerdo a mis hermanos bien, con tantos años de encierro y de separación, ¿qué podía esperar de la vida? La madre Guille era fundadora de un asilo de ancianos en San Cristóbal de las Casas, estaba frente a la oficina de correos en la ciudad.

"La madre Guille decidió irse de San Cristóbal, la Diócesis la envió a que manejara un hospital en la ciudad de México. La madre era una mujer muy buena, muy reservada, su habitación me daba miedo, no era tenebrosa, más bien diría parca, entraba luz y tenía

ventanas grandes que daban al jardín y podía ver a los niños que jugaban, una cama, poca cosa. No había adornos de nada, una silla un poco desvencijada, un pequeño ropero con sus hábitos y tal vez pijamas sobre una mesita simple, dos cremas en su buró. Y en la pared, un Cristo y una imagen de la virgen elevándose a los cielos. No sé si una monja decida tener hijos a través de otras personas, pero ella era muy amorosa con todos, ésta era una clínica muy peculiar que cubría los pecados de las señoritas de sociedad, que tenían hijos no deseados y además estaban enfermos. Aunque la madre Guille decía que eso no existe, ya que nacen porque son deseados por Dios, que es mucho más importante que la voluntad humana. Había muchos niños retrasados mentales, otros con síndrome de Down.

"Mis labores eran varias, la madre Guille insistía en que éramos una familia y todos teníamos obligaciones, yo debía ir a la secundaria por la tarde. Éramos diez niñas o adolescentes, las que trabajábamos ahí con ella. Cinco estudiaban por la mañana y cinco por la tarde, las que estudiábamos en la tarde ayudábamos a bañar a los niños e ir al mercado. Había doctores y enfermeras, pero nosotras como hermanas mayores, revisábamos que los niños tuvieran sus manos y uñas limpias y cortadas, que los dormitorios estuvieran limpios.

"Yo nunca cuidé a mis hermanos pero me gustaban los niños, nunca me han molestado, diría que me encantan. Sin embargo, me sentía infinitamente sola, no sé qué decirles, entre tanta gente y sintiéndome sola, extrañaba a mi familia. Yo el día que tenga familia no me separaré nunca, siempre los tendré conmigo, pensaba que mi padre no me quería, que él me quería lejos de él, cada día iba creciendo mi rencor hacia él, '¿por qué yo? me preguntaba, ¿por qué no otro de mis hermanos?', eso pensaba todos los días al hacer mi rutina.



"Tenía 17 años en 1986, cuando conocí a Raymundo Vélez, él trabajaba en una taquería, me llamaba tanto la atención. Era alto, guapo y yo veía que era muy trabajador, venía de Michoacán, vivía con una familia de allá, también lejos de su familia. Un año después sería mi marido. Dejé a la madre Guille y me fui a vivir a la casa de la familia de mi futuro marido, ellos eran de Michoacán, a él también lo habían mandado a estudiar, quería una vida mejor, era un muchacho bueno, trabajador y con una profunda soledad como la mía. Los dos soñando tener una familia. Nos enamoramos y con la aprobación de la madre Guille nos casamos en 1987. Nuestra madrina de boda fue doña Catalina, debo decir que ella es una de las benefactoras del hospital de la Madre Guille, me tomó mucho cariño. Hasta la fecha sigo en contacto con ella y le doy muchas gracias a la vida, porque nunca dudó que yo fuera inocente y nunca se alejó de mí.

"Vivíamos en el Distrito Federal en la colonia Hornos de Tlalpan. Con ayuda de la familia y los ahorros de Raymundo, pusimos con mucho esfuerzo una taquería en la avenida principal de Santa Úrsula, seguíamos apoyando a la madre Guille cuando podíamos, no nos olvidamos de ella y sus niños. Creo que al saber que a ese orfanato mandaban no a niños huérfanos, sino a aquellos que eran rechazados por sus padres, me hizo pensar que mis padres no me amaban, así que pasé muchos años en la cárcel con la misma idea.

"Nos iba bien, yo heredé de mi padre lo trabajadora y Raymundo era una máquina de trabajo. Mi carácter siempre ha sido fuerte, y por qué no decirlo, soy voluntariosa, pero la inteligencia de mi marido para saberme llevar y controlar, ha sido el mejor regalo que la vida me dio. Pronto pusimos otra taquería en Tepeximilpa, sin embargo yo tenía el anhelo de regresar al campo, no quería que mis hijos fueran de la ciudad. Ya para ese entonces tenía dos hijos,

Fabiola y Raymundo. A mi marido y a mí no nos gustaba ni el smog ni el tráfico. Creo que queríamos la vida que según yo, me había negado mi padre al mandarme fuera de mi comunidad a la ciudad. Buscamos en el periódico información sobre unos terrenos que vendían en Cuernavaca, en la colonia Obrero Popular, cerca del aeropuerto. No había luz, ni agua, pero eso no me espantaba, así era mi casa, porque cuando digo cocina, realmente me estoy refiriendo a un fogón de madera con un tejaban[38] de palma. Solo estaba fraccionado, recordé cuando mi padre contaba que en Nuevo Huixtan no había nada, solo fraccionado por la reforma agraria. Así que esa era mi oportunidad de hacer lo que siempre soñé, estar con mi familia, nunca los abandonaría, estaríamos siempre juntos.

"Compramos un lote al contado, con lo que vendimos de las taquerías y el otro en pagos, nos las vimos negras, no era el mismo ingreso, había que comer y cargar con los gastos de todos los días. Así que no pudimos con los dos terrenos y entregamos uno, eran muchos los gastos, los niños empezaban a ir a la escuela. Yo amaba despertar en el campo, amaba todo lo que me rodeaba. Ray consiguió trabajo en el aeropuerto por cinco meses. Había que hacer una cisterna, picar la piedra con pico y pala, no se nos hacía pesado, cuando realizas un sueño no lo sientes, y nosotros compartíamos el mismo. Nos ayudaba un albañil, hicimos una cisterna grande, la fosa séptica. Conocimos a una profesora muy amable llamada Dora, ella nos prestó sus terrenos a cambio de cuidarlos, los cercamos con alambre de púas y huizache, sembrábamos maíz, frijol, jamaica. Pusimos árboles frutales, ya habíamos hecho el baño, teníamos tres cuartos hechos de la madera que desechaba la Nissan en Morelos, de los contenedores donde vienen las autopartes. En algunas

38 Techo construido con rama de palmera.



partes teníamos lámina de asbesto de esa pesada, tenía mi cocina, mi fogón, ya que cocinaba con leña, igual que cuando era niña. La piedra con la que construíamos la recogíamos de terrenos aledaños, había mucha, teníamos un diablito para recogerla.

"Gracias a Dios, Ray consiguió trabajo en la Coca Cola, así que desde que llegaba como a las 7 pm, trabajaba hasta las nueve o diez de la noche, era un cansancio rico. Siempre he podido hablar con

mi marido, es un gran hombre, responsable, trabajador, como mi padre, solo que Ray es mucho más cariñoso y bondadoso. Tal vez la soledad le ayudó a expresar lo que siente. Nació mi hija Dianita la más pinguito[39] de los tres, una niña flaquita y pícara, la alegría de nuestra familia.

"La temporada de lluvia era maravillosa, recordaba el verde de mi tierra a la que no volvería, pues yo asumía que mi padre no me quería. '¿A qué regresar si no hablaba con ellos? ¿Para qué buscarlos

39 Se refiere a la palabra "pingo" persona traviesa que gusta de divertirse. En este texto aparece la misma palabra pero en diminutivo como una muestra de cariño.

si yo ya hice mi familia? y eso es lo que cuenta', pensaba yo. Nadie me separaría de ellos, eso era lo más importante. Teníamos lo necesario para ser felices y créanme cuando digo felices. Yo no comprendo a esa gente que siempre reniega de lo que no tiene y deja de ver lo que tiene: salud, una alimentación sana y un techo, mi vida era completa. Nos ofrecieron un terreno en Santa María Ahuacatitlan, a Ray le gustó y con parte de la liquidación de la Coca Cola, lo compramos. Ya a él le habían ofrecido trabajo en una gasera, paramos de construir para pagarlo. Ray era inteligente, si alguna vez discutíamos era por mi culpa, él siempre ha sido muy calmado y sensato.

"Recuerdo en una ocasión en que teníamos que ir a misa, a mí me faltaban los pañales y llenar los biberones. Él, como si nada tocando el claxon, yo furiosa, así que le dije que me prestara las llaves del carro un momento, él dijo receloso: 'Para que las quieres mujer, se nos hace tarde', 'dámelas' le dije, no sé qué pensó, pero me las dio. Yo enojada las aventé a la cisterna que era grande y le dije: 'Cuando las saques estaré lista.' Yo pensé que tendría que meterse a sacarlas a la cisterna y se mojaría, me fastidiaba que se siguiera riendo y me metí a la casa, cuando veo que él hace lo mismo, no me dice nada y no sé qué cosa saca y un hilo grueso. Era un imán con el que sacó las llaves rapidísimo y empezó a tocar el claxon otra vez. Nos ganó la risa, el ingenio de él era maravilloso, pero lo mejor es que nunca fue enojón, ya conmigo era suficiente. Amaba a sus hijos, un hombre a carta cabal, justo y bondadoso.

"Un domingo después de que fuimos a misa, Ray había citado a dos muchachos para que le ayudaran a hacer la barda, colaron unos castillos, así que abrieron unas cervezas. Ray nunca ha sido borracho, su vicio era su familia y orgullosamente sigo diciendo que es su único vicio, hasta la fecha. Sentados todos afuera llegó un



señor que Ray no conocía bien, tal vez lo había visto con su hermano, creo que del trabajo, les dijo que acababa de tener un accidente, que le ayudaran. Preguntaba por el hermano de Ray, él le dijo que no vivía ahí, pero preguntó en que podía ayudarlos. Traía a su hija con él y Ray los invitó a pasar, les dimos de cenar y recostó a la niña, los invitó a quedarse esa noche. Ray abrió su cartera, me extendió un billete de 100 pesos y dijo: 'Ve mujer a la farmacia y compra unos cepillos dentales para el señor y su hija.' La niña inmediatamente empezó a jugar con mis hijos, ella nos acompañó a la tienda, era una niña japonesita encantadora, lo deduje por sus ojitos y pensé que su madre era oriental. En la sierra de Chiapas, llegan muchos orientales a vender cosas de China, en la camioneta entran muy fácil por la frontera, así que no me sorprendió.

"Cuando regresé, el taxi y el señor ya no estaban, le pregunté a Ray y solo me dijo que tenía muchos problemas, que era amigo de su hermano y que cuidaríamos a la niña tres días, nos pagarían por cuidarla mientras volvía. La niña estaba feliz con mis hijos, jugaba, incluso iba a la escuela a acompañarme a dejar a mis hijos. Ella nunca me dijo nada, incluso nunca lloraba o se ponía triste. Es más, cuando la veía me recordaba a mí de niña, así que trataba que se sintiera bien. Nunca se me ocurrió preguntarle nada, mi terreno era abierto, tenía varios tanques de gas ya que lo vendíamos, era una entradita extra, era difícil que el camión entrara con regularidad, así que Ray tenía tanques y nos ganábamos una comisión. Entraba mucha gente a comprar gas, incluso policías que vivían cerca.

"Pasó una semana y llegaron las vacaciones. Regresó el señor por la niña, incluso la niña no se quería ir, fue cuando me dijo que estaba secuestrada. Le dije que fuéramos a la policía y ella me dijo que no, que ellos eran de la policía, se encariñó con mis hijos se despidió de ellos y se la llevaron, yo me sentía rara. Le dije a Ray,

pero me dijo que los niños inventan historias, aunque yo notaba raro a mi marido, preocupado, pero no me decía nada. Seguimos trabajando, incluso mi vecino me llevó a su niño porque le había picado un alacrán a su esposa. Ya que yo no salía, varias mujeres me dejaban cuidar a sus hijos, no me pagaban pero mis hijos jugaban con los niños y se entretenían.

"Pasó como un mes, eran como las 7 pm cuando llegó la policía con patrullas, pasaron directo, no había puertas, iban encapuchados, con armas muy grandes que jamás había visto, tenía mucho miedo, pensé que iba a morir. En ese momento volví a enojarme con mi padre, si no me hubiera mandado lejos de él yo no estaría viviendo esto. Me gritaban, golpeaban lo que tenían cerca para asustarme más, no sé si eso era posible, yo estaba petrificada. Gritaban, '¿Dónde está el dinero, dónde están los dólares?', yo gritaba desesperada: 'Busque donde quiera yo no tengo dinero, se lo juro', Buscaban y despedazaban lo que habíamos hecho con tanto trabajo, pasó como media hora, no lo sé a ciencia cierta, no sé cómo me podía tener en pie. Tal vez porque trataba de aplacar a los niños y que no tuvieran tanto miedo, de repente llegó un hombre muy golpeado, que jamás había visto en mi vida y le decían: 'Señálala, ella es', él gritaba: 'Sí es ella, ella es.' Yo no sabía de qué se trataba, por más que intentaba hilar que estaba pasando, no podía, era terrible. Tomaron a mi hija mayorcita de 11 años y a mí me decían: '¿Dónde está tu marido?' Yo les decía: 'Trabajando.' No comprendía nada de lo que pasaba, ¿por qué Ray no llegaba?, ¿qué pasaba?

"Uno de los hombres me gritó: 'A la cárcel, estás chingada, pasarás el resto de tu vida en la cárcel.' Yo oía esa voz, como un eco, ¿cómo es posible si no he hecho nada malo para estar en la cárcel?

"Me llevaron a los separos, al interrogarme me preguntaba uno: 'Canta el Himno Nacional', mi voz temblaba, se me olvidaba



el español, mi lengua materna brotaba, tal vez como un reflejo de que yo no hubiera querido salir de mi pueblo. Me gritaba: 'Eres guatemalteca o colombiana ¿verdad perra infeliz?', yo decía entrecortado, 'No, soy indígena de Chiapas por eso mi acento.' 'A ver, dame un teléfono de alguien que te conozca, que sepa quién eres', me decían. 'Confiesa, ¿qué esperas? tu banda ya confesó, tú eres la líder, una maldita secuestradora.' ¿Dónde estaban mis hijos?, ¿se habían quedado solos?, ¿qué hacer?, ¿de qué hablan? me pusieron enfrente con 13 personas más. Él que me acusó jamás lo había visto en mi vida, mis piernas se doblaron e hincada empecé a orar, ¿qué había hecho para merecer esto?, ¿qué había pasado por mi mente, que no podía ni siquiera entender las acusaciones que me hacían? Trataba de refutar y decía: 'Yo soy campesina, solo huimos de la ciudad, queremos hacer nuestra familia, ¿qué pecado puede ser ese?.'

"Mi comadre Raquel llegó a vernos y la bombardeaban con preguntas, le preguntaban si nosotros teníamos una camioneta de lujo, que si éramos ricos, cómo vivíamos. Ella dijo que no, que éramos gente pobre, trabajadora. La abogada no me creía, solo me pedía dinero, le dijimos que no teníamos, que éramos pobres. Nos hundía cada vez más, se burlaba de mi acento.

"Sin más, me dieron el auto de formal prisión, estaba en las fauces de la leona, la cárcel. Me preguntaba que habría hecho para merecer esto, ¿no volver a mi pueblo?, ¿odiar a mi padre? Pero él me arrojó fuera de su vida primero. Mis hijos ¿dónde estaban esas promesas de no separarme nunca de mis hijos?, ¿qué sería de ellos? Fabiola solo tenía 11 años, Ray 9 y Dianita solo 4 años. ¿Qué sería de ellos?, ¿Cómo los vería a la cara?, ¿Qué explicación daría? ¿Cómo lo entenderían?

"El tío Miguel, un hombre que aparece cada vez que hay niños así, nos ayudó a meterlos en Ministerios de Amor.[40] Mi madrina de boda Doña Catalina, también nos ayudó a colocarlos. Recuerdo, que los querían adoptar y llevárselos a España, solo que hubieran estado separados, para que tuvieran una vida mejor. Yo lo pensé y creí que sería lo mejor, pero mi hija Fabiola, una niña, se paró enfrente de mí y su padre y con un carácter que tiene que ser de mi sangre indígena, me dijo: '¿Qué no era usted, la que dijo que juntos pase lo que pase, que no nos separarían? Está usted queriendo hacer lo mismo que su padre, no lo permitiré, Yo cuidaré de mis hermanos.' Recuerdo que lloraba, me indignó que ella a su edad tuviera más fuerza que yo y su padre juntos. Nos abrazamos, vería a mis hijos cada 4 meses, era la costumbre y a mi marido, solo los días de visita, martes, jueves, sábado y domingo.

"Mi coraje era enorme, no me conformaba con nada. Ray me dijo que su hermano sí sabía del secuestro y como nosotros cuidábamos niños, se les hizo fácil que nosotros lo hiciéramos, que cuidáramos a esa niña. Pero ¿por qué la niña no dijo nada?, ¿por qué no me explicó? La *hubiera* llevado a la policía. Los hubiera se arrastraban y se dejaban venir como una cascada. ¿Por qué no sospeché nada? Ray estaba igual, mi sentencia tardó cinco años, los cuales viví en esa cárcel trabajando como loca. Ray aprendió a bordar, a tejer, a hacer bolsa, tantas cosas, nunca dejó. Sacamos a nuestros hijos adelante, a la cárcel acuden muchos grupos de religiones diferentes, yo quise cambiar de religión, me hice protestante, seguía enojada con Dios, había seguido su precepto de ayudar al que lo necesita, y él me pago con la cárcel, que injusto ese Dios que se decía bueno, me había arrebatado todo, qué ganas de correr a la selva, al Nuevo Huixtán

40 Casa hogar para niños desamparados.



donde la naturaleza manda, donde mi padre me había arrebatado mi vida y mi familia.

"En la comunidad protestante me exigían que me volviera a bautizar para volver a casarme, lo comenté con Ray, él se enojó mucho, me dijo: '¿Crees que mis votos de amor y de lealtad no valen?, ¿que mi matrimonio no vale, para volverme a casar?, ¿crees que mi amor era diferente cuando te juré amarte toda la vida?, lo hice ante Dios, sea cual sea su denominación, no por cambiar de etiqueta será más fuerte o disminuirá.' En ese momento tuve vergüenza de dudar de mi Ray e incluso de mí misma, mi madrina la madre Guille y mi otra madrina jamás nos dejaron.

"Conocí a una compañera de celda que me dio trabajo en una cocina, una mujer, recia y sabia. Trabajé con ella 10 años, hasta que se fue libre, nos dejó la cocina a otra compañera y a mí, surgieron problemas con mi compañera así que yo le dejé todo sin pelear. Yo siempre bendeciré a Doña Ricarda donde esté. Las autoridades me conocían por trabajadora, me dieron una máquina de coser, la señora Felipa me enseñó a usarla. Muchas autoridades me daban trabajo de coser y de bordar. Aquel bordaje del que tanto renegué con las hermanas Consuelo y Dolina, me dio muchas veces dinero para pagar los estudios de mis hijos.

"Hubo una ocasión en que ya no quería pasar al varonil, había tanto trabajo, pero una vez más, Ray con su gran sensatez, me llevó al orden, me dijo: '¿Qué quieres, que cuando pases nuevamente encuentres un nido seco con dos huevos marchitos y un pájaro muerto? Siempre habrá trabajo, pero solo nos tenemos a nosotros y eso es muy importante, que no perdamos nunca nuestro amor, ni nuestra amistad.' Ese trabajo hizo que pudiera pagarles la escuela a mis tres hijos. Fabiola es secretaria, actualmente trabaja en Sam´s.

"Soy abuela de un hermoso niño de siete años. Mi Ray estudia en Monterrey para contador público. Diana sigue en los Pequeños Hermanos, siendo menor de edad. Estudia música, ella es mujer mariachi, toma clases en el conservatorio, está muy orgullosa de nuestra sangre indígena, actualmente le da clases de violín a los más pequeños del orfanatorio. Le gusta ser útil, ama a México, quiere llevar nuestra música a todos lados, es la más alocada de todos, por lo tanto nuestra alegría.

"A pesar de que ya me he acostumbrado a la vida de la cárcel, pude seguir con mi familia gracias a que Ray es un hombre muy bueno y yo en mi obstinación por lograr las cosas, no me he rendido ante esta adversidad. Tenía 8 años en reclusión, cuando uno de los hombres que me habían señalado, se me acercó y me dijo: 'Perdóneme por favor, no tuve valor para enfrentar mi responsabilidad', yo estaba tan enojada que quería sorrajarle tremenda cachetada, pero no lo hice. Pensaba: ¿Cómo pudo usted hacerme esto a mí y a mi familia?, si ese hombre hubiese dicho la verdad, nosotros no estaríamos en esta cárcel. El precio de su cobardía se pagó con el sudor y las lágrimas de mi familia. Hoy solo pido que Dios lo perdone, yo me retiré en silencio, sin decirle nada, aunque me dijo que mandara a mi abogado, que testificaría lo que fuera, que comprendiera que lo había torturado la policía para confesar eso y si no lo hacía lo hubieran matado. Sí lo hizo, pero muy tarde.

"Falta un año y 4 meses para irme libre, nunca me dieron beneficios, no sé por qué, lo ignoro. Los solicité, pero solo me los negaban, a pesar de haber tenido una conducta intachable, sin ningún parte informativo. Pero era mi destino, creo que aún no sabía lo que había venido a aprender.

"Cambiaron a mi celda a una señora muy *fresa*, yo entre mí pensé: ¿Qué voy a hacer con esa señora? Yo tenía una pequeña



parrilla donde le cocinaba a mi marido. Cocinar en la cárcel es una proeza, pues con suerte tenemos, solo después de muchos años de buena conducta, una cacerola o un sartén. Así que para calentar algo, lo hacemos a vapor. Calentamos el agua y en una bolsa de plástico metemos la comida para entibiarla, que es mejor que comerla fría o con sebo. Cuál fue mi sorpresa, que a esa señora *fresa*, le gustaba cocinar igual que a mí. Aunque no creo que ella estuviera acostumbrada a incomodidades. Sin embargo cuando la vi sentada en el suelo, cortando vegetales con un pedacito de lámina a la que le sacamos filo con la lima de las uñas, me sorprendí, pero no le dije nada.

"Déjenme explicarles que cocinar en la cárcel es todo un acontecimiento, la salsa que regularmente se muele en un molcajete, nosotros la molemos en un plato de plástico con una botella de plástico llena de arena para que pese, es estorbosa e incómoda, pero el antojo por la salsa no nos lo quita nadie. Varias veces la vi dos horas cocinando y si alguien nos pedía de comer, ella les daba lo que había cocinado y se quedaba sin comer, en alguna ocasión hicimos un platillo de mi tierra, flor de calabaza rellena y plátano macho relleno en salsa de jitomate, ella hizo el caldillo como lo hacía mi madre, realmente como si hubiera pertenecido a mi raza, muchas veces traté de hacerlo pero ella me dijo: 'Lo único que te falta es canela Martha.

"Cocinar en la cárcel es muy difícil, no hay cuchillo, no hay utensilios de cocina o eléctricos, recuerdo que no podíamos levantarnos de cansadas al día siguiente, pero el olor del café volvía hacer su tarea. Nos hicimos amigas y un día me invitó a contarle mi historia para escribirla en un libro. Poco a poco le fui abriendo mi corazón, le dije que odiaba a mi padre, por haberme mandado a estudiar fuera, me dio tanto coraje como se reía sarcásticamente

de mí. Le dije: '¿Por qué te ríes?', no es justo que lo hagas de mi dolor. Ella se reincorporó pero sin dejar de reír, me dijo: '¿Sabes? a donde yo pertenezco, el que tus padres te manden a estudiar es muy bueno, es señal de que te aman y quieren lo mejor para ti. A mí me mandaron a Canadá con un frío infernal a que aprendiera otro idioma, igual que a ti. Y casi a todos mis amigos los mandaron al extranjero a estudiar.' Ella me dijo '¿Qué no te das cuenta que tu padre, solo quería que fueras alguien, que estudiaras? Bueno, si ahora te dieran una varita mágica, y pudieras rehacer el tiempo volverías atrás, pero no tendrías ni a Ray, ni a tus hijos, ¿lo cambiarias?' Yo le contesté: 'Claro que no, mis hijos y Ray son lo mejor que tengo.' 'Entonces, agradece a tu padre que te mandó a estudiar, sino, no los tendrías.'

"Reventé a llorar, qué ciega había sido, que ridículo mi odio y mi resentimiento, tenía 20 años sin hablar con mi padre, que dura había sido, había abandonado a mi madre, a mis hermanos y a mi padre por ese resentimiento tonto y sin razón. Ella me movía y me decía: '¿Qué esperas?, háblale a tu padre, pídele perdón, dile que ya lo entendiste, que ya se te quitó lo bruta aunque no lo obstinada y mula.' Tardé varias semanas en decidirme, pero finalmente lo hice.

"Pude hablar con mi madre, primero me sorprendió que ella me dijo que me amaba y que mi padre también. Ella me dijo: 'Tu padre sigue igual, sale muy temprano y llega como a las 8 o 9 de la noche, háblale a esa hora' Eso era materialmente imposible. Pero hablé con la sicóloga Cristina del Área Técnica y le expliqué mi situación. Ella me dio permiso de hacer la llamada fuera del horario, para que yo encontrara a mi padre, hablé con él en tsotsil, quería que se diera cuenta que no había olvidado mis raíces, ni quién era. Solo me faltaba perdonar al hermano de Ray, por cuya culpa perdí 14 años



de mi vida y a ese hombre desconocido que dijo conocerme. Eso ha sido más difícil, pero ya lo he hecho, por mis hijos, por el amor tan grande que le tengo a mi marido, porque a pesar de todo, mi familia es lo más maravilloso que me dio la vida.

"Cambié de abogado, un hombre honesto y bueno, no como esos piratas que comercian con el dolor ajeno. De una sentencia de 33 años logré una reducción a 14 años un mes, a partir de la confesión del tipo."

Terminamos esta historia cuando Martha Elena estaba ya en libertad, conseguimos permiso para que pudiera venir a visitarme. Finaliza su relato diciéndome: 'Estoy libre, enseñando a mis hijos a vivir sin rencores. Dejar la cárcel ha sido una gran lección de la vida, he aprendido que la familia es lo mejor y que no importan las circunstancias cuando el amor es verdadero, siempre florecerá y será mejor.'

Así, entre café y café, Martha Elena Bermúdez me contó su historia, aprendí el honor, la dignidad con la que se mantiene una familia unida, a cocinar comida chiapaneca, a reírnos con el ojo de la serpiente que cuidaba la marimba, a bromear con los ojos de las custodias que nos cuidaban como la serpiente a la marimba. Le enseñé por las noches a reírse de nada, hasta que nos callaban nuestras compañeras. Que maravilloso es saber que hay hombres buenos en todos lados, que quieren lo mejor para sus hijos.

Actualmente yo sigo recluida en el Cereso Femenil de Atlacholoaya en Morelos, sin embargo, cambié mi exquisito café, por un maravilloso café de Chiapas, cultivado por las manos incansables del padre de Martha Elena. Sé que a mí y a Martha Elena nos unirá para siempre una gran amistad, aderezada por el aroma del café.

**ABRIENDO VENTANAS**

*Galia Tonella*

¿Dónde está Dios? … ¿En la iglesia? Qué risa.
Dios está aquí en la cárcel, está en cada boca, en cada paso.
Aquí no hay ventanas… aquí nuestras ventanas
vienen vestidas de azul con rojo,
a través de ellas miramos el mundo.
Soledades lloviendo por doquier,
moriríamos al filo del silencio,
ya no hay silencio.
Todas las palabras caben en la boca de Elena
ella arranca trozos de las historias
y me enseña a hacer prosa
y el verso que retumba en el oído
de los que no conocen este mundo.
No me revuelco en el fracaso,
porque aquí mis ángeles Marina, Aída y Elena,
vienen vestidas de azul y rojo.



**MI LENGUA MATERNA.**

*Martha Elena Bermudez*

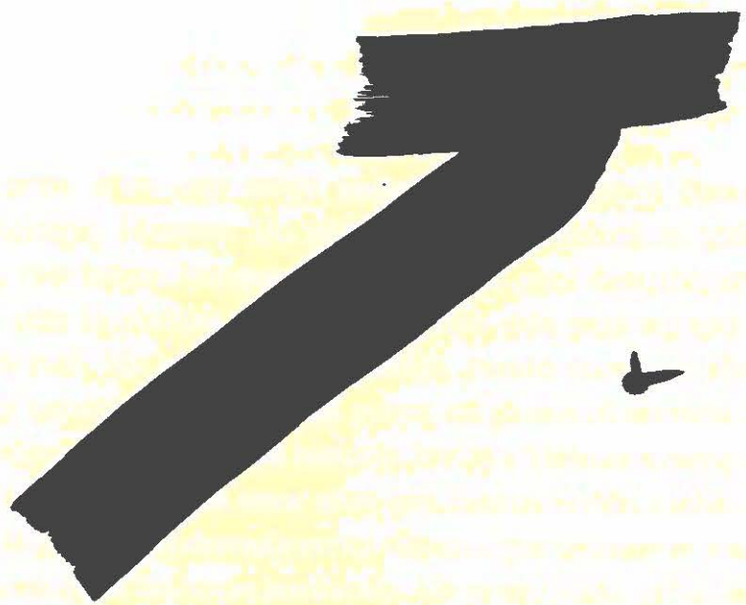
Parece mentira que muchos años me sentí avergonzada por hablar mi lengua materna el tsotsil. Para aquellas personas que lo ignoran, es una lengua, no un dialecto como muchos creen. Yo ni siquiera sabía la diferencia entre uno y otro.

Hoy México celebra el 20 de febrero, el día internacional de las lenguas maternas, por fin algo que nos integre con la respetabilidad de nuestras tradiciones, nadie sabe cuánto dice una palabra hasta que tratas de traducirlo a otra lengua, no te das cuenta cuanto evoca y recuerda una sola palabra, es como si desembocara en una cascada inmensa, como tienen fama en mi tierra natal Chiapas, esas cascadas que hacen una constelación de emociones, los lenguajes destruyen emociones y los vuelven palabras.

No quiero desacreditar otras lenguas, jamás seria mi intención, al contrario solo trato de dignificar la mía, las lenguas nunca escatimarán nada, estremecen, enchinan la piel, porque saben lo que sentimos, cuantas veces no encontré la palabra en el lenguaje español que dijera mi emoción, la transformación del lenguaje en mi cabeza se negaba a ceder, el tsotsil brotaba en mi corazón.

Cuantas veces no deseé que mi marido entendiera el tsotsil, decirle en mi lengua como lo amaba, cuantas veces arrullé a mis hijos con mis cantos en tsotsil, lo único que según yo, les daría la paz de la noche y les permitiría dormir.

Tomar la decisión de escribir mi historia fue muy difícil, porque no encontraba las palabras adecuadas para decirlo, mi compañera de celda me dijo: "Es normal, a mí me pasa lo mismo con el inglés, puedo hablar de mi profesión, pero hablar de amor imposible, solo en español. "Así que me prometió poner en español mis emociones y tuvo la paciencia de que cada palabra en tsotsil que yo le decía, ella la interpretó y la sintió para que lo que yo quería decir, la gente que habla español lo sintiera. Así que cada palabra la descifrábamos hasta que ella me encontró en ese español que amaba mi historia. Espero que alguien más la lea y pueda ver que es un orgullo hablar dos lenguas."



## 9. Victoria:
## La maldición de mi abuela me ha acompañado

*María Elena Basave*

Hace once años que estoy recluida en el Cereso Femenil de Atlacholoaya, Morelos. Un incidente terrible marcó mi vida y me trajo a este lugar. Aunque soy enfermera, aquí descubrí mi gusto por el arte; la pintura y la escritura, han sido para mí una puerta a la libertad. Me he ido descubriendo, puedo decir que ahora soy poeta y escritora. He decidido poner mi pluma al servicio de otra compañera para escribir su historia. Invité a Victoria a compartirme su vida, porque en los once años que hemos vivido juntas en este lugar, la he visto encerrada en su silencio, generalmente aislada de las demás, pasa las horas bordando. Me preguntaba: ¿Qué historias guarda detrás de esa mirada triste? Fue así que iniciamos los diálogos que dieron lugar a esta historia:

"Nací en Córdova, Veracruz, más o menos a una hora de camino al pueblo donde yo crecí, llamado San Rafael, Caleria. Mi pueblo es chico, las calles son de terracería, subidas y bajadas, yo vivía en La Joya, en donde la mayoría de la gente era campesina, era una comunidad indígena donde se hablaba el náhuatl. Cultivaban café, caña, mango, plátano, naranja, guayaba, pera y zapote, entre otras muchas frutas. Había un río como a media hora de mi casa, llamado San Rafael. El techo de mi casa era de lámina de cartón negro, y la casa era toda de tablas de madera. Como no alcanzaba la tabla, muchas casas eran de lámina de cartón con patios de tierra y los

pisos interiores también de tierra. La cocina no estaba adentro de las casas, sino en una pequeña área techada con lámina de cartón y descubierta de los lados, cerca del cuarto principal.

"En nuestra casa no teníamos agua, así que teníamos que acarrearla de un pozo para tomar y para hacer la comida y los quehaceres. Me gustaban las fiestas de San Rafael, que eran las fiestas del pueblo. Había feria, juegos pirotécnicos, quemaban castillos, el pueblo se iluminaba y nos olvidábamos de nuestros problemas. Los Danzantes bailaban precioso, jamás en mi vida he visto otros Danzantes como los de mi pueblo, eran hombres de varias edades y también los niños participaban. Se usaban los disfraces de viejitos, con pantalón rojo de satín, camisa blanca y capa roja también de satín, unos llevaban bastón y otros machetes. La música la hacían ellos mismos con una flauta. La comida no podía faltar, era exquisita: había mole, tamales y arroz. En mi casa, sin embargo, no teníamos esos banquetes, éramos pobres y no teníamos recursos.

"A pesar de estas fiestas tan alegres, había cosas en el pueblo que no me gustaban. Se corría mucho peligro para ir al centro de Córdova, ya que había una carretera que más bien parecía un camino, donde solo cabía un solo carro de ida o de venida y el conductor tenía que manejar con mucho cuidado, pues si se descuidaba podía ocurrir un accidente y caernos al voladero, abajo del cual pasaba un río. Por estos peligros es que la gente casi no salía del pueblo, solo había dos autobuses y algunas personas cortaban camino en bicicleta. En mi familia somos cinco hermanos, tres mujeres y dos hombres. Yo soy la mayor y actualmente tengo 29 años. De chica me tocó ayudar a mi mamá a cuidar a mis hermanos. Ella trabajaba fuera del pueblo y la íbamos a esperar en la parada del autobús, en la última corrida. Yo iba con todos mis hermanitos y cuando ella



llegaba nos íbamos juntos a casa. Este es un recuerdo muy lindo que tengo de mi madre, de la felicidad que me daba verla bajar del autobús y saber que estaría con nosotros. Ella nos compraba una bolsa de gansitos o negritos y otras golosinas que nos gustaban mucho.

"De mi padre tengo pocos recuerdos, porque falleció cuando yo tenía solo 7 años, lo mataron en mi pueblo. Pero mis recuerdos de él no son muy alegres. Me acuerdo cuando le pegaba a mi mamá estando embarazada, era alcohólico y estando borracho se ponía muy violento. Mi abuela nos protegía de él y de su violencia, muchas veces nos tenía que esconder para que no nos pegara y no nos espantáramos. Mi padre tenía un rechazo especial contra mí, porque era más güerita que mis hermanos, cuando estaba borracho me insultaba y gritaba que no era su hija, que era hija del lechero. Sus consentidos eran dos de mis hermanos varones, que se parecían más a él y eran muy morenos. Yo me sentía rechazada y le tenía miedo, cuando llegaba a casa borracho corría a refugiarme con mi abuela y me llevaba a mis hermanos.

"Tal vez por su mismo carácter violento es que se metió en problemas y tuvo un fin terrible. Una noche como a las 2 de la mañana, unos hombres llegaron a tocar la puerta de la casa de mi abuelita y le avisaron que habían matado a su hijo. Lo mataron a palos, le desfiguraron la cara y lo dejaron en estado vegetal, duró unos días agonizando y finalmente murió. Nunca supe quienes lo mataron, ni por qué, esos eran temas que no se discutían con los niños. Solo sufrí las consecuencias de que mi madre quedará viuda a los 23 años, con cuatro niños que alimentar.

"Ella tuvo que buscar un trabajo para darnos de comer y yo a los 7 años me hice cargo de mis hermanitos, me convertí en una

ama de casa chiquita. Tenía que limpiar la casa, hacerles de comer, cuidarlos, porque mi mamá trabajaba todo el día. Esperaba con ansia los fines de semana, pues ella se quedaba con nosotros los domingos y muchas veces comíamos carne. El comer carne era para nosotros toda una fiesta, pues en la pobreza que vivíamos, era un verdadero lujo. Aunque ahora reconozco que mi madre se sacrificó mucho por nosotros, entonces no entendía bien por qué nos dejaba siempre solos, tenía poco tiempo para construir una relación con ella, no recuerdo haber platicado sobre mis cosas o que ella me preguntara nada.

"Fue mi abuela materna la que nos cuidó y era una mujer muy dura. Trataba de disciplinarnos a gritos y regaños y nosotros no nos dejábamos. Recuerdo que le contestábamos diciéndole: 'tú no puedes mandarnos o regañarnos porque tú no nos mantienes', pagábamos caro el precio de retarla porque generalmente se enojaba mucho y nos pegaba. La verdad es que crecí con mucha violencia en mi casa, primero los golpes que mi padre le propinaba a mi madre, luego las golpizas de la abuela y también entre nosotros peleábamos mucho y nos golpeábamos. Me acuerdo que cuando tenía once años, uno de mis hermanitos me hizo una broma que refleja mucho el ambiente en el que estábamos creciendo. Se pintó el pecho con pintura roja, se tiró al piso y se puso un machete en la axila, encajado en la tierra. Cuando yo lo vi ahí tirado, pensé que alguien lo había matado y empecé a llorar desesperada y a pedirle ayuda a mis vecinos. Esos eran nuestros juegos.

"La escuela no era mejor que la casa, pues también había mucha violencia. Los maestros acostumbraban a disciplinar a los alumnos pegándoles con una regla. Aunque eran escuelas públicas y gratuitas, no era fácil estudiar, porque había que caminar mucho para llegar



a la escuela. La compra de útiles y ropa para los cuatro era mucho dinero para mi mamá, así que yo solo estudié hasta quinto grado. Cuando estaba en tercer año y mi madre ya había enviudado, tomó una decisión muy difícil para todos: se fue a trabajar a Ciudad Juárez, Chihuahua. Había poco trabajo en Veracruz y lo que ganaba no daba para mantenernos a los cuatro. Así que decidió emigrar y dejarnos a cargo de mi abuela materna. Fue un año muy duro, porque mi abuela nos pegaba mucho. Cuando regresó la primera

vez a visitarnos, nosotros le rogamos que ya no se fuera, que no queríamos vivir con la abuela y seguir sufriendo sus golpes. La única opción que ella encontró fue llevarnos con la otra abuela, la mamá de mi papá y regresar a trabajar al norte. Las cosas con mi abuela paterna mejoraron, pero seguíamos extrañando a mi mamá.

"Cuando cumplí 14 años, le pedí que me llevara con ella al norte. Mi abuela paterna no quería, temía por mi seguridad y le daba

miedo que mi mamá no supiera cuidarme. Contra su voluntad me fui con mi madre y descubrí un mundo totalmente distinto. Nunca había salido de mi comunidad, no conocía nada más allá de las tierras de siembra de mi pueblo. Llegar a Ciudad Juárez fue toda una experiencia, mi madre buscó una casa para que trabajara como sirvienta y por primera vez tuve una patrona.

"Lo que había aprendido cuidando a mis hermanitos me sirvió para conseguir este trabajo. Yo pensaba mucho en mis hermanitos y quería guardar todo el dinero que ganaba para enviárselos y que ellos estuvieran bien. Pero las cosas no salieron como yo lo planeaba. Mi madre se buscó un novio y yo me puse muy celosa, pues desde que mataron a mi padre ella nunca había tenido otra pareja. Su noviazgo nos alejó por un tiempo. Dejé de salir con ella los domingos y se creó una distancia entre nosotras. Ella me buscaba pero yo no quería verla. Fue en esa época que yo conocí a Gustavo, un muchacho del norte con el que empecé a salir. A diferencia de mi reacción, mi mamá lo tomó muy bien y lo aceptó, esto nos acercó de nuevo y empezamos a salir los cuatro.

"Pero las cosas se complicaron de nuevo cuando mi mamá salió embarazada y su novio la dejó. No podía seguir trabajando con el embarazo avanzado y decidimos regresar a Veracruz. No teníamos otra opción que regresar a casa de mi abuela materna, a quien yo no quería, porque mi abuela paterna no nos recibiría con el nuevo embarazo. Regresamos entonces a los gritos y los insultos de la abuela. Ahora yo era adolescente y no aguantaba que me regañara y me gritara constantemente.

"Un día no aguanté más y decidí irme de la casa. Mi madre aún no daba a luz a mi nuevo hermanito y las cosas estaban muy difíciles económicamente. Mi abuela no me perdonaba que yo quisiera irme



a buscar mi vida y no me encargara de toda la familia, aún recuerdo sus palabras cuando le dije que me iba de la casa, aún retumba su voz en mi cabeza, me maldijo: 'Vas a estar maldita, nunca vas a hacer una buena vida con nadie, nunca tendrás una familia estable.' Su maldición me ha acompañado todos estos años.

"Yo no tenía a nadie a quien recurrir y aprendí a sobrevivir en la calle. Me encontré con un grupo de payasitos que hacían espectáculos en la calle y pedían dinero en los semáforos. Con ellos me fui al puerto de Veracruz y vi el mar por primera vez. Ellos me enseñaron a sobrevivir en la calle."

Mientras Victoria me cuenta esto, sus ojos se llenan de lágrimas y me dice: "Hasta la fecha no conozco a mi hermanita, pues mi madre dio a luz cuando me fui de la casa y nunca regresé. Fue cuando vivía en la calle que conocí a Gerardo y empecé una relación con él. Me llevó a su casa y vivimos juntos. Al poco tiempo yo salí embarazada. Di a luz un niño. Mi vida cambió totalmente, Gerardo ya no era el mismo conmigo. Había mucha violencia entre nosotros, nos la pasábamos peleando, él era muy posesivo y celoso, al grado que me llegaba a golpear y mis suegros no se metían para nada. En una ocasión me golpeó muy feo, mi rostro se inflamó de tanto golpe. Yo ya cansada de tanto maltrato decidí dejarlo, tomé a mi hijo y me fui de la casa, renté un cuarto en el centro de Veracruz. En esta época conocí a Don Félix, un señor mayor que se apiadó de mí y me ayudó de manera desinteresada. Él se dedicaba al comercio y nos llevaba con él a vender paletas de hielo por la ciudad. Yo lo veía como un padre pues él era un hombre mayor.

"Pasó el tiempo y un día estábamos en una parada del centro vendiendo paletas y Gerardo nos vio y caminó hacia donde Don Félix y yo estábamos. Yo pensé que me iba a hablar pero no fue

así. Nos siguió sin que nos diéramos cuenta y encontró la casa donde yo vivía. Muy amable se presentó con Don Félix y se ganó su confianza. Dio una cara falsa y lo convenció para que él y yo arregláramos las cosas. Platicamos, llegamos a varios acuerdos y él se quedó a vivir con nosotros. "Con el tiempo volvió a comportarse igual que antes. Empezaron los maltratos físicos y psicológicos. Yo no le contaba nada a Don Félix pues me daba vergüenza. El maltrato cada vez era más frecuente. Llegó el día que me enfadé y lo corrí de la casa, pero no se iba. Un día decidí salirme con mi niño. Yo andaba con miedo, tenía que irme a otro lugar porque yo sabía que si me quedaba cerca, él me encontraría de nuevo. Yo no tenía ni un peso en la bolsa, con mi niño en brazos, no sabía a donde ir. Mientras deambulaba por la ciudad me encontré con la hermana de Gerardo. Él le había contado su versión de las cosas sobre nuestra relación. Le dijo que yo le quería quitar a su hijo. Yo traté de explicarle que me iba por la violencia que sufría, no para robarle a su hijo. Ella trató de convencerme de que le diera al niño, diciéndome que iba a estar mejor con ella, que a mi hijo no le iba a faltar nada. Pero yo sentí miedo, ya que no me inspiraba confianza y pensaba que me querían quitar a mi hijo para siempre.

"Sin tener a donde más ir, regresé con mi madre y le conté lo que estaba pasando. Nunca le mencioné que mi plan no era quedarme a vivir con ellos, pues yo estaba segura de que Gerardo me iba a encontrar y me quitaría al niño, ya que su hermana no dejaba de insistir en que se lo diera. Así que después de unos días de descanso me fui a Coscomatepec, en el mismo Estado de Veracruz. Llegué a este pueblo sin conocer a nadie y no llevaba dinero, no tenía donde pasar la noche y pensé en irme al hospital.



"Ya estando ahí un señor se acercó y me preguntó qué hacia ahí, que ya era muy noche y hacía mucho frío para mi hijo. Yo le confié y le platiqué lo que me estaba pasando. Él me dijo: 'Yo conozco un muchacho que también anda buscando un lugar adonde quedarse, él te puede ayudar, piensa en tu niño, está haciendo mucho frío para él.' El señor me contactó con el joven y le preguntó si me podría ayudar. Era un trailero que se llamaba Jorge Arturo. Andaba buscando un lugar alegre y pensó que ese dinero mejor me podría servir a mí y a mi hijo y que si yo quería, él me echaba la mano. Él estaba de paso, había ido a entregar un cargamento de chapopote[41]. Me dijo que no desconfiara, que lo hiciera por mi hijo, que me quedara en el camarote del trailer.

"Yo acepté, pues no tenía otra alternativa y me quedé con mi hijo. Él se quedó en la parte de enfrente. Al otro día él le compró leche y pañales a mi hijo. Cada viaje que él hacía, mi hijo y yo lo acompañábamos. Así empezó mi relación con él. Tuvo el último viaje aquí a Cuernavaca. Rentó una casa, yo me convertí en su mujer, pues vivíamos como marido y mujer. Con los problemas económicos, él empezó a desesperarse porque ya no había dinero para la leche y los pañales. Yo pienso que le pesaba, porque para su vicio sí tenía y para los gastos no le alcanzaba. La relación se empezó a poner muy estresante, a él le molestaba que mi hijo llorara. Para ese entonces mi hijo tenía un año y medio. Empezó a sentir celos de mi hijo. Lo maltrataba y cuando yo lo defendía, dirigía su violencia hacia mí. Una noche, el 28 de noviembre de 2003, él me dijo que fuera a comprar unos tacos. Como era invierno hacía mucho frío, yo me iba a llevar a mi hijo, pero él me dijo que no me llevara al niño, que fuera sola.

41 Sustancia negra y espesa que se obtiene del petróleo y que se emplea principalmente para asfaltar caminos o como impermeabilizante.

"Le confié a mi niño y me fui. Tan solo me tardé 20 minutos. Cuando regresé mi niño estaba llorando, él me gritó y me dijo que no lo agarrara, pero mi niño no dejaba de llorar. Lloraba con mucho dolor. Yo no le hice caso y lo abracé. No se me olvida la miradita triste de mi niño, como diciéndo 'ayúdame por favor.' Lo agarré y empezó a vomitar, tanto de la boca como de la nariz. Yo lloraba desesperada no sabía qué hacer, cómo ayudar a mi niño y le dije: 'Vamos a llevarlo al doctor.' Él no quería, pero ante mi insistencia tomamos un taxi y lo llevamos al hospital.

"Cuando lo revisó el doctor, dijo que ya no se podía hacer nada pues mi hijo había fallecido. El doctor dijo que no nos podíamos ir. Llamaron al Ministerio Público y nos acusaron de homicidio, fue así que llegamos aquí. Él sólo estuvo dos años y a mí me dieron una sentencia muy larga. Llevo recluida 11 años. Después supe por la autopsia que le hicieron a mi niño, que había muerto por estallamiento de vísceras, a raíz de los golpes que le propinó ese hombre."

Fue difícil terminar la historia de Victoria, era demasiado doloroso para ella recordar la muerte de su hijo. Finalmente terminamos platicando en la cancha de basketball, buscando un poco de privacidad. El calor del sol me quemaba la piel. A la vez que su historia me quemaba por dentro. Me removía muchas emociones, podía sentir su dolor.

No pude menos que tratar de consolarla. La invité a que dejara fluir todo ese dolor que oprimía su pecho. Hablarlo y compartirlo conmigo podía aliviar un poco su sufrimiento. Le hablé tratando de consolarla: 'Deshazte de todo ese dolor que no necesitas, que solo te hace daño. Lo pasado ya quedó atrás, no te juzgues a ti misma.'



Mientras trato de consolarla, no puedo evitar pensar lo importante de la comunicación y el apoyo familiar. ¿Qué hubiera sido de Victoria si hubiera contado con el apoyo de su familia?

Muchas veces, por no entender a nuestros hijos, los aventuramos a las garras del destino sin pensar siquiera que sus vidas pueden quedar destruidas. Buscamos el amor equivocadamente, pensamos que un hombre nos puede salvar, sin reconocer que solo nosotras podemos salvarnos a nosotras mismas.

La historia de Victoria es la historia de una mujer que aprendió de forma muy cruel, que solo se tiene a sí misma para crear su felicidad y que el único amor que vale, es el que ella se tenga. Claro que es bello que te amen, pero hay que aprender a amarnos para poder recibir lo que el mundo que nos rodea nos ofrece. La historia de Victoria es la historia de muchas de nosotras.

**PRIVILEGIADA**

*María Elena Basave*

Soy privilegiada, al estar en este salón donde se imparte la clase de escritura en este instante. Porque puedo ver la vida a través de una mirada distinta, por más incierto que parezca el destino. Veo la luz donde se piensa que hay tinieblas, veo rosales donde se cree que es un desierto, veo esa tierra fértil que produce diversidades de frutos. Veo ese carbón convertirse en diamante, soy feliz, porque tengo el privilegio de entrelazar vínculos amistosos y emocionales, vale la pena exaltar la poesía que se escribe aquí al rojo vivo, mueve el corazón y el alma. Soy un ser lleno de luz, único y especial, soy la que quiero ser. Soy una rosa cubierta de rocío de un color resplandeciente. Alrededor hay diversidad de flores alegres y de colores, algunas marchitas pero con el tallo bien firme.



**NUESTROS PROPIOS LIBROS**

*María Elena Basave*

Hace algunos años, las escritoras formaron un grupo con algunas de mis compañeras, publicaban sus escritos en un librito llamado Gaceta, que me llamaba mucho la atención. Pensaba que eso era para valientes, ya que yo no tenía el valor para escribir y menos para publicar. Pero aunque algo me inquietaba, no hice caso. En una ocasión, yo quería escribir algo muy especial para mis hijos usando la metáfora y no sabía cómo, visité a una compañera que asistía al círculo de escritores para que me diera la idea, muy amablemente me enseñó y me sorprendió la facilidad con que lo hacía. Pregunté: '¿Cómo le hago para usar metáforas y escribir como tú? Ella me dijo que gracias a Elena de Hoyos y Aída Hernández había aprendido, me arrepentí de no haber asistido antes al taller y ansiaba que ellas algún día regresaran a seguir impartiendo la clase de escritura. Cuando me enteré de que regresaron, no lo pensé, era mi oportunidad. Con mucha inseguridad y temor llegué al taller de escritura dispuesta a aprender, tenía muchas cosas dentro de mí y no sabía cómo expresarlas. Tenía miedo de ser criticada, pero me di cuenta que no pasa nada, que eso sólo existe en la mente de una. Escribir en la colectiva me ha ayudado a abrir las alas al viento, a expresar lo que siento, a limpiar mis emociones. Plasmo los sufrimientos que de manera involuntaria han marcado mi vida, y venciendo obstáculos poco a poco me sobrepongo a la adversidad. Me siento privilegiada de pertenecer al grupo de mujeres sabias donde la escritura y la lectura son esenciales para reflexionar: expresar, aprender y compartir con cada una de mis compañeras y mis maestras escritoras. Deseo expresar mi gratitud a Marina Ruiz, Aída Hernández y Elena de Hoyos. Esa semillita que sembraron empieza a germinar. Estoy aprendiendo a convivir con mis compañeras, a compartir experiencias, aprendo mucho de ellas, estoy sanando poco a poco mis heridas. Aprendo a conocerme más, a tener seguridad. Me doy cuenta que cuando se tiene la voluntad todo se puede, porque todos tenemos la capacidad. Además, editar nuestros propios libros hace que seamos escuchadas por la sociedad a través de nuestros textos, que los demás no nos juzguen sin conocernos.

**10. María:**
Soy inocente

*Galia Tonella*

## SOY INOCENTE

No lo digo yo; no lo grito por hallarme
privada de mi libertad
y condenada a muchos años de prisión.
Tampoco lo grito porque me sienta derrotada
por la adversidad carcelaria,
pues durante más de 15 años
jamás he pedido consideración ni misericordia
más allá de mi condición humana;
pues no cometí ningún delito,
ni falta en contra de quienes
injustamente me acusaron.
Mi grito surge de las páginas de mi expediente,
de cada línea de mi proceso,
de cada párrafo de mi condena.
Ahí está la razón profunda de mi inocencia
y de mi integridad,
contradiciendo el apostolado del juzgador que,
por vicios propios o negligencia,
fue incapaz de ver la verdad, de hacerla valer,
de reivindicar el Derecho,
de restaurar la majestuosidad de la Justicia…
¡Qué pena que ésta
haya tenido como depositario
a un juzgador que jamás debió serlo!

*María*

Mi encuentro con María estuvo rodeado de preconcepciones que yo traía de mi educación, este encuentro sin duda me llevó a olvidar muchas cosas que yo había aprendido en mi vida. María me permitió descubrir que la realidad de las cosas no se halla en las apariencias, sino que reside en la esencia interior.

Esa mujer chaparrita de porte frágil y seductor, me enseñaría la fortaleza que da el espíritu del amor, cambiaría mis conceptos ramplones de la maternidad. Penetré a través de las pláticas en el mundo invisible de mi amiga dando un ordenamiento a mis propios valores, desempeñando un papel tal vez, porque no decirlo, fuera de toda estética, rejuveneciendo mis ideas. Sus lágrimas enjuagaron muchos dolores estúpidos que yo tenía, solo espero que alguien más tenga esa oportunidad de hacerlo.

Confrontar a través de esta historia las ideas abstractas que yo tenía sobre el sufrimiento, le dio a mi vida una dimensión conceptual de lo que viven muchas mujeres en este México desconocido para mí y para casi todas las mujeres de clase media. Encontré un mundo superior, donde las narraciones negativas o de pecado se esfuman, porque el amor, la amistad y la lealtad, demuestran la bondad del espíritu.

Gracias María por todo lo que me enseñaste, porque eres una mujer que encarnó y se enseñó a dominar su espíritu, a decir ¡basta! porque ver tu sonrisa después de 17 años de resignación en la cárcel, me recuerda que la fe no se pierde, que se debe seguir luchando, que tu mote de Madrina está bien ganado, porque aún sin varita mágica, a las mujeres nuevas las cobijas y las enseñas a vivir en cautiverio.

Después de dos años de conocerla, por fin María se permitió abrirme su corazón y contarme su historia:



"Nací en 1977 en Chacalapa, Sierra de la Costa Grande del Estado de Guerrero, comunidad que pertenece al Municipio de Coyuca de Benítez, pero que está a varias horas sierra adentro del municipio, ríos maravillosos, verde caluroso tropical, un pequeño paraíso para un visitante, para mí fue el principio de un infierno que tendría que vivir. Provengo de un matrimonio de amor, de esos que tienen fotos y recuerdos de la boda, donde la familia aprueba que te cases. Mi madre estaba muy enamorada de mi padre, según me contaron, ya que ella nunca me contó la verdadera historia por respeto a mi padrastro, lo más importante es que fui concebida con amor. Raro, ya que en ese pueblo te casan con quien te pide, no con quien tú quieres. Costumbres que una mujer debe aceptar ya que es su deber obedecer siempre, hasta la fecha no sé si esa condición cambiará algún día.

"Empezaré a contarte desde que tengo memoria, mi vida era como la de cualquier niña de 6 años, jugaba con mi abuelo, me sentaba en su regazo a oír historias inventadas, pero las que más disfrutaba, eran las leyendas de sus antepasados. Había historias de miedo acerca de los nahuales,[42] que me apasionaban, tenían final feliz siempre, triunfaba el bien, me premiaba con dulces. Mis tíos jugaban conmigo, no sentía la ausencia de mi padre. Ellos cultivaban mango, ciruela de temporada, sembraban frijol y maíz, que se vendían en los pueblos circunvecinos. Mi madre hacía labores de casa, siempre tenía tiempo de ayudarme con la tarea; la hora de la comida era maravillosa, bromeábamos, platicábamos de mi escuela, parecía que Dios había dibujado una sonrisa permanente en

---

42 Dentro de las creencias mesoamericanas, es una especie de brujo o ser sobrenatural que tiene la capacidad de tomar forma animal. El término refiere tanto a la persona que tiene esa capacidad como al animal mismo que hace las veces de su alter ego o animal tutelar.

mi rostro. Mi madre era una mujer bella, muy joven y diré que la maternidad y la tranquilidad que le ofrecía la familia, la hacían más hermosa. No éramos ricos, pero así nos considerábamos, porque íbamos a la escuela, teníamos zapatos, y uniforme, ¡eso costaba!

"Nuestra casa estaba hecha de adobe, el techo era de láminas de cartón negro y rojo, mi abuelo decía que eran mejor las rojas, pues se notaban más los bichos. Las camas estaban separadas tan solo por sábanas o remiendos de telas, el comedor estaba afuera y solo si llovía metíamos la mesa, claro la letrina y la cocina estaban también afuera. Cocinábamos con leña, el piso era de tierra, una parte de muro de adobe con tabicones para sostener el comal, un pequeño techo para echar la leña cubierto de láminas de cartón para que no se mojara la leña, tenía que estar seca. Teníamos radio, a mi abuelo le gustaba escuchar música, no faltaba nada, podríamos decir que éramos felices como en los cuentos del abuelo. Cursaba primero de primaria cuando llegué a casa, parecía un día normal, sin embargo, qué equivocada estaba, ese día cruel destruiría mi mundo.

"Mi madre no estaba en la cocina como siempre, tenía dos cartones ya amarrados, estaba en la entrada de la casa con un hombre que nunca había visto antes, y me dijo: 'Ven guacha[43], ven pa'cá, te voy a presentar a Fausto, de ahora en adelante él será tu padrastro, despídete del abuelo y de tus tíos, nos vamos.'

"No comprendía lo que pasaba, sabía que no era mi padre, no era el que yo veneraba en mi memoria y menos el de las fotos donde mi madre con su vestido blanco más que una novia parecía una reina, menos con el que yo había soñado hasta ese momento. Yo creía que mi padre había muerto, hoy ignoro si es verdad, nunca sabré en realidad quien fue mi padre, pero la mirada de ese hombre

43 Vocablo local para referirse a los niños.



me dio mucho miedo, era peor que los nahuales de los cuentos de mi abuelo. ¿Qué podía hacer? corrí hacia mí abuelo pidiéndole que me ayudara, no me quería ir, él me abrazó llorando y me dijo: 'Tú vas a estar bien, ya lo verás.' Yo me aferraba a su cintura como único puente de salvación. Mis tíos le gritaban a mi madre, diciéndole cosas horribles que no entendía, pero eran terribles, le decían que ya la habían perdonado una vez, que no habría segunda, que si se iba, se olvidara de ellos, mi abuelo perdió su calma y le dijo: 'Eres una mujerzuela, no cambiarás ¿Por qué lo haces? ¿Quieres matarme de la vergüenza?' Pero mi madre no parecía inmutarse ante esos reclamos, solo me dijo: 'Apúrate María, nos vamos, soy tu madre y te vas conmigo.' Prácticamente me arrancó de la cintura de mi abuelo, yo no sabía qué terrible sería este acontecimiento en mi vida, pero me marcaría siempre, mi mundo se acabó, iniciaría el calvario de una vida con mentiras y calumnias, éstas me perseguirían por el resto de mi vida.

"Salí de esa casa en un llanto, gritando. Ahí sentí el primer golpe de mi madre, al grito de ese hombre que le exigía que me callara a como diera lugar. Me subieron como a una bestia a la camioneta de redilas. Sentí el empujón de mi madre, el llanto me rendiría y caí dormida. Pasaron varias horas, casi cinco para llegar a nuestro destino. Estaba oscuro, llegamos a una choza, no tenía luz, no había muebles, sólo una mesa desvencijada y unos tablones que servían de sillas. Dormíamos en petates. Ahí conocería la promiscuidad. Me rindió el cansancio de tanto llorar.

"A la mañana siguiente vería con más claridad mi bienvenida al infierno: Ocotillo, Guerrero. Este lugar, mucho más pobre que Chacalapa, sería testigo de lo que tendría que vivir. A ese lugar no se le podía llamar casa, menos hogar, lo peor estaba por venir, ahí

no había que comer un día, ni otro tampoco. Ese hombre llegaba ahogado de borracho, los golpes a mi madre y a mí, no se hacían esperar, los insultos con malas palabras. De la escuela ni hablamos, ya no podía ir con regularidad, nos corrían de todos lados. Hubo ocasiones que dormíamos con una vecina por caridad y otras de plano en una piedra grande, con nuestras pocas pertenencias. Aprendí lo que era el hambre, el frío, entendí lo que era el miedo, soñé con irme a ese cielo donde estaba supuestamente Dios, así pasaban los días, los meses, años. Mi infierno se acrecentaba.

"Ese hombre le gritaba a mi madre y le decía: 'Deja de llorar desgraciada eres una tal por cual. (Por respeto a mi madre no quiero poner en este texto lo que él decía). Agradecida deberías de estar de que te recibiera con tu mocosa, soy el hazmereír de este pueblo y tu hijita ni siquiera me dice padre, la muy méndiga.' Yo indignada y sin saber de dónde, saqué valor para gritarle: 'Nunca lo haré, mi padre no es como usted, lo odio, jamás lo oirá de mis labios.' Él se enfureció, me tomó de los hombros y gritó: 'Ni siquiera tu madre sabe quién es tu padre mocosa estúpida, no sé si eres hija de un mancornado imbécil o de un asesino, el marido de tu madre mató a su propio hermano porque pensó que tú eras su hija, tu madre es una X#O#X, sin respeto.'

"Con lágrimas en los ojos buscaba la mirada de mi madre para saber si eso era cierto, gritándole, casi suplicándole que me dijera que era mentira, mi madre se fue sobre él, sin que yo pudiera averiguar esa verdad. Corrí a esconderme debajo de un catre de madera, de esos que se usan en la sierra. Ese catre fue mi único escudo, no sé cuánto lloré pero fueron horas, agradecí que el alcohol por fin venciera a ese hombre y quedara dormido. Salí de mi refugio. Hubiera querido escapar, pero ¿A dónde ir? ni siquiera sabía dónde



vivían mis tíos ni mi abuelo, quería explicaciones, quería verdades. Mi madre tendría que decirme la verdad fuera cual fuera.

"Esperé que mi padrastro se fuera, quería hablar con mi madre. Había tanta rabia en mí que no sé cómo pude enfrentarme a ella. Veía a esa mujer hermosa que se había trasformado en una mujer amoratada, deforme su cara por los golpes, los ojos hinchados de llorar, su cara ajada había envejecido en cinco años, casi veinte, el respeto que sentía hacia mi madre se había acabado, mi amor se tornaba en lástima y sentía mucho coraje, tal vez impotencia.

"Así que resuelta a enfrentarme a esa mujer, le dije: '¿Por qué no me dejaste con mi abuelo? ¿A qué me trajiste?' Ella me dijo: 'Una buena madre no suelta a sus hijos como si fueran perros.' Me miró fijamente y me golpeó tanto, que creo que descargó en mí toda su frustración. Era una mujer que seguía los usos y costumbres con los que había crecido. Ideas como de que el hombre debe de mandar, que la mujer no puede decir nada, que no vale nada si no tiene a un hombre a su lado. ¿Cómo culparla de su ignorancia? Aunque trataba de cambiar, era inútil, no podía quitarse todos esos tabús con los que creció y toda mi vida estaría tatuada con ellos. Nunca me libraría de su ignorancia y difícilmente comprendería la mía también, esa ignorancia me perseguiría por el resto de mi vida.

"Al día siguiente desperté bañada en sangre que salía de entre mis piernas, trataba de razonar y pensaba que mi madre no me había golpeado ahí, ¿sería que tenía algo roto adentro y la sangre se salía por ahí? Qué horror, como me espanté, un miedo me congelaba, no sabía qué hacer, a quien acudir. Vencí mi miedo y fui a ver a mi madre. Me miró con tanta tristeza y me dijo: 'A partir de hoy comenzará tu sufrimiento.'

"Yo tenía escasos 11 años y ya llevaba cinco de sufrimientos, de hambres, de miedos. Como si no fuera poco lo que ya estaba viviendo, entonces, ¿a qué le llamará ella sufrir? En tono autoritario me dijo: 'Hoy empezaste a ser mujer, no puedes dejar que ningún hombre o niño te toque, ni siquiera la mano, porque te saldrá una bola enorme en la panza.'

"Me daba miedo todo, si un niño se sentaba en una banca, yo no me sentaba, pensaba que era suficiente para que me creciera esa bola en la panza. Todo me daba miedo, ese miedo fue mi aliado aprendí a vencerlo, no sabía lo que me deparaba la vida, pero el miedo tendría que dejar de acompañarme. A pesar de todo, yo como cualquier niña soñaba con casarme con un hombre bueno, trabajador, que me amara como yo. Tenía la imagen de mi padre, aunque mi padrastro siempre hablaba cosas que no lograba entender, y por supuesto, mi madre se negaba a explicarme.

"Acudía a la precaria escuela rural que teníamos, era muy tímida, no quería hablar con nadie, sentía que todos se daban cuenta de mi sufrimiento, de mi frustración, de cómo vivía. Me volví muy introvertida, mis sueños se reducían a ese hombre bueno con el que me casaría, tendría hijos que sí podrían tener una muñeca hermosa, o un carro de bomberos si era hombre. Ellos sí podrían tener varios dulces para comer en el recreo, no como yo, que tenía una vida tan precaria, ni siquiera tenía para un dulce completo.

"Una noche durmiendo, era mi más querida fuga a la realidad que vivía, sentí que unas manos me acariciaban, me dio tanto miedo que me desperté gritando, mi madre fue a verme y me dijo: '¿Qué tienes, qué te pasa? ¿Estás loca?' Yo le dije lo que había sentido, ella se enfureció como pocas veces la he visto enfurecida, me dijo: 'Mientes, aquí no hay nadie', alcancé a ver la sombra de mi padrastro que no



decía nada, era muy raro su silencio, solo pensé que él quería que me creciera esa bola en la panza, ya que me odiaba, me dio mucho miedo. No sentía los golpes de mi madre, era su rabia e impotencia la que me golpeaban. Ahora que lo entiendo, creo que ella también estaba aterrada con la idea de que mi padrastro abusara de mí. Por mis amigas ya sabía que esa bola en la panza era un hijo, y entendí que si no me iba de ahí, terminaría compartiendo hombre con mi madre, como muchas en el pueblo.

"Al salir de la escuela caminaba hacia mi casa, cuando un hombre que en varias ocasiones se detenía solo a verme, se decidió a hablarme: 'Acércate, súbete al carro, yo me caso contigo, nada te faltará, ya no tendrás hambre, tendrás que comer siempre, yo me encargo de ti, ya no cuidaras niños que no son tuyos, tus hermanitos no son tus hijos, anda súbete.'

"Andrés, era un comerciante, tenía camionetas de redilas que trasportaban a la gente como pasaje y se cobraba bien, tenía varios choferes y varias camionetas, él había hecho dinero, era respetado en el pueblo y todo mundo le conocía porque tenía dinero, de hecho era un honor que se fijara en mí. Yo lo ignoré, pero sabía que esa era la única forma de salir de mi casa, aunque creo que él podía leer en mí, que él era mi única salida del infierno. Tenía 39 años, yo tan sólo 12, me faltaban unos meses para cumplir mis 13 años, pero sabía que no quería seguir sufriendo. Necesitaba una vida diferente, claro que no sabía que las promesas no se cumplen, pero eso después lo aprendería.

"Lo miré, me sonreí con él queriéndole decir que aceptaba, pero no me subí al carro, sabía que las mujeres tenemos un solo valor, y si lo usas no lo vuelves a recuperar. Eso era por lo que insultaban y golpeaban tanto a mi madre, eso yo no lo quería vivir. Cuando llegué

a casa, ese hombre ya estaba hablando con mi madre ofreciendo matrimonio, mi madre no me pidió parecer, solo dijo que era lo mejor. Yo también leí en sus ojos el miedo que su marido abusara de mí, fue una conversación sin palabras, la más honesta tal vez que tendría con ella. Mi madre, no lo admitiría, eso es imposible, hablar de eso sería pecaminoso, pero la ignorancia justificaba el vivirlo en silencio.

"Mucho tiempo después me enteraría de que mi madre había sido víctima de la más terrible de las calumnias, mi abuela paterna, Andrea, era una mujer manipuladora. Ninguna mujer era lo suficientemente buena para su hijo, nunca quiso a mi madre, le hacía la vida imposible, ella quería a otra muchacha para su hijo, que no la encontraría nunca por sus complejos, cada oportunidad que tenía para humillar a mi madre no la desperdiciaba. Mi tío Carlos, hermano de mi padre, sentía pena por ella, veía el maltrato del cual era víctima mi madre y trataba de consolarla como buen hombre, eso me contaron. Pero la perversidad de mi abuela paterna no tenía límites. Fue ella quien empezó a decir que mi madre tenía sus amores con mi tío, así que envenenando a mi padre, hizo que llegara a sospechar de mi madre.

"Lo que nunca imaginó mi abuela, es que mi padre, en un arranque de celos, mataría a su propio hermano y que después se quedaría cuidando de la abuela. No fue a la cárcel, el crimen en esa zona está permitido, matar por lavar el honor está permitido, te cobra la familia con alguien de la familia, pero si es de la misma familia, ahí se queda el crimen. No fue a la cárcel, pero su cárcel se llamaba Andrea, que es el nombre de mi abuela y creo sin temor a equivocarme, que esa fue su peor prisión, nunca se volvió a casar, ella lo sujetó a ella. Él siempre ha estado a su lado, qué caro pagó mi padre las intrigas de mi abuela.



"Mi madre había vivido y seguía viviendo el peso de ser mujer, que tu palabra no valga nada, que no te crean y te corran con tu hija en brazos por una sospecha. La debió amar mucho porque no la mató, ni a mí tampoco. Ahora a mí me tocaba obedecer a mi madre, así que acepté casarme con Andrés, aunque todavía soñaba con muñecas, con seguir estudiando, con ser doctora, pero para una mujer eso era imposible, con trabajos te permiten terminar la primaria.

"La mujer tiene que estar en la casa, no tiene derecho de opinión, es como si fuéramos un ser incompleto. Mi madre me entregó, yo le dije: 'Mamá ¿sabe?, no lo quiero', ella me contestó: 'No te preocupes, el amor llega con los años y la convivencia.' Así que a los 15 días, ya era yo una señora casada. Mi noche de bodas ni siquiera sabía lo que me esperaba, aquel hombre brusco, pero al mismo tiempo delicado, toqueteaba mi cuerpo, lo manoseaba, yo creí que era normal, me dolió mucho, no entendía porque era bonito casarse si yo lo encontraba doloroso y molesto. Podríamos decir que fue una violación legal, a pesar de que no hubo violencia. Fue un hombre bueno, había un papel de por medio, que le permitía hacer conmigo lo que quería, mis sentimientos no contaban. Yo era ultrajada, lloraba y él, se reía de mi llanto y me decía: 'Con el tiempo ya te gustará y serás tú quien lo pida' y seguía riendo. Que impotencia, sentí rabia, enfurecida lloraba pensando, qué caro pagaría no tener hambre y no oír los pleitos de mi madre, mi cuerpo sufría, aprendió algo nuevo: el asco y la repugnancia. Esas manos me tocaban, no entendía ni porque disfrutaba tanto tocarme, cuando a mí me molestaba.

"Quedé embarazada, la famosa pelota en la panza empezó a crecer, aunque ya sabía que era un bebé, sólo quería desesperadamente que fuera un varón que pudiera imponer reglas, no seguirlas. Yo como

mujer me sentía un ser incompleto, nadie me tomaba en cuenta, nadie me valoraba. A decir verdad no era solo yo, era la situación de todas las mujeres del pueblo, nada contaba, todo estaba mal. Qué vida tan injusta, ¿qué haremos si no cuenta nuestro voto? ¿Cómo podremos ser mejores o hacer valer nuestros derechos, si al intentar hablar somos golpeadas?, Sexo débil nos dicen, pero es todo lo contrario, quisiera ver un hombre que aguantara tantas golpizas.

"Ese bebé nació, le puse de nombre Daniel, el padre de la iglesia un día leyó una historia que ese hombre venció a los leones, eso es lo que significa, el nombre de mi hijo, se enfrentaría a un mundo peor que con leones. Espero que él pueda ser mejor, fue varón, tenía en lugar de una muñeca, un muñeco de carne que lloraba y comía, todo iba bien, me había acostumbrado a Andrés. Tenía un trato bueno hacia mí, no me quejaba, hasta que lo mataron, mucho tiempo después supe que no lo habían asaltado y matado como yo pensaba, fue su adicción a las mujeres casadas lo que lo llevó a su muerte. Le cobraron la factura como se acostumbra en el pueblo, la honra se limpia con sangre. Su familia, como aves de rapiña me quitaron todo lo que yo tenía, que era de él, me lanzaron a la calle sin consideraciones hacia mí o mi hijo.

"¿Cómo podría defenderse una niña de 14 años a quien todavía le gustaban los dulces y tenía deseos de jugar? Perdí todo, estaba en la calle. Ahora estaba peor que antes, no era yo sola la que pasaría hambre. Ahora también estaba ese niño que no tenía la culpa de nada. Yo lo veía y sabía que tenía que protegerlo, no permitiría que sufriera. Pero la pregunta era ¿Cómo lo lograría? Fui a ver a mi madre, ella me dijo: 'Definitivamente aquí no te puedes quedar, ya eres hembra y crearías muchos problemas con tu crío.' Mi madre ya tenía 7 hijos, mas no podía dejar a ese hombre, que era el padre de sus



hijos, creo que ella era feliz, y porque no decirlo, lo amaba, así que me dijo: 'Nadie te va a respetar, si no tienes hombre a tu lado, solo se burlarían de ti y mi marido tendría que pelearse por ti, así que te mandaré a casa de tus tíos, ellos te tendrán.' Me dio unas monedas y me persignó, me apuntó la dirección y me dijo como tomar el camión para ese pueblo Chacalapa que me vería de regreso, así que con el recuerdo grato de mis tíos y llena de esperanza partí.

"Llegué feliz a ver a mis tíos, ellos ya estaban casados. Mi tío Juan le pidió a su esposa que me tuviera con ellos, recuerdo la contestación de esa mujer: 'Ni loca, ¿sabes cuantos hombres te visitan y lo que sucederá con ella aquí?, tú pelearás por la honra de ella y me quedaré viuda con hijos por mantenerla a ella. Y ¿qué tal que sale a su madre?, ¿Qué haremos? No, ni lo pienses. Ella es viuda, ya no vale, que la familia del padre del mocoso la ayude, y si no lo hicieron tal vez sea porque duden que el chamaco sea del difunto, no, ni lo sueñes.'

"Ella seguía gritando, no podía comprender porque dudaba que mi Daniel era del difunto, yo no había tenido otro hombre. ¿Por qué me injuriaba de esa manera? Mi otro tío, Carmen, me dijo que me podía quedar, él siempre me ha querido mucho y ha sido muy bueno conmigo, pero me advirtió, que solo si aceptaba casarme rápido, que me traería a varias personas para que me vieran y tendría que aceptar. La familia de mi abuelo era respetada, eran hombres de trabajo y sobre todo de palabra, que eso es lo único que cuenta entre hombres en nuestro pueblo Chacalapa.

"Empezó el desfile de hombres. Yo no quería a nadie, lo que realmente quería era estudiar, ir a la escuela, ser alguien, mantener a mi hijo y vivir en santa paz. Pero esto solo desató la ira de mi tío: '¿Cómo que nadie te gusta? Mira, el que viene hoy tiene que

gustarte y la verdad no me importa que no te guste, él te hará el favor de aceptarte con tu cría y por eso deberías estar feliz, ya nadie quiere una mujer usada, entiéndelo, ya no vales nada, así que nada de tus niñerías, ya eres una mujer y por cierto, devaluada. ¿Te queda claro?'

"Yo no le dije nada con palabras, mi mirada era interrogante ¿Por qué ya no valía? ¿Por qué me harían un favor, si yo sigo siendo bonita y joven? Sin que yo pudiera objetar nada, se pusieron de acuerdo, como quien vende una vaca en tres días. La boda fue otra violación con papeles, esta vez yo ya sabía, quien metía esa bola en la panza. Me casaron con José, nuevamente era hombre con dinero, era ganadero, criaba vacas y borregos.

"Su familia siempre había tenido la carnicería del pueblo, era alto, un hombre maduro cerca de los 40, entero, bien parecido, decidido, pasaron seis meses donde todo parecía bien, yo le pedía a Dios que no me diera más hijos, ya era muy difícil, ¿para qué le buscábamos más problemas a la vida?. Veía a mi hijo en la cuna, y me preguntaba ¿qué le depararía la vida? ¿Cómo sería capaz de protegerlo? si yo no sabía qué hacer, miraba al cielo, pero no había respuestas.

"Qué ironía, mi madre decía que en el cielo está la respuesta, pero ¿cómo la veré? Mi marido me dijo que iría a comprar una escopeta a México y regresaría pronto, eso en el pueblo es normal. Se trata de un pueblo que todavía vive de la caza menor y los hombres no sé porqué no se sienten hombres sin una pistola, recuerden que es la única forma que tienen de cumplir la venganza o lavar su honor. Pasaron muchos días, no me incomodaba su ausencia, al contrario, estaba contenta de que no me violara por las noches, pero ya era mucho tiempo y me empezaban a incomodar las miradas de mi



suegro que me desnudaban. Mi suegra no se percataba de eso, o más bien no quería darse cuenta, por las noches abrazaba a mi hijo, como una niña asustada que abraza su muñeca, solo que en esta historia, yo debería de proteger a este muñeco. Me aterraba la idea de que este hombre entrara por la noche y quisiera abusar de mí. ¿Cómo protegería a mi hijo?

"No dormía por estar cuidando la puerta de cuarto, así pasé varios meses, una tarde le pregunté a mi suegro qué pasaba con mi marido. ¿Qué no piensa regresar? Si no estaba preocupado por su hijo. ¿Qué donde estaba? lo ametrallé de preguntas. Se me acercó con esa mirada repugnante que él solía darme, me tocó la mejilla con su mano y me dijo: '¿De verdad quieres saber dónde está? pues si me dejas que te acaricie como lo hace mi hijo, yo te lo digo, los he mirado sin que ustedes me vean y yo te haré lo mismo, ya te ha de faltar macho. ¿No es así?' Al tiempo que me tocaba el cuello. Nunca sentí tanto asco, ni repulsión. Eso era pecado, yo lo sabía y tenía que huir, me condenaría y yo tenía que cuidar a mi criatura.

"Corrí gritándole a mi suegra, le conté lo que me había dicho su marido, me sorprendió que me creyera: 'Ay hija, todos son unos puercos, si no te he dicho donde está mi hijo era para no preocuparte, pero es mejor que lo sepas, está en la cárcel, acusado de traer armas de fuego y marihuana, así que te voy a llevar para que lo veas. Me llevaron a Cuernavaca, yo no podía entrar sola al penal, era menor de edad, cargando a otro menor conmigo. Entré al penal, lo vi, no sabía ni cómo comportarme, que decirle solo lo miré y rompí en llanto.

"Él, tiernamente me dijo: 'usted no se preocupe, yo sé resolver esto.' Nunca le pregunté si era culpable, tal vez por miedo a la respuesta, pero él era un hombre bueno y trabajador, la verdad

sea dicha, me trataba bien. Cuando él me dijo: 'Váyase con mi madre y espéreme', pude ver en la cara de mi suegra que no le gustó la respuesta de mi marido. Yo le ocasionaría más problemas y representaba una amenaza, tendría que estar cuidando a su marido constantemente. Todavía fuimos como cinco veces al penal. Una vez por mes, a ella le urgía encontrar con quien dejarme en Cuernavaca. Buscó que yo me pudiera ir con alguien a Morelos, le urgía deshacerse de mí. Yo representaba una rival latente y mi suegra no permitiría eso.

"Mi suegra era una mujer de carácter recio, ella mandaba (cosa rara), yo no solo la respetaba, llegué a admirarla, era fuerte, a ella no le pegaban, se sabía imponer, tenía mucha decisión. Como les pasa a muchas mujeres fuertes, era respetada en el pueblo pero a la vez era muy criticada, claro que esto no la eximía de que su marido la engañara y llegara borracho, pero al menos no la insultaba y no la golpeaba como a mi madre. Era dura pero honesta. En esos meses vendió unas reses, esperó la cosecha y juntó dinero. En realidad era mucho, 4000 pesos. Me dijo: 'Esto es todo lo que te voy a dar, te las arreglarás porque ya no te daré más, espero que Dios te ilumine y encuentres la solución a tu vida, una prima de tu marido será la que te recibirá.' Así que me dio la bendición. Me dijo sin maldad: 'No te aflijas, todo estará bien', me fui a la parada de autobús compré el boleto que me llevaría a mi destino.

"Mientras esperaba que partiera el camión, temblaba pensando: 'Es una ciudad diferente'. Me veía como una niña de 14 años, con un bebé en brazos, iba a un mundo en el que no sabía que me depararía el futuro. Veía a mi hijo, lo amaba, sentía que era lo único mío. Él dormía y confiaba en mí, él era el único que se sentía seguro a mi lado, ya que yo no lo estaba. Mis lágrimas rodaban por mi cara, cuando oí una voz que me decía: 'No llores muchacha, yo te



puedo ayudar, véndeme a tu criatura, te doy cinco mil pesos.' Eso era mucho dinero, aunado al de mi suegra podría vivir bien. Nunca había visto tanto dinero. Ella lo sacó de su cartera, me repetía: 'Empezarás sola y será mucho más fácil, ¿Qué no ves? te aceptarán, no estarás devaluada y con un estorbo.'

"Yo la miraba sabiendo que todo lo que me decía era verdad, era tanta responsabilidad, no sabía qué hacer conmigo, menos con mi criatura. En eso, mi hijo lloró, tenía hambre. Eso me hizo entender que esa criatura no solo confiaba en mí, sino que me necesitaba. ¿Cómo lo podía traicionar? sería como todos los que me habían echado de su lado por evitar problemas. Si Dios existe, me tendría que ayudar, pensé. Volteé a ver a esa mujer y le dije: 'Como cree, es mi hijo, no te lo vendería ni a ti ni a nadie.' Subí corriendo al autobús, porque en ese momento gritaban el destino del lugar a donde iba, Cuernavaca, Morelos. Recordé a mi madre que me llevó con ella y yo me hubiera querido quedar con el abuelo.

"¿Qué pasará si un día mi hijo me dice que porque no lo di con esa mujer? Tal vez tendría una vida mejor que a mi lado, apreté a mi Daniel jurándome a mí misma que haría todo lo que estuviera en mí para que no sufriera como yo. Recordé como mi madre me dijo: 'Los hijos se vienen con sus madres, no somos perras para abandonarlos.' Qué razón tenía ella, comprendí porqué no me dejó con el abuelo. Así que estaba en camino a vivir con gente que no había visto antes.

"Llegué a la casa de la prima Nélida. Era una casa chica, de esas producidas en serie por el gobierno, con todos los servicios. Tenía dos habitaciones: una era de Nélida y su marido y la otra con dos literas, era donde dormíamos seis personas. Dos de sus hijos y dos de sus hermanos. Ellos me dejaron la litera de abajo donde dormía con mi niño. La vida de la prima Nélida no era nada diferente a lo

que había visto antes, parecía que esto era siempre, los maltratos de su marido, golpes e insultos. Con esta prima viví varios meses, visitando a mi marido cada semana, hasta que me enteré que él tenía otra mujer y dejé de visitarlo.

"Me fui de la casa de la prima de mi marido y renté un pequeño cuarto, no tenía muebles, ni cama. Solo la cuna de mi niño. Tenía que darle preferencia, así que compré todo lo que él necesitaba. Yo dormiría en el suelo, pero al lado de mi niño. Encontré trabajo en una casa, de sirvienta. Me permitieron los primeros días que llevara a mi niño, pero después ya no. Me pagaban 250 pesos por semana, eso me garantizaba la renta y que mi hijo estuviera bien, pero no tenía quien lo cuidara. Afortunadamente el cuarto quedaba cerca de donde estaba mi trabajo y me daba escapaditas para verlo. Se quedó 3 semanas solo, por fin encontré quien me lo cuidara. Pasaron tres años, por fin era mayor de edad con un hijo de siete años. Mi trabajo era extenuante, trabajaba en una casa de 6 personas, lavaba, planchaba, cocinaba, entraba a las 8 de la mañana y salía hasta las 8 o 9 de la noche.

"Me di cuenta que un hombre siempre me estaba esperando, era respetuoso no me decía piropos, como otros tipos: 'Permítame que la acompañe.' Yo acepté de verdad, porque seguía soñando con ese hombre bueno que sería mi marido. Él se llamaba Catalino, me acompañaba a mi casa, pero era respetuoso. Sabía que yo le gustaba, le conté que yo estaba casada, que mi marido estaba en la cárcel, él me dijo que haría los trámites del divorcio y se casaría conmigo.

"Me dijo que era ingeniero, incluso me llevó a la UAEM[44] a una obra y todos se dirigían a él con mucho respeto. Además era vendedor de plástico. Me dijo que me construiría una casa, que no

44 Universidad Autónoma del Estado de Morelos



me faltaría nada, sobre todo, lo que yo más deseaba oír, que me sería fiel. Porque aunque pobremente, a mi hijo no le faltaba nada, donde trabajaba eran buenos los señores y yo me daba abasto con lo que me regalaban y compraba. Sabía estar bien con poco. Venía de tanta carencia, que lo poco que tenía se me hacía mucho, pero al igual que esa niña de once años, seguía soñando con el amor y con el hombre bueno.

"Catalino era muy persistente, aunque yo le decía que no lo amaba, seguía insistiendo hasta que cedí a vivir con él, no lo amaba, él lo sabía, siempre trataba de complacerme y lo lograba. Hizo los trámites del divorcio, fueron cansados y tediosos, yo lo conocí en el 95 y me casé con él en el 98. Me daba todo, ya había cumplido los 18 años y estaba cansada de sufrir, sin saber que todavía me faltaba lo peor. Me tenía en casa y nada me faltaba, él se ausentaba por varios días y cubría su ausencia con regalos bonitos y caros para mí y mi hijo. Danielito lo respetaba y si quería, jugaba con él con los juguetes que le compraba. En poco tiempo me había acostumbrado a vivir cómodamente, solo me pedía que no me ausentara de la casa, que estuviera siempre ahí y él era feliz. Estaba enfermo de celos, me sobreprotegía, no me dejaba hablar con nadie, me tenía como en una prisión.

"La relación se volvió muy difícil por esos celos, sus cuidados eran excesivos, me alejó de todas mis amigas, solo podía salir con él. Creí en todo momento que él me amaba y que sus celos lo hacían ser así conmigo, de alguna forma tengo que admitir que al no saber yo que eso era una conducta equivocada, me halagaba que me amara tanto. A partir de entonces mi vida se fue convirtiendo en un infierno con escenas constantes de violencia por celos, así que terminé por dejarlo, pero iba embarazada de mi segundo hijo.

"El 1 de febrero de 1997 nació mi hijo Fernando pero al mes, me vio muy recuperada y me amenazó que si no regresaba con él, me quitaría a mi hijo y no lo volvería a ver jamás. Estaba en sus manos, entregada por mi hijo, ese niño no tenía la culpa de que yo no hubiera decidido correctamente, llevaría la fiesta en paz. Todavía creía que Catalino me amaba mucho y que todos esos errores eran por el amor que me tenía, así que regresé con él, pasaron como 40 días.

"Un día llegó muy nervioso, me dijo: 'Tengo muchos problemas y no quiero que te afecten a ti, quiero que te vayas un tiempo con tu familia', le pregunté: '¿Qué problemas?' y me respondió: 'Nada que una vieja pueda resolver o entender, haz lo que yo te digo y punto.' Yo ya estaba bien del parto y de un accidente automovilístico que habíamos tenido recientemente, así que decidí hacerle caso y a finales de mayo me fui con mi madre a que conociera a su otro nieto, me quedé todo junio.

"Estaba a punto de regresar, cuando correteando luciérnagas con Danielito y mis otros hermanitos, me corté el tendón del pie derecho y ya no pude regresar, me quedé prácticamente inválida, pasaron varios meses y Catalino no daba señales para que yo regresara, me mandaba dinero y cuando hablaba con él, me decía que estaba construyendo una casa para mí y cuando estuviera lista, él me llamaría. Yo me preocupé, porque parecía que no quería que yo regresara, pero no me incomodaba mucho, pues la verdad es que no estaba enamorada de él. En el mundo en el que yo vivía, estar con un hombre era casi una necesidad, para protegerme de la violencia y la violación sexual. Ingenuamente pensé que Catalino me protegería de la violencia de otros hombres, sin comprender que estaba entrando a otra pesadilla.



"Después de cuatro meses de vivir con mi madre, Catalino vino a verme en agosto, era mi cumpleaños y me regaló un carro, un Spirit blanco, me dijo que nos casáramos para que fuéramos una familia como Dios manda, que él me quería. Decidí hacerlo, nos casamos en Taxco, Guerrero. Él tenía miedo de que yo me arrepintiera una vez más, pero esta vez mis hijos me dieron el valor y me casé. Él se regresó, me mandaba dinero, iba a verme periódicamente pero no se quedaba mucho tiempo.

"Decidí pasar las fiestas con mi familia, no pude comunicarme todo el mes de diciembre, me extrañó que no me hablara para felicitarme. Decidí regresar a Morelos y averiguar que pasaba, aunque en realidad me urgían mucho los papeles de Daniel, estaba en la escuela y tenía que llevarlos para que le valieran sus estudios. Era el 4 de enero, partiría la rosca con él y me regresaría para llevar regalos a los niños y estar el 6 de enero con ellos a la visita de los Reyes. Cuando entré a la casa estaba patas arriba, todo tirado, traté nuevamente de comunicarme con él pero no fue posible.

"Pensé que al ver la casa sola habían entrado a robar, me dio miedo y me fui a casa de una amiga. Seguía intentando comunicarme con Catalino, que seguía sin contestar. No quería que Daniel perdiera el año por esos documentos, iría a la casa nuevamente por los papeles. El 6 de enero fui a la casa, quería limpiar un poco, tendría que regresar a la casa de todas formas con miedo o sin él, así que entré por los papeles. Volví a llamarle a Catalino, por fin me contestó: '¿Dónde estás?' le dije 'En la casa, parece que entraron a robar.' Me gritó muy fuerte: '¿Qué haces ahí? te dije que no volvieras, tengo problemas, ¿Qué parte no entiendes? Sal de ahí, vente a Jojutla, de ahí te vas a ir a Guerrero, cuando yo resuelva lo que tengo, ya vendrás' Salí de la casa, pude ver una camioneta con cristales

polarizados, sentí que me veían pero yo no alcancé a ver a nadie. No le di importancia.

"Llegué a Jojutla, era un crucero a la entrada del pueblo. Estábamos hablando sobre nuestros hijos, cuando unos hombres llegaron y nos detuvieron, sentí una manta en los ojos y una voz fuerte que dijo: 'Hasta aquí llegaste Oaxaco.' ¿Qué pasaba?, tenía tanto miedo. Catalino les decía, 'Es mi vieja, ella no tiene nada que ver, suéltala, te doy 100,000 lo único que quiero es que la dejen.' Las súplicas no fueron suficientes, nos subieron a la camioneta, posiblemente me habían seguido o vigilaban la casa, no sé, la venda no me dejaba ver bien pero alcancé a darme cuenta que era un grupo anti-secuestros.

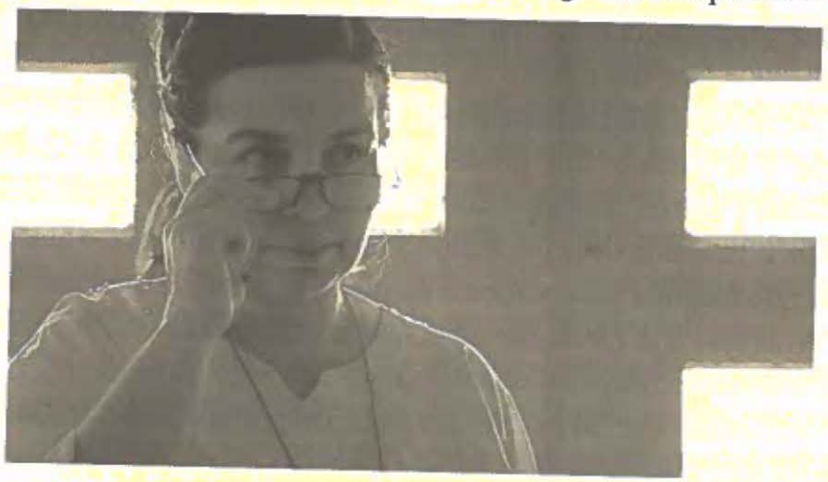
"No podía ni siquiera atreverme a preguntar con quién me había casado, mis hijos ¿qué sería de ellos?, oí que ante la insistencia de Catalino de que me soltaran ese hombre habló por teléfono y dijo: 'Dice el Cata que te da 100,000 para que sueltes a su vieja, que ella no sabe nada y tú lo sabes', imagino que le pedía más dinero porque le dijeron: '¿sólo eso vale tu vieja, para ti? pon más lana.' Estaba atada de manos y pies, vendada, me aventaron y se me aflojó la venda de los ojos, oí que decían: 'Cuidado, el jefe viene' Él se acercó a Catalino y le dijo: 'Con que pasándote de listo... Apriétenle los huevos y que vea lo que le vamos hacer a su vieja.'

"Así empezó el calvario, me mojaban y me dejaban en una silla, me golpeaban, otro me daba cocaína u otra droga que me entumía la boca y la lengua. No sé porque no me violaban, me ponían una pistola en la sien, jugaban ruleta rusa, tronaban la pistola y se reían: 'Tienes suerte, éste no es.' Morí no sé cuántas veces, ellos se reían sarcásticamente. Ya no me enfurecía, estaba aterrada, era una tortura tras otra, uno intentó violarme, cuando otro gritó: 'No lo hagas, es la mujer de Oaxaco, respeta.' Pasaron varios días, no perdí



la noción del tiempo, sabía el cambio de día. Sé que había más gente en el lugar porque oía los lamentos.

"Después supe que me tenían detenida en una casa de seguridad de la policía antisecuestros. Escuché a un hombre decir: 'Mátala, ya sabe mucho, nos echará a perder todo', sentí como venía el hacia mí, creí que había llegado la hora, no sentí miedo por mí sino por mis hijos. Saber que me iban a matar, era un descanso muy bueno, ya no aguantaba las torturas. El disparo lo oí cerca de mi cabeza, pero no fui yo, sentí en mis piernas un líquido pegajoso calientito, supongo que era sangre, un hombre había muerto a mi lado, no sabía quién era, pero jamás olvidaría su sangre en mis piernas.



"No dejaban de torturar a mi marido, reconocía su voz de lejos, le dijeron que tenía que firmar su declaración, en ese momento supe que ellos eran policías. ¿No se supone que ellos son los buenos? Finalmente aceptó firmar lo que le obligaban, después de horas de tortura. Me llevaron a la Procuraduría del estado, ahí me encerraron con 4 hombres que amenazaban con violarme si no firmaba mi declaración. No sabía nada de lo que estaba escrito en la

declaración. Me decían 'El Oaxaco ya declaró, así que tú tienes que confesar tu culpa o te mueres.' Con miedo firmé sin saber siquiera que hacía, en ese momento solo pensaba en salvar mi vida. Ya había visto de lo que eran capaces de hacer. Ya había sentido la sangre de un hombre en mis piernas.

"Esa noche me pusieron tras un cristal para que me reconocieran con otras tres personas que se supone venían con nosotros. Yo no los había visto jamás. Fue mágico de donde los sacaron, un hombre judicial me dijo: 'Estás frita mamacita, eres culpable de secuestro.' En voz alta dije: 'Señor, ¿qué es secuestro?' Se rieron de mí, 'Pues mi reina, ya lo averiguaras, tendrás años para aprenderlo en la cárcel.' ¿Qué había hecho yo? Solo querer una vida mejor. ¿Por qué la cárcel?

"Ya llevó 16 años en este lugar. La cárcel es el gran mercado del placer y el pecado. Por primera vez vi la marihuana, la cocaína, pastillas y demás drogas. Claro, además de alcohol y prostitución, ésta es la mansión de la infracción y te recibe con los brazos abiertos, para que mejores tus pecados o de plano te conviertas en mártir.

"Al entrar a la cárcel no sabía qué era marihuana, solo pensaba que era tabaco muy mal oliente o muy corriente, el humo me hacía dormir como bebé. El problema es que despertaba como cruda, con mucha sed, me cambiaba de celda, pero era peor. Me tocó otra que en una lata de refresco, quemaba una piedra blanca, trataba ella de inhalar lo que más podía como si la estuviera exprimiendo. Esa noche no dormí nada. Así que mis opciones eran, o dormir con la marihuana o estar despierta con el humo de la cocaína.

"No tenía comunicación con Catalino. ¿Lo habrán matado? No sabía nada, los mismos policías que habían sido sus amigos, con quien yo lo había visto hacer negocios en el pasado, lo estaban



enjuiciando. ¿Los traicionaría? Nunca sabría la verdad, después supe que él también estaba en la cárcel, ya lo vería después en el varonil.

"Mis hijos tan solo tenían 11 meses y 7 años, estaban en un pueblo con su abuela y no quería que crecieran ahí. Tenía el firme propósito de que mi hijo no creciera con esas ideas hacia la mujer, yo quería que aprendiera a respetarlas, que no fuera uno más del pueblo machista. Ya tenía varios días presa y aún no sabía de qué se me acusaba. Hice los trámites para ver a Catalino en el varonil, con la intención de averiguar en qué problemas me había metido. Cuando llegué a verlo, estaba en visita familiar y me enteré que tenía esposa e hijos, que se había casado conmigo con un nombre falso. Mirándolo a los ojos le pregunté: '¿Qué pasa, por qué estoy encerrada? Yo no soy una secuestradora, tú sabes que soy inocente, ¿qué va a ser de mis hijos? ¿Acaso merezco a lo que me estás arrastrando?, seré confiada, culpable de querer una vida mejor, pero de privar a alguien de su libertad jamás.' Lo miré profundamente y le dije: 'No vuelvas a buscarme jamás.' Salí desconcertada, sin saber cómo enfrentaría esta mala pasada que me tendía el destino.

"Aquí llevó 16 años pagando por un delito que no cometí y que aún no termino de entender. Para mi buena suerte, mi mejor amiga se hizo cargo de mis hijos y al más pequeño, lo registró con sus apellidos para poder meterlo en una guardería del gobierno, porque ella es empleada pública. Me duele la distancia que se ha creado con mis hijos, el más pequeño no me reconoce como madre y el más grande siempre está distante.

"No puedo decir que todo es malo, en la cárcel he aprendido muchas cosas. He tomado varios talleres. Hice mi primaria, mi secundaria, llevo seis años tratando de terminar la preparatoria,

pero por problemas de administración ha sido imposible. La frase más común es: 'Yo no soy como las demás', todas somos diferentes. Hay cosas que no imaginas que serías capaz de hacer. Como convivir con esquizofrénicas, enfermas e infectadas. Esto suena mucho peor de lo que es en realidad, no sé si soy ingenua pero aquí aprendes a convivir con ello como algo normal, incluso llegas a estimarlas y comprender lo aterrador de lo que viven, si por algo no reciben su medicamento.

"A veces me preguntan qué me ha mantenido luchando, sin duda, saber que alguien me espera, una vida que dependiera de la casualidad o de un destino en definitiva no valdría la pena vivirla. Tomar decisiones no importa, si fueron buenas o malas, fueron mías, el sentido único de la vida es aceptar la responsabilidad de vivirla y como dice alguien que no recuerdo su nombre: Quien tiene un porqué, siempre encuentra el cómo.

"Mi hijo Fernando se fue a los Estados Unidos, lo envié porque un grupo de narcotraficantes lo quiso reclutar a los 14 años para vender droga. Gracias a la vida y haber aprendido el valor de la verdad, él me lo dijo, así que me separaría una vez más de él. Este destino que me persigue, también lo quiso perseguir a él, pero yo no lo voy a permitir, porque prefiero estar lejos de él, antes que se convirtiera en alguien como su padre, tenemos que aprender de nuestros errores y ser valientes con lo que nos toca vivir. La vida en la cárcel es más dura porque no hay trabajo, porque el tiempo pasa lento y no avanzamos. Ojalá esta verdad llegue a alguien que crea que sí se puede hacer un mundo mejor y vea lo que pasa en la cárcel con más respeto para que mejoren las cosas. Sigo confiando en que un día se me hará justicia."



Así terminé de escribir la historia de María, dando gracias de que ya no existen las máquinas de escribir con hojas, porque las lágrimas de ella y las mías, no nos dejaban muchas veces continuar. Tuve la fortuna de conocer a su hijo y a su novia, me da tanto gusto ver que, a pesar de todo, María pudo hacer que sus hijos no fueran machistas, sino hombres que creen en una sociedad más igualitaria, que gracias al amor de su madre, aprendió a respetar a otras mujeres, por fin con su hijo muere una cadena de maltratos y de injusticias.

Desde prisión ha demostrado que sí se puede y debe educar a los hijos de forma muy diferente, solo pido a la vida que haya más mujeres como María, para que acabemos con esas tradiciones que nos llevan al sufrimiento silencioso, a la cárcel, o a la muerte.

**ME VOY LEJOS**
*Rosa Salazar*

El canto de los pájaros
me hace sentir libre
soy como ellos
queremos oírlos cantar
yo quiero cantar como ellos
gracias a Dios
que estoy libre de todo
cuando cierro los ojos
me voy lejos de aquí

**MI NIÑA BONITA**
*Rosa Salazar*

Rosa era una muchacha bonita. Le gustaba mucho salir con su mamá porque ella le decía que era bonita. Ella era gordita, trenzada. A su mamá le gustaba peinarla con trenzas. Y su abuela le llamaba siempre "mi niña bonita"; a su papá le gustaba que fuera gordita. Cuando ella tuvo 14 años se puso delgada, era talla 32, quiero estar como antes, pero…



**LA SOMBRA DEL GUAMÚCHIL**
*Galia Tonella*

*A Laura*

Dulce perfume el del olvido, cielo vacío
implora silenciosos rezos, nunca escuchados
anhelos pisoteados hieren tu cuerpo maltratado

¿Felicidad?
Es demente quien la anhela - me dices
Laura, la vida sucumbe a la tristeza
arrancaré tu vergüenza

Comprendo que la sangre de tu mano
siempre *bajo la sombra del guamúchil* estará

**11. Eva:**
Ya no quiero más cicatrices

*Amatista Lee*

Comíamos bajo la sombra de un ficus sobreviviente a las crueldades. Testigo mudo de infinidad de injusticias. Tú, sentada en sus raíces, con la mirada perdida en la añoranza de un grato pasado, comenzaste a relatarme entre sollozos, porqué estabas en esta jaula de concreto. Sumisa, ausente en ti misma. Eva, sin desearlo, tu apatía me causó terror. Imaginé fugazmente lo que pudo pasar para crear esa actitud. Respiré profundamente y te invité a ser libre a través de la escritura. Aquí comparto tu historia:

"En Iguala, Guerrero, nací haciendo felices a mis padres. Fui la única mujer después de 4 hombres. Bueno, antes mi madre tuvo una hija con otro señor, a quien criaron mis abuelos. Estaban tan contentos que me pusieron el nombre de mi abuela. Ella decía que no lo hicieran porque ese nombre me traería mucho sufrimiento. Pronto, la euforia de mi nacimiento pasó. Comencé a vivir en total descuido. Desde los 6 años mi hermano comenzó a violarme. Rompió mi sueño de llegar virgen al matrimonio.

"Allá en el rancho no había agua, drenaje, luz, ni escuelas cerca, cuando yo nací. Siendo muy chica nos fuimos a vivir a una comunidad en la Sierra de Guerrero, donde crecí hasta que me casé. Tuve 9 hermanos y me llevaba mejor con el que seguía de mí, que me llevaba 5 años. Siempre me defendía de todos. Jugábamos a los muñecos, a la reata, al balero, a veces canicas, a ratos muñecas. Nos turnábamos a juegos de niños y luego de niñas.

"Todos íbamos a la escuela, pero nadie terminó la primaria, pues se alquilaban para cortar caña. Únicamente yo terminé la secundaria, porque mis hermanos apoyaban con los gastos. En mi pueblo se festejaba en grande el día de San Juan y el 4 de octubre el de San Francisco de Asís, con carnaval o kermés entre otras cosas. Al inicio fui muy consentida por mi padre, pero mientras crecía, mi mamá comenzó a llevarse bien conmigo, hasta hoy me apoya mucho. Mis padres en apariencia eran un buen matrimonio, pero a solas se daban con todo. Ellos se conocieron durante un baile. Más tarde, decidieron casarse. Mis padres nunca se separaron. Decían que por respeto al juramento sagrado ante la iglesia, debían seguir juntos hasta la tumba.

"En mi rancho no existe el cortejo, simplemente se roban a las muchachas y como ya no son vírgenes, los padres no consienten que regresen a sus casas. Hasta se han llegado a matar por eso, porque quieren a las mismas mujeres. Por allá, cuentan nuestros abuelos, que cuando se peleaba la gente, aparecían golpeados por el campo. Algunos pensaban que eran los contrarios, pero otros sabían que era el maligno quien jugaba con ellos por peleoneros.

"No había carreta, solo caminos y nuestras casitas eran de chinami.[45] Nos transportábamos en burros o caballos, nadie tenía carro. Tampoco usábamos zapatos hasta los 4 años, a veces hasta más tarde. Nos compraban huaraches de plástico para que duraran un poco más, en temporada de calor andábamos descalzos. Nos alimentaban los padres con atole de masa sin leche y con frijoles y tortilla. Rara vez comíamos huevos o pollo. Carne nunca. Mi madre nos hacía ropa de las sábanas o de pedazos que le quitaba a sus enaguas.

45 Carrizo con adobe y techo de palma



"A los 14 años conocí a un muchacho. Ambos nos llevábamos muy bien, decía quererme mucho. Yo tenía una amiga, siempre andábamos juntas y hablábamos de todo. Cierto día, mi novio me platicó que se le andaba arrimando. No creí eso de mi amiga, menos que me traicionara. Después de un tiempo se juntaron. Después conocí a otro. Este me rogó mucho para que me fuera con él y finalmente nos juntamos. Mis papás no le exigieron que se casara conmigo porque ya sabían de los abusos de mi hermano, una mujer que no era virgen, no podía reclamar matrimonio. Era una mujer devaluada. Así me aceptó Omar, era bueno conmigo y nunca me pegó, me trataba bien.

"Yo lo celaba mucho. Un día se fue a bailar y me avisaron que el andaba bailando, así que enseguida corrí hasta el lugar y lo saqué a cachetadas, jalándole las greñas: '¿Cómo vas a dejarme panzona metida en la casa?', le gritaba. No quiso pelear conmigo, al otro día me fue a dejar con mis padres, les dijo que ya no quería vivir a mi lado. Meses después me alivié de una niña. Mis papás me la

quitaron diciendo: 'Como te gusta andar loqueando, la niña va a sufrir contigo, no eres una buena mujer, no quieres sentarte a vivir como Dios manda.'

"Pronto se supo que estaba sola otra vez y aquel muchacho que me había dejado por mi amiga, me buscó pidiéndome perdón. Dijo que estaba arrepentido porque resultó ser una cualquiera. Le pregunté ¿por qué hasta ahora? Solo contestó que estaba esperando a que yo me desocupara. Me fui con él. En su casa me presentó a siete chiquillos, desde el mayor hasta el menor. Me sorprendí mucho, pero me rogó tanto que le dije que lo iba a pensar."

Eva sigue contándome su historia con lágrimas, como si los recuerdos le cayeran encima, haciéndola cada vez más pequeña. Preferí hacer una pausa para no llorar con ella. Comenzó a reír. Sus lágrimas resbalaban por su carita llena de arrugas y cicatrices hechas por el sufrimiento. Se las limpia y prosigue con su relato:

"Mire usted, yo ya tenía dieciséis años cuando apareció el papá de mi hija rogando que me volviera. Me acordé de sus palabras y le reclamé: '¿No que yo no soy mujer para ti? Les dijiste a mis papás que no podías vivir conmigo ni un día más, ¿ahora me quieres de regreso?' Pero me prometió ya no irse de bailarín, iba a quedarse más tiempo conmigo. Además, ya nadie me recogería con una hija y si lo hiciera, nada más sería para burlarse de la niña. Lo pensé y le di la razón. Pero mis papás no quisieron, me dieron una golpiza gritándome que estaba loca, y que la niña no me la iban a regresar nunca.

"Como Omar reclamaba a su hija, mi papá lo amenazó y se tuvo que ir a trabajar a los Estados Unidos. Yo lo busqué mucho, preguntaba a todas las personas por él. A su mamá le supliqué que me dijera dónde estaba, pero no quiso decirme, no deseaba más



problemas para su hijo. Me echó su bendición, a mi hija y a mí. Ya no lo busqué más.

"Entendí que no nací para ser feliz, porque Dios así lo quiso." No, no, interrumpo a Eva. Dios no quiere que suframos, son las personas equivocadas y la vida misma que llevamos. Es por eso que tenemos ese tipo de situaciones. Dios nos hizo a su imagen y semejanza Eva, además, no siempre será así, de nosotras depende como queremos vivir. "Tú piensas así", me dice Eva, "porque no te ha tocado vivir como a mí. Mira, yo seguí obedeciendo en todo a mis papás hasta que otra vez se me apareció el hombre de los 7 chiquillos, para decirme si ya lo había pensado. Yo le puse muchas condiciones y él aceptó. Mis padres se opusieron a que me juntara con él porque ya tenía muchos hijos, decían que solo le iba a servir de criada. Pero me encapriché y me fui con él.

"Pasó el tiempo y me embaracé. Mi segundo hijo fue varón, él me abandonó. Y cuando quiso volver, me resistí. Me alivié sola, la partera dijo que me faltaba más tiempo. Después mi bebé fue llevado al doctor, porque la partera dijo que el niño nació con los intestinos afuera. El doctor dijo que hubo negligencia. Me lo operaron pero no quedó bien y murió. No pude ir a su entierro porque quedé mal después del parto. Luego él me convenció de regresar y me embaracé otra vez. Entonces llegó su primera mujer a reclamármelo y nos separamos. Más tarde me lo regresó y entonces seguí teniendo más hijos.

"Me daba cuenta que no era la persona que yo creía que era. No quería que le llamara la atención a sus hijos, pero él si les podía propinar tremendas golpizas, más cuando llegaba borracho. Pobres muchachos, ya no sabían si sentirse contentos cuando estaban con él o conmigo, porque yo sólo los amenazaba con darle las quejas a

su papá. Pero cuando el padre llegaba, los golpeaba sin razón. No me podía meter a defenderlos, porque también me daba mi parte con lo que tuviera a la mano, no importaba si era un machete o herramienta de albañil.

"Muchas veces llegué al hospital con tremendas zanjas en los brazos, en mi cabeza. Puedes ver las cicatrices, toda estoy hecha un mapa. Ese hombre era malo y si me tardaba para embarazarme, decía que solo las mulas no paren. Así que para darle gusto estuve pariendo. Hasta ahora tengo siete chiquillos, más los siete que él ya tenía. Pasábamos muchas necesidades, darle de comer a 14 niños era muy difícil, yo trabajaba de pepenadora y apenas alcanzaba para puros frijoles.

"Un día me di cuenta de que su niña más grande estaba siendo abusada sexualmente por él. Le pregunté '¿Qué tienes?' Yo la notaba muy rara, casi no hablaba y ya no estaba contenta. Me dijo que su papá la estaba violando, y ella ya no quería que la tocara. Poco a poco se fue adelgazando, vomitaba casi todo y tenía mucha diarrea. Yo no sabía qué hacer, cómo parar esa situación, le tenía mucho miedo a su padre y temía por mis propios hijos. Hasta que una tarde, cuando regresaba del campo, encontré a la niña tirada. Pregunté que le había pasado, sólo se me quedaron viendo mi esposo y mi otra niña. Corrí hacia adentro de la casa por un alcohol para hacerla volver, pero comenzaron a darle como ataques. Después se quedó muy quieta.

"Mi esposo decía: 'No quiero que vayas de chismosa, la niña se cayó porque ya estaba muy débil por la tifo que le dio.' Yo quería ir a avisar para enterrarla con ayuda de los familiares, pero su papá dijo: '¿Pa'qué? Solo se van a burlar, mejor lo hacemos nosotros.' Comenzó a excavar en el patio. Después, aventó el cuerpo de la



niña. Yo estaba como clavada en la tierra. Pensaba que despertaría de esa pesadilla. Pero no fue así.

"Pasados los meses, la niña que le seguía en edad, huyó de la casa. Comencé a buscarla. Cuando la encontré me dijo que su papá quería violarla como a su hermana mayor, pero ella no se dejó. Además me dijo que tenía mucho miedo porque vio lo que le pasó a su hermana. Dijo que su padre quería violarla otra vez y ella forcejeó con él hasta que se le escapó y se echó a correr 'Como no se dejó, mi papá le pegó con una pala en la cabeza, haciéndola caer, fue cuando yo llegué.' Aunque vivía con un señor muy grande, prefería quedarse así que sufrir como su hermana, hasta la muerte.

"Dejé a mi hija ahí, no sin antes aconsejarla que pusiera una demanda. Ella lo había visto todo y podía atestiguar. Ella lo hizo, pero junto con él me aprendieron a mí por omisión. Sigo en la cárcel, pero aquí soy feliz porque nadie me golpea y como las tres veces al día. Sufro mucho por mis hijos que siguen en el DIF[46] y no he podido verlos. Quiero salir de aquí sin miedo. Ya no quiero más cicatrices en mi cuerpo."

Las heridas externas de Eva han cicatrizado ¿pero las internas? Cuando pienso en el hombre que marcó su cuerpo, me invade la rabia. Ese tipo de personas son peor que animales.

---

46 DIF son las siglas del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia, es un organismo público descentralizado que se encarga de los menores que no cuentan con adultos responsables que los cuiden.

## HONRAR CADA PALABRA

*Amatista Lee*

Vi mi vida como hoja en blanco al llegar a esta fortaleza. Máquina de dolor, cuna de mentes enfermas. Aunque siempre sonrían y digan que todo está bien. Comencé llenando esta hoja en blanco con sinsabores, escondiendo quién soy. Usé distintas máscaras. Me fugué de mi realidad, muchas veces diciendo que todo estaba perfecto. Sin embargo, mis actos mostraban algo distinto. Poco a poco aprendí a conocerme, aún no del todo. Pero ya salí de mi caparazón. Ahora busco honrar cada palabra que sale de mi boca.



## PRISIONES SIN MUROS

*Amatista Lee*

Al ver las imágenes y escuchar diferentes historias, no pude más que sentir pena por las diferentes víctimas. Tenía la idea de que sólo se le podía llamar violencia si te golpeaban o, peor aún, si era víctima de violación. Jamás me imaginé que pudiera darse de manera psicológica, o tal vez, no lo noté, podría ser. Desearía que esto no siga propagándose entre nosotras, mantenemos la esperanza de un posible cambio. Agradezco el taller de escritura. Por este medio descubrí que soy valiosa, que mi verdugo lo será siempre que yo lo permita.

Hoy entiendo, la prisión no siempre es intramuros, sino mental, cuando permitimos que otro nos esclavice a su enfermedad psicológica. Ahora sé que es ahí en donde se generan las actitudes de esa índole. Espero seguir creciendo con la ayuda por demás idónea de nuestras defensoras de causa.

## 12. Rosalba:
## La protección del hombre equivocado

*Sol Nocturno*

Conocí a Rosalba en el Cereso Femenil de Atlacholoaya, una mujer alegre, platicadora, pero con un carácter fuerte que resurgía cuando alguien quería invadir sus espacios o imponerle cosas. Tiene la fuerza interior de quien está acostumbrada a luchar para sobrevivir. Casi me atrevería a decir que reflejaba su historia de sobreviviente. Aprovechando su gusto por la plática, me acerqué a ella y la invité a compartir su historia, tenía curiosidad de saber de dónde venía ese espíritu de guerrera, que algunas veces la había llevado a liarse a golpes con alguna soplona[47] o a defender a manotazos y mordidas a alguna chompi más débil, que estaba siendo abusada por alguien. Así iniciamos el diálogo del que surgió esta historia:

Rosalba es una mujer joven, tiene 38 años y ya ha pasado por dos matrimonios, ambos con hombres violentos, de esos que están acostumbrados a tomar lo que quieren por la fuerza y a "disciplinar" a sus mujeres a golpes. Tiene tres hijos, fruto de su primer matrimonio: Polet, de 10 años, Ray de 6 y Lalo de 5. Me cuenta como después de su primera relación violenta, se separó del padre de sus hijos y se casó con Aristeo, un mecánico de 41 años que le ofreció una buena vida y aceptó a sus hijos, prometiéndoles sostén económico y cariño.

47 Que acusa o delata a alguien o informa de forma secreta acerca de algo

Como muchas mujeres, Rosalba soñaba con tener una linda casa, una familia unida, y al principio parecía que lo estaba logrando. Vivía en un pueblo de Guerrero, en un fraccionamiento a las afueras, de esos nuevos que empiezan a construir en todos los pueblos de México y que le dan a las zonas rurales un toque urbano modernizador.

Ahí tenía una linda casa, al principio las cosas iban muy bien, hasta que Aristeo empezó a beber y a ponerse violento. Poco después, Rosalba se dio cuenta que también se drogaba y se convertía en una bestia, por cualquier cosa la agredía verbal y físicamente. Pasaban los meses y Rosalba descubrió que nuevamente había elegido mal y que seguía atrapada por la violencia. Empezó a encerrarla bajo llave, él recogía a los niños en la escuela y hacía las compras para que Rosalba no tuviera motivos para salir de casa.

Nuevamente los celos la perseguían, Aristeo estaba cegado por sus miedos, los celos le invadían el cuerpo. Ella vivía aterrorizada, no lo miraba a los ojos. Varias veces pensó en huir, en llevarse a sus hijos lejos, pero el miedo la paralizaba. Tuvo muchas oportunidades de salir huyendo, pero temía que los encontrara y los matara a los cuatro, ahora sabía que sí era capaz de hacerlo. No temía tanto por su vida, sino por la de sus tres hijos, finalmente no eran hijos de él y sabía que ya drogado y alcoholizado, no se tentaría el corazón para hacerles daño.

Vivía encerrada en las cuatro paredes de su casa y también en su silencio. Nunca pidió ayuda a nadie, cuando decidió casarse con Aristeo, su familia se alejó de ella, pues siempre se opusieron a esa unión, presentían que no sería el hombre bueno y cariñoso que Rosalba quería ver en él. Las cosas fueron empeorando cuando Aristeo empezó a obligarla a beber con él, no quería tomar solo y la golpeaba si no aceptaba ser su compañía.



Ella fue desarrollando estrategias para no terminar alcohólica, cuando le servía las cervezas o las cubas[48] ella las tiraba por la coladera de la zotehuela[49] cuando él se descuidaba. Todos los días se emborrachaba y era muy violento con Rosalba y con toda la gente que lo rodeaba. Se fue convirtiendo en una esclava, solo podía salir con él y siempre la vigilaba. Iban juntos a todos lados, Rosalba sentía que no podía ni respirar.

Las cosas llegaron a un extremo que puso la vida de Rosalba en peligro. Una noche Aristeo llegó a la casa borracho, con la música a todo volumen y la encontró durmiendo en la sala. Ella había imaginado que llegaría tomado y no quería tener que soportar su cuerpo y su olor a borracho dentro de la cama, por lo que decidió acostarse en el sillón. Esto lo enfureció y empezó a gritarle: '¿Qué haces aquí hija de &#$@? deberías estar en nuestra cama,' ella no aguantó más y le respondió: 'Lo siento pero ya estoy harta de dormir siempre con un borracho. Me marea el olor de tu cuerpo, me das asco...'

Antes de terminar la frase, sintió el golpe de Aristeo en su rostro, enloquecido de coraje, no podía tolerar que su esposa le levantara la voz y lo rechazara. La aventó al suelo con tanta fuerza que ella se golpeó la cadera y quedó inmovilizada. Todo su peso cayó sobre el lado derecho del cuerpo provocándole una fractura. Empezó a llorar de dolor, él le ordenó que se fuera a la recámara 'No te das cuenta que no puedo moverme, algo se rompió adentro de mí' le respondió. La tomó de los brazos y la arrastró por toda la casa hasta depositarla en la cama, no le importaron sus gritos de dolor. Gritaba pidiendo algo para calmar el dolor: '¿Quieres una pastilla?

48 Ron con refresco de cola.

49 Patio trasero de una casa, destinado generalmente a lavar y tender la ropa.

Te voy a dar algo que te va a quitar el dolor para siempre', le gritó y tomó unas cincuenta pastillas que encontró en el botiquín y trató de abrirle la boca y forzarla a tragar. Apretaba los dientes y rogaba por su vida.

Él le decía enfurecido: 'Te prefiero muerta a que seas de otro, así ya nadie te volteará a ver, serás solo mía. Mis amigos me dijeron que te vieron con otro, ahora sabrás lo que les pasa a las que me engañan.'

En medio del dolor, ella le explicaba que todo era una mentira, pero él no escuchaba, cegado por los celos, le retacó las pastillas en la boca pegándole para que las tragara. Al ver que escupía las pastillas, la tomó del cuello, apretaba y apretaba, hasta que Rosalba perdió el aliento y se fue debilitando. Con la poca fuerza que le quedaba, tomó las llaves del carro y se las encajó a Aristeo en el costado. Era una pelea por su vida, él se subió en su vientre para golpearla en el rostro mientras ella trataba de protegerse con las manos. Al jalarla, Aristeo notó una hemorragia, alguno de los golpes en el estómago la había producido. Estaba bañada en la sangre que fluía entre sus piernas. Hasta que la vio casi agonizando, fue que él paró, asustado por lo que había hecho. Tomó las llaves del carro y huyó dejando a Rosalba moribunda.

Ella rezó toda la noche pidiendo a Dios que le permitiera vivir para cuidar a sus hijos. Al parecer Dios la escuchó, porque logró sobrevivir la noche, amaneció llena de sangre, la hemorragia había disminuido, pero la sangre siguió fluyendo. Ahí la encontró su hija Polet en la mañana, y lloró asustada junto a la cama: 'Te volvió a pegar, verdad. Oímos los gritos, teníamos miedo a que te matara.'

Trató de tranquilizarla y le pidió que se fuera a la escuela caminando con sus hermanitos, porque no los podría llevar. Los



despidió con un beso, fingiendo que ya estaba bien, pero el dolor de la cadera y el vientre apenas si la dejaban hablar. Los niños se fueron, pero en su rostro se notaba el miedo y la tristeza, sabían que su madre estaba en peligro, pero no sabían cómo protegerla. Las otras veces que Aristeo la había golpeado, había podido cubrir las huellas de la violencia y fingir ante sus hijos. Esta vez fue imposible, estaba inmovilizada y la sangre daba testimonio de la pelea a muerte que había vivido la noche anterior. Postrada en su propia cama, pasó toda la mañana llorando de dolor y sin poder ir al baño, pensando en el futuro obscuro que le esperaba a ella y a sus hijos si no lograba escapar de Aristeo.

Cuando los niños regresaron de la escuela, seguía paralizada. Le indicó a la hija mayor que diera de comer a sus hermanitos y que los atendiera, prometiendo que estaría mejor. Algo casi milagroso pasó esa tarde, después de meses de no saber nada de su familia, dos de sus sobrinos hijos de su hermana, Abel y Adrian, llegaron a la casa. No fue posible negar de nuevo lo que había pasado, había demasiadas huellas de violencia. Los dos jóvenes lo supieron de inmediato: 'Tía, ese güey te pegó, ¿verdad? ¿Desde cuándo estás así?'

Ella no respondió, solo les pidió ayuda para ir al baño, había estado aguantándose por horas porque no podía bajar de la cama. La pijama estaba manchada de sangre y no podía sentarse. Fue una experiencia humillante y dolorosa, sus sobrinos tratando de sentarla en la tasa del baño y ella sin poder moverse. Terminó cubierta en sus propios orines. Las lágrimas le corrían por el rostro, nunca imagino que su familia la fuera encontrar un día así.

Sus hijos la cambiaron con la ayuda de sus sobrinos, fueron a buscar unos pañales, pensando en que no querría sufrir otro

accidente de esos. Mientras la ayudaban, comentaban sobre la maldad de Aristeo, ¿Cómo había sido capaz de golpearla y dejarla sola casi moribunda? Ella guardaba silencio, no era posible dar más pretextos, se sentía avergonzada, culpable por haber traído a sus hijos a este infierno. 'Tienes que denunciar a Aristeo tía, esto no puede seguir así', ella respondió: 'Pero tengo miedo que les vaya a hacer algo a mis hijos y a ustedes también.'

La conversación se vio interrumpida por la llegada de Aristeo. La borrachera se le había bajado y venía pidiendo perdón. Les dijo que no pensó que estuviera tan lastimada, que no quería hacerle daño, que estaba borracho, los mismos pretextos que siempre utilizaba. Había llamado a una ambulancia y la llevaría al hospital.

Sus sobrinos estaban preocupados, hubieran querido quedarse y acompañarla en la ambulancia, pero tenían un camión de mudanzas e iban en camino a México cuando pasaron por su casa. Al darse cuenta que no estaba el carro de Aristeo decidieron parar a saludar, no pasaban seguido porque querían evitar el mal carácter del marido de su tía. Nunca imaginaron que llegarían a tiempo para salvarle la vida. Ahora tenían que seguir su ruta y confiar en que Aristeo cumpliría su palabra y la llevaría al médico.

Esperaron a que llegara la ambulancia. Con trabajos la subieron a la camilla porque su cadera estaba fracturada. Temían que Aristeo les hiciera daño a los niños, así que los sobrinos le propusieron a su madre llevárselos con ella. Rosalba aceptó, no tenía en quien apoyarse, en esas condiciones no podría cuidar a sus hijos. Llegó al hospital, gritando de dolor y sin más compañía que su propio victimario.

Los rayos X revelaron la gravedad de la lesión y la violencia de los golpes. Había que operar, no se contaba con el equipo para



mantenerla inmovilizada y tratar de que los huesos soldaran sin intervención. Cuando se empezó a hablar de la operación tomó conciencia de que estaban en un hospital privado. Ella no tenía dinero para cubrir los costos, pero tampoco cabeza para pensar en eso. Lo único que quería era que pararan el dolor. Le pusieron una droga muy fuerte que la mantuvo inconsciente por mucho tiempo. Cuando recuperó la conciencia Aristeo ya se había ido, tenía cinco días internada en ese hospital privado. La había operado y las cuentas eran estratosféricas.

Él no regresaba y no sabía qué hacer. Sus sobrinos habían dejado a los niños con Aristeo al regresar de su viaje, pero no los cuidaba. Pasó a dejarlos al hospital y ahí estuvieron con ella, durmiendo en el suelo y comiendo de la caridad de médicos y enfermeras que les compartían de la comida del hospital.

Se enteró de la versión que Aristeo había dado a los médicos: Había caído en el baño y se había golpeado. Los médicos decidieron creerle a pesar de los golpes que tenía en el rostro.

Ella prefirió callar y no desmentir su versión, no quería más violencia, solo pensaba en cómo proteger a sus hijos. El silencio cómplice fue compartido por el personal médico. Una mujer más que se caía y tenía contusiones múltiples en el cuerpo, algo común en los hospitales de esta zona.

Cuando fue tiempo de darla de alta, le exigieron el pago de los gastos, ella no tenía un quinto y Aristeo no aparecía por ningún lado. Tuvo que entregar su coche, un Verna Verde Modelo 2005, como garantía. Se fue con el compromiso de regresar a pagar los 35 mil pesos en unos días.

Tuvo que llamar a sus sobrinos porque no contaba con nadie más y les pidió que pasaran a la casa por los papeles de carro para dejarlos

como garantía. Ellos la recogieron en el hospital y le entregaron los papeles. Rosalba seguía delicada y le costaba moverse.

El regreso fue un infierno, durante cuatro meses estuvo atada a su cama con aparatos ortopédicos que le atravesaban la cadera y moviéndose lentamente para evitar el dolor y una nueva lesión. Su hija mayor le tenía que dar de comer en la boca, la pobre Polet de tan solo 10 años quedó al frente de la casa, le preparaba sus papillas que consumía con un popote porque también tenía una fractura en el cuello. Llevaba a los niños a la escuela y les ayudaba con las tareas. Conseguía fiadas sopas instantáneas, que se convirtieron en su principal alimento.

La niña se encargaba también de bañar a su madre con una esponja y una toalla húmeda. Entre sus tres hijos la volteaban para que Polet le lavara el pelo. Ahí estaba ella sin poderlos proteger y dependiendo de sus pequeños niños. No podía evitar llorar cuando veía el cariño con el que la cuidaban. Una tarde decidió cortarse el pelo por completo para facilitar la tarea de sus hijos. Tomó las tijeras y lo fue cortando poco a poco, con la dificultad de un cuerpo que no le respondía y el profundo dolor que le atravesaba el alma. Con cada cabello que caía de su cabeza iban cayendo sus sueños y sus esperanzas, hasta que quedó totalmente calva.

Pasaba casi todo el tiempo sedada por los analgésicos. No podía caminar y los médicos no eran muy optimistas al respecto, todo dependía de que la terapia de rehabilitación funcionara y que ella encontrara la energía y el valor para vencer el dolor y enseñarle a su cuerpo a caminar nuevamente. Fueron cuatro largos meses, al principio se mantenía postrada en la cama, viendo como Polet tomaba su lugar y trataba de cuidar lo mejor posible a sus hermanitos. Un día decidió que tenía que seguir adelante por los



niños y empezó a tomar los ejercicios con mucha dedicación. Al principio usaba andadera, después pudo usar las muletas y dar los primeros pasos y poco a poco aprendió a dominarlas. Estaba nuevamente caminando y retomando su vida.

La lección había sido muy dura, tenía que tomar la decisión de dejar a Aristeo. Regresar a su casa con sus padres y pedirles perdón, era la única opción que tenía, no contaba con nadie más. Tuvo que reconocer frente a ellos que tenían razón, que Aristeo era un hombre malo y que nunca debió casarse con él. Poco a poco fue retomando su vida, encontró un trabajo y se refugió en el amor de sus hijos. Pero Aristeo la seguía hostigando, la vigilaba y se escondía en las esquinas para salirle al paso cuando caminaba sola. No se daría por vencido tan fácilmente.

En su desesperación, Rosalba tomó la decisión de pedir ayuda a un hombre con mucho poder, era el cacique de la región, dueño de casi medio pueblo. Don Fernando era la ley que gobernaba la región. Después de pensarlo mucho, decidió que no tenía sentido poner una denuncia por violencia ante el Ministerio Público, porque no harían nada y él solo se enojaría más y la golpearía de nuevo. Necesitaba buscar ayuda con alguien que realmente tuviera el poder para pararlo.

Fue así que tomó el valor para pedir una audiencia con Don Fernando. Llegó frente a él, aterrada por la violencia que había vivido y como un animalito asustado le explicó su situación. El no dudó ni un momento, le ofreció la protección permanente de sus hombres, que vigilarían su casa día y noche para que Aristeo no se le acercara.

Aristeo vio a los hombres que vigilaban su casa, pero bajo el efecto de las drogas y el alcohol tomó el valor para burlar la vigilancia y brincarse la barda de la casa de Rosalba una noche que ella y sus hijos estaban con su madre. A la mañana siguiente, encontró la puerta abierta, el piso y los muebles cubiertos de sangre, había tanta sangre que parecía una masacre, pero no había ningún cuerpo. Ella asustada le llamó telefónicamente a Don Fernando, quien de inmediato acudió acompañado por la policía local. No estaba claro que había pasado ahí, pero por la cantidad de sangre esparcida por toda la casa lo más seguro es que la persona herida, a esas alturas estaba muerta o agonizando. Don Fernando le pidió a Rosalba que se fuera de su casa y no regresara por un tiempo, ofreciéndole una casa en una zona residencial con mucha vigilancia. Aterrada, aceptó la oferta y se mudó el mismo día.

No podía ser ingenua, un hombre como Don Fernando no ofrecía ayuda sin pedir nada a cambio, decidió aclarar las cosas de manera



frontal: '¿Por qué hace todo esto por nosotros?' Él le respondió: 'Desde que la conocí me llamó la atención y no puedo negar que me gusta. Soy un hombre de pocas palabras y no me gustan las mentiras, yo sólo en este pueblo tengo diez mujeres y con seis de ellas tengo hijos. Le digo a cada una para que la quiero: A ti para presumirte, a ti para madre de mis hijos, a ti para ser mi amante.' '¿Y de mí que es lo que desea?' 'usted me gusta para que sea madre de mis hijos, es por eso que ya mandé a que le abrieran una cuenta en el banco y mañana usted va a ir en compañía de un chofer de mi confianza para que recoja sus tarjetas de crédito. Así que por lo económico no se preocupe, conmigo no le faltará nada. Siéntase segura, siendo mi mujer nadie le faltara el respeto ni la molestará.'

La decisión estaba tomada, no era una consulta, nunca le preguntó a Rosalba si ella estaba de acuerdo. Nadie le decía que no a Don Fernando, él tomaba lo que quería.

Escucho su narración presintiendo el futuro que le esperaba a Rosalba con el cacique del pueblo. No puedo creer que ella misma haya ido a buscar las nuevas cadenas que la esclavizarían. Me describe las emociones encontradas cuando se fue a vivir con Don Fernando, no quería investigar que había pasado en su casa, ni cual había sido el destino de Aristeo, prefería no saber. No era la única en la vida de Don Fernando, pero tendría seguridad económica, a sus hijos no les faltaría nada. Vivía una nueva etapa rodeada de lujos, sus hijos iban a los mejores colegios de la región y Don Fernando la trataba con respeto, nunca le puso una mano encima. Les daba a ella y a sus hijos todo lo que necesitaban, ella nunca preguntaba por sus negocios ni por sus otras mujeres.

Tenía una prisión de lujo, salía poco y siempre acompañada de guardaespaldas y de su chofer. En una de esas salidas se encontró a Aristeo, irreconocible, borracho, acabado, una sombra del hombre

que había amado. Le pedía perdón a gritos, pidiéndole una segunda oportunidad. Los guardaespaldas lo alejaron y la subieron rápido a la camioneta, ella lo veía con tristeza, no podía creer que alguna vez hubiera sido la esposa de ese hombre.

A los pocos días las hermanas de Aristeo llegaron a su casa, la abrazaron después de años de no haberse visto, era una visita inesperada. Venían a buscarla porque su hermano tenía varios días desaparecido y ahora las habían llamado para que identificaran un cuerpo con las características de Aristeo. No lo podía creer, si apenas hace unos días lo había visto. Venían a buscarla porque ella seguía siendo su esposa y tenía que identificarlo.

Sus cuñadas estaban angustiadas, en sus rostros se reflejaba la pena que las inundaba y le pedían a Dios que no fuera su hermano. Tomó el teléfono y le pidió permiso a Don Fernando para ir al reconocimiento del cuerpo, él ordenó que la llevara el chofer y dejara a los hijos con la nana. Tomó su bolsa y fue a ese espantoso lugar llamado SEMEFO.[50] Entró a la morgue y encontró un cuerpo totalmente desnudo en una plancha de acero, se estremeció, nunca había visto un cuerpo sin vida. Los latidos se aceleraron, la adrenalina inundó todo su cuerpo, sudaba frío. Cada paso que daba para acercarse al cadáver era un paso de esperanza, deseaba con todo su corazón que no fuera Aristeo.

En ese instante olvidó todos los golpes recibidos y las lágrimas derramadas, quería que el hombre al que tanto amó no fuera ese cadáver frío, que esperaba inerte su mirada. Era él, su esposo, al que alguna vez amó y con quien soñó tener una familia, lloraba y lloraba, no podía parar, no quería creer que fuera él. Se acercó al cadáver y le tomó la mano, necesitaba decirle que lo había

50 Son las siglas del Servicio Médico Forense.



perdonado: 'A pesar de todo el dolor que me causaste, nunca te deseé la muerte, tienes que saber que te había perdonado y que oraba por ti pidiendo a Dios que te alejaras de los vicios.'

La violencia de Aristeo se había ido para siempre de su vida, pero ahora estaba en una nueva cárcel. Don Fernando fue espaciando sus visitas, a veces pasaban hasta dos meses sin que llegara al pueblo. Pero sus guardaespaldas seguían ahí, vigilando cada movimiento suyo. Él ya no pisaba la casa de Rosalba, mandaba por ella y se veían en otras casas que él tenía o cerraba por completo el hotel del pueblo, para que nadie los molestara. Todo era misterioso con él, pero no se atrevía a preguntar por miedo a molestarlo.

Durante la ausencia de Don Fernando vivía tranquila, cuidaba de sus hijos y disfrutaba de los lujos de su nueva casa. Salía poco, tenía en casa todo lo que necesitaba. Un día empezó a notar que la presencia del ejército y de la policía federal se incrementaba en la zona, no le dio importancia y hasta llegó a pensar que las calles serían más seguras con las fuerzas de seguridad en el pueblo.

Sin embargo una noche, un grupo de hombres vestidos de negro y encapuchados entró a su casa por la fuerza, traían en el uniforme las siglas de la AFI[51]. Sin presentar ninguna orden de aprensión, la encañonaron tirándola al piso, la empezaron a golpear, no entendía lo que pasaba, le dolía todo el cuerpo y estaba aterrorizada, podía oír el llanto de sus hijos y en lo único que pensaba era cómo protegerlos. Le hablaban a gritos mientras la golpeaban: 'Hija de... Dinos donde está el Gordo y te dejamos ir a ti y a tus hijos.' Ella les respondía que no sabía de quien hablaban y a cada negación seguía un golpe.

51 Agencia Federal de Investigación (AFI), se trata de una policía civil con mucha participación de ex militares, creada en el 2001 como un cuerpo especial para enfrentar a la delincuencia organizada.

Casi inconsciente se la llevaron a la ciudad de México, durante ochenta días la tuvieron arraigada. Cada día era una tortura, no sabía nada de sus hijos, temía por su seguridad. Finalmente le informaron que estaban bajo custodia del DIF del DF. Después supo que no era la única detenida, en una diligencia conoció a sus "causas"[52], eran hombres y mujeres a los que nunca había visto. Don Fernando y sus guardaespaldas no estaban entre ellos. Ahí se enteró de su delito: Delincuencia organizada.

Ahora Rosalba lleva cinco años recluida en el Cereso Femenil de Atlacholoaya, Morelos, su proceso sigue en curso y la sentencia sigue postergándose, todo es incertidumbre, la separación de sus hijos le duele en el cuerpo. Ese ha sido su mayor castigo. Nunca volvió a saber nada de Don Fernando.

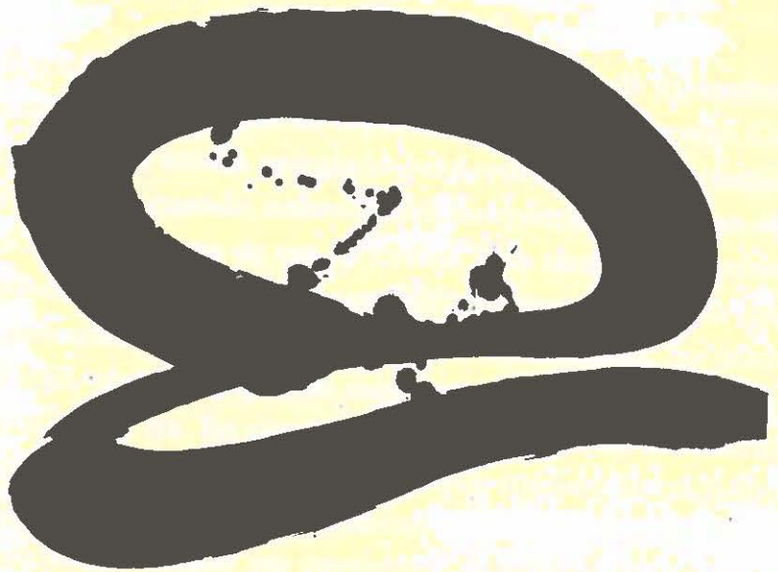
Al contarme su historia, ella reconoce su delito: haber aceptado protección del hombre equivocado, huir de la violencia de su esposo tuvo un precio muy alto que aún sigue pagando, dentro de las paredes de Atlacholoaya.

52 "Causa" es el término con el que se conoce en el mundo legal mexicano a quienes son acusados por el mismo delito y comparten la misma "causa legal."



**PARIENDO TALENTO**
*Sol Nocturno*

Señora de hermosos matices
que pares talento
con cadáveres sin sueños
y gorgojos en el alma
cincelado concreto
desde el núcleo del pecho
transformando
el más fino diamante.



## 13. Tamar:
## Esperando el perdón Divino

*Amatista Lee*

La llegada de Tamar a este mundo fue un doce de diciembre, día en que se festeja en grande en el pueblo de Yexcla, Guerrero. Cuenta que su mamá ya estaba arreglada para reunirse con sus familiares en dicho festejo, cuando comenzó con las contracciones y su abuela la llevó con la partera de esa localidad. Más tarde se les anunció a sus padres que había nacido una niña. Tamar me cuenta que las reacciones ante su nacimiento fueron muy distintas. Su madre la recibió feliz, olvidando por un momento su malestar. Su padre, no pudo ocultar su ira. En cuanto se enteró, casi le da un infarto por el coraje, porque esperaba un varón que siguiera la tradición del apellido, le ayudara y bebieran juntos.

Al escuchar a Tamar me pregunto ¿Cómo habría sido mi vida si mi padre hubiera pensado lo mismo? Quizá no habría sido su baloncito conse. Tampoco habría escuchado esa melodiosa voz cantarme *Amor chiquito*, sentada en sus piernas. Decía que los hombres son poco confiables y las niñas somos melosas, quietas y agradecidas. 'Ella verá por mi cuando esté viejo', decía. Tamar reanuda su historia:

"En mi pueblo no hay agua potable. En los terrenos se hacen pozos. Otras personas van en burros a traer a los manantiales, a un día de distancia. Tampoco había escuelas para mujeres, solo existía una a la que asistían los niños en tiempos de secas, porque las lluvias hacían imposible transitar por los caminos de la Sierra. En mi pueblo no se acostumbraba mandar a las niñas a la escuela, porque

el pueblo estaba rodeado de centinelas estáticos cubiertos por la maleza.[53] No había alumbrado público, ni pavimento en las calles, tampoco drenajes, ni tiendas. Nos alimentábamos de hortalizas, legumbres y semillas. Nuestra familia era un tanto pequeña, para los parámetros de la región. Fuimos siete hermanos, de los cuales viven cinco. Mario, el mayor, murió ahogado en el pozo que hizo mi abuelo para que tuviéramos agua. Roberto, el menor de todos, falleció también ahogado en una cisterna. Ambos contaban con tres años de edad. No teníamos juguetes. Nuestra abuela nos enseñó a fabricar algunos con barro."

Le cuento a Tamar que a mí también, algunas veces, mi padre me hacía juguetes de lata o madera. "Pues sí", contesta ella con brillo de nostalgia en los ojos: "Recuerdo que allá en el rancho casi no teníamos tiempo para juegos, pues siempre había algo para hacer, desde lavar trastes, ropa, planchar con plancha de carbón, acarrear agua o darle de comer a los animales. De noche los abuelos se ponían a recordar sus haberes y nosotros, siempre atentos, escuchábamos sus historias sobre la revolución, o que a ella la vendió mi bisabuelo, o que en su tiempo mi abuela no podía disponer de cuántos hijos quería tener, como tampoco elegir sus nombres.

"Mientras se consumía el petróleo del frasco que hacía las veces de lámpara, se llegaban a oír los grillos o alguna dama nocturna[54] volar cerca de nuestra choza, con un plumaje blanco y café, de ojos profundos. Para algunos de mal augurio, a nosotros nos gustaba verlas y oír su canto metidas en los huecos de los pinos. Por la mañana, a las cinco, ya estaba listo el nixtamal para llevarlo a moler, se juntaba mucha gente en el molino, pues era de gas, nadie tenía

53 Hábitat de toda clase de animales, desde reptiles hasta hermosas aves de diferentes especies.
54 Buho.



luz eléctrica. Regresábamos para hacer las tortillas y más tarde llevar de comer a los hombres. Nuestra economía salía del campo, la mayor parte. Otra parte del comercio ambulante, mis abuelos hacían pan de piloncillo, que más tarde le ayudaba a vender por las casitas hechas de cartón y palitos. Algunas eran de adobe con paja y techos de cartón.

"Una vez", me cuenta Tamar con picardía, "me mandaron sola a vender el pan, me daba mucha pena pero la aguanté. Mientras caminaba pensando ¿cómo voy a hacer para vender todo? no vi una piedra y tropecé con ella. Todos los panes cayeron a la tierra haciéndose panecitos. Primero comencé a llorar, recordando las palizas de mi abuelo, quien remojaba la reata para golpearnos, hasta zumbaba en el aire. Pero también me puse contenta porque ya no tendría que vender pan nunca más sola."

"Mis hermanos y yo crecimos con los abuelos, porque a medida que crecía, mi padre me odiaba más. Me golpeaba por todo y todo el tiempo. Lo escuchaba maldecir porque yo era mujer: 'Esas viejas no sirven para nada', decía. Si mis hermanos se metían, también los golpeaba. Así que mi mamá, hastiada por las golpizas a ella y a nosotros lo dejó, pero como no podía mantenernos, fue a dejarnos con los abuelos y ellos hacían de todo para mantenernos. Aunque no era suficiente, a pesar de que mi abuelita se partía en mil pedazos haciendo pan, polvorones. También lavaba y planchaba. Mi abuelo por su parte labraba la tierra con mis hermanos. Cada quién tenía una función en la casa.

Exclamé de inmediato: 'Válgame Dios, si eso me hubiera pasado a mí, entonces ni siquiera pensaría en ir con mis padres las vacaciones, afortunadamente las labores en el internado eran para los mayores desde 15 años. Los pequeños nada más jugábamos y

estudiábamos, solo si ameritábamos castigo, hacíamos labores.' Tamar ríe a carcajadas, diciendo que eso es para los perezosos: "En un rancho hay que buscar la papa o descansar en paz" Continúa con su narración: "A mis 8 años ya sabía hacer y vender pan. También ayudaba a acarrear agua con baldes medianos. Mi abuelo decía que todo conforme a nuestra edad. También ayudaba a dar de comer a los animales, asear los chiqueros[55] y corrales. Sabía cómo hacer las tortillas. A medida que iba creciendo, se me encomendaban quehaceres más pesados como hacer comida, llevarla al campo. A los 9 años ya sabía bien echar tortilla, lavar y dar de comer a los que estaban en el campo."

Interrumpo a Tamar porque no logro entender cómo alguien tan pequeño hace labores de un adulto. Si bien recuerdo, a esa edad apenas me estaban enseñando cómo funcionaba la lavadora o a tender mi ropa. Con un poco de sentimiento, trato de asimilar, cómo esa pequeña logró lo que a mí no me fue posible. Tamar se queda contenta del efecto que causan sus palabras en mí y prosigue su relato, a manera de no hacerme sentir pesar por ella.

"Pero lo que me agradaba más -dice Tamar- era cuando mi abuelita me enseñaba cómo hacer círculos con la tierra sobrante. Ella me decía que de esta forma no se quedaba sin tierrita la casa. Los círculos se hacían con la tierra que quedaba después de barrer, le echábamos un tantito de agua y después formábamos círculos con la escoba hasta que desapareciese el montoncito de tierra. Antes de todo eso, hacía las camas, mi abuelita siempre se fijaba si estaban bien hechas. Lavaba los trastes con harto cloro y jabón para que se les quitara lo choquio.[56]

55 Establo para criar cerdos.
56 Olor a huevo crudo.



"De uno por uno mi mamá se fue llevando a mis hermanos a Cuernavaca, Morelos. Más tarde llegó por mí. Cuando apenas se me notaban mis senos, ya estaba con mi madre. Ahí no tenía casa, nos llevó a vivir con mi tía materna. Ahí terminó mi infancia, ya no hubo tiempo de jugar con lodo, ni alguien que nos hiciera juguetes. Mi madre trabajaba todo el tiempo para darnos un taco, mi tía se desquitaba con nosotros por todo.

"Comenzó a faltar la comida. El quehacer era mucho más, entre sus seis hijos y nosotros, la casa se llenó pronto. Mi tía nos golpeaba mucho. Yo no comprendía por qué nos trataba así. Al llegar la noche, no sabía si tenía mucho sueño o era cansancio, porque rápido me quedaba dormida. Muchas veces pensé que la noche duraba muy poquito, apenas me acostaba, ya me paraba mi parienta para comenzar los quehaceres en la casa.

"Los jueves en la tarde llegaba una camioneta a vender bolillos y trenzas. Nos formábamos los chiquillos para comprar nuestro bolillo, que remojábamos en el caldo de frijol. Era lo que comíamos siempre. Aquí sí había escuela, aunque solo era para dormir, a veces el hambre es más canija que las ganas de aprender. Peleaba mucho con mis primas porque ellas sí tenían juguetes y no querían jugar conmigo. Era cuando mi tía me agarraba con el cinturón sin piedad. Era más mi tristeza que el dolor por los trancazos. Siempre pensaba: Si mi papá la hubiera querido y mamá no lo hubiera dejado, entonces no sufriría tanto de hambre, humillaciones y golpes."

Tamar empieza a llorar, a mí se me hace un nudo en la garganta, pero entiendo que nadie nace con un manual para ser buena madre o buen hijo, solo imitamos el comportamiento de los padres. Algunos hacemos lo mejor que podemos para parecernos a un buen padre o madre, pero otros prefieren no esforzarse por serlo. Yo no tuve una infancia perfecta pero tampoco recibí golpes o gritos insultando mi persona por parte de mis padres. Tamar reanuda su historia con un dejo de nostalgia:

"Mira manita, un día mi mamá nos preguntó si estábamos contentos ahí. Todos dijimos lo que nos hacían y mi madre llorando nos prometió que apenas pudiera, nos iríamos de ese lugar. Nos regresamos al rancho. Yo ya era una adolescente y me sentía muy contenta de volver al lugar donde fui feliz, pese a todas las carencias. Llegué al rancho y todo me pareció muy hermoso. Los mismos chivos, vacas y cerdos, hasta a los perros vi bonitos. Por fin en casa.

"Por esos días mi tía enfermó y mis abuelos la llevaron con mi mamá, pero a ella se le ocurrió pasar primero al mercado, después llegaron a la casa de la abuela paterna. En cuanto la vio le dijo que tenía la muerte en sus ojos, mi tía se espantó mucho porque ya le



faltaba poco para aliviarse de la hija que tanto deseaba. Después de siete hombres ella quería tanto una niña. Esa tarde se regresó al rancho, pero ya sabía que iba a morir porque su niña se le murió en la panza.

"Mi tía no quiso ir al médico, estaba segura que ya no se iba a poner bien, así que se dio prisa en regresar con sus otros hijos para encargárselos a sus parientes de confianza. Apenas llegó comenzó a sentirse peor. Y cuando anochecía, el ángel de la muerte vino por ella. La familia la acompañó a su última morada con la promesa de cuidar de sus hijos pequeños. Yo disfrutaba del chocolate que hizo ella por la mañana. Como vendía pan, de ese repartieron. Sentí como que aún no moría porque disfruté con mucho gusto su chocolate y el pan hecho con sus manitas. Mi tío mató un toro para darles de comer a todos lo que llegaron porque mi tía fue muy querida. En esa ocasión me llevé una tunda porque me encontró mi abuelo bailando con mi prima cuando su hija estaba tendida. Como para mí todavía estaba viva, pues no sentí su partida.

"Un día salieron mis abuelos y yo me quedé sola. De repente llegó un tipo según para hacerme plática. Yo confié porque era conocido, aunque mi corazón me advertía peligro. Dije, ¿Qué puede pasar?, solo vino a acompañarme. Cuando menos lo imaginé el tipo me cayó encima. No tuve tiempo de defenderme. Con golpes e insultos me violó. Más tarde llegaron mi abuelitos y con lujo de detalles les conté lo que me había hecho ese maldito. Ellos de inmediato se fueron a poner la demanda y el síndico me obligó a casarme con él. A mí me daba terror vivir con mi atacante, pero no me quedaba otra porque ese fulano me había embarazado y mi familia no quería que quedara en vergüenza. Comenzó mi calvario a partir de ese día. No hubo descanso para mí, los golpes me llovían por

todo y a toda hora. Sus novias me miraban con burla, sus padres lo alababan diciéndole que el sí era muy macho, no como los otros que se quedaban después del trabajo en sus casas.

"Casi no me daba para comer pero como yo había aprendido a cocer pan, cuando podía y me alcanzaba el dinero, hacía poquito para vender y comprarle leche a mi niño. Cuando ya tenía mi hijo dos meses, llegó mi tío porque le había dicho como me trataban, pero como oyó mi suegra se metió rápido a la casa y cuando entré a mi cuartito para arreglar mis cosas, el bebé ya no estaba. Salí gritando, no podía hablar, el llanto me ahogaba. Les pregunté por mi niño, pero ni me voltearon a ver. Mi tío me agarró y me dijo que lo dejara, que fuéramos con el síndico. Pero ellos no me lo devolvieron, pues decían que yo no servía como madre. Más tarde me consolé porque me dijeron mis tíos que estarían muy pendientes de él.

"Otra vez salí del rancho para que esa familia no me fuera a hacer nada. Mi mamá me decía, 'no te apures hija, te voy a ayudar a recuperar al niño.' Con esas palabras y las noticias que me daban mis tíos de mi hijo, me fui conformando. Más tarde conocí a un señor que me deslumbró. Lucía bien arreglado, hablaba como la gente de ciudad. Le dijo a mis padres que era maestro de primaria, Virgilio dijo llamarse. Aquel señor pronto convenció a mis padres de ser lo mejor para mí, una fracasada.

"Éste no se casó conmigo, porque yo ya no valía. Al principio todo iba bien pues con este señor no pasaba hambre. Pero pronto comenzaron los golpes e insultos. Decía que las mujeres fracasadas, no merecíamos respeto ni buen trato. Así me embaracé de mi hija aguantando a aquel señor que, a pesar de presentarme a sus novias, decía: 'Tú eres la que está en mi casa y a la que le registro los hijos.' Cuando nació mi hija no la quiso, dijo que quién sabe si era suya. Yo



siempre le supliqué que la quisiera porque era de él. Pero su papá decía que si hubiera sido hombre, a lo mejor si la quisiera, pero las viejas no sirven para nada.

"Mi hija tuvo que pagar las consecuencias de ser mujer, su papá por todo le pegaba y le gritaba. Cuando tuvo cuatro años, me embaracé de mi hijo, pero por miedo a su padre, no dije nada, no fuera a ser que me llevara a abortar, como lo intentó cuando supo que estaba embarazada de mi niña. Con ese miedo preferí dejarlo y le pedí ayuda a mi mamá. Ella me comprendió y no me obligó a regresar con él. Para él mejor, ya no tenía que hacerse cargo de nosotros.

"Cuando mi hijo nació ni siquiera quiso conocerlo. Tuve que sufrir las consecuencias de haber creído en ese hombre, en que me iba a hacer feliz. A la edad de diez años, mi hijo todavía no podía hablar bien y mi madre se fue al otro lado para apoyarme con ese problema. Pronto se me echó el mundo encima. Sin mi madre y con las presiones económicas, comencé a tomar sola, en la casa que me había dejado mi madre. Un vecino se acercó a mí para brindarme su ayuda, porque mis hijos y yo ya teníamos días sin comer. Un vecino que se llamaba Juan, me empezó a dar dinero para comprar comida. De ahí guardaba para comprar alcohol a escondidas. Así se me olvidaban mis tristezas.

"Pasó el tiempo y yo me iba enamorando de Juan, pues tenía cuidado de mis hijos y de mí. Un día me pidió que nos juntáramos y sin pensarlo accedí. Fueron dos meses maravillosos hasta que una tarde entraron unos hombres encapuchados, disque buscando a un ratero. Yo les abrí la casa. Ya adentro los hombres comenzaron a golpear a mis hijos y a mí gritando: '¿Dónde están los secuestrados?' Comenzaron a torturarme, yo no sabía de lo que estaban hablando.

Empezaron a quitarle la ropa a mi hija, amenazando con violarla. Entonces se me vino a la mente que unos días antes, Juan me había dicho que si necesitaba algo, fuera a una casa en donde él trabajaba. Así que les dije a los hombres encapuchados que me llevaran a ese lugar, porque yo esperaba, que al ver la situación, Juan me ayudaría a aclarar las cosas.

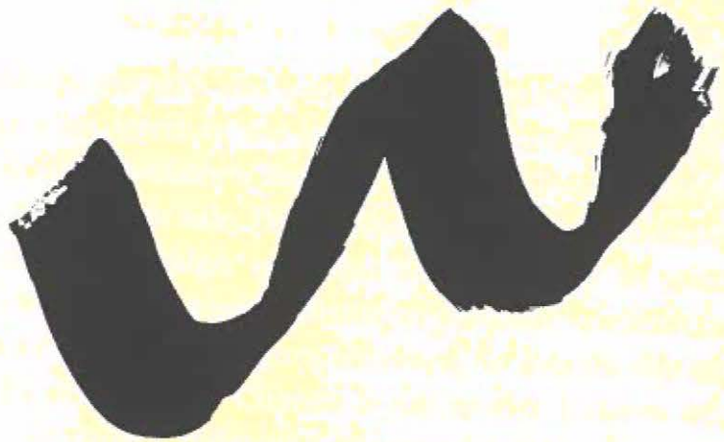
"Los judiciales aceptaron. Cuando llegamos, me dejaron en el carro con mis hijos. Grande fue mi sorpresa cuando vi a Juan esposado, con otros hombres. Les pregunté que por qué lo detenían y ellos me dijeron que eran las personas que estaban buscando. Me dieron las gracias y me trajeron a la cárcel. Yo espero en Dios irme de este lugar para reunirme con mis hijos y que por fin la pesadilla termine. Le pido a Dios perdón por ser tan confiada y creer que aún existen personas buenas. Este hombre en lugar de aliviar mis penas, las aumentó. Ahora mi madre no quiere hablar conmigo, mis hermanos no me visitan. Así paso los días en prisión, esperando el perdón divino y deseando regresar con mis niños. Desde que me trajeron, ya no los volví a ver."



## MENSAJERAS DE OTROS MUNDOS

*Amatista Lee*

Soy una oruga, por una circunstancia o por azares del destino fui traída a esta jungla donde el cautiverio no se habla pero se siente, me convertí en monstruo para la sociedad, aquí las horas y días son iguales. De vez en cuando llegan palomas mensajeras cuando les es permitido, Elena, Aída y Marina, trayendo mensajes de otros mundos. Entre tanto, los abrazos cargados con amor y calidez, sanan mis heridas poco a poco haciendo brotar alitas sobre mi espalda, porque ellas me enseñaron a plasmar sin temor esa obscuridad que me ataba a un doloroso pasado, trayendo la luz. Mis palomitas, mis hermanas, mis madres, escuchan mis gritos: ¡no soy un monstruo!



## Epílogo
Permanecemos a la sombra del Guamúchil

*Elena de Hoyos*

Desde la primera vez que atravesé el umbral del edificio que alberga a las internas, me impactaron las medidas de seguridad, las múltiples revisiones, esclusas, registros. Todo indica que quién entra, difícilmente sale. Pero lo que me sigue impresionando cada vez que entro y salgo, es la que llaman cortina de entrada, una pesada reja corrediza que se distingue por tener una lámina metálica recortada en forma de figura femenina de más de dos metros, en cada una de sus caras. Cuando la reja se abre o cierra, miro a esta figura escindirse y reflexiono en como las vidas de las que pasan por este lugar se escinden. La idea que sugieren estas figuras, es que la mujer que entra ya no es, ni será la misma que fue al cruzar este umbral, la sociedad le otorga una identidad distinta, un estigma.

Después de 8 años, aún recuerdo con cariño la oportunidad que tuve de entrar al Cereso y la trayectoria de la escritura en espacios penitenciarios en estos años. Me llena de gratitud lo que hemos logrado y que se manifiesta en esta publicación. Es estimulante que haya permanecido el interés por seguir escribiendo y que nuevas internas se hayan involucrado en esta tarea. La emoción por conocer nuevas historias sigue vigente y es irresistible la necesidad de seguir avanzando en la tarea de construir sororidad en un espacio, que por sus condiciones de estrés, representa un desafío.

Al leer las historias contenidas en esta publicación, no puedo dejar de reconocer la valentía de las mujeres que se atrevieron a contar su historia, recorriendo nuevamente los senderos del dolor y la impotencia. Creo firmemente en que si no conoces tu historia estás condenada a repetirla. Pero también creo, que otras mujeres, al conocer estas historias no dejarán de reconocerse en ellas y reflexionarán sobre su propia experiencia y cómo encontrar otras formas de vida libres de violencia.

Desde el primer encuentro con cada una de ellas, su avidez por ser miradas me llena de emoción. He sido atrapada por ojos brillantes y expresiones esperanzadoras. El clima del primer encuentro está cargado de expectativas y auspicios favorables, no mienten las miradas de simpatía y complicidad inmediata.

A finales de 2007, no había antecedentes de trabajo de género. Esto propició mucho entusiasmo: hacer visible lo invisible, al hablar de las cosas que nadie habla pero que todas sabemos. Junto con ellas hemos establecido los objetivos y las reglas del taller: confidencialidad, puntualidad y honrar el espacio del taller para mantenerlo y aprovecharlo de la mejor manera.

Me conmueven la dificultad y las lágrimas para expresar el auto aprecio. Desde el primer momento hice conciencia de mi capacidad para percibir la gran cantidad de bondad y belleza que existe en ese lugar y de la alquimia interna que sucede cuando ellas se miran en mis ojos. A través de estos años, he sido capaz de compartir esta emoción con otras mujeres del exterior, que han fortalecido y extendido el trabajo con internas.

El entusiasmo ha sido creciente, la intensidad de los textos va subiendo conforme avanzan en el proceso de mirarse en la escritura, las internas se han atrevido a mostrarse, las revelaciones



son estremecedoras, plenas de fuerza y alegría o dolor. La emoción está presente.

Hay temas cargados de energía, la sexualidad, la culpa, la vergüenza, la familia, los hijos e hijas, el divorcio. La escritura ha permitido dar voz a los jueces internos, para resignificar las situaciones en las que se han sentido mal con ellas mismas. "La reclusión no es un castigo, es un proceso de readaptación", dicen algunas con esperanza. Se habla de encontrar en la cárcel una gran libertad. Cada una ha ido avanzando en la exploración de sí misma y la confianza ha ido creciendo entre el grupo, inmediatamente se tienden lazos. También comienzan a descubrir los porqués de su estancia aquí.

No puedo más que sobrecogerme ante el dolor y la impotencia que las llevaron a ser víctimas y culpables de su propia imposibilidad como mujeres, ante un mundo hostil a sus necesidades y reclamos. ¿Cómo poder ayudarlas a recuperar su poder y a que se hagan responsable de su vida? Muchas veces somos las mujeres las que permitimos el abuso, pero el miedo es un factor paralizante, transitamos esclavas de un patriarcado a otro, en relaciones basadas en el miedo y la opresión. Cuando una mujer es maltratada y tiene miedo, se vuelve una víctima fácil, ella misma se victimiza. A veces, la reclusión se convierte en una manera de salvarse de la desesperación y el daño que se provocan a sí mismas.

Una de ellas, desenfadada, expresa que después de caer en reclusión, no hay nada peor que pueda pasarle. Cuentan su historia con gran sinceridad y valentía. Capaces de reírse de sí mismas, tienen un gran sentido del humor y reímos todas. Otras veces también las he visto opacadas y derrotadas por la incertidumbre y la desesperación.

Los textos nos han hecho llorar y reír alternadamente. Se comunican emociones muy profundas de manera fresca y conmovedora. Disfrutan de escribir y lo hacen muy fluidamente. Se atreven a mirarse tal como son y a expresarlo. Son capaces de rescatar lo positivo de la experiencia de reclusión. Algunas de ellas parecieran ser más libres adentro del reclusorio, que afuera.

Me trastorna una cascada de sentimientos encontrados. A veces, hay miedo, mucho miedo de las fuerzas oscuras, de lo inefable de la maldad. También hay una enorme afinidad como mujeres. Me doy cuenta de que somos iguales, todas hemos estado en situaciones equivocadas, con las personas equivocadas, en momentos equivocados, pero ellas han sido capturadas y recluidas. Me siento útil, productiva, emocionada por la labor, veo una gran cantidad de posibilidades de crecimiento personal junto con el de ellas.

Hemos hablado constantemente del concepto de solidaridad femenina y el acompañamiento. Hacemos lecturas acerca de la rivalidad femenina. Se muestran reflexivas y optimistas. Me cuentan sus sueños de tener una mejor vida al interior y su entusiasmo es rebosante. Los ejercicios de los talleres han provocado una profunda reacción emocional en algunas de ellas y los escritos son cada vez más sinceros y profundos, así como el acompañamiento en la toma de conciencia que deviene de la escritura. Nos damos cuenta de que podemos, en conjunto con ellas, llevar a la práctica muchas de las iniciativas que tienen en mente, para publicar sus historias.

Se han abierto en estos años, cada vez más puertas para que estemos dentro de la cárcel en una posición de privilegio, es decir, entrando y saliendo. Trabajando desde afuera con otras mujeres y hombres, en un proyecto que desde entonces llamo "Hermanas en la Sombra", que pretende hacer visibles a las mujeres en prisión y



tender lazos de solidaridad con el mundo externo para vincularlas con el contexto social del cual fueron expulsadas.

La vida carcelaria está llena de experiencias cotidianas, oníricas, fantasiosas, de nostalgia del mundo de afuera. La escritura ayuda a desmenuzarlas, a registrar los cambios, a hacer catarsis emocional, a profundizar en el aprendizaje. El arte es una nave en la cual las mujeres que escriben, navegan para salir de su encierro y ser escuchadas por el mundo exterior, es un vehículo para alcanzar una libertad figurada, que no por ello menos real. La primera vez que leí fuera del penal el texto de una participante del taller en el Cereso, experimenté la sensación de ser portadora de un mensaje en una botella, o mejor, como si en ese momento la escritora encarcelada, estuviese fuera de su encierro, compartiendo sus pensamientos más íntimos, conectándonos con su dolor o celebrando la alegría del autodescubrimiento.

Al mismo tiempo que la introspección es ineludible, también lo es la alteridad; la convivencia con otras, sus semejantes y paralelamente tan disímiles compañeras de exilio. "Yo, no soy como las otras" es una frase que se escucha a menudo, la necesidad de diferenciarse, de compararse, de desentenderse de su sombra a través de excluir a las otras, es una constante.

Mi gran sueño, ha sido el de inspirar a las mujeres en prisión a crear círculos de mujeres sabias, donde se comparta experiencia y conocimiento, así como remedios para el desamor, el abandono y el miedo. Este sueño ha sido realizado en gran medida, gracias al *Taller Historias de Vida*, que conduce Aída Hernández, con quien he construido una alianza en la pasión por hacer algo, aunque fuese mínimo, por sacudir la indiferencia de la sociedad ante la injusticia que se vive cotidianamente en los penales.

Cuando Aída entró en contacto conmigo, mi preocupación era la de abarcar a un mayor número de internas, ya que las que se habían interesado inicialmente, se involucraban en otras actividades, y aunque se acercaban algunas nuevas, el taller inicial, comenzaba a desintegrarse.

Utilizando al arte como una herramienta de inclusión social, fue posible crear un Programa de Cultura Escrita en el Cereso, que se consolida a partir de talleres literarios con enfoque de género, tanto en el femenil, como en el varonil. La publicación de una gaceta y la visita de diversos personajes del arte y la literatura que participaron de manera altruista, a través de un programa impulsado desde el Patronato con el nombre de "La cultura nos vincula", fue una ventana al exterior en donde muchas han construido formas de auto aprecio y la esperanza de una mejor vida.

De las tantas funciones que tiene la escritura en el encierro, creo que una de las fundamentales es la expiación del dolor y la vergüenza, la alquimia transformadora. El encuentro con la escritura, representa un cauce para que fluya la tremenda carga de pesar y tristeza que se lleva dentro. Esto es patente cuando las mujeres que en un principio exigían anonimato, ahora están dispuestas a mostrar su identidad, orgullosas de contribuir a la conciencia de otras mujeres en situación de violencia. La escritura es un medio de recoger los pedacitos y volverlos a unir en el proceso de escribirnos. Después de la tormenta, viene la calma, la luz al final del túnel, reencontrarse con los sueños y las ilusiones para continuar la vida, aun dentro de un centro penitenciario. La escritura hermana a las mujeres. Nos descubrimos en la pupila de la otra, nos redime ser miradas. Conforme se va descubriendo a las personas a través de sus historias, crece la sensación de que podríamos ser nosotras la



que estuviésemos en sus zapatos, la inverosimilitud de la realidad es apabullante.

Escribir representa lavar el estigma y crear una identidad inédita; resignificar los hechos a la luz de la mirada interior. Desde el propio centro, gozar el derecho a la palabra escrita, construir cimientos de mujeres respetables, mujeres valiosas, capaces de expandir la conciencia propia y la de otras y otros a través de sus escritos. Renovadas mujeres que proclaman su grandeza como creadoras de realidades posibles y dueñas de su destino, mujeres sabias y atrevidas, que empuñan la palabra como emblema de libertad y autorresponsabilidad.

Las personas que viven en situación de cárcel, gozan en teoría, de todas sus garantías individuales y derechos humanos tanto como cualquiera de nosotr@s. Sin embargo, la satisfacción de las necesidades humanas más elementales, está en manos del criterio y la eficiencia de las instituciones dedicadas a custodiar a estas personas al interior de las prisiones, llevando a cabo la función de readaptación social o reinserción, como se le nombra últimamente. Las mujeres privadas de su libertad, viven de muchas maneras y en mayor medida que la población varonil, la violencia por omisión de oportunidades para tener acceso al ejercicio de sus derechos humanos.

Cada vez que se aborda el tema de las mujeres en prisión, se menciona la carencia de información y documentación sobre el tema, la invisibilización de éstas, no sólo hacia la sociedad en general, sino como tema de investigación. Es muy valioso que se comience a establecer un rubro destinado a abordar esta problemática, como es la intención de este libro.

Asimismo, si se habla de reinserción, ésta consiste en un proceso dinámico que requiere de la interacción de las y los sujetos a ser reinsertados, por lo cual es fundamental conocer su opinión e ideas sobre la forma en que este ritual de separación temporal de la sociedad tendrá lugar, para que la reinserción se dé de manera adecuada. El mirar dentro de las cárceles puede ofrecernos información que permitiría el diseño de estrategias y acciones destinadas a lograr una mejoría en la seguridad pública y el sistema de justicia, en beneficio de la sociedad en su conjunto.

Es importante abordar los temas relacionados a las prácticas discriminatorias contra las mujeres reclusas, su relación con el exterior, con la familia, la visita íntima, la provisión de ayuda médica, la arquitectura de las instalaciones, la situación de las madres encarceladas y los programas educativos y laborales con contenidos estereotípicos, además de la infantilización de la mujer por la cultura machista latinoamericana, que la considera incapaz de definir su propio rol y su destino. El abordaje de estos temas es fundamental, no solo desde una perspectiva académica de investigación, sino desde su propia voz, escuchar la versión del supuesto "enemig@ derrotad@" del que la sociedad se mantiene a salvo.

Si bien, el conocimiento de estos aspectos proporciona el contexto de esa violencia por omisión y ayuda a entender mejor el ambiente en que se produce, también proporciona elementos para establecer políticas penitenciarias con perspectiva de género. Ya que la mujer, una vez condenada a prisión, deja de ser miembro de la sociedad y pierde todos los derechos vinculados a ese estatus. Por lo tanto, la opinión pública también tiende a considerar que la o el preso, no merecen condiciones adecuadas de vida, lo que implicaría, entre



muchos otros aspectos, la atención médica, la maternidad, celdas decorosas, visitas, educación, trabajo digno, recreación, acceso a los medios de comunicación y desde luego, actividades culturales.

Aquellas mujeres que han sufrido violaciones a sus derechos, generalmente no las denuncian por desconocimiento de los mismos, temor a perder beneficios, ser sujetas a represalias o castigos por parte de las autoridades (este temor coincide con el miedo reportado por las mujeres detenidas o encarceladas en el sistema penal; denunciar significa perjudicar su juicio, apelación o seguridad personal). Con las afirmaciones anteriores no pretendo generalizar el comportamiento de las autoridades penitenciarias. Así como se da un comportamiento negligente y discriminatorio, también existen personas conscientes de la situación de las mujeres en reclusión que gestionan apoyos, generalmente de instancias externas, para mejorar las condiciones de vida al interior del penal, como es el caso de la licenciada Margarita Ríos, entonces directora del área femenil, quien mejoró, en la medida sus posibilidades, algunos aspectos. En este caminar hemos encontrado personas que nos han facilitado la permanencia intramuros, como el Lic. Lucio Hernández, actual coordinador de reinserción social, quien nos ha facilitado los trámites de ingreso y ha impulsado nuestras iniciativas. Estos detalles hacen una gran diferencia en el ánimo de las que tienen que construir su hogar en una cárcel, ya que hay alguien que "ve por ellas."

Sin embargo, me atrevería a decir que mientras menos se sepa de las condiciones que se viven en el interior de las cárceles, la impunidad de las prácticas de explotación humana se mantiene vigente. Es por esto que considero no sólo necesario, sino imprescindible, crear espacios para que estas mujeres puedan expresarse y romper la mordaza de oprobio que pesa sobre su existencia.

*Bajo la Sombra del Guamúchil*, fue el primer libro formal que realizamos con la antropóloga Aída Hernández. Cuando se interrumpió mi relación laboral con la estructura penitenciaria a través del Patronato, tener el apoyo financiero de una agencia extranjera, nos proporcionó una completa autonomía. Tanto el libro, como el video, se realizaron con muy bajo presupuesto y contando con la generosidad de personas muy talentosas que contribuyeron a sacar a la luz estas historias de mujeres silenciadas.

Además de las historias de vida, quisimos rescatar escritos muy valiosos que habían sido publicados en los diversos números de la Gaceta *Y ahora qué sigue*, así como obra plástica realizada bajo los auspicios del Instituto de cultura. En la segunda edición, 5 años después, retomamos las historias más emblemáticas de las mujeres indígenas y revisamos detalladamente el libro para actualizarlo con nuevas historias, además se realiza un video y cápsulas radiofónicas con los contenidos y entrevistas.

Este trabajo artístico interdisciplinario se realiza de manera integral, estando los tres equipos, literario, video y radio, enterados de los contenidos y avances de los otros, para que el producto final sea congruente y enriquecido por las experiencias de los tres equipos.

El haber colaborado como editora en ambas ediciones, es una gran satisfacción, ya que hizo posible la difusión del valioso trabajo de Aída Hernández y de las historias de exclusión y violencia que viven las mujeres en nuestro país, especialmente en el contexto penitenciario. Otro aporte de este libro, es que en 2010, cuando fue publicado, era muy escasa la bibliografía sobre mujeres en prisión y éste se convirtió en un texto de referencia en el mundo académico. Igualmente, en el escenario político morelense comenzaron a aparecer las voces de las mujeres en prisión.



La relevancia de la publicación de la 2ª edición actualizada del libro *Bajo la Sombra del Guamúchil*, no estriba solamente en el producto editorial, sumamente cuidado y con un contenido impactante, sino en el proceso que implicó hacerlo. Desde participar en el proyecto de contar la historia de una mujer que no tuviera la posibilidad de escribirla, hasta el proceso de edición participativa en el que se involucraron, no solo las autoras, sino las mismas mujeres indígenas que compartieron su historia. Esta actividad constituye para las internas, una razón para estar motivadas y sentirse útiles. Igualmente, se tendieron lazos entre los diferentes estratos de la cárcel, que aunque coexisten en el mismo espacio, tienen poca interacción.

También para las mujeres cuya historia fue escrita, este suceso tuvo consecuencias favorables, como en el caso de Leo Zavaleta que quiso aprender a escribir para contar su propia historia y ahora, además de haber participado con excelentes escritos en varias de nuestras publicaciones, ha realizado un libro contando su historia. Leo, encontró en la escritura una manera de recuperar las fuerzas para seguir, ante múltiples adversidades que enfrentó aún después de haber recuperado la libertad. Igualmente Perla Negra, siempre dispuesta a mantenerse en contacto con la Colectiva, ha participado en otras publicaciones y en importantes foros de mujeres escritoras y presentaciones en varios estados de la república. Águila del Mar, continuó escribiendo y al salir de la cárcel se integró a Talleres de Escritura identitaria. Ahora está terminando la preparatoria y participando en un programa de capacitación para el empleo del gobierno estatal, amparada por las redes que le ha proporcionado su pertenencia a la colectiva.

La razón de hacer una segunda edición, corregida y aumentada de *Bajo la Sombra del Guamúchil*, es no dejar caer en el olvido historias tan conmovedoras como emblemáticas de las desigualdades de género, especialmente de mujeres indígenas cómo Máxima Pacheco, ahora libre; Morelitos, fallecida a los pocos meses de salir de prisión. Igualmente conservamos la historia de Luz, quien falleció en prisión después de casi 20 años y más de la mitad viviendo una discapacidad severa. Varias de las autoras la cuidaron. Rosita Salazar sigue en contacto con la Colectiva participando en eventos públicos, documentales y giras, a pesar de sus dificultades de salud. Amatista Lee, ha continuado escribiendo y publicando. Junto con ella, en la segunda edición, se integran Galia Tonella, María Elena Basave y Sol Nocturno.

La experiencia de publicar las historias que componen este libro, les dio la certeza de que no había nada en ellas indigno de ser mostrado y, no sólo eso, sino el sentido profundo que cobra su experiencia de vida, al ser compartida con otras mujeres que se miran en ellas.

Bajo la sombra del guamúchil nos habla de la experiencia de mujeres indígenas y mestizas (casi todas de origen rural) presas en el área femenil del Cereso Morelos, donde alrededor de 200 mujeres y 15 niños han sido aislados de la sociedad, por un sistema de justicia que ve en el castigo y en el encarcelamiento, una solución ante la incapacidad de un modelo social, que con la exclusión y la pobreza ha contribuido a producir la criminalidad.

La segunda edición actualizada 2015 de *Bajo la Sombra del Guamúchil. Historias de vida de mujeres indígenas y campesinas en prisión*, se terminó de imprimir en octubre de 2015 en los talleres de Impresos Vacha. La impresión es de 700 ejemplares, se hizo sobre papel bond ahuesado de 90 g. para interiores con fuentes Palatino Linotype y Calibri en 16, 15, 12, 11 y 10 puntos; y papel couché de 250 g. para exteriores. Cuidado de la edición:
Elena de Hoyos y Agnes Alegría

Escribir representa lavar el estigma y crear una identidad inédita; resignificar los hechos a la luz de la mirada interior.

Desde el propio centro, gozar el derecho a la palabra escrita, construir cimientos de mujeres respetables, mujeres valiosas, capaces de expandir la conciencia propia y la de otras y otros a través de sus escritos.

Renovadas mujeres que proclaman su grandeza como creadoras de realidades posibles y dueñas de su propio destino, mujeres sabias y atrevidas que empuñan la palabra como emblema de libertad y autoresponsabilidad.